

Guerra y paz

Una visión de la etología

Irenäus Eibl-Eibesfeldt

Biblioteca Científica Salvat

Guerra y paz

Una visión
de la etología

Irenaus Eibl-Eibesfeldt

SALVAT

Versión española de la nueva edición alemana de la obra *Krieg: und Frieden,* publicada por R. Piper A: Co. Verlag de Munich

Traducción: Rosa Pilar Blanco
Diseño de cubierta- Ferran Cartes - Montse Plass

Escaneado: thedoctorwho1967.blogspot.com
Edición digital: Sargont (2017)

ISBN: 84-345-8880-5 (Obra completa)
ISBN: 84-345-8968-0 (Volumen 88)
Depósito Legal: B-6418-1995
Publicada por Salvat Editores. S.A.. Barcelona
Impresa por Primer, i g.s.a. Marzo 1995
Printed in Spain

ÍNDICE

Los hermanos luchan y se dan muerte,
los sobrinos carnales quebrantan la estirpe;
malo es el mundo, terrible el adulterio,
tiempo de espadas, tiempo de sangre, se quiebran los escudos,
tiempo de viento, tiempo de lobos, hasta que acabe el mundo:
nadie quiere ser indulgente con el otro.

Edda. Poema de los dioses. Poema de la pitonisa

¡Empuñad las espadas! ¡Tomad el escudo!
¡Caminad impávidos al encuentro de las frías espadas!
Tenéis en vuestras manos la gloria y la deshonra:
¡Con el día vendrá la muerte o la venganza de la traición!

Edda, Canción de Bjarki

En otro tiempo era joven y marchaba solo,
errabundo era mi camino.
Fui feliz cuando hallé un compañero:
al hombre le place el hombre.

Edda, Poema moral

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

Vivimos en un mundo que añora la paz y que, sin embargo, se encuentra envuelto de manera ininterrumpida en guerras. En el período que media entre 1945 y 1985 se han producido en la Tierra 159 guerras (Ulrike Borchardt. Naciones Unidas 2/86). Los conflictos estallan también hoy en día en muchos lugares, incluso delante de nuestra puerta. ¿Qué nos impide vivir en paz?

Muchos han reflexionado acerca de esta cuestión, y otros se han limitado a moralizar. Han condenado cualquier tipo de agresión y, naturalmente, la guerra, que consideran una degeneración patológica del comportamiento humano. Habría que educar a los seres humanos únicamente para la paz y disminuir la actividad de los amantes de la guerra. Entonces estaría todo en orden, se decía. Sin embargo, esto no parece tan sencillo. En primer término, la fórmula «agresión = malo» es excesivamente simplista. Konrad Lorenz lo ha expresado de manera genial en la elección del título de su obra *Das sogennante Böse (Lo llamado malo).* La agresión no es una casualidad. Se desarrolló ya en el reino animal al servicio de funciones muy distintas de gran importancia para la supervivencia. Instrumentalmente sirve para asegurar los recursos, limitar el territorio y, entre los animales sociales, además, para mantener la identidad del grupo, defender la prole y, en las luchas de rivalidad, finalmente, para seleccionar al vencedor para la reproducción.

La agresión intraespecífica cumplió también funciones semejantes durante largos periodos de la historia de la humanidad y nosotros, por lo tanto, estamos influidos por una serie de adaptaciones filogenéticas al comportamiento agresivo. Las expresiones de disgusto y de ira, tanto psicológica como mímicamente, pertenecen por ejemplo a las características universales, y la psicología las relaciona sin solución de con-

tinuidad a los mamíferos superiores. Dado que estas adaptaciones a la percepción de la emocionalidad. la motivación y el comportamiento concreto se desarrollaron en aquella larga época en la cual los seres humanos vivían como cazadores y recolectores del Paleolítico, se plantea naturalmente la cuestión de si las diferentes formas de agresión del ser humano aún se adaptan hoy en día a nuestro tiempo. En aquella época vivían en pequeñas comunidades dotadas de una técnica paleolítica, mientras que en el presente vivimos en sociedades anónimas formadas por millones de seres, en ciudades dotadas de los medios de poder de la civilización técnica. Actualmente nos encontramos en la situación, no carente de peligro, de que presidentes con una emocionalidad paleolítica dirijan los destinos de una superpotencia. Sin duda es importante saber lo que es adaptativo y lo que no lo es en nuestra programación previa heredada. Sin saberlo, algunas de nuestras disposiciones en cuanto al comportamiento innato pueden resultar una trampa (Eibl-Eibesfeldt, 1988).

De este modo, nuestros deseos de fama, poder y dominio se refuerzan con éxito en una realimentación positiva. Cuando los tenistas ganan un partido aumenta su nivel de testosterona en sangre, cuando pierden desciende. El éxito en la competencia intelectual se recompensa de igual manera. Los estudiantes de medicina que superan con éxito un examen experimentan un aumento semejante del nivel de testosterona en sangre (Mazur y Lamb, 1980). Mientras que otros instintos (sexo, hambre, sed) se desconectan mediante mecanismos de satisfacción o cuando se alcanza una situación final, la tendencia hacia el dominio pasa de un éxito a otro. Positivamente esto favorece el desarrollo, si bien cada vez con mayor riesgo, dado que el potencial de poder que en nuestra civilización tecnificada es capaz de acumular una sola persona es infinito. La historia nos enseña que no es tan raro que los vencedores mueran de éxito, ya que avanzan hasta el agotamiento embriagados por éste, planteándose constantemente la conquista de nuevas metas. Si uno ha alcanzado un cierto nivel, se esfuerza inmediatamente por conquistar el siguiente.

Sin duda sería erróneo anatemizar la agresión sistemáticamente debido a este peligro potencial. Existe también la «justa ira» (Charlesworth, 1991). Sin ella no se apoyaría a los oprimidos y no existiría la rebelión contra la injusticia social. También nos enconamos, como es sabido, en tareas y combatimos problemas, lo que es asimismo útil. Finalmente existe la agresión de exploración, mediante la cual el niño le pregunta a su entorno social lo que está permitido y sondea así el espacio social de actuación (Eibl-Eibesfeldt, 1966-1968).

El comportamiento agresivo tiene también caras positivas. Sin embargo, ¿es esto también válido para la guerra? ¿No se trata aquí en realidad de una degeneración patológica? En primer lugar hay que dar la razón a todos aquellos que consideran la guerra como una desgracia. De acuerdo con nuestro estado de conciencia humanitaria actual no podemos continuar aceptándola. Sin embargo, para alcanzar el estado de paz es importante reconocer que la guerra ha cumplido también ciertas funciones, como las de la adquisición y el aseguramiento de los recursos, así como la obtención de la identidad territorial y étnica. Si queremos la paz debemos buscar caminos que nos permitan satisfacer estas importantes funciones de manera no sangrienta gracias a los correspondientes acuerdos internacionales. Mientras no se produzca esto, las manifestaciones pacifistas continuarán siendo un gesto amable.

Pero, suponiendo que fuéramos capaces de desarrollar estos acuerdos, ¿no se acabaría imponiendo nuestra disposición innata a la agresión impulsándonos a la guerra? No necesariamente. Debemos contar, sin embargo, con una cierta «seducción» por parte de la agresión, pero como seres de naturaleza cultural estamos fundamentalmente en disposición de dominar tendencias innatas y de crear nuevas. Además, como forma destructiva de la agresión en grupo planificada estratégicamente, realizada mediante armas, la guerra es un suceso de largo desarrollo cultural. Ésta es, en último término, la tesis del presente libro, que estudia el perfeccionamiento del comportamiento agresivo humano tendente a la guerra y que se esfuerza por descubrir dichas adaptaciones filogenéticas,

que desempeñan también un papel en la práctica de la guerra. La investigación se basa en mi libro *Amor y odio*, en el que traté los fundamentos biológicos del ligamiento y el distanciamiento.

Desde la primera edición de *Guerra* y *paz*, la investigación ha puesto al descubierto una serie de nuevos conocimientos, a los que quisiera referirme brevemente. De este modo debemos corregir el punto de vista, defendido en este libro, de que los seres humanos somos los únicos que conocemos la agresión destructiva en grupo. Jane Goodall (1986) describió que los chimpancés viven en grupos locales territoriales, en contra de lo que se creía hasta entonces. Los machos patrilocales defienden el territorio común, patrullan los límites del territorio del grupo y atacan sin complejos a los chimpancés que no pertenecen al grupo En estas acciones se hiere, incluso mortalmente, a individuos desconocidos de la misma especie. Un grupo más débil fue completamente exterminado de este modo por otro (bibliografía y discusión del «lethal male raiding» en Manson y Wrangham. 1991).

La disposición para tener en cuenta las adaptaciones filogenéticas también en nuestro propio caso, el de los seres humanos, continúa siendo pequeña al igual que antes. Así, hace poco que ha aparecido un libro en el que se continúa defendiendo la naturaleza pacífica de los chimpancés (Margaret Power, 1991). Esta dama no ha convivido nunca con los chimpancés y evidentemente desconoce la bibliografía más reciente. En un libro publicado por Groebel y Hinde (1989). Goldstein afirma que los primates superiores carecen de adaptaciones filogenéticas para el comportamiento agresivo. En el mismo libro se publica un trabajo de P. Bateson en el que se construye un «pure instinct theorist». Este «teórico de los instintos» puro es, según Bateson, una persona que no cree que se pueda influir mediante el aprendizaje sobre la agresión humana. Demuestra después que sí se puede y que con ello ha derrotado al teórico de los instintos puro. ¡Vaya acción heroica! Sólo que nunca existió el teórico de los instintos puro. El libro presenta una imagen completamente distorsionada del

punto de vista biológico, ignorando conscientemente trabajos importantes.

Todavía existen por lo tanto reticencias a reconocer el hecho de que, como resultado de una larga historia filogenética, existen disposiciones agresivas del comportamiento y a que, a pesar de que lo estemos viviendo en la actualidad, el no reconocimiento de las constantes etológicas ha empujado a la Europa del Este a la catástrofe durante décadas.

En cuanto a la agresión, debemos contar con que los seres humanos tienden a aplicar el comportamiento agresivo de manera instrumental, con el fin de conquistar posiciones dominantes cuando perciben debilidades de sus semejantes. Del mismo modo se activa la defensa territorial, cuando una etnia se siente acosada por otra. Una convivencia armónica de los pueblos presupone que cada pueblo pueda regular en su territorio sus propios asuntos, sin sentirse amenazado por el dominio de otro. El dominio extranjero así como el acoso por la llegada de personas de culturas ajenas desencadenan la reacción de defensa.

Frecuentemente hemos hablado con anterioridad de las adaptaciones al servicio de la conservación de la especie. Éste es también el caso en el presente libro. No lo he modificado, sino que indico aquí que hay que sustituir la conservación de la especie por «adaptación» o «adaptación global». No existe un interés de la especie. Los individuos y los grupos de individuos estrechamente emparentados son aquellos en los que ataca la selección y «sobrevivir» significa sobrevivir en los propios descendientes o descendientes estrechamente emparentados. Entre las estrategias que mantienen el misterioso fenómeno de la vida se cuentan, entre otras, el aseguramiento mediante la diversidad. Los individuos como portadores de esta corriente de vida se transforman y experimentan de este modo con las nuevas creaciones. Cada individuo se convierte de este modo en una punta de lanza de la evolución. En el caso de los seres humanos no son sólo los individuos los que tienen que preservarse en la selección, sino también poblaciones estrechamente emparentadas. Se diferencian de otros y

compiten con ellos. La cultura se demuestra en este caso como marcapasos de la evolución. El comportamiento de «nuestro» grupo se basa en disposiciones de comportamiento innatas.

El recelo frente a los extraños forma parte de él. El lactante ya la presenta y esto en todo el mundo. Sin embargo, la xenofobia se aprende. Yo destaco esto constantemente para impedir que mi afirmación se manipule convirtiéndola en «la xenofobia es innata». Sin embargo, hay que saber que, sobre la base de nuestra desconfianza primaria, estamos más dispuestos a percibir lo negativo en los extranjeros, en cierto modo como confirmación del prejuicio innato. Muchas buenas experiencias pueden quedar eclipsadas por una única mala. El extraño es un enemigo potencial.

Con el desarrollo de la diversidad se desarrollan también los dispositivos limitantes para su mantenimiento. Nuestro trabajo de adoctrinamiento desempeña un gran papel a este respecto (Eibl-Eibesfeldt, 1982). Se trata de una disposición a aprender que se desarrolló en primer término seguramente con el cuidado individualizado de la prole en las especies en las cuales el éxito de la cría depende de una relación de interactuación personal. En estas especies los animales jóvenes y los padres aprenden a reconocerse unos a otros a través de las características personales (llamadas, olores, etc.), o sea con frecuencia durante una breve fase sensible Una diada madre-hijo como ésta es exclusiva. Las madres alejan a la prole extraña, y los animales jóvenes presentan un claro recelo frente a los extraños. La diada madre-hijo es el «grupo nuestro» más primitivo. En el caso de los animales organizados familiarmente se unen varios animales a través de relaciones personales. En el caso del ser humano existen, además de la familia, pequeños grupos individualizados que están ligados casi familiarmente y que se distinguen respecto de otros. Mediante la identificación simbólica y una extensión de la ética familiar se pueden unificar en los seres humanos finalmente muchas personas en grupos anónimos. Se basan a menudo, como indica ya el nombre de «nación», en ancestros

comunes. Los símbolos unificadores están ocupados emocionalmente así como las normas unificadoras. Parece que existe una fijación de tipo impronta.

El trabajo de adoctrinamiento mediante el cual se impregnan en nosotros, entre otros, los valores del grupo puede ser también peligroso, si se convierte en una fijación dogmática que, como en el caso del comunismo, bloquea la disposición a la corrección de los errores referidos al punto de vista. Todos sabemos las desdichas que puede causar el fanatismo religioso o político.

En los últimos quince años ha florecido una rama colateral de la etología, la biología social. Se trata de una disciplina de orientación ecológica que reúne conjeturas etológicas de genética de poblaciones con la intención de demostrar la adaptación. En los cálculos de coste/beneficio se esfuerza por formular modelos de optimización que permitan hacer afirmaciones cuantitativas sobre la aparición de ciertas formas de comportamiento. Han demostrado, entre otras cosas, que los torneos pueden producirse también por selección individual. No cuenta el interés de la especie —preservar a los miembros de la especie—, como suponía con Lorenz, sino la ventaja individual. El que lucha en el torneo tiene la ventaja de que su actuación está gravada con un menor riesgo. Los luchadores que causan estragos se pueden mantener, hasta una cierta proporción, en una población, precisamente hasta que los luchadores que causan estragos son demasiados. Sin embargo, con frecuencia se eliminan con anterioridad, ya que los luchadores de torneo responden con la misma moneda, es decir, combaten causando estragos cuando se encuentran con un luchador que los causa. Por lo tanto, un luchador que causa estragos no debe combatir causándolos sólo cuando se encuentra con sus semejantes, sino también cuando un luchador de torneo le paga con la misma moneda.

Se ha discutido mucho la cuestión relativa a las unidades de la selección. Sin duda se basa inicialmente en el fenotipo. Sin embargo, dado que la supervivencia significa supervivencia genética, sobrevive también uno que actúa a favor de los

descendientes de aquellos que están estrechamente emparentados con él, ya que en éstos están contenidos, en una cierta proporción, los genes que le caracterizan como individuo. En el ser humano aparecen además también los grupos cerrados como unidades en la competencia. El tema se trata con detalle en los trabajos de Eibl-Eibesfeldt (1987, 1983). Reynolds. Falger y Vine (1986) y Van der Dennen y Falger (1990) y P.L. van der Berghe (1979).

IRENÄUS EIBL-EIBESFELDT (1992)

INTRODUCCIÓN

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

El hombre deplora la violencia, la teme, pero al mismo tiempo la mitifica y busca la compañía de sus semejantes porque “al hombre le place el hombre".

Es la suya una naturaleza escindida, pues en cuanto se detiene a reflexionar, se da cuenta de que vive en un campo de tensión, y sueña con la paz, y tiende a ella con más fuerza que a la muerte heroica, tan glorificada aún en nuestros días. No obstante, hasta hoy las batallas han decidido el destino de los pueblos; en los libros de historia, las guerras jalonan como piedras miliares el camino de la evolución humana. En general, las comunidades avezadas en el arte de la guerra y mejor dotadas en cuanto a técnica bélica han resultado vencedoras; de los vencidos a menudo tan sólo han quedado las ruinas de sus poblados ennegrecidas por el humo como testimonio de su pasada existencia. Parece como si la humanidad estuviera sometida a un proceso pendular que ejerciera una cruenta selección por medio de la guerra. Este fenómeno nos provoca desazón e inquietud, suscita en nosotros conflictos y escrúpulos de conciencia, derivados quizá del miedo a la autodestrucción atómica. Este sentimiento, sin embargo, tiene raíces mucho más hondas, porque el ansia de paz es anterior a la bomba. Esperamos que haya paz en el mundo, lo deseamos. ¿Es éste un objetivo alcanzable? ¿No estaremos persiguiendo una utopía? ¿Acaso las culturas amantes de la paz no se convierten tarde o temprano en botín de otras que no lo son tanto?

En los últimos años el tema del comportamiento agresivo y de la guerra ha levantado incesantes polémicas, avivadas

por las teorías expuestas en 1963 por Honrad Lorenz, en las cuales sostenía que la agresividad contribuía a la conservación de la especie y que venía predeterminada por adaptaciones filogenéticas, lo cual implicaba la existencia de un instinto de agresión innato que inducía a los animales a luchar con sus congéneres.

Lorenz justificaba estas hipótesis aduciendo abundantes observaciones recogidas del mundo animal, y por último señalaba algunas analogías realmente sorprendentes que abonaban la creencia de que sus teorías eran aplicables al hombre.

Sus conclusiones fueron muy controvertidas. Sus detractores le acusaban de extrapolar al hombre, de manera irreflexiva, los resultados observados en animales, y atacaban con especial virulencia su concepción del instinto. En el hombre, aducían, la agresividad es reactiva; más aún: aprendida, pues según las investigaciones de los antropólogos la agresividad no es común, ni mucho menos, a todos los pueblos. Precisamente las comunidades más primitivas de cazadores y recolectores se caracterizan por su arraigado pacifismo, de donde cabría inferir que el hombre primitivo también habría llevado una existencia pacífica.

Algunos críticos cuestionan asimismo la relación entre las conductas agresivas individuales observadas en el mundo animal y humano y el fenómeno de la guerra. Para éstos la guerra no emana de la propia naturaleza del hombre, sino que se debe a razones de índole exclusivamente sociocultural:

“La instauración de la propiedad privada de los medios de producción supone el nacimiento de las sociedades antagónicas; es entonces y sólo entonces cuando la guerra se convierte en un medio político institucionalizado de coacción extraeconómica”, escribe Hollitscher. Este autor reprocha al mismo tiempo a los etólogos su errónea interpretación del hombre como animal.

A Lorenz se le ha acusado más de una vez de querer disculpar el comportamiento agresivo considerándolo “natural”, y propugnando de esta manera un fatalismo que supone un

arma en manos de aquellos que predican la inalterabilidad esencial de la sociedad. Esta opinión se basa en la idea errónea de que lo innato no sería asimilable por medio del aprendizaje.

Llama la atención la oposición radical de los críticos de la investigación biológica del comportamiento, como si los etólogos no concedieran demasiada importancia a los determinantes culturales generados por el entorno. La discusión sobre el comportamiento agresivo está lastrada por esta mistificación. Erich Fromm, por ejemplo, en su artículo *Thesen und Fragen zur Aggressionsforschung* ("Tesis y cuestiones en torno a la investigación sobre la agresividad") publicado en "Bild der Wissenschaft" (noviembre de 1974) escribía: "Nada más agradable para las personas... asustadizas e incapaces de modificar el curso de las cosas que lleva a la destrucción, que la teoría de Lorenz, que afirma que la violencia emana de nuestra naturaleza animal y nace de una pulsión irrefrenable hacia la agresión."

Aquí hemos de hacer una puntualización: Lorenz jamás ha hablado de "una pulsión irrefrenable hacia la agresión", sino que se ha limitado a precisar que, en su opinión, el comportamiento agresivo del hombre supone el mayor peligro de nuestra época, y que no solucionaremos el problema aceptando el fenómeno como algo inevitable y metafísico, sino investigando sus causas desde una óptica científico-natural:

"Dada la actual situación histórica, cultural y tecnológica de la humanidad, tenemos sobradas razones para considerar la agresión intraespecífica el más grave de todos los peligros. No obstante, nuestras perspectivas de hacerle frente no mejorarán, con toda seguridad, aceptándolo como algo inevitable y metafísico, sino siguiendo de cerca la cadena de su producción natural. Siempre que el hombre ha conseguido el poder de desviar el curso de los sucesos de la naturaleza para encauzarlos en una dirección determinada, ha sido gracias a la comprensión de la serie causal que los produce. La fisiología, ciencia de los procesos biológicos normales que desempeña la

función de conservar la especie, constituye la base indispensable de la patología o teoría de sus perturbaciones.”

Lorenz huyó siempre como de la peste del biologismo ramplón que reduce al hombre a la condición de “puro” animal:

“Lejos de subvalorar la diferencia entre las conductas descritas de los animales superiores y esas acciones humanas gobernadas por una razón y una moral responsables, yo afirmo: nadie es capaz de apreciar con tanta nitidez la originalidad de esas acciones específicamente humanas como aquel que las ve emerger del trasfondo de esas pautas de actuación y de respuesta mucho más primitivas que todavía hoy tenemos en común con los animales superiores”[1].

Yo, por mi parte, he recalcado una y otra vez que el hombre es, por naturaleza, un ser cultural. En los animales a menudo las pautas de comportamiento dependen hasta en los detalles más nimios de adaptaciones filogenéticas. En el caso del hombre el determinismo no es tan rígido. El hombre precisa un control adicional de los estímulos: la cultura. Este corsé cultural impone también ciertamente limitaciones a su libertad, pero es susceptible de modificaciones rápidas en el transcurso del tiempo cuando el cambio de las condiciones vitales exige una nueva adaptación. Gracias a la ayuda de distintas adaptaciones culturales, el hombre ha desarrollado

---

[1] Y en otro lugar, a un periodista que le pregunta cuándo se comporta el hombre como un animal. Lorenz responde:
“¡En realidad nunca! El hombre únicamente se puede comparar con el animal hasta cierto punto. Cierto que no se distingue del animal en que no tenga nada que ver con él: tiene muchas cosas en común con éste: la diferencia radica en que además de lo animal ha recibido por añadidura algo esencial que modifica sustancialmente su conducta, es decir, su capacidad intelectual, su raciocinio, su lenguaje basado en la palabra y, sobre todo, su capacidad para reflexionar e imponerse frenos éticos. . Llevamos sin duda en nuestro interior a un animal que quema manifestarse, pero es siempre reprimido gracias a un enérgico sistema de control. Es justamente esta represión la que nos hace libres, la que nos convierte en hombres” (K. Lorenz, en R. J Humm. *Der Marín. Der die Tiersprache Versteht [El hombre que entiende la lengua de los animales]*, Zurich. 1958).

estrategias de supervivencia dentro de los espacios vitales más diversos, que a su vez implican también adaptaciones de la conducta social. Un esquimal, por ejemplo, necesita ritualizar el control de la agresividad de una manera radicalmente distinta a un massai o al habitante de una gran urbe centroeuropea. Sin estas pautas de comportamiento desarrolladas dentro de una cultura específica, la convivencia ordenada sería imposible. He demostrado, además, que el ser humano manifiesta claramente una apetencia de cultura. Ya los niños pequeños desarrollan reglas en sus juegos, se aterran a ellas, y nada les causa mayor placer que participar en juegos ateniéndose a reglas. Las reglas les proporcionan seguridad y orden. En el mismo sentido, Lorenz se refiere a la "originalidad de la conducta moldeada por la cultura" y resalta el hecho de que el hombre considera el comportamiento no ritualizado como "mal visto"; dicho con otras palabras: siente vergüenza cuando se comporta de manera inculta. Pero esta programación previa del hombre para ser un ser cultural no debe inducimos al error de subvalorar el papel de lo innato.

La polémica sobre la agresividad humana ha fortalecido en los últimos años precisamente ciertas corrientes contrarias a la biología.

La paleta multicolor de la crítica mezcla argumentos objetivos e ideológicos, y la multiplicidad de opiniones dificulta, como ya se ha dicho, una comprensión clara del progreso de la investigación del comportamiento agresivo. ¿Dónde nos encontramos hoy, veinte años después de la polémica desatada por Konrad Lorenz?

En las páginas siguientes abordaré los argumentos de las diferentes partes y analizaré su consistencia a la luz de los hechos que hoy se consideran probados. Por ello, en primer lugar plantearé la pregunta de si los factores hereditarios predeterminan la agresividad animal y humana, y en caso de respuesta afirmativa, indagaré cómo. Me serviré para ello de los descubrimientos de la etología animal, de la fisiología, de la psicología genética y de la etnología; estudiaré distintas culturas apoyándome en la metodología comparativa a fin de

investigar las manifestaciones del comportamiento agresivo, el desarrollo de los jóvenes, los estímulos desencadenantes y los diferentes tipos de control de la agresión. De esta manera espero descubrir, entre otras cosas, tanto los móviles que desencadenan el conflicto agresivo como los que presiden su solución. Sobre esta temática he recogido abundante material durante mis repetidos viajes a culturas indígenas como los waika (alto Orinoco), bosquimanos de Kalahari *(!Ko. G/wi* y *!Kung),* los himba (África del Suroeste), diversas tribus de papúes íkukukuku. woitapmin, medlpa, daribi, biami, eipo). los waibiri y pintubi del centro de Australia, los balineses, los isleños de Trobriand y algunos otros pueblos.

De la comparación entre los procesos de adaptación filogenética y cultural surgen semejanzas notables, que en muchos casos pueden interpretarse como un resultado de la presión de la selección que actúa en un mismo sentido. Este fenómeno se revela con especial claridad cuando se investigan los modelos biológicos y culturales del control de la agresión. Los combates rituales de los vertebrados y las 'luchas de los hombres en torneos ritualizados por la cultura presentan numerosos paralelismos derivados de su funcionalidad. Yo defiendo la teoría de que la evolución filogenética y la cultural obedecen a las mismas leyes funcionales, es decir, que la evolución cultural repite, en cierto sentido, la evolución biológica en un nivel superior de la espiral evolutiva. De ser cierta esta hipótesis —y espero probarlo—, entonces a partir del conocimiento de la evolución biológica se podría determinar nuestra posición en el transcurso de la evolución cultural y aventurar pronósticos sobre el curso futuro de la evolución. Para intentar clarificar esta cuestión haré un estudio exhaustivo del comportamiento agresivo y de la guerra.

En las páginas siguientes demostraré que en el caso del hombre hay que distinguir la guerra de otras formas de agresión intraespecíficas, a pesar de que existen formas mixtas o de transición. En el reino animal, como es sabido, la agresión intraespecífica rara vez pretende la aniquilación física del congénere. Esto lo evitan por lo general ritualizaciones espe-

ciales de la disputa. También en el mundo humano existen formas regladas muy similares de la agresión. Se observar, en los conflictos con miembros del grupo, y normalmente, al igual que en el caso de los animales, no son destructivas. Además, adaptaciones filogenéticas ejercen un control muy acusado sobre este tipo de agresión; gestos expresivos innatos, entre otros factores, gobiernan el transcurso de la agresividad hasta que la invitación al apaciguamiento soluciona el conflicto.

Por el contrario, la forma de agresión que denominamos guerra carece, en principio, de esos controles que impiden la aniquilación. La guerra pretende, ante todo, la eliminación de los congéneres de otro grupo, fenómeno que en el reino animal sólo se da en los conflictos interespecíficos. La guerra entre grupos humanos diferentes reviste, por tanto, los rasgos y características de un conflicto interespecífico[2]. Por lo demás, cumple funciones similares a la de la agresión intraespecífica en el mundo animal. Cabe interpretarla como una adaptación desarrollada en el seno de la cultura al servicio del *spacing* (distanciamiento) de grupos culturales.

Los combates de numerosos vertebrados, hoy tan perfectamente ritualizados, derivan seguramente de combates de daño (pág. 61 y ss). Con otras palabras: la agresión intraespecífica de estos animales tuvo, en sus orígenes, el carácter de lucha de daño. ¿Cabe deducir de esto que la evolución cultural conducirá a una ritualización de la guerra? Finalmente, ¿qué requisitos harían innecesaria la rivalidad entre los grupos? Para responder a todos estos interrogantes es preciso examinar previamente las funciones de la guerra; sólo después podremos planteamos la pregunta de cómo cumplir dichas funciones de un modo que excluya la guerra.

[2] Sin embargo, no debemos equipararla sin más a las luchas entre especies animales distintas. Este tipo de conflicto es un fenómeno típicamente humano. No existe animal alguno cuya especie se enzarce con otra en una agresión colectiva.

Este libro se basa en mi obra *Liebe und Hass* (“Amor y odio”), en la que estudio el proceso de la evolución cultural investigando su funcionalidad, su génesis y su producción desde una perspectiva biológica.

Los estudiosos de la literatura sobre la agresión no tardan en constatar que a los participantes en esta polémica suele resultarles difícil discutir de la agresión sin agredir, y esto dificulta, en ocasiones, el diálogo entre las disciplinas científicas. Hoy más que nunca tenemos que asumir este hecho. Wolf Lepenies ha escrito en el “Frankfurter Allgemeine Zeitung”:

“Ya va siendo hora de que etólogos y sociólogos dejen de malgastar sus energías en agotadoras polémicas mutuas y dediquen todos sus esfuerzos a acarrear juntos los materiales necesarios para construir una ciencia del hombre.”

Espero que mi aportación contribuya, en este sentido, a aproximar posturas encontradas y a fomentar el diálogo.

Buena voluntad no falta. Sin embargo, en cuanto la discusión entraña reivindicaciones sociales, las opiniones se polarizan. Entonces, los interlocutores, en vez de exponer argumentos objetivos, se deshacen en improperios: da igual que se trate de una política partidaria de la paz, de asuntos ajenos al propio país o de reformas sociales. Vivimos en una época de crisis. Vastas zonas de la tierra padecen una grave superpoblación y al mismo tiempo una alarmante insuficiencia de recursos. Hoy los políticos reconocen por fin esas interrelaciones ecológicas que Malthus apuntó con claridad hace ya más de cien años. Durante una entrevista concedida en 1983 al “Zeit". Willy Brandt confesaba: “Veinte años atrás, los políticos no teníamos ni idea de lo que era la ecología.” Triste confesión ésta, que debería impulsarnos a reflexionar sobre la cualificación profesional de los políticos. Al fin y al cabo, la ecología como disciplina científica fue creada por Ernst Haeckel allá por 1886, y hace ya veinte años se había editado *Silent Spríng*, el bestseller mundial de Rachel Carson. Demoll, Grzimek y otros autores habían estudiado el tema incluso antes. A nosotros nos mueve la pasión, pero únicamente la

confluencia de ésta con el saber nos permitirá aprehender hasta cierto punto los problemas de nuestro tiempo. Un cínico quizás arguya que será en definitiva la selección la que equilibrará la balanza, subsanando los yerros. Sin embargo, el aprendizaje a base de catástrofes es un proceso muy doloroso, y deberíamos evitarlo.

I. SOBRE EL MÉTODO Y TEORÍA DE LA ETOLOGÍA

En las discusiones sobre la agresión humana, psicólogos, sociólogos y antropólogos se muestran, por lo general, en desacuerdo con los trabajos de los biólogos investigadores del comportamiento (etólogos). De la lectura de las polémicas deriva a menudo la impresión de que los detractores de la etología combaten definiciones y teorías propias de los albores de la etología comparativa, que esta ciencia ya ha revisado. Por los argumentos esgrimidos por algunos críticos parece como si los etólogos creyeran en instintos místicos, infalibles; en realidad, dichos críticos atacan un concepto de instinto superado por la biología desde hace medio siglo. Los malentendidos se centran, sobre todo, en la idea de lo innato (hereditario) y de la adaptación. La frecuente alusión a extrapolaciones “abusivas” o ilícitas del animal al hombre denota también una falta de familiaridad con la metodología y la teoría de la biología comparada, fenómeno que no resulta particularmente asombroso, sobre todo si tenemos en cuenta que los mismos etólogos precisaron largo tiempo para aclarar sus ideas al respecto. Investigaciones decisivas, como por ejemplo las de Wolfgang Wickler sobre la importancia de investigar la convergencia, no han aparecido hasta los últimos años. Por ello quisiera anteponer a mi estudio un sucinto resumen del entramado conceptual, teórico y metodológico de la etología comparada

Hoy todo el mundo coincide en definir la etología como biología del comportamiento, acentuando así el hecho de que esa línea de investigación se desarrolló en el marco de la biología, prestando los métodos y problemas de esta última ciencia a la etología. Al igual que las restantes ciencias del

comportamiento, la etología intenta investigar la etiología de una conducta. De todas formas la cuestión de por qué un ser vivo se comporta de una manera concreta no supone únicamente indagar los mecanismos fisiológicos causales, los estímulos desencadenantes y la evolución individual, sino también el valor de la selección (¿para qué sirve una determinada conducta?), y, en consecuencia, la evolución filogenética e histórica.

Nosotros nos planteamos también estos interrogantes al estudiar el comportamiento humano, e intentamos abarcarlo desde una óptica funcional, filogenética y evolutiva, y al mismo tiempo fisiológico-causal. El descubrimiento de que también los animales sufren una programación previa por influjo de adaptaciones filogenéticas en ámbitos muy concretos de su conducta, obligó a la etología a plantearse la cuestión de si ese fenómeno era también aplicable al hombre. Investigaciones recientes han demostrado que sí: también el hombre está dotado de formas dinámicas innatas (coordinaciones hereditarias), estímulos, mecanismos desencadenantes y disposiciones para el aprendizaje innatas. Asimismo, adaptaciones de este tipo determinan el marco de lo estructurare por la cultura. La investigación comparada de rituales en distintas culturas demuestra, por ejemplo, que, pese a la enorme variabilidad del fenotipo externo, en el fondo subyace una disposición estructural básicamente idéntica. Las fiestas se configuran según reglas universales: su curso obedece a una gramática que nos es innata. Existen, además, leyes funcionales aplicables a la estructuración de rituales filogenéticos y culturales, ya que en el terreno creativo actúan los mismos impulsos de selección Con esto queda aclarado que la etología humana no se limita única y exclusivamente a estudiar el componente instintivo innato del comportamiento humano, sino que, además de la parcela biológica, también aspira a investigar la cultural. Insistimos en ello porque en ocasiones se oye la opinión de que la etología se ocupa exclusivamente de los elementos innatos del comportamiento humano. Nosotros no pensamos en absoluto restringir tanto el ámbito de

nuestro estudio, aunque cuando en 1966 acuñamos el concepto de *etología humana* centramos nuestras investigaciones en las adaptaciones filogenéticas. Teníamos entonces buenos motivos, pues precisamente ese aspecto del comportamiento humano había sido descuidado por los investigadores.

1. ALGUNOS CONCEPTOS FUNDAMENTALES DE LA ETOLOGÍA

a) Lo innato en el comportamiento animal

Se sabe desde hace mucho tiempo que los animales no necesitan aprender determinadas destrezas. Cuando, por ejemplo, una mariposa, apenas terminada la metamorfosis, se eleva por el aire, o cuando una apeira, sin aprendizaje previo, teje una tela de araña, se hablaba de acciones instintivas. Pero también se atribuía al "instinto" el vuelo de las aves migratorias en dirección a su lejano objetivo, como si dichas aves estuvieran guiadas por una fuerza oculta; de hecho, esta explicación daba por solucionado el problema, remitiéndose a una fórmula de explicación vacía. No es, pues, de extrañar que el concepto de instinto se desacreditase entre biólogos y psicólogos de orientación cientificonatural. Pero esta postura data, al menos, de hace medio siglo.

En 1935, Konrad Lorenz publicó una obra que abrió nuevas perspectivas: *Der Kumpan in der Umweit des Vogels* ("El congénere en el medio ambiente de las aves"). Basándose en los trabajos anteriores de Oskar Heinroth y Jakob von Uexküll, Lorenz aclaró en qué consisten en realidad las pautas de comportamiento instintivas. Como resultado de estas investigaciones —entre las que también hay que citar los trabajos pioneros de Niko Tinbergen y Karl von Frisch—, hoy podemos afirmar que los animales están preprogramados en campos muy definibles de su comportamiento. En general, los animales vienen al mundo con un repertorio de formas dinámicas muy funcional. Algunos, por ejemplo, son capaces de correr inmediatamente después de nacer; otros, nadar e inclu-

so volar. Las estructuras nerviosas que presiden los comportamientos van creciendo en un proceso de autodiferenciación, en virtud de órdenes evolutivas fijadas en la herencia. Por este motivo se habla también de *coordinaciones hereditarias.* Estas no están todas plenamente maduras en el momento del nacimiento. Algunas alcanzan su madurez en el transcurso del desarrollo, sin necesidad de un entrenamiento o un modelo previos. Es un caso similar al de determinados órganos que sólo en cierto momento alcanzan su plena aptitud funcional. Las palomas, por ejemplo, no precisan aprender a volar. Podemos criarlas en jaulas tan estrechas que les impidan batir las alas, pero esto no impedirá en absoluto su futura capacidad de vuelo; si dejamos en libertad a los animales de ensayo a una edad en que las palomas criadas normalmente vuelan bien, echan a volar apenas se los suelta. Hoy conocemos abundantes ejemplos parecidos. Ningún pato tiene que aprender el ritual de la época de celo. Cuando alcanza la madurez sexual, domina ese comportamiento, aunque nunca antes haya visto ejemplos.

Además, los animales son capaces de reaccionar de la forma más conveniente para la conservación de la especie, sin necesidad de un adiestramiento especial, respondiendo a ciertos estímulos del entorno, para los que poseen los correspondientes detectores. En el plano funcional, los animales se comportan como filtros de estímulos, es decir, desarrollan ciertos comportamientos únicamente cuando se presentan estímulos muy concretos. Estos mecanismos se denominan *mecanismos disparadores innatos,* y se ha comprobado que activan muchas de las reacciones sociales de los animales. En casos como éstos, en los que para el emisor de señales es muy importante ser “comprendido” correctamente, los receptores y emisores de estímulos generan un ajuste y adaptación mutuos. Producen señales muy llamativas —”disparadores”—, un abanico de colores, olores, actitudes específicas, sonidos y gestos expresivos, como, por ejemplo, la danza de las abejas, estudiada por Karl von Frisch. A menudo las señales se pueden falsificar con burdos engaños. Tinbergen investigó las

señales que provocaban el combate y el celo de los machos de espinoso. Durante la época de apareamiento, espinosos machos ocupan una zona y se les enrojece el vientre. Expulsan entonces de su territorio a los rivales de vientre rojo, y se aparean con las hembras, caracterizadas por su vientre hinchado de color plateado. Si mostramos a un macho una imitación realista de espinoso que no presente el vientre rojo ni hinchado y de tono plateado, el macho se despreocupa del objeto; pero ataca en el acto a una simple salchicha de cera con la parte inferior pintada de rojo, y remolinea alrededor del mismo objeto si su parte inferior es gruesa y plateada. Los espinosos criados en absoluto aislamiento se comportan de la misma manera. Este es sólo un ejemplo entre muchos.

Los animales, sin embargo, no son meros autómatas que reaccionan únicamente a estímulos. También actúan de forma espontánea, inducidos por mecanismos fisiológicos. Se habla entonces de mecanismos motivantes o *instintos*. La idea de instinto expresa de un modo meramente descriptivo el hecho de que la causa de la estimulación sea interna, lo cual no implica que estos mecanismos estén construidos con arreglo a un modelo o patrón. En la generación de una disposición para la acción específica actúan de manera conjunta y en una compleja interacción estimulaciones internas de los sentidos, hormonas y factores del sistema nervioso central. Como ya apuntaron Tinbergen y Von Holst, cabe también distinguir diferentes niveles de integración de instintos. Finalmente, ciertos instintos, como por ejemplo el de la ingesta o el de agresión, pueden mostrar una configuración muy variada según la especie. El concepto de instinto, por tanto, no es unívoco. Es importante resaltar que en muchos casos la espontaneidad del comportamiento se debe a la actividad espontánea de ciertos grupos de neuronas. En este campo fueron determinantes las investigaciones de Von Holst, que demostró que la médula espinal de los peces, perfectamente aislada, es decir, sin aporte o afluencia alguna de estímulos, es, de por sí, activa, pues envía impulsos organizados a la musculatura. Von Holst separó mediante una punción el cerebro y la médu-

la espinal de las anguilas; luego seccionó las raíces dorsales de la médula espinal que proporcionan normalmente al animal información del mundo exterior y de su propio cuerpo. Cuando se recobraba del *shock* de la operación, el cuerpo, al que se hacía respirar artificialmente, comenzaba a serpentear con movimiento bien coordinado. Este experimento demuestra que el sistema nervioso central de la anguila alberga grupos de células nerviosas motoras espontáneamente activas, cuyos patrones de impulsos se coordinan también centralmente, de manera que envían a la periferia órdenes de movimiento perfectamente regladas.

Por lo general, instancias conectadas en serie inhiben la descarga permanente o continua. Pero una inhibición dilatada desemboca en un estancamiento del estímulo, de fisiología hasta ahora desconocida. Lo que sí sabemos es que la capacidad para efectuar movimientos específicos aumenta con ello; evidentemente, los grupos de células motoras tienden a buscar el desahogo del movimiento.

Numerosos experimentos posteriores han probado el automatismo, la coordinación central y la saturación de la excitación. Se ha comprobado además que el aprendizaje motor se basa en una reordenación de las relaciones entre automatismos centrales, y esto explica también que los movimientos aprendidos generen su propia motivación, porque dependen de grupos de células espontáneamente activas. En las coordinaciones heredadas, las relaciones entre los grupos celulares automáticos son estables. Por ello, el intervalo relativo entre las fases contractivas de los músculos que participan en el movimiento permanece constante, y los tipos de movimiento, aunque transcurran con diferente intensidad, se perciben siempre idénticos (constancia de forma).

Basándose en estos hallazgos experimentales y en numerosas observaciones propias, Lorenz desarrolló la teoría de que el sistema nervioso central de los animales generaba estímulos, los almacenaba y los consumía al finalizar determinadas conductas. Estos procesos de sobrealimentación explicarían la diferente predisposición para la acción en con-

diciones exteriores constantes. Sabemos que aquellos animales que no son capaces de ejecutar durante mucho tiempo ciertos comportamientos, tienden a reaccionar frente a los estímulos del entorno de un modo cada vez más inespecífico, y que, en casos extremos, las pautas de conducta se disparan finalmente “en el vacío”, es decir, sin causa exterior perceptible. El proceso finaliza al “consumirse la energía” A propósito de esto. Lorenz habló también de la energía específica de la acción, concepto, éste, que se presta a equívocos. Lorenz pretendía decir que cada comportamiento está motivado por grupos de neuronas específicos, espontáneos (productores de energía), no que fueran producidas diferentes clases de energía.

En la actualidad, los hallazgos neurofisiológicos abogan en favor de un modelo de energía. Se sabe ya con toda certeza que, por lo general, una conducta finaliza gracias a mecanismos de desconexión específicos, no por un agotamiento de la energía almacenada.

Distintas investigaciones han probado que ciertos comportamientos se presentan siempre en series, en el seno de las cuales se excluyen mutuamente. Por ejemplo, en muchos vertebrados la disposición para la huida reprime la de alimentarse o la de combatir; la disposición para el combate inhibe la del celo o la de nadar en grupo. En consecuencia, los distintos sistemas de pulsiones que presiden los comportamientos ejercen unos sobre otros efectos estimulantes o inhibitorios.

Finalmente, los animales están dotados de aptitudes para el aprendizaje específicas de cada especie, innatas, fenómeno que no debe extrañamos puesto que tienen que modificar sus comportamientos de modo que la variación contribuya a la supervivencia. Citaremos un ejemplo al respecto. Según la teoría clásica del aprendizaje defendida por el americano Skinner, cabe imbuir cualquier conducta mediante el estímulo basado en el castigo. Euler investigó esta hipótesis en los gallos. En principio los castigó una vez por cada manifestación agresiva, logrando así una rápida inhibición de la amenaza y el combate, y los gallos se tomaron sumisos y adoptaron

el rango de inferiores. Euler intentó entonces eliminar el comportamiento sumiso en otro grupo de animales con el mismo método, sin conseguirlo. Los animales, en cuanto les atacaba otro de rango superior, mostraban un comportamiento sumiso, aunque se les proporcionara un estímulo eléctrico de castigo. Los animales están programados de tal forma que el "castigo" es el estímulo que induce a la sumisión.

Se ha comprobado que en numerosos animales existen períodos sensibles, durante los cuales se aprenden pautas de comportamiento concretas con especial perfección, por ejemplo, la unión a la pareja o a un objeto, las preferencias alimentarias o determinadas destrezas —por ejemplo, el canto—, que se integran en muchos casos en lo ya aprendido. Este fenómeno se denomina impronta.

Klopfer ha aportado interesantes observaciones sobre la fisiología de la impronta. Este investigador descubrió que las cabras madres sólo se muestran dispuestas a aceptar a un cabritillo recién nacido (sea suyo o de otro animal) durante un período de tiempo muy breve inmediatamente después del parto. Si se separa durante dos horas a la madre y a la cría después de haber estado juntas cinco minutos y devolvemos el cabritillo a la madre, ésta lo acepta, al mismo tiempo que rechaza los cabritillos extraños. Por el contrario: si nada más nacer separamos a la cría de la madre, y se la devolvemos a las dos horas, la cabra ataca a su retoño como si fuera un extraño. Klopfer adujo que inmediatamente después del alumbramiento el nivel de la hormona oxitocina en la sangre de las cabras es muy elevado. Pero la hormona desaparece a los cinco minutos. Puede provocarse una secreción de esta hormona ensanchando por medios mecánicos el cuello uterino de una cabra, y así sucede durante el parto. La oxitocina sensibilizaría a la madre —el cómo no se conoce aún con exactitud— para captar las señales provenientes del animal recién nacido.

La idea de lo innato ha sido criticada en diferentes ocasiones aduciendo que nunca podrá demostrarse un desarrollo independiente de la experiencia: en cada estadio evolutivo,

incluso en el huevo, el entorno influiría sobre el organismo. Lorenz invalidó este argumento arguyendo que para probar la existencia de factores innatos no era preciso un aislamiento absoluto del influjo del medio ambiente, y que incluso dicho aislamiento impedía su comprobación, pues podría alterar o perturbar el desarrollo, trastornando otros procesos distintos a los comportamientos en cuestión. Así, la crianza en una oscuridad permanente provoca, en la mayoría de los casos, una degeneración de la retina; en consecuencia, cualquier experimento para comprobar con semejante "privación experimental" la reacción innata ante las formas o los colores, estaría condenado de antemano al fracaso. Lo importante es que al animal se le priva de información relevante, y precisamente en el terreno de la adaptación que se discute. Si yo deseo saber, por ejemplo, si un ave domina de manera innata o no el canto de la especie en cuanto coordinación hereditaria, bastará con criarlo aislado con respecto a los sonidos. Si a pesar de todo llega a cantar, habré demostrado que la información concerniente a las pautas de canto radican en el genoma, es decir, no tienen que ser adquiridas en el curso del desarrollo individual. Pueden verse más detalles sobre estas cuestiones, que aquí analizo de pasada, en mi obra *Grundriss der vergleichenden Verhaitensforschung* ("Elementos de etología comparada").

En el ámbito de la neurofisiología, las investigaciones de Sperry han contribuido poderosamente a la comprensión de los procesos de maduración. En un principio se creía que el sistema nervioso, desde el punto de vista funcional, poseía una enorme plasticidad, merced a la cual era capaz de reordenar a voluntad su propia red. La cirugía de los años treinta todavía defendía que en caso de emplear un nervio del brazo para inervar una pierna paralizada, tendría lugar una nueva adaptación funcional. Las investigaciones de Sperry demuestran que no es así. El trasplante quirúrgico de nervios y músculos no generaba una nueva adaptación funcional. El desarrollo de las conexiones nerviosas se efectúa según pautas muy selectivas insertas en los genes. Sperry, por ejemplo,

trasplantó en una rana un trozo de piel del lomo al vientre y viceversa, efectuando la operación en un estadio evolutivo temprano, antes del crecimiento de los nervios hasta la periferia. Más tarde, cuando se estimulaba la zona de piel del vientre trasplantada al lomo, la rana se rascaba el vientre.

Otro de sus experimentos consistió en girar 180° los ojos de un batracio, invirtiendo su campo visual. Luego separó los nervios ópticos y destruyó las fibras. La regeneración no restituyó la capacidad visual normal; el animal seguía percibiéndolo todo al revés. En este campo existe, evidentemente, una determinación muy rígida que impide una nueva adaptación funcional. Según Sperry, las fibras nerviosas crecen, dirigidas por estímulos químicos, hacia sus respectivos órganos finales, con los que sintonizan químicamente. En la actualidad conocemos cómo un sistema nervioso complejo va creciendo hasta alcanzar la madurez funcional. En un trabajo publicado en 1971, Sperry resaltaba que ese fenómeno coincide con la idea etológica de lo innato, pero añadía que el alcance de estos descubrimientos de la neurofisiología comenzaba entonces a tener influencia en otros ámbitos ajenos a la biología y a la etología.

La opinión de que la comprobación de lo innato induciría a los etólogos a desechar el influjo de la experiencia es, a todas luces, errónea. En principio, se pueden ejercer influencias tanto estimulantes como inhibitorias. Además, Lorenz se refirió ya en sus primeros trabajos al "ensamblamiento instinto-adiestramiento", y las investigaciones etológicas de las dos últimas décadas ofrecen abundantes ejemplos sobre el modo en que el aprendizaje coadyuva a integrar los comportamientos en un tono funcional.

b) Factores innatos de la conducta humana

Las investigaciones de los últimos años revelan que adaptaciones filogenéticas preprograman también la conducta del hombre. En mi nuevo manual *Die Biologie des menschlichen Verhalten. Grundriss der Humanethologie* ("Biología de la

conducta humana. Elementos de etología humana") analizo el tema en profundidad, por lo que aquí seré breve, máxime teniendo en cuenta que trataré con mayor detalle las preprogramaciones en cuanto afectan al comportamiento agresivo del hombre. El examen de ciegos-sordos de nacimiento, el estudio de lactantes y la comparación de culturas han demostrado que las personas están provistas en principio de un repertorio de movimientos funcionalmente aptos que no tienen que aprender. Muchos de los gestos expresivos Irisa, llanto, expresión de furia) se pueden considerar o interpretar como coordinaciones hereditarias. Además, las personas, ante determinadas situaciones estimulativas, reaccionan de un modo apropiado para la conservación de la especie, sin necesidad de adiestramiento previo. Citaré sólo un ejemplo: los lactantes de 14 días interpretan una mancha negra que se va agrandando simétricamente en una pantalla como un objeto que se mueve hacia ellos con rumbo de colisión, y manifiestan movimientos de rechazo. Varios autores, entre ellos Hassenstein, han aludido a la tendencia al aprendizaje. La cuestión de los estímulos la discutiremos con el ejemplo del comportamiento agresivo.

Lorenz nos proporciona información sobre las programaciones previas que presiden el progreso cognitivo del hombre. Todavía hoy se sigue subvalorando el papel de lo innato en la conducta humana. Horn, por ejemplo, escribe: "El comportamiento instintivo predeterminado filogenéticamente desempeña todavía un papel en el ser humano, y así lo ha demostrado Spitz en diferentes contextos. Sin embargo, en el hombre los residuos de comportamientos predeterminados filogenéticamente son rudimentarios[3] y sobre todo carecen de valor para sobrevivir al margen de las relaciones sociales." Esta

[3] En terminología biológica, rudimentario quiere decir: en proceso de degradación con pérdida de la función primitiva. Una estructura rudimentaria es un residuo que la selección natural ya no contribuye a mantener Rudimentario es, por ejemplo, el apéndice del hombre, rudimentarias son las instalaciones dentarias de los embriones de misticetos que no llegan a salir.

afirmación es lisa y llanamente falsa. A la luz de los conocimientos actuales, calificar de “rudimentarios” a todos los programas filogenéticos, incluso los de percepción y procesamiento de datos procedentes del medio ambiente y los referentes a la conducta motora humana de relación con el mundo animado e inanimado, es, por lo menos, una afirmación sorprendente.

Quizá la enorme plasticidad de los gestos expresivos del hombre haya alimentado la idea de que incluso esta pauta de comportamiento universal es sumamente modificable. Sin embargo, no es éste el caso. La mímica humana consiste precisamente en un proceso caracterizado por una programación previa muy acusada.

La plasticidad deriva de la superposición de conductas innatas en su mayoría y por lo tanto constantes en cuanto a la forma, que sólo varían en intensidad. Por ejemplo, la expresión de la timidez —que desempeña un importante papel en el flirteo— es la combinación simultánea o consecutiva de movimientos de alejamiento y de acercamiento. Disponemos para ello de pautas de comportamiento innatas siempre distintas. A esto hay que añadir además conductas aprendidas, como el ocultamiento. En cualquier caso, se trata siempre de la misma configuración estructural organizada según el principio de la antítesis.

Una muchacha que flirtea puede, por ejemplo, establecer un contacto con los ojos, y al mismo tiempo cubrirse con el abanico la mitad del rostro de forma que sólo vea por encima del borde, o puede girar el busto, mostrando al mismo tiempo el hombro. Puede también vacilar entre mirar o desviar la vista. Dispone de diferentes movimientos de alejamiento y negativa, susceptibles de combinarse con otros de acercamiento y asentimiento. Puede también producirse la activación simultánea de músculos antagónicos. Una sonrisa como señal amable, si se reprime, puede convertirse en una sonrisa refrenada por turbación. Pese a su aparente plasticidad, la conducta se reduce a la combinación o superposición de algu-

nas constantes parecidas a la del ejemplo que mantienen entre sí una relación de oposición (de antítesis).

Esta superposición denota al mismo tiempo una ambivalencia frente a nuestros semejantes. Como seres sociales que somos, nos sentimos atraídos por nuestros semejantes, pero, paralelamente, éstos son portadores de atributos que nos hacen recelar a la hora de establecer un contacto más estrecho. Los otros activan tanto el sistema de acercamiento amistoso como el agonístico, que comprende las conductas de agresión y de huida Hay que señalar que para ello no es preciso haber tenido experiencias aciagas con nuestros semejantes. Los lactantes sanos manifiestan entre el sexto y octavo mes una conducta claramente ambivalente con respecto a los extraños. Las reacciones de acercamiento alternan cíclicamente con el alejamiento huidizo; si el extraño sobrepasa una determinada distancia crítica, el niño, con evidentes muestras de temor, se refugia en su madre; ¡incluso niños que nunca han tenido experiencias desagradables con extraños! El contacto visual con desconocidos *es* vivenciado como amenaza

No hay duda de que la madre también es portadora de señales que inspiran temor. Pero en aras de un vínculo duradero entre la madre y el hijo, se ha generado una capacidad para la unión personal, y en cuanto ésta se presenta la eficacia de los signos atemorizadores interpersonales se debilita Dado que somos seres familiares, integrados en grupos pequeños, formalizamos también otros vínculos individualizados similares con otros miembros del grupo, a los que después nos sentimos unidos por lazos de confianza. Por el contrario, el individuo acoge al extraño con cierta desconfianza: está dispuesto a trabar amistad con él, pero esta actitud sólo dura un rato, y hasta entonces la conducta se caracteriza por cierta reserva derivada de un miedo social. Durante el período más dilatado de su historia, el ser humano vivió en comunidades reducidas individualizadas. En ellas se conocían todos, y aun cuando la compenetración entre los distintos miembros del grupo tenía distintos grados y matices, los individuos se conocían y por ello no se temían. En las sociedades modernas esta situación

ha cambiado. Vivimos rodeados de personas a las que desconocemos, y este hecho alimenta y activa el sistema agresivo, por lo cual vivenciamos a los extraños como fuente de tensiones. Las manifestaciones son muy variadas.

El cómputo de la velocidad del paso de los habitantes de distintas ciudades demostró que las personas caminan más deprisa cuanto mayores son las ciudades, como si practicaran una suerte de huida. Además, los ciudadanos de las grandes urbes ponen en juego estrategias tendientes a esquivar el contacto. Erving Goffmann calificó de *polite inattention* al hecho de eludir el contacto visual con desconocidos, por considerarlo descortés y provocador, e indica a este respecto que los ocupantes de un ascensor no se miran a la cara, sino que fijan la vista en el techo o en el panel indicador.

Además, los habitantes de las grandes ciudades enmascaran sus expresiones por la calle, mantienen hierático su rostro. Se reprimen las reacciones de acercamiento, ya que podrían invitar a nuestros semejantes al contacto; quien se abre a los extraños, corre el peligro de ser utilizado. Por ello, nos esforzamos por ofrecer en público un rostro inexpresivo a fin de no revelar nuestras debilidades. Esto puede convertirse en un hábito tan arraigado que al final las personas no logran desembarazarse de la máscara ni siquiera en el círculo familiar y se ven obligadas a recurrir a los terapeutas de la comunicación.

Asimismo, las adaptaciones filogenéticas controlan en el hombre series conductuales más largas. Existen estrategias elementales de interacción, observables en todas las culturas. Sólo existe un número limitado de posibilidades para conseguir ofrecer a los otros las facetas positivas de nuestra personalidad, para entablar un contacto amistoso, para bloquear una agresión, para desafiar o apaciguar a un compañero. Comparando distintas culturas se ha observado que las estrategias son en principio idénticas. Así, en los rituales de iniciación del contacto amistoso entre compañeros de parecido rango, la exhibición agresiva se combina siempre antitéticamente con el apaciguamiento amistoso. Un indio waika, invi-

tado a la fiesta del pueblo de su anfitrión, comienza por exhibirse poniendo en juego una conducta muy agresiva: agita el arco y la flecha, baila en círculo, pero a esta manifestación de fanfarronería adjunta una apelación al apaciguamiento: un niño pequeño baila a su lado, agitando palmas verdes. La decoración de su cuerpo mezcla también formas expresivas agresivas y apaciguadoras. Lleva pinturas de guerra, pero adorna sus cabellos con plumas blancas, símbolo de paz. Su autopresentación viene motivada por el afán de demostrar seguridad y bloquear así cualquier intento de establecer una relación de dominancia por parte del anfitrión. Los seres humanos tendemos a aprovechar las debilidades del otro para establecer ese tipo de relación, y por ello en la vida cotidiana nos esforzamos siempre por mantener hierático el rostro. Por el contrario, la apelación por medio del niño denota intención amistosa, disponibilidad para el contacto, pues el niño tranquiliza con sus señales amistosas, con el esquema de niño descrito por Lorenz.

Comparados con otros rituales de iniciación del contacto amistoso, éstos nos parecerán a primera vista completamente diferentes. Las personas como nosotros no bailan en esas ocasiones una danza guerrera. Pero si examinamos con cuidado las normas en que se sustentan, hallaremos una identidad fundamental. La combinación antitética de auto-presentación y apaciguamiento se viste ciertamente con distintos ropajes según las culturas, pero es siempre evidente. En nuestra cultura, cuando se recibe la visita de un invitado oficial, se le acoge con honores militares, se disparan salvas: son formas ritualizadas de autopresentación agresiva. Al mismo tiempo, sin embargo, una niña pequeña le entrega al visitante un ramo de flores.

En Baviera, cuando las compañías de cazadores marchan con galas paramilitares al pueblo anfitrión, doncellas de honor o niños caminan al lado del abanderado. Cuando dos personas se saludan, se dan un firme apretón de manos —lo cual supone casi una valoración torneística del compañero—, pero simultáneamente sonríen y profieren frases amables.

En principio, todo esto parece muy distinto, y de hecho la diversidad de usos y costumbres nos ha impedido captar en principio el carácter idéntico de las reglas que configuran esos fenómenos. Un sistema de normas universal controla nuestras interacciones sociales: es una especie de gramática universal de la conducta social. Dentro de ese sistema de normas, comportamientos de origen diferente pueden reemplazarse mutuamente como equivalentes funcionales, y lo mismo cabe decir de palabras y frases. Este descubrimiento ha salvado el abismo existente entre la conducta verbal y no verbal, y ha abierto el camino hacia una gramática de la conducta social del hombre.

c) El método comparativo

La biología es una ciencia comparativa. Los biólogos comparan rasgos distintivos, ya sea órganos, comportamientos o formas de organización complejas. Si gracias a esta comparación descubren analogías, es razonable indagar cómo se producen éstas. Cuanto más complejas sean las estructuras comparadas y mayor la coincidencia, tanto más improbable será su origen casual, es decir, no originadas por un factor causal común. Las semejanzas pueden atribuirse a una forma común precedente de los portadores del rasgo característico que ya poseía precisamente dicho rasgo; dicho en otros términos, a la existencia de una herencia común.

Está muy extendida la opinión de que únicamente tales similitudes atribuibles a una herencia común (denominadas homologías) son de interés para la etología, sobre todo cuando se trata de comparar al animal y al hombre. No obstante, tal como ha insistido Wickler en los últimos años, precisamente las similitudes, que diferentes especies independientes entre sí han desarrollado como adaptaciones (analogías o convergencias), en respuesta a idénticas exigencias del medio, tienen un interés especial porque nos permiten descubrir las leyes funcionales básicas en las que se basa la configuración similar de las estructuras en cuestión. Yo puedo saber cómo

están configuradas las alas, estudiando las alas más diversas, siendo indiferente que se trate de las extremidades delanteras de los vertebrados o de los pliegues quitinosos de los insectos. Cuantas más soluciones técnicas estudie, mayor información contendrán mis conclusiones. Por ello es falsa la afirmación de Schmidt-Mummendey: 'Todas las investigaciones de Lorenz y Eibl-Eibesfeldt sobre el comportamiento agresivo del hombre se basan en analogías entre el pez, el ganso o el lobo y el hombre, pero al no estar influenciadas por los hallazgos de la psicología humana, carecen de valor para analizar, controlar y prever la conducta humana." Hollitscher, por su parte, escribe: "Lorenz traspasa una y otra vez los límites teóricos que él mismo se ha fijado, para declarar —basándose en el concepto de unidad del ser vivo, válido también para el hombre— algo que, en principio, sólo es aplicable a ratas y gansos grises. Según el estado actual de la investigación, esto supone una extrapolación abusiva de un ámbito de investigación al otro. Quizá ni siquiera la comparación con el mono, que es el animal más cercano al hombre, es de por sí legítima."

Los que critican la metodología comparativa, deberían, al menos, dominar los principios de la morfología comparada. La investigación analógica proporciona información sobre las leyes funcionales. En este sentido, si alguien quiere comprender, por ejemplo, el fenómeno del apareamiento, hará bien en estudiar el mayor número posible de casos y clases entre los grupos animales, no limitándose exclusivamente a los más cercanos a nosotros.

Me parece de vital importancia subrayar precisamente este punto, porque, en mi opinión, no ha sido comprendido con claridad. Si hoy se relaciona la etología con la investigación de la conducta humana, la mayoría de las veces se hace teniendo en cuenta los determinantes filogenéticos del comportamiento humano. Así pues, uno de los puntos esenciales que nos interesan radica, sin duda, en investigar los elementos heredados en la conducta humana. Sin embargo, para mí reviste la misma importancia estudiar las peculiaridades culturales comparando tanto diversas culturas como el animal

con el hombre. El ser humano prosigue la evolución biológica con la cultural. Las regularidades funcionales, conforme a las cuales desarrolla las adaptaciones culturales, son, por lo general, casi diríamos que en su mayoría, idénticas en la evolución biológica y en la cultural. Por ejemplo, los rituales de la unión de grupos, que simultáneamente tienen la función de contrastar a un grupo con otro, revelan unos paralelismos asombrosos entre el animal y el hombre. Lo mismo cabe decir de los rituales de salutación, de reclamo, de torneo y muchos otros. También cabe comparar las estructuras sociales en distintas civilizaciones y razas, siendo indiferente que se trate de modelos de conducta innatos o heredados a través de las culturas. Volveré sobre el tema.

Las siguientes citas tomadas de Schmidbauer demuestran la escasa comprensión que los críticos del problema etológico tienen sobre el principio de investigación de la convergencia. El citado autor afirma:

"La investigación de la convergencia resulta muy fructífera en los análisis funcionales meramente biológicos, pues muestra cómo una situación inicial concreta se modifica en el curso de la adaptación convergente... En la problemática de la etología humana se toma irrelevante, porque en este campo las convergencias, en la mayoría de los casos, se deben a causas diferentes: la evolución biológica en la esfera zoológica, la cultural en la antropológica... La única base de la etología humana radica en las homologías. Los etólogos americanos y británicos así lo han comprendido y se centran casi exclusivamente en investigaciones sobre los primates."

Un poco antes leemos esta curiosa frase: Por lo tanto, la investigación de la convergencia carecerá de cualquier valor heurístico si las convergencias en el hombre y en el animal se efectúan por caminos diferentes.

Es casi un rasgo típico de las convergencias el que se realicen por caminos diferentes. La evolución del ala de un insecto y la del ala de un ave son diferentes. No obstante, las formas son comparables en la medida en que son órganos para el vuelo, y de esa comparación podemos aprender qué

especiales presiones selectivas han actuado en el desarrollo de esas estructuras.

Por el contrario, la investigación de las homologías nos proporciona información sobre la herencia común a un grupo, y de ese modo nos enseña, entre otras cosas, de que potencial se dispone. Además, nos permite reconstruir series evolutivas filogenéticas.

Los biólogos reconocen la existencia de homologías en virtud de varios criterios. En la mayoría de los casos no basta con la pura semejanza formal. Sólo en el caso de estructuras muy complejas ostentadas por un grupo de parentesco, cuyos representantes viven en los nichos ecológicos más dispares, son probables las homologías.

Al criterio de la forma especial hay que añadir el de la posición especial en el sistema estructural. De acuerdo con este criterio, se pueden calificar de homólogos incluso atributos que ya no guardan entre sí parecido externo. Por ejemplo: la forma de los huesos del cráneo entre los vertebrados varía considerablemente. Pero en el entramado óseo cabe reconocer como tales a los huesos nasales o a los temporales.

Un criterio muy importante es la unión mediante formas intermedias. Por ejemplo, se conocen muchas senes de fósiles en las que se comprueba claramente la evolución de rasgos característicos. A veces la comparación de especies vivientes de distinto nivel de organización permite también una reconstrucción similar. En etología nos vemos obligados a establecer esa comparación de especies recientes. A todo esto hay que añadir otros criterios auxiliares, que no necesito detallar aquí. Remito al lector interesado a Wickler y mis obras antes citadas.

2. LEYES FUNCIONALES DE LA EVOLUCION FILOGENÉTICA Y CULTURAL

Hasta hace pocos años la idea de que las influencias del medio ambiente moldeaban la conducta humana, de que el hombre era troquelado por la cultura, dominaba las ciencias

del hombre. Hoy pocos defienden esta postura extrema. Después que Lorenz y Tinbergen clarificaran los conceptos teóricos de la etología, se comenzó a investigar en busca de los determinantes filogenéticos de la conducta humana, que por fin se han logrado demostrar en los últimos años.

La investigación biológica del comportamiento humano no ha implicado la desaparición de las diferencias entre los mamíferos superiores y el hombre. Se ha comprobado, es cierto, una línea evolutiva continua también en el ámbito de la conducta, pero el mejor conocimiento de la conducta animal hace resaltar la singularidad de la conducta humana del trasfondo comportamental del reino animal. Sólo algunos etólogos advenedizos se atreven a considerar al hombre un "mono desnudo". El hombre se caracteriza por el lenguaje y la cultura acumulativa, rasgos de los que apenas existen escasos balbuceos en nuestros parientes más próximos. Gracias al lenguaje hablado, en el hombre la evolución cultural ha sustituido con creces a la biológica. Comparando ambos procesos, surgen similitudes sorprendentes, derivadas de haber actuado en idénticas condiciones de selección natural.

La conservación de la especie es una idea de uso muy frecuente en biología. Cuando se afirma que una estructura o una conducta desempeñan una función en favor de la conservación de la especie, se quiere decir que se han adaptado, es decir, que deben su existencia a la presión de la selección. En la jerga de los biólogos esa idea ha probado su eficacia porque describe, aunque no con exactitud, unas determinadas circunstancias y las hace comprensibles. En general, a los etólogos no nos molesta el carácter estático de dicho concepto. De los huevos de pato salen patos, y los conejos traen conejos al mundo: las experiencias de la vida cotidiana nos enseñan que las especies se conservan. Pero cuando analizamos la trayectoria de las especies a lo largo de períodos de tiempo muy dilatados, nos damos cuenta de que no cabe hablar de conservación de la especie. Lo que se conserva es el "caudal de la vida", que, ramificándose en los múltiples brazos y arroyuelos de las especies, busca un camino, represén-

dose aquí, irrumpiendo allá en un nuevo lecho, y aumentando su biomasa por lo menos en los orígenes de la evolución biológica. En general, las especies son como cera en las manos de la evolución: se van transformando, de manera que de aquellas que surgieron en las edades remotas de la Tierra, casi ninguna ha llegado inalterada a los tiempos modernos. De todos modos, existen especies que han conservado muchos rasgos característicos arcaicos.

El braquiópodo *Lingula unguis* no ha cambiado probablemente desde hace millones de años. Al menos su concha coincide hasta en sus menores detalles con las de sus antepasados fósiles. Este caso es excepcional. Lo normal es que las especies se transformen, respondiendo a las condiciones del medio ambiente que también varían y exigen nuevas adaptaciones. Si la reduplicación de los individuos fuese puramente idéntica e invariable, el torrente de la vida acabaría por estancarse.

Conocemos relativamente bien el mecanismo de transformación de las especies en el terreno de la adaptación genética. Las variaciones hereditarias no dirigidas, las mutaciones, provocan una variabilidad genéticamente condicionada de los individuos. La selección organiza dicha variabilidad. Lo que es apto para la supervivencia se transmite por herencia a los descendientes y se impone. El mecanismo trabaja a ciegas, es decir, las variaciones hereditarias surgen sin orden ni concierto.

Esto podrá extrañar a algunos de los que ven ante sí la adaptación perfecta como producto final, como si el ser vivo hubiera evolucionado en sentido rectilíneo. Sin embargo, se trata de una orientación simulada por la selección. La evolución es un mecanismo no dirigido que avanza tanteando el camino y que es la única respuesta posible a los cambios impredecibles del entorno, a los que deben adaptarse los organismos. Por eso una y otra vez surgen esos *hopeful monsters* que abren nuevos horizontes a la evolución. Una adaptación filogenética es casi el resultado de un juego de azar. A decir verdad, podríamos imaginar otros mecanismos evoluti-

vos, por ejemplo, una evolución cultural dirigida por la lógica. Pero su éxito presupone conocimientos de los que quizá todavía carecemos.

Al hablar de adaptación queremos decir que la estructura calificada por nosotros de adaptada desempeña la función de conservar la especie, y recordamos la apreciación expuesta más arriba de que la adaptación implica siempre una interacción entre organismo y entorno, reflejándose en las adaptaciones facetas de la realidad extrasubjetiva. Según las investigaciones de Lorenz, el casco del caballo es un reflejo de la estepa; dicho en otros términos, su forma especial trasluce ciertas características del suelo de la estepa.

Esto es aplicable a cualquier adaptación, ya se trate de una estructura corporal o de un comportamiento. Para que un organismo sea capaz de adaptarse, tiene que poder informarse de aquellos datos del entorno que luego la adaptación reproducirá como modelo. Según el estado actual de nuestros conocimientos, el ser vivo dispone de dos *vías para adquirir información.* Las adaptaciones filogenéticas derivan del libre juego de la *mutación* y de la *selección*, determinando esta última la dirección de la evolución. Las experiencias acumuladas se almacenan en el genoma de la especie y se decodifican en el curso de un *proceso de outodiferenciación.* Además, los organismos pueden acumular y atesorar experiencias a lo largo de su vida individual Si se trata de adaptaciones de la conducta, las experiencias se adquieren a través del aprendizaje y se almacenan en el sistema nervioso central. Lo que varía es la forma de aprender. El ser vivo puede acumular experiencias mediante una conducta de exploración activa, pero también heredar experiencias, es decir, ser enseñado.

En general, los organismos se aterran a adaptaciones fructíferas con un afán bastante conservador. Así que, en este sentido, los que hablan de la conservación de la especie no están del todo equivocados. La transformación de las especies no se efectúa con rapidez, de generación en generación. Evidentemente, compensa aferrarse a lo que ha dado buen resultado y ensayar gradualmente nuevas posibilidades de muta-

ción. En la conservación del caudal de la vida actúan dos principios constructivos: uno conservador y otro progresista.

De todas las especies que se han erigido en portadoras del caudal de la vida, sólo la nuestra se caracteriza por un nuevo principio evolutivo: la evolución cultural. También en ésta se acumulan conocimientos, pero ya no se almacenan en la herencia, sino en el cerebro, con el desarrollo de la escritura, en libros, y recientemente en aparatos electrónicos.

Dos inventos han impulsado la evolución cultural: el lenguaje y la escritura. El lenguaje ha permitido al hombre narrar acontecimientos a sus semejantes y darles instrucciones, sin necesidad de enseñar nada. También en el reino animal existen abundantes inicios de formación de la tradición. Por ejemplo, los macacos japoneses han aprendido a lavar boniatos, y transmiten esta habilidad de generación en generación. El invento del lenguaje permite al hombre transmitir contenidos con independencia del objeto. El hombre puede decir: "Las patatas se lavan." Finalmente la escritura ha desgajado el acto de transmitir de la persona. Cualquiera puede sacar de los archivos toda la experiencia acumulada.

La evolución cultural sustituye el lento camino de acumular experiencias en el genoma por otro mecanismo para adquirir y transmitir información mucho más rápido. Esto proporciona al hombre un nuevo mecanismo de adaptación, que le permite adaptarse con gran velocidad a condiciones vitales muy diversas y ocupar con una radiación cultural adaptativa, similar a la filática, los nichos ecológicos más diferentes. Un cazador y recolector del Ártico necesita estrategias de supervivencia radicalmente distintas a las de un bosquimano de Kalahari. Las tradiciones culturales aseguran la supervivencia de los distintos grupos La radiación adaptativa de las culturas recuerda la formación de las especies. Erikson acuñó para este proceso, análogo a la formación de las especies, el término *pseudoespeciación.*

Pero los paralelismos entre la evolución biológica y la cultural llegan mucho más lejos. El progreso resulta, en todas partes, de la colisión de fuerzas persistentes y capaces de

generar un cambio progresista. En la evolución cultural es muy improbable que el tesoro de experiencias eficaces acumulado pierda su valor de una generación a otra. Por eso es conveniente que fuerzas conservadoras se opongan a lo nuevo. El progreso cultural deriva de la actuación equilibrada de estos dos mecanismos. Por él lucha cada generación y en general los mayores representan las fuerzas conservadoras, y los jóvenes, las progresistas. Esta pugna la vivimos como un conflicto generacional. En éste no debe haber vencedores ni vencidos. Una ruptura con la tradición como consecuencia de una victoria del progresismo pondría en peligro, como señaló Lorenz, la futura existencia de la cultura. Y al revés: las culturas conservadoras en exceso, por su escasa capacidad de adaptación, se arriesgan a sucumbir al rivalizar con otras culturas.

En el individuo los patrones de comportamiento culturales forman un esqueleto de sostén que nos alivia, ya que nos exime de buscar personalmente la solución a cada problema y de plantear una y otra vez la pregunta de cómo comportamos por conveniencia. Al igual que lo heredado, las experiencias tradicionales eficaces, atesoradas durante generaciones, nos confieren cierta seguridad. Por eso hablamos de “queridos hábitos” y nos aterroriza romper con ellos. Quizá sea este mecanismo de miedo lo que fortalezca los elementos conservadores de una cultura. Los hombres de más edad se vuelven, por lo general, más miedosos. Los jóvenes, por el contrario, en plena posesión de sus fuerzas físicas e intelectuales, están dispuestos a arriesgarse.

El aferrarse a los “queridos hábitos” conduce a veces en el curso de la evolución a demostrar una perseverancia insensata en principios constructivos que ya no desempeñan función alguna. En su etología cultural, Otto Köenig describe un ejemplo muy ilustrativo. Köenig estudió los cambios que sufrió el cordón de sujeción de los sombreros de los húsares húngaros. En sus orígenes, el cordón servía para sujetar el sombrero a la cabeza, pero luego pierde esa función para convertirse en un mero adorno que se enrosca como elemento

decorativo alrededor del gorro. Esta nueva función persiste incluso cuando vuelve a utilizarse una nueva forma de sujeción. El cordón de adorno no vuelve a asumir su función de sujetar, sino que sigue siendo un adorno. Se desarrolla una forma nueva, una correa de sujeción (barboquejo). La cinta del sombrero de paisano es también una cinta de sujeción transformada en cinta de adorno. Se impusieron entonces los sombreros con las alas muy levantadas hacia arriba por las dos partes. Pero cuando Köenig lo estudió con más detenimiento también halló el "cordón de adorno", oculto bajo el ala del sombrero y ya carente por completo de función. Este ejemplo demuestra la tenacidad con que se defienden las recetas transmitidas.

Pero los aspectos comunes entre los resultados de la cultura y del genoma no se reducen únicamente a la actuación de mecanismos antagónicos, uno de los cuales se esfuerza por conservar lo adquirido, mientras el otro intenta sustituirlo por algo nuevo. Existen otras semejanzas derivadas de la necesidad de que tanto los sistemas culturales como los filogenéticos se ajusten a los mismos frentes de adaptación. Viven como sistemas que toman energía (energones) gracias únicamente a su balance positivo de energía. Los costes de construcción, de conservación, de adquisición de energía, de instalaciones de reserva y de apertura de mercados no deben ser nunca superiores a lo que se recibe. Los sistemas que adquieren energía son moldeados por la selección de acuerdo con principios básicamente idénticos.

Los paralelismos entre los rituales culturales y filogenéticos son sorprendentes. Funcionan como señales de comunicación, y en principio se basan siempre en los mismos requisitos. Una señal tiene que ser lo más sencilla y al mismo tiempo lo más unívoca posible. Los peces de los arrecifes han desarrollado como distintivo señalizador de su especie un cromatismo a modo de anuncio que se puede comparar con el de las banderas. Si las señales se refieren a movimientos (gestos expresivos, actos simbólicos), éstos se exageran mímicamente en la amplitud del movimiento, se repiten rítmicamente y se

efectúan la mayoría de las veces con una intensidad característica. Las series de movimientos variables se simplifican y coordinan[4]. Todo esto es aplicable tanto a la danza en zigzag del espinoso como al ritual de propaganda *Tanim Hed* desarrollado por la cultura de las tribus hagenberg de Nueva Guinea.

Amén de estos principios constructivos generales, que conforman rituales cultural y filogenéticamente desarrollados, existen, como es natural, amplias similitudes derivadas de funciones más específicas, como, por ejemplo, la instigación o el establecimiento de vínculos.

En los vertebrados superiores y en el hombre, los congéneres desencadenan reacciones tanto de repulsa hostil como de aproximación amistosa. En estas especies el vínculo se crea y se mantiene por encima de la barrera de la agresividad, y cuando examinamos con atención las ceremonias que establecen un vínculo, constatamos semejanzas sorprendentes. Así, en las aves y mamíferos se han desarrollado dentro de una línea evolutiva análoga a partir de conductas de cría, sobre todo las relativas a la alimentación, señales amistosas que sirven a los adultos para entablar y mantener el contacto con sus congéneres. Actos de alimentación ritualizados desempeñan un importante papel en las paradas nupciales de muchas aves canoras, por ejemplo, los flirteos con el pico; en éstos, uno de los miembros de la pareja asume el papel de la

---

[4] Los gestos expresivos se originan a menudo con variaciones funcionales a partir de comportamientos carentes de una función original señalizadora. Por ejemplo, los actos de crianza paterna (alimentar) se convierten con mucha frecuencia en señales amistosas que apaciguan la agresividad en el ceremonia! de salutación o establecen y fortalecen el vínculo en ceremonias de propaganda (beso). Detalles sobre este proceso de "ritualización" en Eibl-Eibesfeldt. *Liebe und Hess Zur Naturgeschichte elementarer Verhaltenswisen (Amor* y *odio Sobre la ciencia natural de los modos elementales de comportamiento).* Munich. 1970: *Der vorprogramierte Mensch. Das Ererbte als bestimmender Faktor im menschlichen Varhalten (El hombre preprogramado. La herencia como factor determinante en el comportamiento humano).* Viena, 1973 *Grundriss der uergleichertde Verhaltenforschung (Tratado sobre etología comparada).* Munich. 1980.

cría que pide comida, y el otro el del pájaro adulto que la alimenta y cuida. Las apelaciones infantiles al cuidado se ritualizan convirtiéndose en señales amistosas y de propaganda. Entre los mamíferos existen pautas evolutivas muy similares. Recordemos las caricias que se prodigan con el hocico distintos cánidos.

Están asimismo muy extendidos los rituales de entrega de alimentos o materiales para construir el nido para producir un efecto apaciguador. Estos rituales son muy importantes sobre todo entre las aves como rituales de salutación y de reclamo.

Si comparamos rituales culturales de funcionalidad parecida, por ejemplo, los de salutación, hallamos numerosas analogías. Uno muy generalizado es el del regalo. El invitado lleva regalos, y a su vez recibe un contrarregalo, pues se le agasaja o se le felicita verbalmente con frases amables. En la conducta de reclamo se manifiestan apelaciones infantiles y de auxilio. En este aspecto también influye la herencia de los mamíferos. En las aves e insectos, por el contrario, la evolución fue convergente.

En muchas aves el emparejamiento se consigue merced a rituales de sincronización durante los cuales la pareja sintonizada ejecuta unos comportamientos concretos. El canto alterno de distintas aves está bien estudiado. Los miembros de una pareja cantan juntos una melodía alternativamente, por tumos. Durante este cometido, el *partner* entra con tanta exactitud en la pausa del canto del otro que parece que es una sola la que canta. Durante este canto alternante, cada animal proporciona los estímulos claves para el canto. Wickler ha avanzado la hipótesis de que es ese canto motivado lo que genera el vínculo. El *partner* es necesario para despertar el instinto del canto.

En el hombre hallamos rituales comparables. Por ejemplo, algunas danzas de los bosquimanos precisan el juego conjunto de dos bandos; en la danza hipnótica, las mujeres cantan y marcan el ritmo batiendo palmas, mientras los hombres bailan. Otro tanto puede decirse de una serie de danzas lúdicas. Sólo los iniciados, los que conocen las reglas, son capaces de

sintonizar y armonizar con el grupo. Estos rituales, además de robustecer los vínculos entre los miembros del grupo, propician la impermeabilidad frente a los intrusos.

La investigación de la conducta de instigación y de sumisión ofrece más ejemplos de analogías derivadas de la evolución filogenética y cultural. En el animal y en el hombre dependen del mismo principio antitético. Se amenaza aumentando de tamaño —erizando las plumas, las peinetas o colocándose un gorro de piel de oso— y se somete haciéndose más pequeño.

II. LA AGRESION INTRAESPECÍFICA

I. SOBRE LA DEFINICIÓN

De acuerdo con Dann equiparamos agresión a comportamiento agresivo, sin lastrar de antemano el concepto con interpretaciones teóricas. Distinguimos, además, entre agresión intraespecífica y agresión interespecífica, según que ei objeto de la conducta agresiva sea un congénere o un miembro de otra especie. Analizaré con más detalle los motivos de esta diferenciación.

En general, los psicólogos califican de agresivas aquellas conductas que desembocan en un “daño” para el atacado, incluyendo no sólo el físico (heridas, muerte), sino también cualquier tipo de dolor, irritación, acosamiento o insulto.

Buss relaciona directamente la agresión con el daño causado y la define como “una reacción que emite estímulos nocivos contra otro organismo’. Para Selg la agresión consiste ‘en proyectar estímulos perjudiciales dirigidos contra un organismo o su equivalente Otros autores completan estas definiciones y añaden que el daño tiene que ser intencional. Al daño involuntario no cabe calificarlo de agresión, y por esto mismo no acusaremos de agresivo al dentista que produce dolor. Así. Dollard y sus colaboradores acentúan la intencionalidad de la acción come un rasgo distintivo determinante al definir la agresión como una secuencia comportamental cuyo objetivo consiste en “vulnerar a la persona contra que se dirige”, de manera análoga, Berkowitz habla de una conducta que tiende a la vulneración de un objeto” Otros autores que incluyen la intencionalidad de la acción son Feshbach y Merz. Graumann conceptúa como agresivo el “daño hostil de comportamientos y tendencias intencionadas”

Los seres humanos actúan movidos, entre otras cosas, por la intencionalidad. ¿Hasta qué punto los animales se guían por

móviles teleológicos? La respuesta escapa a nuestro conocimiento. Lo máximo que podemos afirmar es que los animales manifiestan una conducta de apetencia, es decir, buscan impulsados por razones muy concretas, y en esta disposición para la acción específica sólo reaccionan a estímulos muy determinados del entorno; pero su búsqueda intencionada únicamente podemos constatarla con seguridad en raras ocasiones. El concepto de "daño" también resulta problemático. Cuando dos lagartos luchan entre sí en una especie de torneo y uno acaba por ser expulsado sin sufrir daño físico, no cabe hablar sin más de "daño". Físico, desde luego, no. Podría disminuir el éxito reproductor del perdedor, pero yo no puedo inferir esto del desarrollo del conflicto. Por ello, las definiciones etológicas excluyen la intención y el daño. Lo que sí constatamos es la dominancia del vencedor, que pone en fuga al vencido a pesar de su resistencia inicial o lo somete de tal forma que, por ser vencedor, obtiene la garantía de elegir los mejores alimentos, recursos, hembras u otras cosas que desee.

El alejamiento y sometimiento del congénere son resultados observables. Alguien objetará que también la lesión "involuntaria" de un congénere puede conducir a una distanciación. Este caso, sin embargo, se da en contadas ocasiones. La mayoría de las veces la expulsión de un compañero requiere esfuerzos continuados durante un largo espacio de tiempo. Un ataque por equivocación, por ejemplo, a un miembro del grupo, no se repite. Entre los vertebrados superiores existen incluso comportamientos complejos de "disculpa", como el consuelo y el apaciguamiento, que desembocan en suma en una intensificación del contacto y no en una ruptura.

¿Hay que calificar, sin embargo, de agresivas a todas las conductas que conducen a una expulsión o subordinación del congénere, es decir, también a los cantos territoriales o a las señales químicas, por ejemplo las feromonas (sustancias aromáticas), con cuyo concurso impide la abeja reina el desarrollo de otras reinas? Markl observa que la agresividad dentro de los grupos de himenópteros —por ejemplo, entre las avispas de campo *(Polistes)*— se dirige en principio abiertamente

contra los miembros del grupo y origina una división del trabajo entre la hembra alfa, que en ciertas circunstancias es la única que pone huevos y es, por tanto, la que recibe mejor alimentación, y las hembras recolectoras de rango inferior. Markl concluye:

"Los himenópteros superiores han resuelto este problema con especial perfección; un conjunto de sustancias que la reina segrega en sus glándulas mandibulares esteriliza al mismo tiempo a las obreras —un acto de extrema agresividad genético-poblacional—, les impide construir celdillas de reina, es decir, criar rivales, y además sirve a la reina como reclamo sexual para los machos durante el vuelo nupcial Estas sustancias son recogidas afanosamente por las obreras, redistribuidas por la colmena y llegan incluso a inhibir el comportamiento agresivo mutuo". Se trata, sin duda, de un caso límite. Dado que las sustancias son recogidas afanosamente y no se les impone por la fuerza a las obreras, falta una característica decisiva de la agresión: el quebrantamiento de la resistencia.

En los grillos *Acheta domesticus* y *Gryllus pennsilvanicus* el canto es un correlato positivo de la agresión y podemos considerarlo como su forma ritualizada, porque la reprime. Si se destruyen los órganos del tímpano de un grillo de rango inferior, de forma que no pueda oír, su agresión se desinhibe y ataca.

Kummer formula un concepto de agresión más restringido: "Por acto de agresión entiendo sobre todo el empleo masivo de la fuerza corporal contra un congénere: la funcionalidad del acto consiste en eliminar al congénere."

Según esta definición, las conductas de amenaza no entrarían dentro de la categoría del comportamiento agresivo, a pesar de que la bibliografía trata siempre de las imposiciones y amenazas agresivas *(aggressive displays)*, añadiendo estas conductas al sistema agresivo. En mi opinión, la integración de amenazas y ostentación en las conductas agresivas tiene fundamentos sólidos: en primer lugar, porque se puede demostrar que la mayoría de los comportamientos de amenaza

constituyen acciones de ataque ritualizadas. Citemos tan sólo un ejemplo: los animales que amenazan enseñan los dientes revelando su intención de morder, con su postura expresan que están dispuestos para el salto, o ejecutan pasos de ataque en el sitio pateando el suelo. Se observan asimismo toda la escala de grados de la amenaza a la lucha. Además, los actos de amenaza y de lucha presentan una fluctuación conjunta de los valores umbral, y esto implica un sistema fisiológico común que los preside. La amenaza muestra un valor del umbral algo inferior al del combate, y por tanto, suele preceder a éste. Las acciones de amenaza se observan también durante el combate como gestos expresivos. Por ejemplo, se puede utilizar perfectamente la mímica del enojo a modo de indicador de un enfado agresivo. Sería una separación arbitraria y muy artificial pretender calificar de conducta agresiva únicamente el enfrentamiento físico en el combate, excluyendo las acciones de amenaza derivadas del comportamiento de lucha.

Tampoco veo motivo alguno para situar en otra categoría los mecanismos de repulsión que actúan mediante la puesta en marcha repentina de poderosas excitaciones sensoriales (asustar con rugidos, vaciar glándulas odoríficas, mostrar súbitamente tonalidades de color llamativas. por ejemplo, manchas oculares). Yo denomino conductas agresivas a todas aquellas que, según el principio de la repulsión, desembocan en la distribución espacial de los miembros de una especie o en la dominancia de unos sobre otros, es decir, incluyo también pautas de comportamiento como, por ejemplo, el canto territorial de las aves.

Por lo demás, numerosos autores insisten en que el concepto de agresión no debe limitarse a la acción física. Así. Johnson escribe. “La mayor parte de las agresiones animales no se realizan ni física ni directamente, sino, por lo general, a distancia mediante ceremoniales que no precisan contacto físico. Si después estalla el combate, éste suele estar ritualizado A veces la ‘emisión de estímulos nocivos' [aquí el autor se refiere a la definición de Buss] sólo implica puras miradas, como en el caso de babuinos y macacos, que instigan a su

adversario, sencillamente mirándolo con fijeza.” Se puede afirmar que tanto psicólogos como biólogos incluyen, a menudo, el comportamiento de amenaza (mirada fija amenazadora, puños cerrados, abrir la boca enseñando los dientes, etc.) dentro de las acciones agresivas.

Yo sigo esa costumbre y baso mi definición en las consecuencias del comportamiento, soslayando el concepto engañoso de “daño”, que conduce a interpretaciones subjetivas. Hecha esta puntualización, quisiera recalcar que el comportamiento agresivo según yo lo defino ha podido configurarse en los distintos grupos de animales de una forma muy similar. La conducta agresiva de los vertebrados es, con toda seguridad, muy diferente de la de los invertebrados. Dentro de los vertebrados, por el contrario, las homologías son patentes.

Hoy se discute si existen formas diferentes de agresión intraespecífica. En teoría, el esfuerzo de expulsar del territorio a un congénere podría ocultar un mecanismo neurofisiológico distinto, por ejemplo, de la motivación para vencerlo en una disputa jerárquica. De todas maneras, hasta el momento no se ha logrado hallar otras motivaciones, y yo no conozco ningún caso de animales que hayan luchado con su congénere en un combate jerárquico de un modo distinto al de la lucha por el territorio.

Moyer distingue los siguientes tipos de agresión intraespecífica: agresión entre machos, inducida por el miedo, agresión irritable, agresión territorial, materna, instrumental e inducida por el sexo. Su clasificación es incoherente, pues sigue en un principio los estímulos desencadenantes para apoyarse luego en las funciones, produciendo cierta desorientación. A decir verdad, aún cabe efectuar nuevas subdivisiones a partir de la funcionalidad —más adelante volveré sobre este punto—, pero la clasificación atendiendo a los estímulos desencadenantes parece menos eficaz, pues sabemos que una misma conducta puede ser inducida por estímulos diferentes.

Es vital precisar con exactitud las diferencias entre agresión interespecífica y agresión intraespecífica. Muy a menudo, aunque no siempre, los enfrentamientos interespecíficos

(lucha con la presa, o con el enemigo o con el animal depredador) se distinguen de las luchas intraespecíficas por mostrar una serie conductual siempre diferente. Un gato combate a un rival con un ceremonial de amenaza concreto y con otros movimientos de lucha que los que utiliza con el ratón que le sirve de presa. El antílope *oryx* combate al león intentando atravesarlo con sus cuernos aguzados como puñales. Sin embargo, la pelea con sus congéneres es una especie de torneo: jamás usa sus armas para inferir heridas.

Reis separó en el gato la agresión afectiva de la agresión de captura y comparó algunas características típicas de ambas (véase tabla de la página siguiente).

Esta comparación demuestra que en realidad se trata de dos sistemas diferentes, y así lo confirman los experimentos de estimulación cerebral. La catecolamina noradrenalina, en fin, activa la agresión afectiva y paralelamente inhibe la agresión de captura. Reis recoge también la conducta defensiva contra los enemigos de otra especie bajo el epígrafe de la agresión afectiva. Pero las diferencias van más allá; hay que distinguir entre un sistema de defensa afectivo intraespecífico agonístico y otro afectivo interespecífico.

La distinción entre agresión intraespecífica e interespecífica es una necesidad que, por desgracia, suele pasarse a menudo por alto. Así Ardrey, apoyándose en Dart, afirma que la agresividad del hombre moderno se debe al modo de vida depredador (carnívoro) de sus antepasados australopitecos. Como es sabido, estos antropoides africanos mataban a otros animales a golpes con armas sencillas y se los comían. Eran “monos carniceros”. Este estereotipo parcial de animal depredador malo llevó a los mencionados investigadores a olvidar que existen numerosos herbívoros inofensivos que muestran una agresividad intraespecífica muy acusada; piénsese, por ejemplo, en los toros o en los gallos de pelea, que simbolizan casi la agresión.

A continuación me ocuparé básicamente de la agresividad intraespecífica. Los comportamientos de amenaza y de lucha los denominamos comportamientos agresivos, y cuando sur-

gen, hablamos de agresión. Es esta conducta lo que mide la agresividad. El concepto implica disposición para la agresión, disposición que es susceptible de sufrir variaciones estacionales. Existen también diferencias específicas e individuales. Desde una perspectiva funcional, los comportamientos agresivos se integran en una unidad superior junto con los de sumisión y huida, y así lo expresó Scott en unos términos que yo considero muy ajustados: “conducta agonística”.

Agresión afectiva	Agresión de captura
1. Activación intensa del sistema autónomo (simpático-adrenal)	1. Activación escasa del sistema autónomo
2. Actitud postural de amenaza y defensa	2 Acercamiento cauteloso
3. Sonidos amenazadores	3. Ausencia de sonidos amenazadores
4. Ataque «furioso» con las garras para herir al congénere	4. Ataque a mordiscos dirigidos a la nuca de la víctima para matarla
5. Fluctuación de la disposición para la acción (descenso del umbral)	5. Inexistencia de irritabilidad cambiante
6. Intraespecífica e interespecífica	6. Interespecífica
7. A menudo sólo pretende impresionar	7. Tiende siempre a conseguir su efecto (matar)
8. No existe relación con la ingesta de alimentos	8. Tiene relación con la ingesta
9. Muy influenciable por las hormonas	9. Apenas sufre la influencia hormonal

Los experimentos de estimulación cerebral efectuados por Von Holst y Von Saint Paul en gallos domésticos demuestran que la conducta agonística es un complejo homogéneo. La estimulación prolongada de una zona concreta o el incremento de la intensidad estimulativa pueden producir un cambio repentino de conducta, del ataque a la huida, y esto habla en favor de una base neuronal común. Hunsperger, estimulando

eléctricamente el mesocéfalo e hipotálamo del gato, descubrió que existía un sistema funcional interconectado para los comportamientos de ataque, defensa y huida.

Con frecuencia se diferencia entre conducta agresiva y defensiva, la mayor parte de las veces desde una perspectiva que supone una condena al agresor. En la práctica resulta difícil observar tal diferenciación, pues las pautas de comportamiento utilizadas en la agresión y en la defensa suelen ser similares. De todas maneras, hay excepciones, las ardillas en el ataque amenazan echando hacia atrás las orejas y afilando los dientes: en la defensa, enderezando las orejas y chillando. Por consiguiente, dado que existe la posibilidad de distinguir un sistema agresivo de otro defensivo, lo resumiré en el siguiente cuadro sinóptico. He de insistir, sin embargo, en que semejante diferenciación no siempre se da.

De esta exposición se desprende que para mí las conductas de agresión y defensa son subsistemas integrados dentro de un sistema de lucha. Con éste se coordina, desde el punto de vista funcional, un sistema de huida que se subdivide en conductas de sumisión y conductas de huida. Estos subsistemas se dividen a su vez en otros, atendiendo al esquema jerárquico de Tinbergen. El sistema de huida rivaliza poderosamente con el de lucha, ya que impide que el combate desemboque en la autoaniquilación. “El luchador intrépido no llega muy lejos”, escribe Tinbergen al respecto.

El sistema agonístico de los vertebrados superiores se organiza, en sus líneas fundamentales, según este esquema. A pesar de todo, existen excepciones. Por ejemplo: algunos vertebrados carecen del comportamiento de sumisión, y las pautas de conducta que se ponen en juego en el sistema de lucha pueden estar ritualizadas o no. En este último caso el comportamiento agresivo interespecífico e intraespecífico no está claramente diferenciado. Por último, el sistema de lucha puede estar influenciado por motivaciones de distinta intensidad. Según el vigor de las pulsiones de lucha provocadas por la motivación agresiva, el sistema girará hacia la faceta espontánea (agresión) o hacia la reactiva (defensa). Este fenó-

meno varía incluso dentro de las familias de vertebrados según la ecología particular de las especies en cuestión.

Conducta agonística (enemiga)
Sistema de lucha
1. Conductas de agresión
Amenazar
Luchar
2. Conductas de defensa
Amenazar
Luchar
Sistema de huida
3. Conductas de sumisión
4. Conducta de huida

Nuestro esquema clasificatorio expresa relaciones teóricas entre sistemas fisiológicos, basadas en los conocimientos de que en este momento disponemos.

A mi juicio, los psicoanalistas conciben, en ocasiones, el término “agresión” en sentido demasiado lato. Hacker, por ejemplo, define la agresión “como la disposición y energía latente en el ser humano, que en un principio se manifiesta a través de la actividad y que más tarde se vehicula en las diferentes formas de autoafirmación individuales y colectivas, aprendidas socialmente y fomentadas por la sociedad hasta la crueldad”. Hacker parte en esta definición del significado primitivo del término latino *aggredior-aggredi* = “acercarse desde”, equiparando con ello la agresión en sentido amplio con “abordar”.

En algunas especies se ha señalado una correlación positiva entre curiosidad e iniciativa, por un lado, y lo que los biólogos denominan agresión, por otro. Pero esta correlación tan sólo significa que animales generalmente más agresivos en otros tiempos son también más curiosos, no que la conducta de curiosidad cambie en el mismo sentido que la agresividad. Ambas cosas no pueden integrarse dentro del mismo sistema fisiológico, aun cuando un factor común —quizás una hormona— influya sobre ellas como estímulo. Esto es aplicable con absoluta seguridad a la agresividad y comportamiento

sexual de numerosos vertebrados, que son estimulados —por decirlo utilizando los términos de una integración superior— universalmente por la hormona sexual masculina. Pero en el nivel III de la jerarquía del instinto de Tinbergen, agresión y conducta sexual se diferencian claramente una de otra, y en este nivel actúan inhibiéndose una a otra.

Dann no lo entiende así Este investigador efectuó un experimento con personas, provocándoles un estado de cólera y obligándoles, por ejemplo, a subrayar determinadas letras de un texto: al examinar su "rendimiento" vio que en ese estado anímico su destreza no era tan buena. De esta y otras experiencias dedujo que no existía correlación positiva entre agresión y rendimiento, lo cual, según él, refutaba la teoría expuesta por otros autores que afirmaban que no convenía suprimir la agresividad porque con ella se eliminarían o mermarían también cualidades positivas (iniciativa, afán de rendimiento, etc.). ¡En modo alguno! Sólo una persona poco versada en etología admitirá que un sujeto enfadado debe mostrar un rendimiento superior en caso de existir una correlación positiva entre agresión y rendimiento. La afirmación se refiere a la personalidad global, las personas potencialmente agresivas en general evidencian también más capacidad de iniciativa.

2. MANIFESTACIONES DE LA CONDUCTA AGRESIVA EN EL REINO ANIMAL

a) Luchas de daño y de torneo

Uno de los estereotipos habituales sobre el animal salvaje es la opinión de que las luchas entre los animales pretenden la aniquilación del congénere. Esto es aplicable al enfrentamiento de un animal carnicero con su presa. Sin embargo, en las pugnas intraespecíficas de los vertebrados no es, ni mucho menos, normal. Existen, ciertamente, una serie de vertebrados que no inhiben su agresividad frente a un miembro de su misma especie, y le atacan utilizando a fondo todas sus armas

hasta matarlo. Los hámsters europeos, fuera de la época de apareamiento, atacan desenfrenadamente a los congéneres machos y hembras, si penetran en su territorio, y les muerden. Pero el perdedor, tras un breve intercambio de mordiscos, suele poder eludir a su rival sin que éste siga persiguiéndolo. Por eso, en general, las heridas no son graves (Eibl-Eibesfeldt, 1953). En algunos mamíferos que viven en comunidades cenadas y cuyos miembros se conocen bien individualmente (leones, lobos), bien a través de señales olfatorias (ratas, falangérido volador) se observan unas relaciones muy notables Estos animales controlan a la perfección la agresividad frente a los miembros del grupo, pero carecen de inhibiciones en cuanto se trata de congéneres ajenos al grupo. Los leones machos matan incluso a hembras y cachorros que no pertenecen a su grupo (Schaller, 1972). En ratas y falangéridos voladores hallamos unas circunstancias similares (Schultze-Westrum. 1974). Se dan aquí condiciones comparables a las que resultan de la pseudoespeciación en el hombre.

No obstante, por lo general los combates intraespecíficos de los vertebrados están ritualizados. La ritualización se efectúa de distintos modos. Algunos animales han desarrollado una técnica para detener los golpes del rival. Durante la lucha de dos peces anémona *(Amphiprίon percuta),* uno de ellos intenta morder con saña al otro en los flancos, pero su *partner* mantiene las anchas aletas pectorales, de contextura muy resistente, pegadas a sus flancos a modo de escudo y rechaza así los ataques. Entre los jabalíes, los ejemplares de más de dos años se acometen con la cabeza armada por los colmillos; cada uno intenta parar las embestidas del otro con el lomo. Esta región está protegida por una placa gruesa y dura, denominada escudo. En ambos casos, la adaptación que impide las lesiones reside en el receptor del comportamiento ofensivo. El atacante no sufre inhibición alguna.

Muy a menudo observamos que animales capaces de defenderse y de herirse con suma facilidad luchan en una especie de torneo, es decir, sin emplear sus armas para dañar al

contrario. Lorenz fue uno de los primeros investigadores en llamar la atención sobre este fenómeno.

La piraña, pez voraz muy extendido por el Amazonas y el Orinoco, temida por sus terribles dientes, no muerde jamás a sus congéneres. Combaten entre sí poniéndose de costado respecto a su antagonista, golpeándole los flancos con la aleta caudal. Las luchas de torneo de los cíclidos multicolores son más complejas. Tras las amenazas preliminares, durante las cuales se colocan de costado y de frente con las aletas anales extendidas, los opérculos levantados y a veces la boca abierta, se inicia el combate, a lo largo del cual los animales se golpean con las aletas caudales. Normalmente no rozan nunca el cuerpo del rival, pero le envían una fuerte onda de choque que permite a cada uno comprobar la fuerza de su oponente. Luego se cogen por la boca y comienzan a empujar para hacerse retroceder o intentan arrastrarse el uno al otro. Miden, pues, sus fuerzas de un modo incruento, hasta que uno de ellos se agota y se da por vencido. Pliega entonces sus aletas, cambia su librea de gala por unos colores menos llamativos y se aleja nadando.

Los machos de muchas serpientes venenosas luchan entre sí durante la época de celo. Nunca se muerden, su combate es como un torneo. La serpiente de cascabel, por ejemplo, yergue la tercera parte de su cuerpo y se enzarza con su antagonista en una lucha a cabezazos hasta que uno de los dos reptiles cae al suelo o se rinde. Los reptiles cuadrúpedos ofrecen abundantes ejemplos de luchas torneísticas. La lagartija de nuestras latitudes, por ejemplo, combate con gran caballerosidad: uno de los machos se sitúa ante su enemigo con el hocico inclinado hacia el suelo. Acto seguido su oponente le agarra por la nuca y lo mantiene sujeto durante unos segundos; luego invita, a su vez, al contrario a morderle. Continúan alternándose hasta que uno de ellos, por la fuerza del mordisco de su congénere o por la firmeza con que se yergue, advierte que ha sido derrotado. Entonces se deja caer, se pone a cuatro patas y por último escapa comendo. Los lagartos de mar combaten juntando sus cabezas, intentando cada uno desplazar al rival.

Cuando uno se da cuenta de que no puede ganar, se coloca en posición horizontal ante su antagonista como muestra de sumisión. El vencedor respeta esta actitud, deja de luchar y permite retirarse al vencido. Los varanos combaten erguidos sobre sus patas traseras. Podríamos citar otros ejemplos de luchas de torneo tomados del reino de las aves y de los mamíferos.

Conocemos bien las técnicas de lucha de los ungulados con cornamenta. Cada familia de antílopes presenta una táctica de combate específica. Hay carneros de cornamentas compactas, luchadores con los cuernos constituidos de tal forma que se enganchen en los de su adversario, espadachines que se baten con la parte larga de los cuernos, etc. La configuración de los cuernos revela claramente que tales órganos han sido desarrollados sobre todo para ser utilizados en los torneos intraespecíficos. Para defenderse de los depredadores serían mucho más idóneos unos cuernos parecidos a puñales que, por ejemplo, la retorcida cornamenta de una cabra montés.

En ocasiones el combate se inicia con heridas. Pero si uno de los contendientes nota que no está a la altura de su contrario, puede rendirse poniendo en juego ciertas pautas de comportamiento, por ejemplo, echándose de espaldas, como los cachorros de los cánidos, que se tienden ante su madre para que los limpie. Esta conducta frena al agresor. El que se somete suele orinar en esa posición mientras el vencedor le lame, prueba de que los gestos de sumisión son, de hecho, una imitación del comportamiento infantil —una apelación infantil—. Gracias a esta apelación, los cánidos pasan no pocas veces de la hostilidad al contacto amistoso. El sometido agita la cola con suavidad mientras el vencedor le limpia y mueve también el rabo, de manera que lo que comenzó siendo una lucha violenta termina convirtiéndose en un juego amistoso.

De la existencia de luchas de torneo y de actitudes de sumisión podemos inferir que para los vertebrados superiores resulta en general beneficioso que los congéneres no se maten entre sí. En la evolución de los rituales de amenaza y de las

complejas reglas de lucha debe subyacer, por fuerza, una poderosa presión de la selección. Pero esto mismo tiene que ser también aplicable a la agresión, pues en caso contrario sería sencillo erradicarla por completo donde supone una amenaza para los congéneres. Se puede afirmar que los animales capaces de defenderse han desarrollado los combates de torneo para seguir midiendo sus fuerzas entre ellos.

De todas maneras, en muchas especies una lucha de torneo adquiere la categoría de lucha de daño cuando el animal vencido no puede huir del enemigo Entre los cíclidos, por ejemplo, al vencido se le acomete durante la persecución y en el transcurso de ésta sufre heridas tan graves que provocan su muerte. Aquí una *consummatory situation:* hay que conseguir la “desaparición del congénere” (en la lucha interna de los grupos es suficiente también con su huida). Las inhibiciones se originan para concederle al rival la oportunidad de huir. De no poder hacerlo así, se expone a un ataque aniquilador.

Se ha cuestionado la validez de esta norma argumentando que algunos vertebrados y numerosos invertebrados se matan entre sí sin ningún tipo de inhibiciones. Con respecto a los invertebrados no conozco demasiado el tema, y no me atrevo a opinar, pero en el caso de los vertebrados tengo razones suficientes para rechazar esa crítica. No me cansaré de afirmar que sólo una vigorosa presión de la selección es capaz de generar el complejo entramado de un ritual de combate. Si un animal goza de la posibilidad de huir con rapidez del enemigo, seguro que no se originará una lucha aniquiladora. Cuando los leones matan, sin ningún tipo de freno, a congéneres ajenos a su grupo, es una observación muy a tener en cuenta, precisamente porque es desacostumbrada. ¿En qué medida ocurre así? Desconocemos cifras exactas. Los críticos se limitan a constatar que existen animales que carecen de la inhibición de matar a sus semejantes, pero con ello no nos están diciendo nada nuevo.

b) Controles biológicos de la agresión

En muchos reptiles y peces, la lucha puede finalizar ocultando uno de los contendientes las señales que han desencadenado la agresión, y así sucede al adoptar actitudes de sumisión. Hemos apuntado antes que los mamíferos —esto también es aplicable a las aves—, después del apaciguamiento, pueden establecer un vínculo amistoso sirviéndose de apelaciones infantiles. En algunos casos, esta apelación es interpuesta directamente por una cría, y así ocurre entre los macacos de Berbería: los machos tornan prestado un animal joven siempre que quieren acercarse a un ejemplar de mayor jerarquía, llevan a la cría consigo de manera que el congénere de rango superior la vea bien e inhiba de esa forma su agresividad.

Además existen intermediarios que se encargan de apaciguar la agresividad, especialmente entre los primates. Los babuinos de mayor jerarquía no toleran la más mínima agresión entre individuos de menor rango. A menudo suelen tomar partido por el atacado y ahuyentan al agresor. Más adelante examinaremos con más detalle los diferentes mecanismos de control de la agresión. En mi obra *Liebe und Hass*[5] ("Amor y odio") estudio ampliamente su evolución filogenética —sobre todo la de los rituales de observancia estricta—, y a ella remito al lector interesado en el tema.

3. FUNCIONES DEL COMPORTAMIENTO AGRESIVO

a) Conducta territorial

En general el peor competidor de un animal es su congénere. Come lo mismo y precisa los mismos lugares para dormir y para criar, todo ello disponible sólo en cantidad limitada. Por tanto, la prosperidad de las poblaciones animales implica una distribución de sus miembros para evitar una

---

[5] Disponible en la Biblioteca Científica Salvat.

superpoblación del territorio. Los animales, mediante la agresividad, ejercen sobre los miembros de su propia especie una presión que conduce a una distribución de los individuos por un espacio más amplio. En el hámster europeo, cada animal dispone para él solo de un territorio concreto y ataca a cualquier otro individuo que penetre en él. Cada pareja de petirrojos posee también su propio espacio vital, del que expulsan a les demás congéneres. Otros animales, en cambio, se distribuyen en grupos exclusivos: sus miembros se reconocen por un dispositivo común (el olor del grupo en las ratas) o individual (babuinos). El grupo ocupa una superficie que comparten y de la que expulsan a los individuos ajenos a la comunidad.

La zona detentada por un animal o por un grupo se denomina territorio. La territorialidad es una intolerancia vinculada al espacio[6]. Al principio, ésta origina una distribución de los animales por un territorio más vasto, poblándose incluso zonas limítrofes menos favorables. Los habitantes de un territorio disfrutan de una serie de ventajas. Conocen su zona; saben dónde encontrar los escondrijos, abrevaderos y fuentes de alimentación aprovechables, y a dónde huir en caso de peligro. En suma, están bien orientados, y por ello se sienten seguros dentro de su territorio.

El tamaño de las zonas territoriales varía en función de la necesidad y de la oferta alimentarias. Un águila real precisa un territorio mayor que un águila ratonera. Pero existen también animales que no tienen una zona específica para alimentarse, porque la alimentación desempeña un papel muy reducido como factor limitador; no obstante, estos mismos animales luchan por los lugares para criar porque son muy escasos. Muchas aves marinas combaten por territorios o zonas de cría, y únicamente aquellas que logran conquistar y mantener uno de tales sitios pueden sacar adelante a sus pollos. Las

[6] Durante la primavera, los espinosos macho nadan primero sin rumbo fijo y en bandada por aguas poco profundas Buscan zonas pobladas por plantas acuáticas Cuando un macho encuentra uno de estos territorios, lo ocupa y varía su conducta. Desde ese momento atacará a todos sus congéneres macho.

demás no perecen, pero al menos durante una temporada quedan inhábiles para la reproducción.

En el reino animal no existe una lucha constante por el territorio. Hay una serie de rituales de demarcación del territorio que impiden la lucha. Muchos pájaros emiten un canto territorial que anuncia que el territorio está ocupado. Los pájaros carpinteros tamborilean las ramas podridas produciendo un sonido que se oye desde lejos. Se trata de una conducta derivada de la construcción de un nido, y que traducida a nuestro idioma podría significar; '"¡Cuidado! Aquí hay alguien que se está construyendo una casa." Numerosos mamíferos marcan su territorio en puntos destacados con señales aromáticas. Estos carteles químicos que aluden al hogar consisten en secreciones glandulares o en orina y excrementos. Como todo el mundo sabe, los perros utilizan la orina como marca. El hipopótamo enano emplea una mezcla de orina y excrementos. Al defecar mueve el rabo con rapidez, y al mismo tiempo los machos dirigen contra los excrementos un chorro de orina procedente del pene que está doblado hacia atrás. De este modo distribuyen por los arbustos de la orilla una mezcla acuosa de orina y excrementos. El animal se procura así una especie de clima hogareño.

Un gálago criado por nosotros se orinaba en las manos y luego se frotaba las plantas de los pies, de modo que al trepar dejaba en los objetos y paredes las llamativas huellas de su paso.

Los leones marinos, en cambio, marcan su territorio irguiéndose en los límites y bramando en dirección al vecino, que, a su vez, procede de la misma forma. Sólo en muy raras ocasiones se llega al combate. En general, los vecinos respetan el territorio del otro.

Un tejón domesticado que yo crié hace muchos años marcaba puntos claves en su territorio, incluso en mis pisadas, con la secreción de una bolsa glandular situada debajo de la rabadilla. Los hámsters utilizan para marcar un líquido segregado por las glándulas de las ijadas.

La territorialidad está muy extendida en el reino animal. Conocemos anélidos, moluscos, artrópodos y vertebrados territoriales. Este hecho no significa en modo alguno que consideremos la territorialidad dentro del reino animal como una homología[7].

Las formas de exteriorizarse varían además sobremanera. Hay animales que carecen de residencia fija, pero defienden el territorio en el que se encuentran. Su zona jurisdiccional se mueve al mismo tiempo que ellos. Otros, en cambio, únicamente son territoriales determinadas horas del día; en otros momentos, se retiran sin lucha ante un congénere Con frecuencia la territorialidad se limita exclusivamente a una estación concreta, en las golondrinas y estorninos, por ejemplo, a la primavera y al verano.

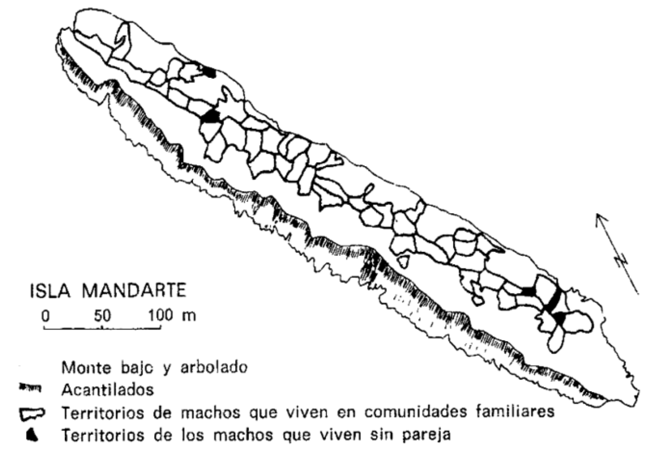


Fig. 1. Distribución de los machos de *Melospiza melodía* durante el período de incubación en el año 1961 en la isla Mandarte. Zonas en negro: territorio de los machos sin pareja. Tomado de Tompa (1962).

[7] Al lector iniciado quizá le parezca superfluo que recalque una y otra vez que las semejanzas entre las marcas de diferentes tipos no pueden ser interpretadas sin más ni más como homologías. Sin embargo, aquellos que no están muy familiarizados con el tema, tienden a veces a aventurar esta suposición, y esto es lo que quiero evitar.

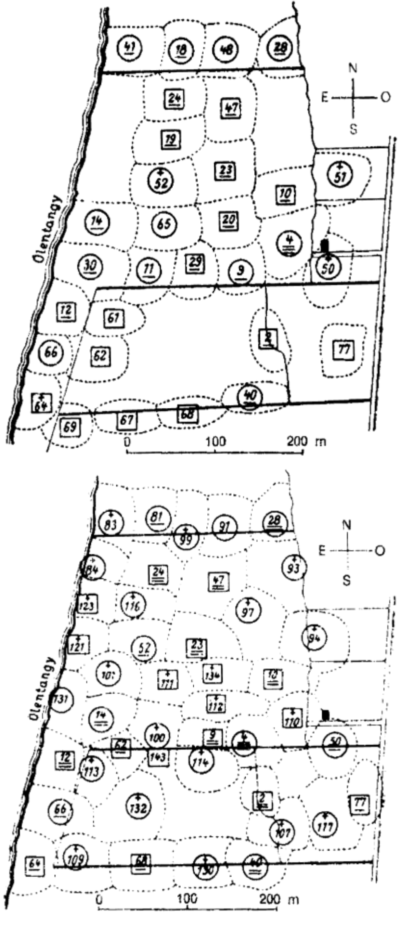


Fig. 2. Territorios de *Melospiza melodía* machos ubicados en una zona habitada en años consecutivos. El círculo significa residencia permanente durante todo el año. Cuadrado: estancia durante el verano. Cruz: pájaro que ha acudido por primera vez. Subrayados: pájaros que ya residieron en la zona el año anterior: el número de subrayados indica el número de años consecutivos de residencia. Tomado de Nice (1937).

La intolerancia vinculada al espacio no siempre se manifiesta en la lucha. Los territorios se conquistan también sin lucha, con rituales. Lo que es un hecho es la dominancia de los propietarios del territorio en su propia zona, y así lo confirma Pitelka cuando insiste en que la importancia básica del territorio no radica en el tipo de mecanismos utilizados por el animal para conseguirlo, sino en el grado de exclusividad con que lo usan sus moradores. Wilson define el territorio como un espacio ocupado con mayor o menor exclusividad por animales o grupos de animales concretos gracias a la defensa o a cualquier otra demostración de presencia. De todas maneras si un aviso exento de violencia no hace desistir al intruso de penetrar en el territorio, la mayoría de las veces se ponen en juego formas de amenaza más agresivas, y por fin se desemboca en la lucha. Para Willis, se trata de un lugar en el que un animal o grupo de animales domina sobre otro.

Kummer define el territorio como una zona defensiva fijada en el espacio. Es de destacar que al fijarse un territorio la agresión decida en un principio quién va a recibir las mejores zonas. No obstante, apenas se efectúa la distribución, los movimientos de los propietarios del territorio se formalizan, se pueden predecir de antemano, mientras que los conflictos se reducen al mínimo. Todos aprenden los límites del territorio. y los respetan, al menos durante cierto tiempo. Una característica de la territorialidad para Kummer consiste en defender las fronteras en caso de necesidad, pero el mismo autor añade a renglón seguido que la "defensa" se limita generalmente a demostraciones inofensivas (pavoneamiento visual, gritos).

Las figuras 1 y 2 ejemplifican cómo una especie zoológica parcela una zona para convertirla en territorio.

b) Las ventajas de las comunidades exclusivas

Los grupos territoriales son exclusivos. El aislamiento frente a los intrusos o ajenos al grupo, amén de la función territorial de la expansión, ofrece una serie de ventajas de

selección. No hay que considerarlos únicamente como productos complementarios de un *spacing* al servicio de un aprovechamiento óptimo del territorio. Merecen atención separada.

Como por regla general los grupos derivan de uniones familiares, cuyos descendientes también permanecen juntos al establecerse las barreras del incesto, los miembros de comunidades mayores se caracterizan normalmente por un grado próximo de parentesco. Esto trae consecuencias genético-poblacionales, pues cuando en dichos grupos los individuos se sacrifican por la comunidad en favor de la supervivencia del grupo, están propagando en realidad la capacidad para el altruismo, incluso cuando su conducta altruista los autoexcluye de la reproducción en aras de otros miembros del grupo, pues el *pool* genético de los miembros del grupo que tienen un parentesco genético próximo a ellos también alberga la predisposición al altruismo.

Sólo así podemos entender la evolución de los comportamientos altruistas. No obstante, cuanto más reducido es ei grupo, más fácilmente se imponen las variaciones hereditarias que suponen ventajas selectivas. Desde esta perspectiva, el aislamiento frente a individuos ajenos al grupo acudiendo a conductas agresivas es, por consiguiente, beneficioso. De todas formas, dicho aislamiento no debe ser absoluto. La afluencia de nuevo material genético aumenta la variabilidad en la población y proporciona a la selección nuevo material. Se ha observado un intercambio limitado muy similar. En diferentes monos, los machos jóvenes abandonan su propio grupo para intentar incorporarse a otros.

En el hombre, este aislamiento grupal desemboca en una rápida “pseudoespeciación” cultural, que origina paralelamente una veloz evolución genética del hombre.

c) La reacción de expulsión como medio para conservar las pautas del grupo

En distintos animales sociales se ha constatado que aquellos miembros del grupo que, por su aspecto o conducta, se desvían considerablemente de las normas del grupo, desencadenan ataques. El psicólogo Schjelderup-Ebbe observó que los gallos a los que había marcado la cresta con otro color o se la había fijado en otra dirección, sufrían agresiones. En fechas más recientes. Jane van Lawick recoge ejemplos muy impresionantes. Cuando en el grupo de chimpancés que ella estudiaba en su medio natural se desencadenó la poliomielitis, todos los individuos cuyas pautas de comportamiento diferían de las del grupo comenzaron a ser soslayados y atacados, pese a su calidad de miembros de una comunidad en la que hasta entonces habían estado integrados. Más adelante analizaremos el tema con mayor precisión. No hay duda de que la reacción de expulsión pretende desembarazarse de los animales enfermos y preservar la homogeneidad del grupo.

Este fenómeno acaece también en el mundo humano: existen formas especiales de burla y de mofa encaminadas bien a acomodar bien a excluir a los individuos de comportamientos discordantes con respecto a las normas del grupo. Cabe suponer por ello que la conservación de las normas del grupo fue una adaptación a la vida en el pequeño grupo original.

d) Funciones de la rivalidad sexual

Muchos vertebrados machos únicamente luchan durante la época de apareamiento y con un solo móvil: conseguir a la hembra; una vez efectuada la cópula, se desentienden de la crianza de las crías. Todo esto indica que los combates entre los antagonistas tienen como finalidad la selección natural. Los elegidos para la reproducción son los más fuertes y hábiles, y, por consiguiente, los más sanos. Este test de aptitud —valga la expresión— preserva la buena salud de la especie. Ésta parece ser la única función de las luchas en muchas va-

riedades de lagartos y serpientes, y por eso se les denomina también luchas de apareamiento. En los casos en los que los machos participan en la protección de las crías, es de vital importancia seleccionar a los mejores para llevar a cabo esta tarea. Las luchas de rivalidad cumplen este cometido.

e) Jerarquía

En el seno de un grupo social observamos también con frecuencia conflictos agresivos. La competencia no está en absoluto erradicada o inhibida. Se lucha por ser el primero a la hora de alimentarse y por otros privilegios. Estos combates generan una jerarquización. Cada miembro del grupo infiere de la victoria y de la derrota quién es superior o inferior a él, y actúa en consecuencia. En cuanto una lucha zanja la cuestión jerárquica, suele bastar una leve amenaza del superior para mantener a raya al inferior. Los combates se eluden. De este modo, la jerarquía, en cuanto principio de orden, contribuye a frenar las agresiones intragrupales. La agresión, por consiguiente, no habría surgido para construir un orden jerárquico, sino que éste nace como un mecanismo, beneficioso por otros motivos, para acabar con la agresión dentro del grupo. No obstante, la agresión contra miembros del grupo conduce a la obtención por los más fuertes de ciertos privilegios, la posesión de las hembras, por ejemplo. A menudo implica una división del trabajo, de manera que la jerarquización desempeña de forma subsidiaría otras funciones al servicio de la conservación de la especie. Los monos de rango más elevado son el centro de atención *(focus ofattention)* de los restantes miembros de la comunidad. Se atiende a su comportamiento, y además ellos acostumbran exhibirse.

Según Hold, entre los niños la frecuencia con la que un miembro del grupo capta la atención de los demás es un buen criterio para averiguar su rango. La autora se fijó en el número de miradas que se dirigían a un niño. Los que más veces se convertían en foco visual de sus compañeros, eran también los que demostraban mayor iniciativa. Estos determinaban la

actividad de los otros, y mostraban una agresividad superior a la media, aunque no extremada. Protegían a niños de rango inferior, solventaban las disputas, jugaban más con diferentes niños, participaban a menudo en representaciones y no se ataban tanto al lugar. Practicaban con más frecuencia contactos corporales (imposición de manos, etc.). Al darles caramelos para repartirlos, sabían mantener el control sobre los demás niños, al contrario que los de rango inferior.

Estos últimos imitaban a los de jerarquía superior. Obedecían, preguntaban y buscaban el contacto con los de rango superior, ofreciéndoles regalos, ayuda, contándoles cosas y mostrándoles objetos. En ocasiones los rehuían. Buscaban con frecuencia la proximidad de las maestras del jardín de infancia y jugaban solos más veces que los de rango superior.

El rango viene determinado, entre otras cosas, por el conocimiento del entorno, ya que, por lo general, los niños de rango superior son los que tienen más experiencia en el jardín de infancia.

4. LAS ADAPTACIONES FILOGENÉTICAS COMO DETERMINANTES DEL COMPORTAMIENTO AGRESIVO

En una serie de publicaciones he insistido una y otra vez en lo absurdo de plantearse la alternativa entre lo ''innato'' y lo “adquirido” cuando se trata de conductas complejas, ya que, como era de esperar, en su estructuración intervienen la herencia y el entorno. Por ello ninguno de los etólogos actuales planteará la pregunta de si la “agresión” es “innata” o “instintiva”. Si alguien utiliza argumentos semejantes, dando por sentado que los etólogos plantean tales alternativas, evidentemente no ha leído o no ha comprendido la bibliografía más reciente[8].

[8] Schmidbauer nos sorprende afirmando que la agresión no es un instinto “auténtico”. Por lo que yo sé, ningún etólogo ha establecido hasta el momento una distinción entre instintos “auténticos” y “falsos”.

Como hemos apuntado antes, tenemos que precisar más la cuestión de si existen adaptaciones filogenéticas que determinen el comportamiento agresivo, y en caso de respuesta afirmativa, de qué forma lo hacen. ¿Existen las adaptaciones como coordinaciones hereditarias, estímulos y mecanismos desencadenantes? ¿Qué papel desempeña la experiencia individual en la integración de los componentes innatos diversos en un todo funcional? El antropólogo Freeman defiende la misma opinión: "Una aproximación interaccionista al estudio de la agresión lleva a la conclusión general de que el comportamiento agresivo está determinado por ambas variables, internas y externas, y profundamente influido por el aprendizaje." A diferencia de los interaccionistas criticados más arriba, entre los behavioristas Freeman coincide con nosotros en que la aportación de la herencia y del medio ambiente es, desde luego, investigable.

A pesar de que ya he expuesto mi postura al respecto en otros escritos, recordaré brevemente con algunos ejemplos de qué forma las adaptaciones filogenéticas contribuyen a fijar la conducta animal.

a) Adaptaciones motoras

En gran número de vertebrados e invertebrados la crianza en soledad ha demostrado que las pautas motrices con las que los animales luchan con sus congéneres son coordinaciones hereditarias. Peces luchadores, espinosos y percas multicolores desarrollan también el repertorio de comportamientos dinámicos de combate típicos de su especie, aunque se les crie absolutamente al margen de sus congéneres. Lagartos de mar que han crecido en absoluto aislamiento luchan a cabezazos con un rival que más tarde se les coloca enfrente; en idénticas condiciones de cría, las iguanas desarrollan los combates propios de su especie a coletazos. Los gallos de pelea criados en aislamiento se acometen entre sí con los espolones: pavos que han crecido en la misma situación se pelean igual que sus congéneres normales. Dado que los animales ponen en juego

conductas diferentes en circunstancias iguales del entorno, las diferencias tienen que tener una base genética.

A menudo, los comportamientos de combate se desarrollan antes de formarse el órgano utilizado en la lucha. Ungulados astados comienzan a embestirse a cabezazos siguiendo las pautas características de su especie antes de haber desarrollado los cuernos. Existen abundantes ejemplos de este fenómeno. Hoy podemos afirmar con plena certeza que numerosos animales, además de los órganos con los que luchan con sus congéneres (cornamentas, cuernos, colmillos, etc.), heredan también las pautas de movimiento correspondientes.

b) Mecanismos desencadenantes y disparadores innatos

Una serie de investigaciones ha demostrado que los animales reaccionan, en ocasiones con lucha, de un modo casi reflejo a ciertas señales del congénere. Conocidos son, por ejemplo, los experimentos de Lack con imitaciones, que probó que basta un penacho de plumas rojas para desencadenar el ataque del petirrojo; por el contrario, un pelele al que se despojó de las plumas de dicho color no surtió efecto alguno, a pesar de guardar un parecido mayor con el petirrojo. En el *Sceloporus undulatus* la señal que desencadena la lucha son las bandas azules que adornan los flancos de los machos. Si pintamos de azul los lomos grises de una hembra, ésta sufre el ataque como si fuera un macho; pintando de gris los flancos de un macho, éste es cortejado como si se tratara de una hembra. Los espinosos machos reaccionan con el combate ante burdas imitaciones de vientre rojo, y con los rituales del celo ante las de color plateado; estas reacciones se producen aunque hayan crecido en absoluto aislamiento y nunca hayan visto antes un macho de vientre rojo o una hembra plateada. En los mamíferos las señales olfativas desempeñan un gran papel, pero no han sido estudiadas a fondo. Hay un hecho digno de mención: en una serie de mamíferos, los miembros del grupo no provocan agresiones violentas, mientras que atacan a los extraños con saña. Los experimentos con turones

y ratones domésticos indican que el olor del grupo enmascara las señales que desencadenan el ataque. Cuando se introduce a un ratón doméstico en un grupo extraño, todos sus miembros le atacan en el acto. Sin embargo, si antes de situarlo en el grupo lo frotamos con la orina de algunos de los machos del grupo, el intruso es aceptado como un miembro más del grupo. En los mamíferos superiores el escudo protector es con frecuencia la familiaridad individual.

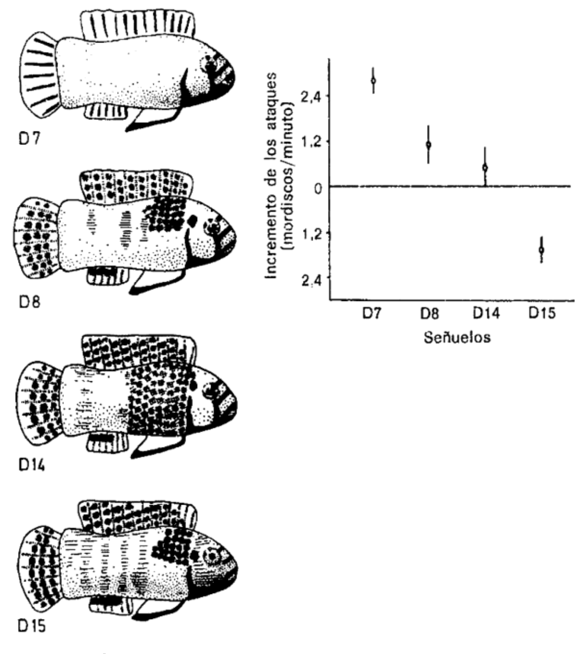


Fig. 3. En el cíclido *Haplochromis burtoni* una raya negra vertical en el dibujo de la cabeza, señal desencadenante de la agresión, fomenta la agresividad; las manchas rojizo-anaranjadas en el costado la inhiben. Si a un pez se le muestra un señuelo con raya vertical en la cabeza, pero sin manchas rojizo-anaranjadas (D7), su agresividad, medida por los mordiscos propinados a peces ciegos que se le han presentado, asciende a una proporción determinada. Un señuelo sin raya vertical, pero con manchas rojizo-anaranjadas (D15), disminuye la agresividad. Tomado de Leong (1969).

Por último, existen también señales inhibidoras de la agresión. En el *Haplochromis burtoni,* uno de los cíclidos multicolores, por ejemplo, una mancha rojizo-anaranjada en el costado inhibe las agresiones, mientras una raya negra vertical en el dibujo de la cabeza las intensifica.

Si interponernos una imitación que ostente únicamente la mancha rojizo-anaranjada, el porcentaje de mordiscos contra peces jóvenes cegados presentes en el tanque para servir de blanco disminuye en 1,77 mordiscos/minuto con respecto al valor inicial o de partida. Por el contrario, la imitación con raya vertical los eleva a 2,79 mordiscos/minuto. Con engaños que presenten ambos distintivos cromáticos, la cuota de mordiscos aumenta en 1,08 mordiscos/minuto. El efecto de las dos señales es, pues, aditivo (fig. 3).

c) Predisposición para el aprendizaje

Mientras no se deriva daño, la lucha y la amenaza tienen un marcado matiz placentero, pues pueden aprovecharse como un estímulo de adiestramiento. Así, por ejemplo, los peces y los gallos de pelea aprenden una tarea determinada, si se les recompensa con el poder de amenazar a un congénere o a su imitación (Thompson, 1963, 1964; Rasa, 1971). Los ratones domésticos aprenden a atravesar un laberinto, si se les permite, como premio, combatir a otro congénere (Tellegen y cols., 1969). Esto demuestra la existencia de predisposiciones para el aprendizaje, que fortalecen de por sí el comportamiento agresivo sin más estímulos de adiestramiento[9]. Además, la agresión sale robustecida si conduce a una meta concreta, por ejemplo, la prioridad en la comida. Estos experimentos han refutado la antigua teoría que afirmaba que sólo la función instrumental fortalecía la agresividad.

---

[9] Como resultado de estas luchas, los ratones domésticos son, por lo general, más agresivos. Se vuelven, por el contrario pacíficos si se castigan sus agresiones.

Se ha adiestrado a ratas, monos y otros mamíferos para que, apretando una palanca, se apliquen ellos mismos una corriente eléctrica en el cerebro a través de unos electrodos. La estimulación activa determinadas conductas, y según el emplazamiento de los electrodos, el animal evita o busca la autoestimulación. Cuando los electrodos se implantan en una zona que activa los comportamientos agresivos (por ejemplo, la instigación agresiva), los animales se estimulan sin interrupción. Sin embargo, evitan activar el sistema de huida, y aprenden incluso a desconectar el estímulo cerebral activador de la huida cuando éste se aplica. La furia y la conducta de ataque van acompañadas además por ondas theta lentas procedentes de las regiones del hipocampo, como las reacciones de acercamiento positivo-"placentero".

d) Estímulos

Cuando en un animal se observan fluctuaciones en la predisposición específica a reaccionar a determinados estímulos del entorno, que no corren parejos con los correspondientes cambios del medio, cabe deducir que las vacilaciones se deben a procesos que transcurren en el organismo mismo. Se habla de mecanismos motivantes o también instintos, y según que los mecanismos activen la predisposición para el acto sexual, para la caza o para el ataque, se los denomina instinto sexual, instinto de caza e instinto de agresión. Pero esta concepción tan sólo plantea la cuestión de la existencia de mecanismos que residen en el animal y que provocan una predisposición específica, demostrable en la conducta de apetencia. En sí mismos considerados, los mecanismos pueden ser de muy diferentes tipos.

Entre los vertebrados, las hormonas desempeñan un importante papel en la configuración del comportamiento agresivo. La hormona sexual masculina aumenta la disposición para la agresión. Esto explica por qué los reptiles, aves y mamíferos se vuelven tan ariscos durante la época de apareamiento. La inyección de hormonas activa la conducta agresiva

en fases muy tempranas del desarrollo. Así, los polluelos de pavo, tras recibir dosis de testosterona, comienzan a luchar con sus congéneres. Los estrógenos, hormona sexual femenina, disminuye la agresividad, y así lo han corroborado las investigaciones con roedores. La progesterona, por el contrario, acrecienta la predisposición para proteger a las crías.

La estimulación eléctrica cerebral puede suscitar un deseo de lucha. Von Holst y Von Saint Paul consiguieron este efecto en gallinas, y Delgado en monos *rhesus* y gibones. En ningún caso hubo una activación coactiva de las pautas de comportamiento motoras, sino tan sólo del ansia de combatir, que no se desplegaba si no existía rival. Los machos *rhesus* de rango superior, influenciados por la estimulación cerebral, elegían como víctimas a machos de rango inferior. Jamás molestaban a las hembras. Los de jerarquía inferior, por el contrario, nunca atacaban a los superiores. Si no encontraban una víctima subordinada a ellos, permanecían pasivos. La estimulación de determinadas zonas cerebrales inducía a los gibones en cautividad a atacar a sus congéneres. Estimulando a los mismos animales en su medio natural, amenazaban a sus semejantes, pero no atacaban.

Plotnik ha observado que en muchos de estos experimentos de estimulación cerebral no se ha investigado si el estímulo provoca dolor o desagrado, generando por esta vía un efecto secundario, en cierto modo: la agresión. En el futuro habrá que analizar la cuestión a fondo. De todas maneras, los animales de experimentación no manifiestan síntomas de dolor, según se desprende de las descripciones. Yo asistí con frecuencia a las experiencias de estimulación cerebral llevadas a cabo por Von Holst y Von Saint Paul, y no recuerdo haber apreciado, tras una estimulación que generaba deseo de agredir, síntomas en la conducta de los animales que pudieran interpretarse como consecuencia de estímulos dolorosos. Los dóciles animales de ensayo que se movían a su antojo, tampoco manifestaron nunca reacciones de huida cuando se les situaba sobre la mesa para iniciar el experimento de estimulación cerebral. Las experiencias realizadas en un mono y una

persona respondieron a los rígidos criterios fijados por Plotnik. Cuando se le preguntó, el paciente dijo entre otras cosas que durante la estimulación cerebral no había sentido dolor, sino tan sólo una furia incontrolable. Por desgracia, otros pacientes no fueron interrogados sobre este particular, pero, de haber sentido dolor, posiblemente lo hubieran reconocido.

En el hombre se conocen además ataques de cólera neurógenos, debidos a la actividad espontánea de grupos de células situadas en el lóbulo temporal y en las amígdalas.

En algunos animales la motivación de lucha endógena —el instinto de lucha— es tan poderosa que cuando no pueden desarrollar esa pulsión por falta de rival, atacan a objetos sustitutorios. Por ejemplo: los gallos de pelea criados por Kruijt en aislamiento atacaban a su propia sombra; intentaban también picotearse la cola, golpeársela con los espolones, mientras revoloteaban en círculo llenos de excitación. Parece como si la excitación almacenada tuviera que descargarse. Lorenz describió este estado de cosas mediante un modelo cibernético, suponiendo que la pulsión de lucha estaba motivada por un proceso de estimulación del sistema nervioso central. En opinión de los neurofisiólogos, el modelo se apoya en bases sólidas. Moyer, por ejemplo, escribe:

"El modelo hidráulico de las pautas de comportamiento agresivas de Lorenz se basa en algunos hechos fisiológicos. Cuando los sistemas neuronales de la conducta agresiva son sensibilizados por una alteración en la composición química de la sangre, de manera que emiten excitación antes, la "presión" hacia la conducta agresiva puede aumentar. De ello se infiere que el individuo es cada vez más propenso a manifestar conducta hostil. De cualquier forma, la teoría de que esta presión hacia la agresión únicamente se evita revelando agresividad, es demasiado simple."

En consecuencia, mecanismos diferentes generan la pulsión de lucha. En una serie de especies ésta lleva a los animales a reaccionar ante estímulos externos de un modo cada vez más opuesto a la selección. Al final, la presión de la pulsión

les hace reaccionar también a estímulos que en circunstancias normales no activarían la conducta de combate.

Rasa aisló a machos de la perca multicolor moteada *(Etroplus maculatus).* Más adelante, cuando les incorporó hembras, éstas sufrieron el ataque de los machos: no obstante, si además les echaba una víctima a modo de cabeza de turco que descargara su agresividad e irritación, los machos, pese a su agresividad contenida, se apareaban. En cuanto retiraba la víctima, ¡os machos volvían a acometer a las hembras, aunque hasta ese momento habían convivido pacíficamente con ellas.

Efecto de la duración del aislamiento sobre la agresividad

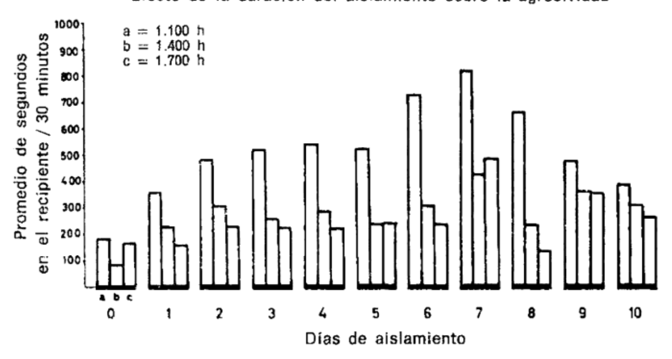


Fig. 4. Incremento del tiempo de estancia en la cámara de llegada tras un aislamiento de diferente duración Se trata siempre de los mismos 5 peces, a los cuales, después de 0, 1 2, 3... días de aislamiento, se les presentó un señuelo a través del cristal de la cámara de llegada. Se comprueba con toda claridad que el tiempo de estancia aumenta progresivamente en proporción al tiempo de aislamiento. El día del experimento. Rasa examinó a los animales en tres momentos diferentes. La duración de la estancia disminuyó claramente en la segunda y tercera sesión. Tomado de Rasa (1971).

De todos modos, estos cíclicos multicolores forman parte de las especies cuyos sexos apenas se diferencian en el aspecto externo. Por consiguiente, bien podría suceder, como opina Wickler, que la visión de la hembra dispare el mecanismo de

la agresividad del macho. En condiciones normales, el macho desahogará la agresividad con sus rivales. Pero si se le quita esta oportunidad, manteniéndolo exclusiva mente al lado de la hembra, la agresividad, constantemente activada, podría volverse al final contra ésta, posibilidad que tiene visos de ser cierta. Mayor valor probatorio tiene el experimento efectuado también por Rasa con cíclidos de los arrecifes de la clase *Microspathodon.* Estos peces ofrecen una ventaja: los animales jóvenes son ya territoriales y se puede experimentar con ellos sin miedo a que la pulsión de buscar pareja motivada por la sexualidad perturbe el curso del experimento Estos cíclidos aprendían a ejecutar una tarea (el laberinto), cuando desde su final lograban ver a un rival y combatirlo. La estancia en la cámara final aumentaba paralelamente, a la duración del aislamiento precedente. Este resultado sólo lo conseguían los rivales: la visión al otro lado de la cámara final de un objeto diferente no favorecía precisamente el aprendizaje. Wickler aduce que probablemente los peces habrían asociado la entrada en el laberinto con la visión del enemigo situado tras la cámara de llegada, y en consecuencia la vista de la entrada del laberinto habría desencadenado la agresividad: esta objeción, sin embargo, queda desvirtuada por la ausencia de síntomas de excitación agresiva en los peces al divisar la entrada del laberinto (fig. 4) Tras el aislamiento de su especie, los machos jóvenes del cíclico multicolor *Haplochromis burtoni* manifiestan un claro incremento de la predisposición a la agresión. La predisposición al apareamiento, por el contrario, no varía. La predisposición a la agresión y al sexo como resultado del aislamiento social únicamente fluctúan en el mismo sentido en los adultos (fig. 5).

El *Xiphophorus helleri* macho lucha mucho más tiempo que sus congéneres después de catorce días de aislamiento social (54,2 minutos frente a 27,2). El número de movimientos de amenaza y de acometidas por lucha se mantuvo aproximadamente idéntico en ambos grupos, mientras que el comportamiento de merodear en círculo y acometer con la boca aumentaron tras el aislamiento.

Los cangrejos ermitaños *(Pagurus samuelis)* luchan con mayor intensidad tras el aislamiento social, sin que todas las pautas del comportamiento agresivo se incrementen en el mismo grado Las conductas agresivas de bajo rango permanecieron inalteradas, mientras que las clasificadas como de alto rango del combate efectivo *(actual combat)* aumentaron de un modo evidente. Dado que la actividad locomotora disminuyó al aumentar el aislamiento experimental, no cabe atribuir el incremento de agresiones al aumento de posibilidades de encuentro durante su vagabundeo. Es una manifestación genuina del represamiento de la agresividad (Courchesne y Barlow, 1971).

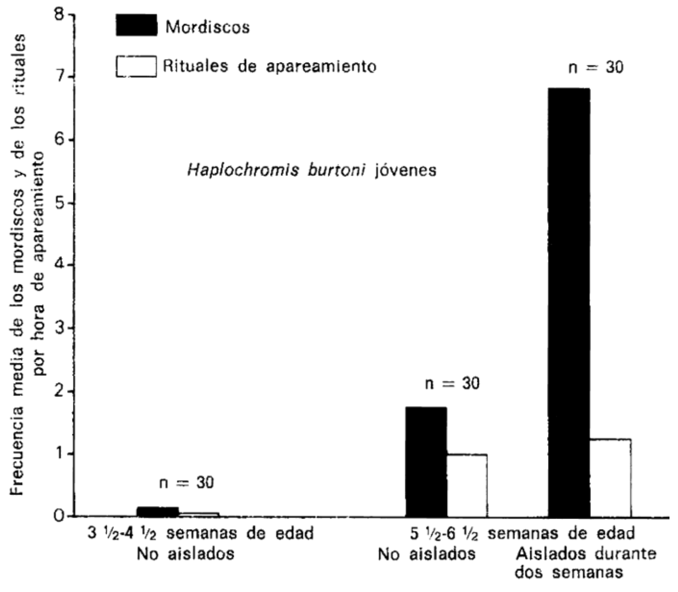


Fig. 5. Aumento de la predisposición a la agresividad en machos jóvenes de *Haplochromis burtoni* tras un aislamiento social transitorio. Por el contrario, la predisposición para poner en juego pautas de comportamiento sexual no varía, hecho que demuestra que a esa edad ambas conductas obedecen a distintos sistemas motivadores. Tomado de Goldenbogen (1977).

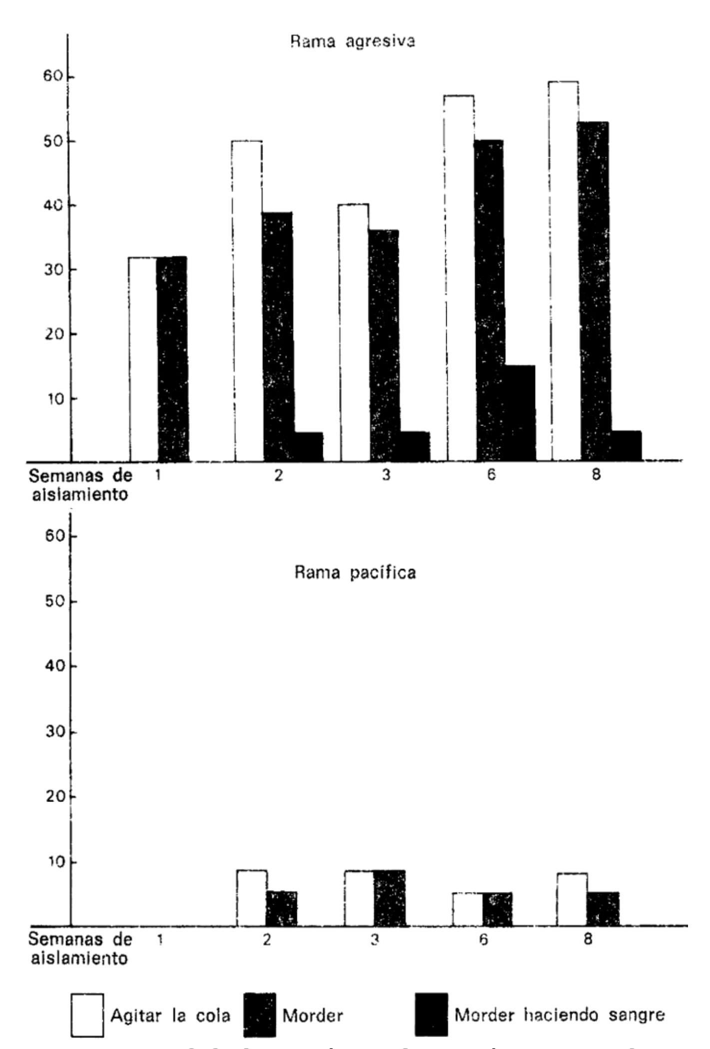


Fig.6. Aumento de la disposición para la agresión en ratones de una rama agresiva y otra pacífica Datos en tanto por ciento de los machos que movieron el rabo (blanco), mordieron (gris) y mordieron produciendo heridas (negro). Tomado de Lagerspetz (1974).

En los ratones domésticos, a mayor duración del aislamiento se da una mayor agresividad (fig. 6). Investigaciones fisiológicas demuestran que el aumento, muy extendido, de la agresividad tras el aislamiento está causado, entre otras cosas, por un aumento en la concentración de catecolaminas, pues estas sustancias actúan como transmisores en las sinapsis, convirtiéndolas progresivamente en más permeables.

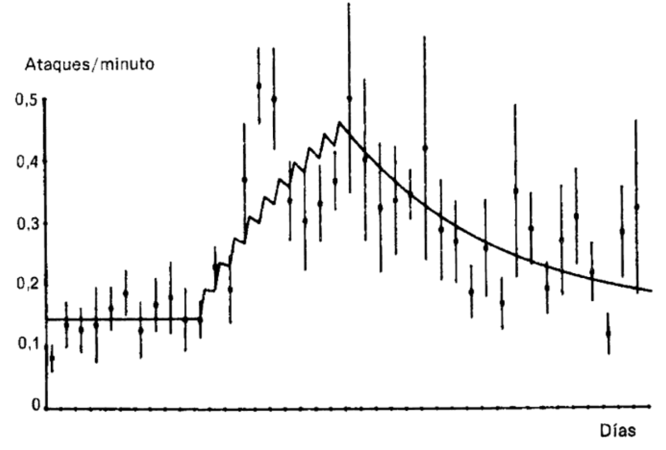


Fig. 7. Dependencia de la disposición para la agresión de estímulos exteriores en el *Haplochromis burtoni.* Si durante un período de tiempo de diez días, se le muestran al pez señuelos de manera repetida, su agresividad, medida por los mordiscos dados a peces jóvenes, aumenta claramente. Tomado de Heiligenberg y Kramer (1972).

Según Caims, los ratones aislados exhiben por regla general una mayor actividad y una inclinación más fuerte a investigar a un congénere desconocido. Lo olisquean, lo rozan, pero al mismo tiempo son muy asustadizos y retroceden con un respingo en cuanto aquél se mueve, o se quedan petrificados. Esto puede provocar en los animales de experimentación una escalada hacia la agresividad (morder por miedo). El hecho de que las disputas transcurran siempre así y que la predisposición a la agresividad entre los aislados sea tan vigorosa, se fundamenta también en una motivación específica. Los ratones aislados atacaron, sin mediar provocación, a un

partner pasivo y "pacífico" en el 56% de los casos, mientras que esta frecuencia descendió al 19% en los ratones con experiencia social[10].

No todas las especies animales reaccionan ante el aislamiento de la misma forma, es decir, con un incremento de la predisposición a la agresión. Entre los cíclidos existen variedades cuya pulsión de lucha disminuye con el aislamiento. La presencia de congéneres aumenta la agresividad (fig. 7).

El concepto de instinto de agresión ha sido objeto de incesantes polémicas a lo largo de los últimos años, y siempre se ha aducido, a menudo por motivos claramente ideológicos, aunque también por otras consideraciones, que la agresión es por naturaleza puramente reactiva. Por ejemplo, se considera improcedente que en un animal aumente la apetencia de lucha y parta al final como un caballero andante a la búsqueda de un enemigo. Pero de la concepción de instinto no se puede deducir que el estancamiento de la agresión tenga que producir ese efecto, pues el arraigado apego al territorio lo impide por completo.

Según Wickler, la agresión es capaz también de cumplir su función de una manera no espontánea: "Para un individuo o una pareja resulta muy beneficioso mantener a raya a sus rivales o criar a sus cachorros sin ser molestados gracias a la agresión; sin embargo, a ese mismo individuo o pareja le perjudicaría sentir espontáneamente la apetencia de lucha tras un largo período sin perturbación alguna y marchar a molestar a otros." El comportamiento agresivo debe salir a relucir cuando el momento lo exija. Se puede concebir una configuración del sistema agresivo parecida, pero los datos de que disponemos contradicen esa hipótesis.

Desde una perspectiva constructiva parece lógico dotar de los correspondientes mecanismos motivadores a los animales

[10] En las experiencias citadas en último lugar se utilizó como rival en la lucha a una rata criada con ratones, que se comportaba con éstos de manera muy "amistosa" Se trata de un encuentro interespecífico inducido experimentalmente De todas formas, las dos especies tienen un parentesco muy próximo, de manera que en el ratón se activó la agresión intraespecífica.

territoriales que se ven obligados con frecuencia a defender su territorio contra sus congéneres. Pero hay que plantearse la cuestión de si es factible construir un sistema puramente reactivo a partir de sus células ganglionares, espontáneas por naturaleza. La neurofisiología nos enseña que las células nerviosas son espontáneamente activas. Incluso las sujetas a meros reflejos muestran una predisposición a la descarga espontáneamente creciente, y muchas se disparan de manera espontánea. Por consiguiente, observamos un principio constructivo muy extendido: los centros funcionales del sistema nervioso central ejercen entre sí influencias inhibitorias mutuas. Las investigaciones de Jouvet sobre el sueño paradójico del gato indican que en los mamíferos la agresión se controla con un mecanismo parecido. Durante el sueño paradójico se observaron movimientos de los ojos, orejas, bigotes y patas Se comprobó asimismo que aumentaba la actividad eléctrica en determinadas regiones cerebrales. Esta fase del sueño es comparable a la fase REM[11] del sueño humano, durante la cual tienen lugar los sueños. Si se destruye una zona del cerebro posterior de los gatos, un 80% de los animales muestran una conducta de furia durante el sueño paradójico. La espontaneidad de la agresión, que hasta entonces otros centros habían mantenido bajo control se manifiesta abiertamente.

Para una serie de especies animales se postula una pulsión que genera una apetencia de lucha, aunque desde luego no es común a todas. También hay que tener en cuenta que en distintas clases de animales el estímulo se conforma de acuerdo con principios diferentes. Esta idea no implica que en general la agresión finalice cuando la “energía” almacenada en el sistema nervioso central se consuma. Como ya hemos apuntado, los comportamientos suelen terminar merced a especiales situaciones que proporcionan estímulos desconectantes, y lo mismo cabe decir de la agresión. Habitualmente un combate termina con la retirada del enemigo: entonces la situación

---

[11] *Rapid Eve Movement Sleep* fase del sueño que se caracteriza por movimientos oculares rápidos.

"el enemigo ya no está presente" es el estímulo que desencadena el final de la lucha.

e) Sobre la genética de las pulsiones comportamentales agresivas

En ratones domésticos se han logrado, mediante una selección sistemática, familias pacíficas y agresivas. Esto no significa que exista un aprendizaje de prácticas transmitidas, y así lo demostró el siguiente experimento: se intercambiaron los animales jóvenes de madres jóvenes pacíficas y agresivas, pero la conducta de los animales jóvenes no varió en absoluto a medida que iban creciendo. El elemento decisivo en su conducta fue la herencia genética. Las crías del tronco agresivo criadas por madres pacíficas se volvieron agresivas, y las de la rama pacífica lo siguieron siendo a pesar de cuidarlas una madre agresiva.

III. TERRITORIALIDAD Y AGRESIVIDAD EN LOS ANTROPOIDES

1. LA AGRESION INTRAESPECIFICA

En los últimos años se ha recurrido al chimpancé, un animal tan cercano al hombre, para tratar de corroborar la hipótesis de que el hombre primitivo era pacífico por naturaleza, aduciendo que, estando en libertad, carecía de territorio y vivía en grupos abiertos. Reynolds y Reynolds sostenían esa misma opinión, al igual que Jane Goodall en sus primeros trabajos. A partir de entonces la literatura crítica ha divulgado con cierta ligereza la afirmación de que los chimpancés no viven en grupos estables, y que son además extremadamente pacíficos, razón por la cual el hombre arrastraría la herencia del pacifismo.

Investigaciones más recientes, realizadas también en condiciones naturales, abonan la necesidad de revisar esa opinión. Jane van Lawick-Goodall escribe a este respecto:

"Al iniciar mis trabajos me dio la impresión de que la sociedad de los chimpancés estaba menos estructurada de lo que está en realidad. Creía que los chimpancés de un territorio constituían una cadena de unidades interactuantes, estando limitada la posibilidad de una interacción individual con los otros chimpancés únicamente por la amplitud de sus vagabundeos. Observaciones posteriores demostraron que esto no es cierto."

Las nuevas investigaciones arrojaron los siguientes resultados: los chimpancés viven en comunidades *(communities)*, denominadas también en inglés *unit-group, larg-sized group, preband* y *regional population*. Los miembros de dichos grupos se conocen entre sí y reaccionan ante los intrusos con comportamientos de amenaza y ataque. Dentro de la comunidad los chimpancés forman subgrupos, cuya composición

puede variar; esta variabilidad despertó al principio la impresión de que los grupos estaban mal delimitados y eran abiertos. Reynolds u Reynolds. por ejemplo, escriben: “Los grupos de chimpancés de la selva de Budongo no constituyen unidades sociales cerradas Los grupos cambian constantemente sus miembros, desdoblándose, encontrando a otros y uniéndose a ellos, reuniéndose o separándose.”

Según el estado actual de nuestros conocimientos, las investigaciones de Reynolds recogen las relaciones entre los miembros de una comunidad. Ésta se encuentra subdividida Madres e hijos mantienen una relación estrecha durante varios años, e incluso parecen existir vínculos pseudofamiliares entre ciertas hembras y machos. Se constata, además, que determinados adultos establecen entre sí contactos más estrechos, de “amigos”, que con el resto de los miembros del grupo, aunque no se ha llegado a fijar una delimitación clara Las comunidades, por el contrario, sí están claramente delimitadas y suelen ocupar territorios diferentes, que a lo sumo pueden coincidir en sus márgenes, aunque a menudo están separados por franjas de tierra de nadie.

Las cinco comunidades de chimpancés observadas por Jane van Lawick-Goodall contaban entre 15 y 40 individuos. En los límites del territorio poseían zonas habitables disimuladas que sólo utilizaban cuando sus vecinos estaban ausentes. En Kasakati-Senke, a unos 140 kilómetros al sur de Gombe. Nishida y Kawanaka (1972) estudiaron dos comunidades. La más poblada contaba con 60 miembros, y solía trasladarse una vez al año de su territorio a otro habitado por un grupo de 20 animales, los cuales, cada vez que se aproximaba el otro grupo, se retiraban con calma a las zonas más lejanas de su territorio, situadas a 35 kilómetros de distancia. Permanecían allí hasta que sus vecinos se marchaban de nuevo.

Van Lawick-Goodall describe también la paulatina disgregación de un grupo de unos 60 individuos. Entre 1965 y 1967, los animales, en la actualidad divididos en dos grupos, se dirigían a sus comederos, pero desde el principio algunos tendían a vagabundear hacia el sur, mientras que otros lo

hacían en dirección al norte. En esas fechas los grupos ya estaban probablemente en proceso de separación, o incluso desgajados el uno del otro, y únicamente se reunían en el lugar común donde se alimentaban. De todas formas, la disgregación completa acaeció cuando escaseó la comida. En esa misma época cambió el macho alfa Humphrey reemplazó a Mike, pero temía a los dos machos de mayor jerarquía del grupo sur y evitaba a éste siempre que podía. Desde mediados de 1972 tan sólo un macho del grupo sur acudió a la zona de comida.

Los miembros de las distintas comunidades se soslayaban o se ahuyentaban mutuamente. Van Lawick-Goodall observó que los chimpancés solían responder a los gritos de intrusos con nuevos gritos, instigaciones, golpes contra los árboles o un alejamiento rápido y silencioso. En dos ocasiones vio a dos machos de un grupo atacar a una hembra extraña. Mataron además a un hijo de la víctima y acto seguido lo devoraron en parte.

En otra ocasión la misma investigadora observó cómo dos hembras atacaban a una intrusa:

“Estábamos colocando unas bananas para la intrusa, cuando nos dimos cuenta de que Flo y Olly la miraban fijamente con la piel erizada de furia. Flo fue la primera en echar a andar, y Olly la siguió. Con paso tranquilo, se dirigieron al árbol: la víctima sólo se percató de su presencia cuando las tenía encima. La hembra perseguida trepó ramas arriba, profiriendo chillidos y jadeos de terror... Entonces Flo saltó del árbol con la velocidad del rayo, agarró con ambas manos la rama a la que se aferraba la otra hembra —que chillaba con todas sus fuerzas— y, con los labios deformados por la ira, la sacudió con violencia de un lado a otro. La hembra amenazada, en parte por la sacudida, en parte de un salto, huyó al árbol contiguo... La caza continuó hasta que Flo hizo bajar del árbol a la intrusa, la alcanzó y la zarandeó con ambas manos. Luego, golpeando el suelo con los pies y seguida por una Olly todavía vociferante, expulsó a su víctima de allí.”

Por consiguiente, las comunidades son grupos cerrados. Esto no significa que sean impermeables, es decir, que no existan intercambios[12]. Cuando se encuentran en celo, las hembras jóvenes suelen visitar otros grupos para aparearse con los machos, pero en cuanto termina la cópula regresan a sus grupos. A veces se quedan en el nuevo grupo. Nishida y Kawanaka registran observaciones similares. En este punto, los chimpancés difieren de otros monos: entre los babuinos y macacos son los machos jóvenes los encargados de vehicular el intercambio genético entre los grupos.

Interesante es la observación de Van Lawick-Goodall de que los chimpancés, en la mayor parte de los casos, únicamente visitan las zonas periféricas de su área de residencia en grupos nutridos. Al hacerlo se topaban u oían a congéneres ajenos al grupo, y esto provocaba una conducta de evitación, o una instigación agresiva y la lucha. "Los chimpancés causaban la impresión de patrullar intencionadamente las fronteras de su territorio."

Dentro de la comunidad de los chimpancés existe una clara jerarquía social. A los machos de rango más elevado se les reconoce porque rara vez son objeto de ataques, y sí receptores habituales de pautas de comportamientos de sumisión. A menudo gozan de preferencia a la hora de elegir el alimento, la hembra o los lugares de descanso, y manifiestan instigaciones agresivas con mayor frecuencia que los demás. La jerarquía se conquista tanto mediante la lucha como mediante la instigación. Van Lawick-Goodall describe cómo en el año 1964 Mike venció al macho alfa Goliat esencialmente a base de unas pautas de comportamiento de pura fanfarronería. En el comportamiento de amenaza, los chimpancés pretenden

---

[12] Los grupos cerrados no lo son hasta el punto de impedir los intercambios genéticos con los miembros de grupos extraños. Lo determinante en ellos es que el intercambio de miembros de grupos diferentes tiene limitaciones y resistencias, derivadas de la actitud básicamente hostil frente a individuos ajenos al grupo. Esta es la diferencia entre los grupos cerrados y abiertos, como, por ejemplo, las bandadas de peces, a las que pueden incorporarse nuevos miembros a voluntad.

impresionar haciendo ruido. Por ejemplo: tamborilean los árboles, golpeándolos con manos y pies. Mike descubrió que podía producir un estrépito infernal golpeando bidones vacíos de gasolina que halló cerca del campamento de Goodall, y ensayó la técnica hasta rozar la perfección, hasta el punto de que al final era capaz de golpear tres bidones a la vez; esta pericia afectó tanto a Goliat que acabó dándose por vencido.

Según Van Lawick-Goodall, Mike conservó durante más de seis años la posición alfa conquistada. Al principio mostraba una agresividad extrema con otros miembros del grupo y solía atacar a machos de jerarquía inferior sin motivos aparentes. Pero su intolerancia se apaciguó. En 1971 el macho Humphrey atacó de repente a Mike y lo destronó. A su vez, fue derrocado en 1973 por el joven Figan después de varias escaramuzas. A Figan le ayudó en su empeño su hermano Faben, sin cuyo concurso —según apunta Van Lawick-Goodall— no hubiera sido capaz de conservar su posición alfa.

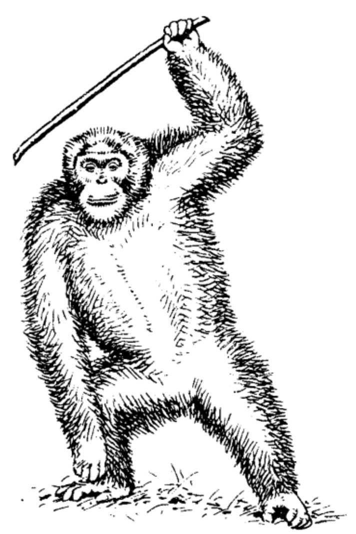


Fig. 8. Chimpancé blandiendo un palo durante la instigación. Según un apunte de Van Lawick-Goodall (1971) Copia de H. Kacher.

Entre las hembras el puesto jerárquico superior suele depender de la existencia de animales jóvenes a punto de madurar. A veces dos hembras se alían en contra de una tercera, pero por lo general tales amistades perduran menos tiempo que las de los machos.

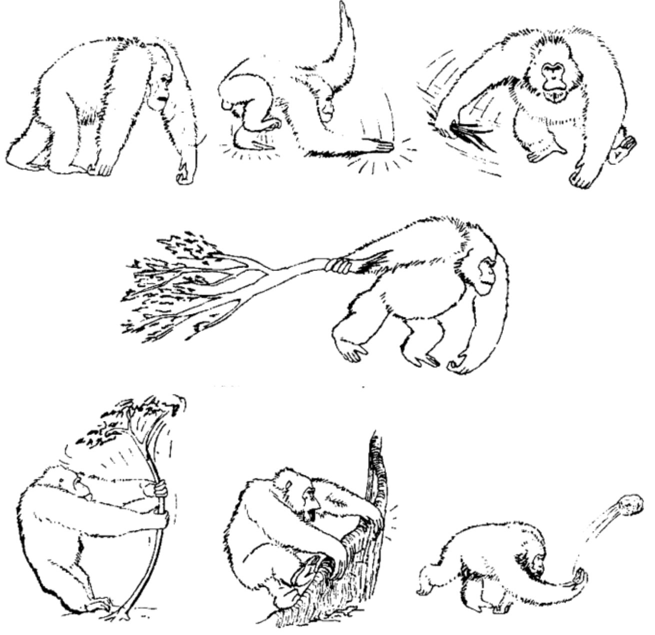


Fig. 9. Pautas de la conducta de amenaza agresiva entre los chimpancés. Tomado de J. van Lawick-Goodall (1975), según originales de David Bygott.

El repertorio de comportamientos agresivos es muy variado. Las ilustraciones muestran algunas de las pautas habituales del comportamiento de amenaza o instigación (figs. 8 y 9). El pelo del borde externo de los brazos y hombros se eriza, de modo que el chimpancé que pretende impresionar aumenta sus contornos. Golpea el suelo o los árboles, chilla, vocifera. Impresiona especialmente su grito de amenaza: *Uaoh*, que es un grito nítido, muy largo y agudo. Los sonidos *huuh* sirven

para no perder el contacto con los miembros del grupo. En la instigación se emplean objetos con frecuencia. Arrancan y arrastran ramas, blanden palos en su mano levantada y los lanzan contra sus congéneres, y lo mismo hacen con otros objetos arrojadizos de menor tamaño Simultáneamente, el que se quiere imponer persigue a sus víctimas. Cuando las atrapa, las empuja, las pega, las muerde. Puede saltar sobre la espalda de su contrincante y pisotearlo. A sus víctimas de menor envergadura las agarra de vez en cuando, las levanta por el aire y las arrastra por los suelos. En general las peleas con miembros del grupo no suelen durar más de medio minuto y rara vez resulta herido alguno de los contendientes.

Los machos también desarrollan una conducta de instigación cuando visitan a otro grupo, oyen a extraños o se sienten frustrados por algún motivo, por ejemplo, por haber perseguido infructuosamente a una hembra en celo, pero también cuando han escalado una loma entre dos valles, cuando llueve torrencialmente y por fin en las luchas por la jerarquía.

Van Lawick-Goodall enumera 12 situaciones típicas en las que se observa una conducta agresiva:

1. En la rivalidad por cuestiones jerárquicas. Abundan los comportamientos de amenaza y escasean los de combate.

2. Como reacción de ciclista: cuando un animal es atacado por otro de rango superior, no acostumbra batirse con él sino que traspasa su agresión a un animal de rango inferior.

3. Cuando un inferior no reacciona correctamente a los requerimientos de un superior, por ejemplo, una hembra que no obedece al macho cuando éste se lo exige, puede tener lugar un ataque.

4. Animales de rango inferior (por ejemplo, animales jóvenes) sufren ataques de rabia cuando un animal de rango superior no corresponde a sus exigencias. Así sucede, por ejemplo, cuando una cría quiere mamar, pero la madre no atiende ese deseo.

5. Normalmente las madres defienden a sus crías, en ocasiones con la ayuda de los hermanos mayores.

6. Si los chimpancés oyen a extraños, suelen poner en práctica una conducta de instigación. Si descubren intrusos en su territorio, atacan.

7. La lucha es contagiosa. A menudo cuando dos riñen, se inmiscuyen otros que no están implicados directamente en la lucha.

8. A veces se lucha por el alimento, aunque esto no es corriente. En el lugar de alimentación las peleas más frecuentes se debían a las bananas. Además, Van Lawick-Goodall los vio en ocasiones disputar por la pieza cobrada.

9. Como una reacción contra los intrusos: los miembros cuyo comportamiento difiere del grupo provocan agresiones. Los gestos expresivos de los atacantes permiten deducir que la conducta diferente del miembro del grupo les asusta. Tras una epidemia de poliomielitis, algunos animales sólo se movían a duras penas y con movimientos torpes y anormales. Pepe, por ejemplo, únicamente era capaz de deslizarse sobre las nalgas, pues además tenía un brazo inutilizado. Cuando después de su enfermedad logró arrastrarse por primera vez hasta el lugar de la comida, los chimpancés que ya estaban allí se abrazaban esbozando muecas de miedo y mirando fijamente al inválido, que ignoraba que era el causante de tanta excitación. Otro ejemplar más afectado por la parálisis, McGregor, provocó la instigación de dos machos cuando se acercaba al comedero; Goliat terminó por atacarle y comenzó a golpearle en la espalda. De no haberse interpuesto Hugo van Lawick a modo de escudo, el otro macho se habría abalanzado sobre McGregor. Más adelante, los individuos sanos se acostumbraron a ver al enfermo, pero le excluyeron de cualquier actividad social. Van Lawick lo describe en unas líneas patéticas:

“En mi opinión, el trance más doloroso de los diez días acaeció más tarde. Ocho chimpancés se habían congregado en un árbol distante unos sesenta pasos del cobijo donde yacía McGregor, y se despiojaban mutuamente. El macho enfermo no apartaba su vista de ellos, y de vez en cuando soltaba un leve gruñido. Los chimpancés normalmente consagran gran

parte de su tiempo al cuidado social de la piel, y, desde el comienzo de su enfermedad, el viejo macho había tenido que renunciar a ese importante contacto.

"Por fin, McGregor, con ímprobos esfuerzos, se levantó de su lecho, se descolgó hacia el suelo y emprendió el largo camino que le separaba de sus congéneres, con frecuentes pausas. Cuando llegó al árbol, descansó unos momentos a la sombra y sacando fuerzas de flaqueza ascendió hasta acercarse a dos de los machos. Les saludó con un sonoro gruñido de alegría y les tendió la mano, pero ellos se alejaron de un salto sin rozarle siquiera ni dirigirle una mirada, y continuaron su higiénica labor de asearse la piel al otro lado del árbol. Durante dos interminables minutos, el viejo McGregor se mantuvo en el mismo sitio, inmóvil y mirándoles fijamente. Luego, despacio, muy despacio, volvió a descender hasta el suelo."

Cuando una hembra se cayó de un árbol y se desnucó, los demás chimpancés se asustaron y comenzaron a ejecutar pautas de instigación alrededor del cuerpo de la hembra. Un macho tiró una piedra al cadáver.

10. El dolor vuelve irritables a los chimpancés. Un macho con un dedo del pie roto solía atacar a las crías que jugaban cerca de él.

11. A veces surgía una pelea entre dos machos al cortejar a una hembra en celo especialmente atractiva. Este, fenómeno indujo la formación pasajera de parejas conyugales *(consort pairs),* un relevante descubrimiento de los últimos años.

12. Los chimpancés también ponen en juego conductas de instigación contra babuinos y seres humanos idénticas en el fondo a las que utilizan contra sus congéneres. Kortlandt, Albrecht y Dunnett observaron que la amenaza de los chimpancés se parece a la de los leopardos disecados.

La agresión desempeña, sin duda, un gran papel en la vida de los chimpancés, aun cuando por lo general dentro del grupo se reduce a comportamientos basados en la instigación. La instigación está correlacionada positivamente con un alto *status* de dominancia. Solo los machos manifiestan una instigación de ataque *(charging display).* Hooff distinguió un

sistema de ataque y otro de fanfarroneo, íntimamente relacionados, pero que, sin embargo, son subsistemas autónomos.

No hay duda de que los chimpancés son potencialmente muy agresivos, a tenor de los abundantes comportamientos de apaciguamiento, que, por lo demás, causan una impresión muy humana. Los inferiores, por ejemplo, alargan la mano cuando quieren apaciguar a un superior, y si éste les roza la mano, se tranquilizan. Las hembras que acaban de parir una cría la presentan al grupo y la muestran con actitud temerosa a cada uno de sus miembros. Al hacerlo extienden su mano, y si el individuo del grupo se la roza, desaparece la tensión de la hembra, que se dirige al siguiente animal. Una cría desconocida podría, en principio, provocar la agresión por su carácter de intrusa, de ahí su presentación acompañada de llamadas al apaciguamiento. También surte efectos tranquilizadores colocarse en cuclillas ante un animal de rango superior, así como los besos del superior y la presentación sexual de las nalgas. Los animales de superior jerarquía responden a tales conductas de sometimiento con una breve caricia a su congénere, rozando su mano extendida, besándolo, abrazándolo y también despiojándolo durante breves segundos. Estas pautas de comportamiento tranquilizan al interior y crean un ambiente distendido. El hecho de que los comportamientos apaciguadores sean tan frecuentes, no es más que otra prueba más de la acusada predisposición de los chimpancés hacia la agresión.

Esta predisposición no se debe a la casualidad, sino que es el resultado de la presión de la selección. Ya hemos discutido las ventajas derivadas de la delimitación de los grupos, de su distribución territorial, de la creación de la jerarquía con un líder y de las consecuencias de la reproducción atendiendo al rango jerárquico.

Los gorilas viven en grupos reducidos de hasta 30 individuos con un macho como líder. Se trata posiblemente de familias poligínicas. Los machos de alto rango viejos (mayores de 12 años) se caracterizan por tener la piel de la espalda de color gris plateado En los grupos predominan las hembras.

A diferencia de lo que sucede entre los chimpancés, son los machos jóvenes los que abandonan el grupo para incorporarse a otros. Las luchas por el liderazgo se dirimen a menudo de modo incruento, golpeándose el pecho con los puños. Además, la amenaza se expresa con la mirada fija, y la sumisión con las pautas de desviar la vista, agachar la cabeza y acurrucarse.

Conocemos pocos datos garantizados de la estructura grupal de los orangutanes en medio libre como para abordar el tema en detalle. De los gibones sabemos que preservan sus territorios familiares con gritos, amenazas y luchas. Carpenter refiere que muchos ejemplares ostentan cicatrices producidas por las luchas con sus congéneres.

De lo dicho hasta ahora se deduce que las opiniones tan extendidas en la actualidad en la literatura científica sobre el especial pacifismo y poco apego a la territorialidad de los antropoides más cercanos al hombre, sobre todo los chimpancés, son erróneas. Un ejemplo de transmisión acrítica de viejos estereotipos, superados hace tiempo, nos lo ofrece Schmidbauer, que una y otra vez, la última en 1974, divulga la historia del antropoide amistoso que vive en grupos abiertos:

“Los chimpancés y orangutanes no viven en grupos estables, sino que forman conjuntos temporales basados en vínculos sociales de amistad y en igual sexo y edad, en la atracción sexual, en la relación madre-hijo y quizás en la fraternal. Uno de los rasgos más sorprendentes de los grupos de chimpancés radica en unas relaciones caracterizadas —incluso cuando el grupo temporalmente formado se ha disuelto— por saludos cariñosos y una nueva unión en cuanto los individuos vuelven a encontrarse.”

Lo expuesto en las líneas precedentes es, en mayor o menor medida. falso, y por tanto las conclusiones siguientes apenas tienen base: “Yo sostengo aquí que esta característica de los grupos abiertos en contraposición a los cerrados distingue sobre todo a la línea de los póngidos-homínidos desde el estadio de los antecedentes de los primates del Eoceno, y es responsable de la forma que ha tomado la sociedad humana.”

2. LA AGRESIÓN DE CAPTURA

Los chimpancés cazan otros mamíferos, por ejemplo, pequeños antílopes, monos colobo y babuinos. Agarran a sus víctimas y les golpean el cráneo contra una roca o un tronco de árbol, o bien las matan a fuerza de mordiscos en la cabeza y en la nuca. Los machos cazan de vez en cuando con el grupo y colaboran en la tarea de cobrar la pieza. Van Lawick-Goodall describe cómo un macho trepó a un árbol persiguiendo a un colobo separado de su grupo, mientras sus congéneres se apostaban abajo para cortar a la víctima posibles caminos de huida.

Sin duda que el hecho de que los chimpancés comen carne es un descubrimiento relativamente reciente. De otros antropoides no se conocen comportamientos de caza[13], y el mismo chimpancé carece de adaptaciones específicas para la caza en su constitución física y en su conducta. Pero no por eso debemos minusvalorar su importancia en la vida de estos animales. Los chimpancés practican la caza sistemática y atacan con premeditación a mamíferos de bastante envergadura: durante el período 1960-70 se registraron en el territorio de Gombe 95 casos de caza con éxito y 37 intentos fallidos. En 56 casos se identificó a las presas. La siguiente tabla demuestra que el 65% de las capturas eran monos.

Número de presas capturadas por los chimpancés del territorio de Gombe entre junio de 1960 y *agosto de 1970*

Especie	Número	Porcentaje (%)
Babuino	21	38
Colobo rojo	14	25
Macacos:		
Cercopithecus ascanius	1	1
Cercopithecus mitis	1	1
Cerdo salvaje	10	19
Carnero salvaje	9	16

[13] Pero sí de los babuinos, aunque no cazan por sistema: esporádicamente pueden aprovechar las ocasiones que se presentan de matar a una gacela joven o a una liebre.

No incluimos la totalidad de las capturas, sino una parte Teleki, basándose en sus propias investigaciones, llega a la conclusión de que los chimpancés desempeñan el papel de ladrones dentro de la economía del territorio. Queda aún por explicar la significación fisiológica de la alimentación a base de carne. El porcentaje con respecto a la alimentación global es escaso, el 1%. Sin embargo, desde una óptica cualitativa, se trata de proteínas de gran valor. De cualquier manera, la importancia social es considerable. Poco después de la caza puede suscitarse una pelea, en el curso de la cual la presa sea despedazada. No obstante, si un animal afirma su posesión durante un breve espacio de tiempo, los demás respetan ese derecho. Los congéneres se sientan entonces a su alrededor y le piden su parte. El dueño reparte el botín, y si es de elevada jerarquía, cede pequeñas porciones para que la presa dure y de ese modo la atención del grupo se fije en él. En el reparto participan casi todos los miembros del grupo presentes. En un caso recogido por Teleki el macho líder Mike agració, entre las 8 y las 17:30 horas, a 13 miembros de un grupo compuesto por 16 adultos y jóvenes. De esta manera los líderes continúan siendo el foco de atención del grupo. Resaltemos una vez más la enorme importancia social de la caza y reparto de las presas. En una serie de pueblos cazadores y recolectores, que viven sobre todo de la comida recogida en el campo, la distribución de la presa cazada fortalece también los vínculos del grupo.

Los chimpancés manifiestan una sorprendente preferencia por los sesos de sus víctimas. Acostumbran abrir el cráneo por arriba de un mordisco y extraen su contenido con los dedos. A menudo rebañan incluso el cráneo con hojas masticadas. Este bocado muy apetecido lo reservan para ellos.

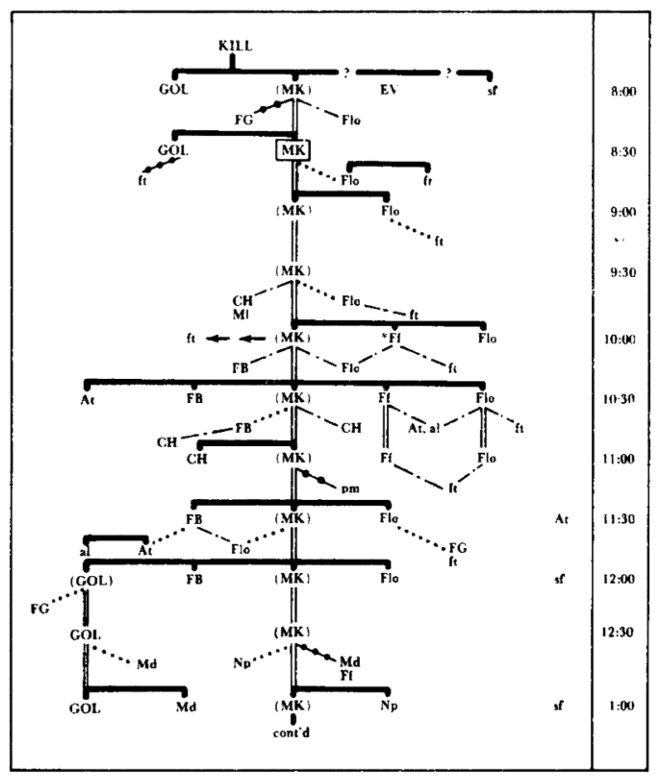
Son dignos de atención dos casos de canibalismo descritos en fechas recientes. En ambos, dos machos adultos se apoderaron de un animal joven y comenzaron a devorarlo aún vivo. En el segundo caso, Bygott observó el proceso hasta el más mínimo detalle. Un grupo de chimpancés topó, mientras pastaba, con dos hembras, la mayor de las cuales fue atacada en

el acto por los cinco machos adultos del grupo. Bygott anota que nunca había visto a dicha hembra durante los cientos y cientos de horas dedicados a estudiar ese territorio, por lo que supone que la hembra era también desconocida para sus atacantes. El grupo desapareció luchando entre el follaje, y cuando volvió a ver a los animales, echó en falta a la hembra intrusa y al macho dominante. Humphrey sujetaba por la pierna a un animal joven de aproximadamente año y medio de edad, que pataleaba y sangraba por la nariz. También le resultaba desconocido al observador. Humphrey golpeó repetidamente la cabeza del joven chimpancé contra una rama y tres minutos después comenzó a devorar la carne de sus muslos. Luego se acercó Mike, el macho más viejo, y arrancó una pierna de la víctima, que se dedicó a comer durante la hora y media siguiente. Cuando Humphrey dejó de comer, el cuerpo del animal joven estaba intacto hasta las piernas. Humphrey lo empujó y lo despiojó. Tras este juego exploratorio, se tomó agresivo, mordió el cadáver y lo tiró contra el suelo; por último, se marchó, abandonando el cuerpo. Mike se hizo con él, comió durante cerca de hora y media y se lo devolvió a Humphrey cuando éste regresó. Humphrey lo arrojó contra una roca y lo dejó allí. Otro macho (Romeo) mordisqueó el cuerpo durante 10 minutos, después volvieron otra vez Humphrey y Mike, se entretuvieron con él durante unos momentos, pero enseguida se lo cedieron a los machos Figan y Satan, que jugaron con el cadáver y lo despiojaron. Al final, cuando seis horas después abandonaron el cuerpo, únicamente habían sido devoradas las piernas, una mano y la región genital, a pesar de que el cuerpo había pasado por seis manes.

"Esto hace suponer que la presa, en cuanto alimento, era menos atractiva que otros animales que se había visto comer a los chimpancés de Gombe, y que resulta ser más bien un objeto de curiosidad." De hecho, el comportamiento de los chimpancés con el congénere muerto fue más bien ambivalente, y así lo demuestra la alternancia entre el cuidado social de la piel y los ataques.

Indudablemente, la agresión de captura contra un congénere es algo desacostumbrado entre los animales feroces, y los escasos informes de canibalismo entre los chimpancés demuestran que semejantes incidentes no son, ni mucho menos, cotidianos. Tienen que darse circunstancias especiales, por ejemplo, ser sorprendido por individuos ajenos al grupo con un elevado grado de excitación emocional, para asesinar a un animal joven. Una vez muerto el animal, desaparece su capacidad para enarbolar señales que provoquen una inhibición: se convierte en presa. Con todo, la observación enseña que entre los chimpancés los límites entre presa y congénere no son tan nítidos como entre las fieras. Esto es aplicable también a la relación con los animales de presa de otra especie. Van Lawick-Goodall informa que chimpancés muy jóvenes juegan con babuinos de edad parecida, y anota que los chimpancés, cuando cazan, no siempre acechan en silencio a sus víctimas, sino que a menudo amenazan con la instigación, conducta, por lo demás, muy poco práctica. Dada su motivación, el comportamiento de captura de los chimpancés deriva posiblemente de la agresión interespecífica. En la captura de la presa se ponen en juego pautas de comportamiento de la agresión interespecífica, y viceversa: las de la agresión intraespecífica —por ejemplo, golpear la cabeza de la presa contra troncos o piedras, amenazar con palos, morder la espina dorsal y la cabeza, tirar piedras— se vehiculan ocasionalmente en las disputas interespecíficas; de todas maneras —y esto queremos subrayarlo— no es, en absoluto, normal. Serían más bien accidentes, generados por una división filogenética de ambos ámbitos aún no concluida del todo. Tampoco en el hombre parece muy nítida esa separación. Más adelante volveré sobre este punto. Kortlandt también destaca la confusa sepa ración que existe entre la conducta de captura y la agresión. Pero llega demasiado lejos cuando afirma que los chimpancés no mataron a sus víctimas con el propósito de cobrar una presa, sino para demostrar a los miembros del grupo presentes su aptitud para matar, es decir, en cierto sentido un modo de imponerse mediante el terror. Las investigaciones de

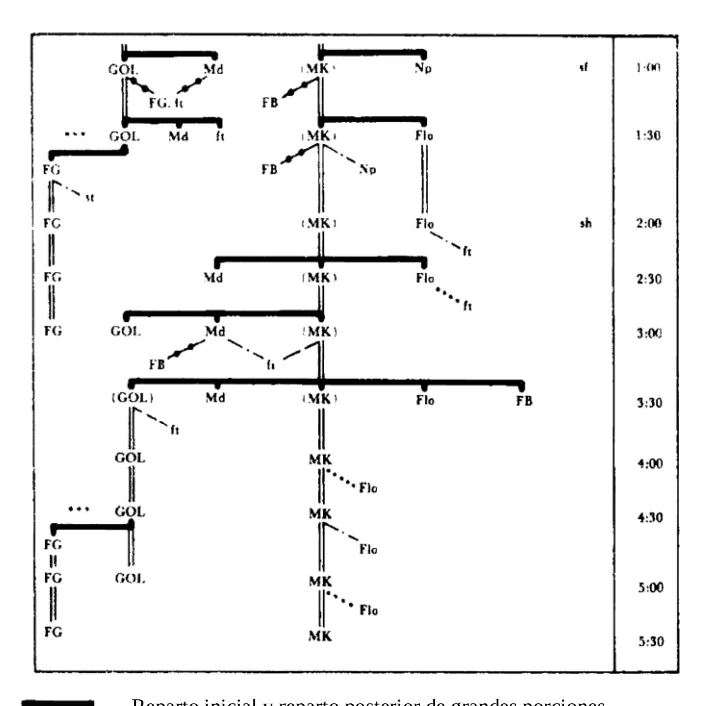
Teleki no abonan semejante conclusión. La colaboración de los chimpancés para sorprender a su víctima y matarla demuestra que tratan de cobrar una presa. La función social sólo se manifiesta en el reparto subsiguiente.



* Hembra en celo con hinchazón casi total

** Los chimpancés regresan al campamento durante 30 minutos

*** FG ataca de repente a GOL y le roba carne



Reparto inicial y reparto posterior de grandes porciones

( ) Poseedor de grandes porciones

Devora el cerebro

Carne rozada, pero no cogida

Acercamiento al poseedor de la carne y observación del mismo

Petición no atendida de carne mediante gritos y ademanes

Petición atendida de carne mediante gritos y ademanes

Masticación breve de carne que está en posesión de otro

Carne ofrecida o dada a otro voluntariamente

Fig. 10. Modelo de reparto de carne efectuado por un macho de elevada jerarquía. Tomado de Teleki (1973).

3. LA AGRESIÓN CONTRA LOS ENEMIGOS DEPREDADORES

Que yo sepa, hasta ahora nadie ha tenido la suerte de asistir al enfrentamiento de chimpancés con enemigos depredadores en medio libre, pero las experiencias de Kortlandt con chimpancés en su medio natural apuntan a que los chimpancés atacan a enemigos depredadores utilizando armas. Cuando se sitúa a un leopardo disecado en un territorio habitado por chimpancés, éstos se aproximan a la fiera, la amenazan, le tiran tierra y piedras, la atacan con palos, propinándole golpes eficaces de arriba abajo, para lo cual se aproximan corriendo erguidos sobre sus piernas.

En el curso de estos experimentos, Kortlandt constató diferencias notables en cuanto al comportamiento entre los chimpancés de la sabana y los de la selva. Los primeros arrojan objetos demostrando buena puntería y propinan golpes certeros con palos. Los segundos, aunque revelan, en el fondo, las mismas pautas de conducta, fallan en la puntería y tampoco son demasiado hábiles en el manejo del palo. Estas diferencias llamativas indican que el uso de palos y proyectiles con armas se desarrolló en la sabana menos poblada de árboles. En la selva, dichas armas se enredarían continuamente en el follaje. Kortlandt y Koolj suponen que los chimpancés de la selva, en otro tiempo, supieron emplear mejor las armas, pero al separarse y poblar el bosque perdieron paulatinamente esas habilidades. Los investigadores aventuraron la hipótesis de que los antepasados de los actuales chimpancés estaban en general mucho más evolucionados en dirección al hombre, pero en la competencia con antepasados prehomínidos por el biotopo de la sabana fueron derrotados y obligados a ocupar zonas selváticas, que no exigen una hominización.

4. EMPLEO DE ARMAS

En enfrentamientos agonísticos interespecíficos e intraespecíficos los chimpancés utilizan objetos a modo de armas.

En las luchas con enemigos voraces emplean palos y proyectiles. Nadie ha visto todavía que un chimpancé haya golpeado o herido a otro con un palo, y tampoco se les ha visto usar dicho instrumento para cazar. Sin duda el palo fue empleado como arma primero contra enemigos voraces, de manera diferente al caso del hombre, que también mata a sus congéneres con armas. Por el contrario, los chimpancés, para amenazar, utilizan palos en la relación intraespecífica, que blanden con la intención de golpear.

Kortlandt ha descrito las distintas formas de instigación y de lucha con armas. En su importante obra estudia también la difusión de las pautas de conducta en el chimpancé, el gorila, el orangután y el hombre. Las reproducimos, resumidas, a continuación:

a) Comportamiento de amenaza con inclusión de objetos estáticos

1. Palmadas contra el suelo o contra las ramas. Habitual en las cuatro especies

2. Golpear el suelo o un árbol con las plantas de los pies. Conocido en el chimpancé, el gorila y el hombre.

3. Tamborileo rápido contra objetos resonantes, bien con ambas manos o con los pies, utilizando dichos miembros alternativamente. En monos africanos y hombres.

4. Sacudir frenéticamente las ramas con las manos o con manos y pies Conocido en el gorila, el chimpancé, el orangután y algunos monos inferiores. Según Kortlandt, el hombre suele sacudir así a su enemigo.

5. Lento balanceo de ramas en dirección al enemigo, bien en pie o a cuatro patas, cuando el animal se encuentra sumido entre el follaje.

6. Arrancar con energía plantas o ramas, mientras el animal se precipita al suelo o se mete entre las ramas desarrollando una conducta de instigación. En los antropoides africanos y, con transformaciones, en el hombre, cuyo salvajismo posiblemente hunde aquí sus raíces.

b) Comportamiento de amenaza con objetos móviles

1. Blandir una rama o palo en la mano. Observado únicamente en antropoides africanos y en el hombre. Los chimpancés de sabana corren erguidos al hacerlo: los de la selva sobre tres patas incluso cuando salen de la selva. Derivado de la conducta descrita en *a)* 6, pero en ocasiones también hay que interpretarlo como una amenaza adicional, *c)* 1 y 4.

2. Kortlandt distingue del comportamiento precedente el de hacer ruido con palos, que se logra con un rápido movimiento de arriba abajo, y que quizá deriva de *a)* 4. Se realiza sobre el suelo (chimpancé).

c) Luchas con armas

1. Desgajar y arrojar ramas y otros objetos. Se efectúa con un movimiento del brazo de arriba abajo por encima del hombro. Bien erguido (sobre dos o tres patas) o desde las copas de los árboles. Se extiende la mano al hacerlo, con la palma hacia adelante. En general, con mala puntería. Observado en el chimpancé, el gorila y el orangután. En el hombre, ritualizado ya en la infancia como tirar objetos para imponer.

2. Arrojar objetos con un movimiento lateral o de abajo arriba *(underarm throwing).* Erguido o corriendo a tres patas. El pulgar señala hacia adelante, el brazo izquierdo está ligeramente flexionado. El tiro apunta al enemigo, y la trayectoria curva está calculada. Cuando los chimpancés tiran contra un congénere, apuntan —según Kortlandt— hacia un lado, y por consiguiente fallan el tiro. En mi opinión, éste es un hecho muy notable, que se observa también entre los niños bosquimanos cuando se arrojan objetos. Observado exclusivamente en el antropoide africano y en el hombre. En el mundo humano, conocido también como “disparo femenino”. Más desarrollado entre los chimpancés de las sabanas que entre los de la selva. Kortlandt supone que la funcionalidad biológica original habría consistido en arrojar arena a los ojos del enemigo. Tirar piedras es una evolución secundaria.

3. Tirar por encima del hombro *(overarm throwing).* Se diferencia de 1 en que la mano no se levanta mucho sobre el hombro: el brazo se dobla primero y luego se estira en el momento del lanzamiento. Entonces el dedo meñique indica hacia adelante El lanzamiento corre parejo con un giro de la columna vertebral, caderas y piernas y puede ser efectuado con enorme fuerza Es una especialización típica de los hombres.

4. Golpear con un palo. El palo golpea al enemigo con un movimiento dirigido de arriba abajo (véanse los experimentos con leopardos. pág. 108). La energía liberada en el golpe (80-90 km/hora de velocidad de choque con un palo de unos 2 m de largo) es notable. Buen desarrollo en el chimpancé de la sabana; rudimentario en los de la selva. Los niños de un año golpean así a sus semejantes en un acto lúdico o juguetón y adoptando "cara de juego".

5. Pinchar con un empujón de abajo arriba *(underarm stabbing).* El pulgar dirigido hacia adelante. Observado hasta ahora como conducta explorativa, pero no en un contexto agonístico. Kortlandt resalta que en el hombre existen poderosas inhibiciones trente al uso de este movimiento de combate contra sus congéneres, que en los entrenamientos militares y de jiu-jitsu deben ser superadas a base de emplear puñales de goma y muñecos.

6. Clavar con un movimiento desde arriba. El dedo meñique indica hacia adelante *(overarm stabbing).* Observado exclusivamente en el hombre como técnica de combate. Este movimiento está sujeto a pocas inhibiciones, y lo utilizan las personas presas de cólera para acometer a sus semejantes. Kortlandt explica esta diferencia en el uso de los movimientos *c)* 5 y *c)* 6 suponiendo que el golpe asestado de arriba abajo con los punzones romos del Paleolítico entrañaba menor peligro que el dirigido de abajo arriba.

" 'Puedes apuñalar, pero no matar', era aparentemente el sexto mandamiento para el hombre paleolítico."

Cuando los escolares se golpean entre sí con los puños, emplean este movimiento.

IV. LA AGRESIÓN EN EL HOMBRE

Del capítulo anterior se infiere que los antropoides más cercanos a nosotros poseen un considerable potencial agresivo y que además son territoriales. Hace escasos años aún se creía que los chimpancés constituían una excepción a esta regla, pero investigaciones recientes sobre los primates demuestran que no es así. Por consiguiente se impone la hipótesis de considerar a la agresividad humana como una vieja herencia de los primates. Esta teoría ha salido a relucir en repetidas ocasiones, pero hasta hace muy poco ha chocado con una violenta oposición. Los defensores a ultranza del ambientalismo afirman que la agresividad humana es única y exclusivamente un resultado de las condiciones sociales. Sólo sería innata la predisposición para orientarse según un modelo social y para reaccionar con agresividad a las vivencias de privación (frustraciones). Además los jóvenes aprenden que las agresiones conducen al éxito, y en consecuencia, a partir de esas experiencias instrumentaban la agresión para conseguir algo. No habría otros factores pre-dados, y menos un estímulo como motivación primaria.

Yo no pongo en duda la extraordinaria importancia de las condiciones sociales en orden a la formación del hombre, sobre todo en lo relativo a su actitud frente a la agresión, pero las teorías que conceden escasa relevancia a la herencia como factor determinante me parecen limitadas y parciales. Intentaré a continuación razonar este punto de vista. Al leer la literatura especializada me dio la impresión de que el rechazo de los determinantes biológicos estaba motivado por el temor a que su reconocimiento desembocara en el fatalismo, conclusión que yo no puedo suscribir (véase págs. 219 y ss).

Los actos agresivos humanos se caracterizan por su amplio espectro. El hombre puede dirigir sus agresiones directamente contra uno de sus congéneres, golpeándole, injurián-

dole o burlándose de él por medio de la palabra; indirectamente, calumniándole o tendiéndole una celada; puede actuar agresivamente denegando el contacto social, por ejemplo, conversación o ayuda. Las agresiones pueden dirigirse contra individuos y contra grupos, evidenciarse en conflictos ideológicos o bélicos. Todos estos comportamientos tienen un rasgo común: con ellos se ejerce una presión sobre un congénere o sobre un grupo, que en definitiva desemboca en su exclusión del grupo o en su sometimiento a los superiores jerárquicos o a las normas grupales. La agresión ocasiona con frecuencia dolor, y en el hombre puede ser destructiva, peculiaridad que más adelante analizaremos.

1. LA AGRESION INTRAGRUPAL

Los conflictos agresivos intragrupales no son en absoluto infrecuentes, pero por lo general el conflicto no tiende a ser destructivo. La agresión intergrupal se manifiesta en una serie de situaciones típicas que enumero a continuación, tomando los ejemplos de nuestro ámbito cultural. Más tarde veremos que los modelos, en sus líneas fundamentales, son también válidos para otras culturas.

a) La ocupación y defensa de zonas espaciales (Territorialidad individual y distancia individual)

Los seres humanos desarrollan con rapidez hábitos locativos. Este fenómeno se constata muy bien, por ejemplo, en la distribución de los asientos en tomo a la mesa familiar. Cada miembro de la familia ocupa uno, lo retiene con un afán bastante conservador, y al mismo tiempo respeta los sitios ajenos merced a un convenio tácito. Estos hábitos locativos aparecen fijados ya en niños de dos años, de manera que si éstos tienen que variar de lugar, se sienten claramente perturbados. Determinadas circunstancias, por ejemplo, el compartimiento de un tren, generan con rapidez estas distribuciones de emplazamiento que se reconocen como una reivindicación territo-

rial del primer ocupante. Esto llega hasta el punto de que cada recién llegado, al entrar en un compartimiento, pregunta con cortesía, gestos expresivos apaciguadores y florituras retóricas, si hay un sitio libre, aunque esto sea evidente. También se pregunta "¿Me permiten?", cuando en un restaurante nos sentamos en una mesa parcialmente ocupada, conducta que sólo se pone en práctica cuando ya no quedan verdaderamente mesas libres.

Si habiéndolas, a alguien se le ocurriera agregarse a una ocupada, tal conducta sería considerada en muchos casos como una impertinencia, a no ser que se tratase de una fiesta comunitaria, una romería, por ejemplo.

La distancia individual que mantenemos respecto a los demás depende de la fuerza de los estímulos sensoriales emitidos por el compañero. En un experimento, Nesbitt y Steven dispusieron que hombres y mujeres vestidos con colores llamativos hicieran cola para sacar entradas de un parque de atracciones. Las personas situadas tras los sujetos de experimentación mantenían con respecto a éstos una distancia mayor que frente a las personas de la misma fila vestidas con atuendos más conservadores. El perfume y la loción de afeitar influyeron también en la gente colocada detrás de ellos. El hecho de que los miembros de las actuales sociedades de masas gusten de vestirse con mayor discreción que en el pasado puede interpretarse como un intento de adaptación a una convivencia masificada. Análogamente, la ostentosa vestimenta de numerosos peces y pájaros genera un efecto de distanciamiento.

Félipe y Sominer investigaron las distancias entre los individuos en las bibliotecas. Estos, aunque quedasen mesas libres, se sentaban siempre en las ocupadas, y además, como por casualidad, justo al lado de la persona que leía en ellas. Acto seguido, las víctimas intentaban apartarse del intruso. Cuando esto no era factible por razones de espacio, levantaban barreras con libros, reglas y otros utensilios. Si estos intentos de distanciamiento fracasaban, las personas abandonaban su sitio, a menudo visiblemente enojadas. Las "distan-

cias individuales” que las personas mantienen frente a sus semejantes varían con las distintas culturas, sin embargo, existe una regla válida en todas ellas: el contacto corporal sólo está permitido en situaciones estrictamente establecidas, no en cualquier momento.

Esser, y Palluck y Esser observaron la conducta de 21 niños afectados de una imbecilidad mental severa en una sala de experimentación profusamente dividida. Cada niño poseía en ella una zona espacial propia. No obstante, en un principio se pelearon. Cuando al fin se repartió el espacio, los niños se quedaron muy tranquilos. Una simple amenaza bastaba para afirmar la propiedad de su territorio. La conducta territorial de los niños con graves barreras para el aprendizaje (coeficiente intelectual por debajo de 50) era mucho más pronunciada que la de los niños normales, y muy poco influenciable por reprimendas verbales, método muy eficaz en otras circunstancias. La división del espacio genera una organización social, que proporciona a los niños un sentimiento de seguridad. Cada uno conoce su sitio y sabe que en él le dejarán en paz: dicho con otras palabras: sabe que allí puede hacer frente con facilidad a las posibles molestias, porque también para estos niños imbéciles rige el acuerdo probablemente innato de que el primer poseedor de un espacio adquiere una prerrogativa que hay que respetar.

Edney, en una encuesta efectuada en Connecticut (EE UU.), averiguó que las personas que colocaban en sus fincas letreros de rechazo con las leyendas “Private Property”, “Keep Out”, “No Trespassing”, “Warning: Keep Out”, vivían o pretendían vivir en este territorio durante más tiempo que los vecinos que habían renunciado a letreros semejantes. Cuando el entrevistador —que acudía con un pretexto— llamaba al timbre, contestaban mucho antes que los que no habían puesto ninguna señal. Es decir, reaccionaban con mayor susceptibilidad frente a la presencia de un extraño en su territorio. Este mismo autor investigó la distribución de grupos en una playa de Connecticut, que también evidenciaron un agrupamiento territorial.

La importancia de semejante conducta territorial dentro del grupo radica en que facilita a la comunidad orden y estabilidad. Contribuye al bienestar de los individuos. Como además los seres humanos, en su convivencia mutua, dependen de la división del trabajo, las relaciones seguras y estables entre los hombres resultan tan beneficiosas, que se ven favorecidas por una vinculación al lugar territorial duradera.

b) Lucha por objetos

Con frecuencia los niños riñen por la posesión del juguete deseado, y los muy pequeños intentan apoderarse sin rodeos del objeto codiciado, arrebatándoselo al compañero. Para ello, lo cogen sin más, quitándoselo al otro de las manos. El despojado normalmente se defiende, sujeta con firmeza el objeto y protesta pidiendo ayuda a terceros. Al mismo tiempo puede intentar huir a la desbandada del enemigo llevándose su objeto. Los desposeídos protestan (lloran) y suelen pasar al contraataque e intentan arrebatar al ladrón lo robado o le atacan directamente, pegándole, arañándole, tirándole del pelo y arrojándole al suelo. Estas estrategias son utilizadas espontáneamente, no sólo por niños pertenecientes a nuestro ámbito cultural. Posiblemente se trata de comportamientos innatos, entre los que cabe destacar la técnica del derribo y del insulto, pues suponen una conducta específicamente humana configurada a partir de la adquisición de la postura erecta.

Los niños de más edad respetan la propiedad. Si uno de ellos roba un juguete, el robado exige su devolución con protestas verbales y la constatación repetida de que el juguete es suyo, y con frecuencia lo consigue. También se observa a menudo que cuando un niño desea un objeto que pertenece a otro, pide su cesión a título de préstamo, y únicamente cuando ésta le es denegada, puede producirse el robo, aunque a menudo el conflicto suele desembocar únicamente en la agresión. Negarse al reparto supone una ofensa, un atentado contra las buenas costumbres, que también en otras culturas desencadenan agresiones. En el capítulo anterior mencionábamos

que los chimpancés, cuando conservan durante algunos minutos la presa recién cazada, la “poseen”, es decir, ya no tienen que defenderla porque los congéneres acatan abiertamente su derecho de posesión y les piden porciones, en lugar de robarlas. Curiosamente, en el hamadrías *(Papio hamadryas)* también existe una inhibición comparable en el plano funcional de atacar a otros por una propiedad. En dicha especie los machos respetan la posesión de hembras en base a una inhibición social. Quizás en el hombre existan inhibiciones sociales parecidas, que impidan la lucha constante por la posesión de objetos, del compañero o de territorios individuales. Desde el punto de vista de la selección la utilidad de tales inhibiciones es evidente.

c) La influencia de la rivalidad y de la cooperación en la estructura y en las relaciones del grupo

En general, la rivalidad, tanto si es por una recompensa como por otras motivaciones, entraña una delimitación de la agresión y conduce a la enemistad entre dos grupos competidores.

Sherif investigó la evolución de las relaciones dentro de campamentos de vacaciones entre grupos de chicos de once a doce años. Los directores del experimento actuaban como jefes del campamento. Hasta entonces los niños no se conocían entre sí. Al principio dormían en la misma cabaña y escogían libremente a sus amigos A los dos o tres días ya se habían formado grupos pequeños de dos a cuatro chicos, a los que se les fue pidiendo que mencionaran a sus mejores amigos. A continuación se dividió a los chicos en dos grupos, separando intencionadamente a los amigos. Los lazos amistosos primitivos se deshicieron y surgieron nuevas preferencias en el seno de cada grupo. En cada uno de ellos, sus miembros dependían los unos de los otros, pues había que plantar las tiendas, transportar las canoas, cocinar, etc. En cada uno de los dos grupos se desarrollaron, con absoluta independencia, estructuras grupales según el modelo líder-subordinados.

Entraron en juego las habilidades especiales de cada individuo. Un acontecimiento digno de mención es que ambos grupos desarrollaron un estilo diferente para resolver las tareas que debían realizar, y así se evidenció en experimentos posteriores que provocaron enfrentamientos entre los grupos. El que había adoptado un tono de dureza, gustaba de las disputas personales; el otro grupo, por el contrario, imploró la derrota del primero incluso por medio de oraciones. La tendencia a la pseudoespeciación cultural (págs. 47 y 169) se manifestó dentro de la jerga específica del grupo en el culto a los propios secretos y chistes.

Cuando ambos grupos hubieron perfilado con nitidez su singularidad, se provocaron artificialmente situaciones de rivalidad. Se enfrentó a ambos grupos en un partido de baseball, en una prueba de soca-tira y en otros juegos, y se premió a los vencedores con premios muy apetecidos. Se partía de la siguiente hipótesis: cuando los miembros de dos grupos compiten por un objetivo que sólo puede conseguir uno de ellos a costa del otro, surge una situación de hostilidad o antagonismo entre ambos grupos. Esto se confirmó en la experiencia. Los perdedores comenzaron a insultar y a proferir sartas de improperios, y por fin tramaron una expedición de venganza en el curso de la cual los dos bandos se tiraron manzanas verdes. Simultáneamente, los chicos generaron una imagen negativa de los miembros del grupo contrario, ya no querían a los otros y sentían una vinculación más estrecha con el propio grupo. Sobrevaloraban sus realizaciones y subvaloraban las ajenas.

Después de un concurso titulado UA ver quién recoge más judías", se proyectaron diapositivas ofreciendo las judías supuestamente recolectadas por los chicos. Siempre se mostraba el mismo número de judías, pero en una ocasión se las presentaba como la cosecha propia, y en la otra como la del grupo contrario. El trabajo de los rivales fue siempre subvalorado y el propio, hipervalorado.

La polarización de ambos grupos generada por la competencia fue finalmente erradicada mediante acciones conjuntas

en las que ambos grupos perseguían un objetivo más trascendente. Por ejemplo, directores del experimento provocaron una avería en la conducción de agua del campamento, y los miembros de ambos grupos participaron en su localización. Pero pronto cayeron de nuevo en la actitud de rechazo Entonces la dirección del campamento les explicó que quería alquilar una película, pero manifestó que no podía pagar el alquiler. Los dos grupos se reunieron entonces para discutir el caso, recolectaron el dinero necesario y vieron la película juntos. Estas y otras situaciones parecidas eliminaron poco a poco la antigua hostilidad. (Antes de poner en práctica las experiencias reseñadas, se había iniciado la unificación de ambos grupos mediante la introducción de un enemigo común. Sin embargo, esta estrategia no se continuó.)

Saltan a la vista las similitudes estructurales que presenta la conducta de rivalidad en los grupos de niños y en las naciones.

d) Competencia por la vinculación con el compañero (rivalidad)

Es de sobra conocido que las personas rivalizan unas con otras por conseguir el afecto de ciertos semejantes. Cuando los jóvenes compiten por lograr el favor de una chica, en ocasiones el asunto acaba en pelea. Se defienden los vínculos ya establecidos, por ejemplo, el conyugal. Los celos constituyen una emoción universal, propia de ambos sexos. En las familias polígamas también surgen escenas de celos entre las mujeres, atenuadas por la circunstancia de que éstas, en dichas culturas, no temen tanto perder al compañero a causa de la rivalidad. No obstante, se suscitan peleas, y en numerosas culturas polígamas el hombre se casa preferentemente con hermanas, ya que, al parecer, el vínculo fraternal inhibe las agresiones.

Los miembros de un grupo compiten con frecuencia por conquistar el favor de los de superior jerarquía. Y es bien sabido que los niños rivalizan por la unión con los padres.

Esta rivalidad fraternal se evidencia de una manera muy acusada en los niños pequeños de las más diversas culturas, poco después del nacimiento de un hermanito.

e) La ayuda (defensa del compañero social)

El ataque de un adulto a un niño desencadena casi automáticamente comportamientos de ayuda. Yo vi en cierta ocasión cómo un ladronzuelo —contaría quizá diez años— corría perseguido por un hombre. Los transeúntes tomaron partido en el acto por el niño y en contra del adulto. Sería una reacción primaría de protección, comparable a la defensa de las crías en muchos vertebrados. Los padres defienden a sus hijos y, curiosamente, incluso los niños pequeños a sus progenitores. Hay algo reflejo, irreflexivo, en esta entrada en acción espontánea a favor de personas cercanas a nosotros, que invita a reivindicar pautas de comportamiento innatas (pág. 77). Por lo tanto, el estereotipo “familia o grupo en peligro” es un recurso que se emplea de muy buen grado para estimular o fomentar la disposición para el combate de los miembros de un grupo.

f) Aspiración a la jerarquía

Las personas aspiran al elogio, intentan distinguirse por especiales méritos y constituirse así, aunque sea momentáneamente, en el centro de atención del grupo. Hasta los representantes de sociedades igualitarias tienen esta aspiración, sólo que en ellas el esfuerzo individual no implica la formación de una jerarquía sólida que lleve aparejada la exigencia de un poder omnímodo. Al buen cazador se le respeta por su destreza venatoria, y en caso necesario se siguen sus consejos. Lo mismo cabe decir del bailarín genial, del buen narrador de historias o de la confeccionadora habilidosa de aperitivos a base de huevo de avestruz No hay duda de que la categorización de los congéneres es adaptativa. Ser respetado significa merecer la atención de sus semejantes, y eso es lo que le im-

porta al individuo. Según mis noticias, fue Chance el primero en resaltar que entre los monos superiores la mejor manera de averiguar el rango de un animal consistía en la *attentions structure* —la estructura de la atención—, y esto también es aplicable a nosotros, los humanos. Examinemos, por ejemplo, la distribución de los asientos en tomo a una mesa. Los de rango más elevado ocupan los sitios que todos los demás puedan contemplar. Aspirar a la jerarquía implica competir, pero la supremacía no suele obtenerse recurriendo al uso de la violencia. Ya apuntábamos antes que entre los chimpancés la posición jerárquica y la instigación amenazadora muestran una correlación positiva, aunque no la posición jerárquica y la agresividad física. Esto es aplicable tanto a otros primates, como al hombre. En las más diversas culturas un individuo conquista y mantiene un rango elevado gracias, por ejemplo, a su habilidad en la distribución de bienes. Además la capacidad para mantener y establecer la paz y ganar amigos, es decir, las cualidades sociales positivas, son un requisito previo para alcanzar una posición jerárquica elevada (véase pág. 226). La conquista de una determinada jerarquía por medio de la agresión tiene lugar la mayor parte de las veces gracias a formas ritualizadas de la instigación. Para ello los seres humanos emplean también sus bienes materiales. La ostentación y el derroche no caracterizan únicamente a los kwakiutl[14] o las recepciones en las cortes principescas, sino también las recepciones oficiales en las democracias occidentales. En etnología se habla, y con acierto, de una economía de prestigio en la que se dilapidan los recursos con el exclusivo fin de vehicular una imposición jerárquica.

En las sociedades jerárquicamente estructuradas, como la nuestra, se han desarrollado símbolos del *status* que permiten averiguar el rango de su portador. Ejemplos: la decoración de

[14] Estos indios organizaban fiestas en las que, para impresionar a sus invitados, destruían valiosas bandejas de cobre, venían en el fuego valioso aceite, destrozaban canoas y mataban esclavos. Al corresponder a la invitación, los otros se veían obligados a guardar las apariencias, y por consiguiente a proceder con idéntico “derroche”.

una oficina, las joyas, los automóviles y el vestuario. No es necesario que los objetos sean de buena calidad, siempre que sean lo bastante caros. Aquel que no puede practicar este comportamiento no es *in.* Estas "elites del dinero" conceden valor a dichas superficialidades triviales, lo cual no dice precisamente mucho en su favor. Sin embargo, su conducta ostentosa los convierte en el centro de atención, y hasta tienen su público y sus imitadores, como lo demuestran las revistas del corazón. Morris ha llamado la atención sobre el curioso fenómeno del mimetismo jerárquico Lo que la nobleza y la denominada *high society* hacen y llevan, lo imita la moda y lo remedan las masas, cosa que obliga a los modelos originales a desarrollar nuevos inventos para preservar su exclusividad.

En ocasiones, la aspiración a la jerarquía conduce a degeneraciones patológicas: cometer un delito para convertirse en el centro de la atención de la comunidad; otro caso más inofensivo: algunas personas que no pueden alcanzar una elevada posición social, construyen para sí mismas pirámides de recambio y las escalan hasta llegar a la cúspide, ya sea como colombófilos o como coleccionistas de posavasos de cerveza. Tales observaciones dejan traslucir la existencia de una poderosa motivación que fundamenta la aspiración a la jerarquía.

Prescindiendo de estos fenómenos marginales, la aspiración a un rango elevado dentro del grupo ofrece sus ventajas. En el fondo se trata de una selección de la aptitud, engendrando los de superior jerarquía, al menos en las sociedades primitivas, más descendientes que los de inferior. Además desempeñan una serie de cometidos en el seno del grupo. Ya aludimos arriba a la pacificación; también gracias a su autoridad participan en procesos de arbitraje.

Como ya he indicado en otro lugar, cualquier jerarquía presupone una aspiración al rango, y también una disposición para la subordinación y el vasallaje.

La obediencia no se consigue a la fuerza mediante una educación severa. Stayton, Hogan y Ainsworth demostraron

que en un entorno amistoso los niños obedecen sin necesidad de presiones.

"No cabría esperar estos resultados atendiendo a aquellas pautas de socialización que predican la modificación de las tendencias generalmente asociales de los niños con intervenciones especiales. Evidentemente, tales resultados exigen una teoría que admita que el niño tiende a ser sociable desde el principio, y que (algo más tarde) también está dispuesto a obedecer a las personas de mayor importancia dentro de su entorno social. El modelo etológico-filogenético, propuesto por Bowlby y Ainsworth, satisface la hipótesis alternativa requerida" (Stayton, Hogan y Ainsworth).

La obediencia está asentada con especial fuerza en el hombre, y si es ciega, resulta peligrosa, tal como lo demuestran los experimentos de Milgram (pág. 134). También las degeneraciones de la aspiración jerárquica —ya mencionamos antes la ostentación y otras formas de darse tono— tienen que hacemos reflexionar. Reaccionamos quizás a clichés muy viejos cuando identificamos el derroche con la munificencia y la generosidad, cuando vivenciamos el lujo como algo que impone. La apariencia ostentosa de una persona iba antes unida directamente a sus cualidades positivas; hoy las cosas son muy diferentes.

Existen unas normas reguladoras que producen un efecto compensador. Según el interesante estudio de Schoeck, la envidia actúa como un freno contra la superficialidad de lo imponente y vela por la igualación, sobre todo en las sociedades más pequeñas e individualizadas como la de los bosquimanos. El que posee algo, tiene que repartirlo, la envidia de los demás le fuerza a ello; el individuo no puede alzarse demasiado sobre los demás apoyándose en la propiedad. En nuestra cultura, ese factor y la distribución de la propiedad derivada de él desempeñan una función igualadora muy parecida. No hay duda de que ha sido un elemento decisivo en todas las revoluciones sociales. En fin, la apetencia de jerarquía de los inferiores evita que las jerarquías se anquilosen, vela por su dinamismo.

A medida que aumenta el anonimato dentro de la sociedad, los criterios que presiden la selección de los "líderes" se toman más problemáticos, y también los medios con los que éstos mantienen su posición jerárquica. Dado que nadie conoce personalmente a los candidatos en liza, hay que dar crédito a lo que éstos comunican en sus discursos, o dicho de otra manera, a lo que la prensa relata sobre ellos, y esto, según nos demuestra la historia, no siempre es verdad. Hemos de destacar que el procedimiento de la elección todavía pretende y busca la adhesión, lo cual, por lo visto, forma parte de nuestro programa innato de conducta. Al patentizar adhesión nos estamos declarando dispuestos a seguir a alguien, evidentemente, sin necesidad de pedirle cuentas al respecto.

Yo creo que 1a autoridad, el poder, se apoya básicamente en la violencia, no responde a la naturaleza del hombre y genera una contraviolencia. Es indudable que han existido tiranos que gobernaron con terror sangriento, y quizá son concebibles situaciones de necesidad del grupo en las que sea ventajosa esa conducta extrema (véase pág. 123 y los pasajes referidos al vínculo del miedo en *Loebe und Hass [Amor* y *odio]*), pero soy de la convicción de que ningún gobierno puede ser duradero si se basa en el terror, aunque desde luego no conozco investigación histórica alguna que pueda probarlo.

Las jerarquías se forman ya en los grupos infantiles. Los niños de mayor rango constituyen el foco de atención del grupo, capitanean los juegos y dirimen las disputas.

g) La agresión exploratoria

El comportamiento agresivo sirve con frecuencia para tantear las posibilidades de acción. Los niños dirigen las agresiones contra sus semejantes para explorar hasta dónde pueden llegar. La respuesta les enseña los límites de la tolerancia y de ella deducen lo que su cultura considera norma de conducta. En caso de no existir respuesta, la agresión exploratoria aumenta.

La agresión exploratoria influye también en las disputas por la posición jerárquica en los grupos pequeños. Gracias a ella se descubren los puntos flacos del compañero. Como demuestran los disturbios estudiantiles de años pasados, cuando las clases dirigentes se muestran vacilantes y no son capaces de oponer una resistencia constructiva, se produce una escalada. Lo mismo cabe decir del conflicto generacional, que es un tira y afloja entre las fuerzas transformadoras y conservadoras de la cultura (pág. 48).

Según Hassenstein, en esta exploración social agresiva no se debe esperar aplacar las provocaciones satisfaciendo los deseos y exigencias presentados. Semejante concesión provocará una nueva escalada. El agresor querrá medir de nuevo sus fuerzas para constatar su inferioridad o su supremacía. No cabe esperar una autolimitación voluntaria sin lucha. En este hecho él ve una de las razones de que la educación excesivamente tolerante, por un lado, y la política escolar y universitaria permisiva, por otro, no desemboquen en la satisfacción de todos los implicados, sino en el incremento de la agresividad. “Las cosas no cambiarán en el futuro. Porque la estrategia de la concesión, cuyo símbolo —contrario a cualquier política de salud pública responsable— puede considerarse la sala de fumadores en colegios y albergues juveniles, no castiga, por lo general, la agresividad condicionada por la frustración, sino las provocaciones sociales exploratorias Estas no se pueden silenciar cediendo, porque dejan a los jóvenes, justo después de haber sido satisfechas sus exigencias, en una situación lábil carente de orientación, de la que intentan salir emprendiendo nuevas actividades”. De todos modos no debemos olvidar que, al margen de este punto de vista, este tipo de agresión constituye uno de los motores decisivos de la evolución cultural, pues gracias a ella se superan las resistencias y se logran progresos. Es un aspecto positivo que no hay que olvidar.

h) La agresión pedagógica

Contravenir las normas de la convivencia significa exponerse al castigo. En grupos de juego infantiles, los niños mayores reprenden a los que infringen las reglas, les insultan y a menudo los someten a castigos corporales. Esto también es aplicable al mundo de los adultos: quienes quebrantan la ley son perseguidos y castigados.

La agresión que Trivers califica de “moralista” posee asimismo una función pedagógica. La agresión moralista surgió como una norma de seguridad del grupo para defenderse de los “impostores”, que obtienen de las relaciones altruistas un provecho personal. La injusticia, la conducta poco limpia y la codicia desatan esa forma de agresión. Según Trivers, el hecho de que el hombre reaccione con tanta violencia a cualquier forma de engaño tiene sus ventajas desde la óptica de la selección.

La agresión pedagógica suele asignar al educando un rango más bajo. Esto se puede aplicar a la instrucción militar y a los rituales de iniciación de numerosos pueblos. En el curso de dichos rituales, los jóvenes son primero torturados y humillados para luego ser instruidos. Por último, se les acoge en el seno de la comunidad como miembros de pleno derecho. Los rituales de iniciación se basan en la experiencia de que existe mayor disposición a aprender de una persona de rango elevado. La subordinación impuesta hay que verla bajo este aspecto funcional[15]. Además se sabe ya por experimentos realizados en animales que los estímulos punitivos, aunque proceden del compañero social de jerarquía superior, no debilitan, sino que fortalecen la vinculación con aquél. Los babuinos de jerarquía inferior recurren a los de la superior, aunque sean éstos la causa de su miedo. Los patitos siguen a su madre o a un simulacro de madre con mayor intensidad cuando se les castiga por ello con descargas eléctricas. Los niños maltrata-

---

[15] La comprobación de una función no justifica la existencia de una institución o estructura. También la guerra y el terrorismo tienen una función, y sin embargo nos esforzamos justamente por encontrar mejores soluciones.

dos están estrechamente unidos a la madre que los maltrata. Hasta el tirano aprovecha este mecanismo de vinculación (vínculo de terror)[16].

Por último, las privaciones colectivas padecidas por un grupo robustecen los vínculos a largo plazo. De este modo se asegura el objetivo de la iniciación arriba mencionada: la identificación absoluta con el grupo y la asunción de sus normas y reglas, que son custodiadas en parte como si se tratara de arcanos[17]. Con el posterior ingreso solemne en la comunidad de los adultos finaliza la fase de privación.

i) La reacción contra los miembros discrepantes (agresión conservadora de la norma)

Los miembros de un grupo que, por su aspecto y comportamientos, se apartan de la norma, son a menudo blanco de agresiones, que obligan al desviado a amoldarse de nuevo al grupo, pues en caso contrario éste lo excluye por la fuerza. En este campo, la agresión desempeña la función de conservar, de preservar la norma. Este fenómeno comporta indudables ventajas para quienes viven dentro de grupos pequeños, en los cuales la convivencia armónica sólo es posible cuando se puede prever la conducta del compañero. Todos esperan de los demás que cumplan la norma; la divergencia produce extrañeza. Este término describe muy bien el distanciamiento que se va generando, es decir, el comienzo de la exclusión del grupo. El mecanismo, en sí, trabaja a ciegas. Aunque el miembro discrepante se haya desfigurado y convertido en un contrahecho por enfermedad o accidente, si está muy gordo, por ejemplo, o tartamudea y no es capaz de corregir este "de-

---

[16] Sobre la cuestión del vínculo de miedo, cfr. Eibl-Eibesfeldt. *Liebe und Hass (Amor* y *odio).* Munich. 1970.

[17] En las solemnes fiestas dedicadas a la juventud y a los rituales de iniciación se aprovecha también la fase sensible de búsqueda de valores que supone la pubertad, y en consecuencia, su disposición para identificarse con los valores del grupo (Eibl-Eibesfeldt, *Der vorprogrammierte Mensch (El hombre preprogramado),* Viena. 1973.

fecto", se convierte en blanco de las burlas. Esta reacción se muestra en toda su crudeza en las clases de los colegios. Los grupos infantiles pueden ser muy crueles en este punto. Recuerdo una de las ilustraciones publicadas en un libro de fotografías de la Unesco: muestra a un niño pequeño con muletas que sonríe con timidez, mientras a sus espaldas una cuadrilla de chicos le persigue y le tira piedras. Dado que entre los chimpancés se han observado comportamientos análogos (pág. 97), hay que concluir que se trata de una vieja herencia.

La reacción contra el miembro discrepante transcurre de acuerdo con determinadas pautas universales, que más adelante describiremos en los bosquimanos. Primero aparece la burla y se pone de relieve el comportamiento que produce extrañeza con "imitaciones ridículas". Así se comunica al compañero el motivo de su conducta escandalosa y se le da oportunidad de adaptarse. Si las imitaciones ridículas, las burlas, escarnios y amenazas no consiguen variar la conducta de su destinatario, éste puede ser objeto de agresiones físicas.

En el fondo se trata de un tipo especial de agresión pedagógica. De especial interés son las formas de expresión ritualizadas que preceden al ataque físico: sacar la lengua, escupir, señalar las nalgas y los órganos genitales, burlarse, comportamiento este último que tiene el valor liminal desencadenante más bajo. La risa brota con facilidad ante pequeños contratiempos de nuestros semejantes, es decir, ante sus comportamientos discrepantes de la norma, y esto se vivencia con suma "alegría". Evidentemente, un niño sólo se ríe de un movimiento absurdo o torpe, cuando domina la conducta causa de la discrepancia. La industria del humor aprovecha esta predisposición imitando sencillísimas situaciones que actúan como estímulo desencadenante Como vemos por las páginas humorísticas de las revistas ilustradas, el humor agresivo tiene buenos mercados. También desencadena la risa alguien que, por su torpeza, ha sufrido un ligero daño, una herida leve o ha roto algo. Esta "alegría por el mal ajeno" ya la manifiestan niños menores de dos años.

No hay duda de que la burla alberga motivaciones agresivas, y así lo vivencia el que las suscita. Todos los miembros del grupo coinciden en manifestar una reacción de ataque colectiva, la risa, que además es contagiosa. Partiendo de esta función aglutinante de la agresión colectiva, la risa se ha convertido, en ciertas situaciones, en una señal amistosa. Los niños se ríen juntos mientras juegan. La risa casi simboliza el juego. El mensaje cifrado que contiene podría traducirse así: nos reímos (amenazamos) juntos de un tercero En el reino animal, a partir de una reorientación de comportamientos de amenaza han surgido a menudo por *analogía* funcional ceremonias amistosas de salutación y propaganda. La risa, como invitación a participar en ella y, por ende, como señal amistosa, aparece además en los momentos de distensión que siguen a un peligroso revolcón, a un leve susto, a una impresión asombrosa e inesperada, y por fin, en ciertas situaciones conflictivas, provocadas por la actuación simultánea de situaciones estimulantes antagónicas. En todas ellas, la risa actúa eliminando la tensión, desviando la agresión. Más adelante volveremos sobre este particular.

Freud analizó la relación entre el humor y la agresividad De dicha relación cabe aducir pruebas filogenéticas. Según las investigaciones de Van Hooff, la reacción de la risa ha derivado del *relaxed open mouth display* de los monos. Esta expresión se interpreta como un intento de morder ritualizado y en cuanto “expresión lúdica” indica al compañero de juego que no será mordido de verdad. En los monos también existen conductas homologas a esas exteriorizaciones rítmicas tan características de la risa. En dichos animales esos sonidos rítmicos que suelen emitir simultáneamente varios miembros del grupo sirven para incitar a sus miembros a actuar contra un intruso (“odiar”).

Un tipo especial de la agresión conservadora de la norma tiende a equilibrar las diferencias de posesiones entre los miembros del grupo. Esto desempeña un gran papel, sobre todo en las comunidades reducidas individualizadas de los pueblos primitivos. Al que posee, se le envidia y se le somete

a una presión agresiva, que le obliga a repartir. La envidia es, como ya se ha apuntado, una de las pulsiones dominantes en la sociedad de los bosquimanos. Schoeck, que ha investigado el fenómeno, menciona el *muru* o ataque por sorpresa de las poblaciones autóctonas de Nueva Zelanda. En lenguaje maorí, *muru* significa despojo, saqueo. Los ataques se dirigían contra miembros de la comunidad presuntamente culpables de un delito contra la comunidad. Pero, en general, esto era un mero pretexto. En el fondo, todo aquel que poseyera algún objeto que mereciera la pena saquear, debía de contar con el *muru* Cualquier discrepancia con las normas de la vida cotidiana, cualquier manifestación de individualidad, incluso un accidente que convirtiera al individuo en un inválido temporal, suponía un motivo suficiente para la comunidad, que se abalanzaba sobre el interesado y sobre sus pertenencias.

Podían sufrir el saqueo un hombre cuya esposa cometía adulterio, el padre de un niño que sufría un accidente o el individuo que al incendiar la hierba permitía que el fuego se propagara hasta una necrópolis. Los atacados no se defendían, pues su oposición únicamente les habría traído contusiones y les habría privado de la posibilidad de participar en el próximo *muru*, así que se dejaban robar por el grupo con la esperanza de poder participar en el siguiente saqueo. De este modo, la mayor parte de los bienes muebles circulaban de mano en mano, convirtiéndose paulatinamente en propiedad colectiva.

2. EL CONTROL DE LA AGRESIÓN INTRAGRUPAL

En los vertebrados superiores, las agresiones contra un miembro del grupo muy rara vez tienen fatales consecuencias. En muchos animales, mecanismos innatos de inhibición de la agresión, sintonizados de manera muy precisa con la capacidad de matar, impiden la muerte del congénere. Ciertas situaciones de sumisión los desencadenan. Con frecuencia el desarrollo del combate se ha ritualizado convirtiéndose en un torneo. Existen además otros mecanismos que evitan una

escalada de la agresión entre los miembros del grupo que tenga en peligro la cohesión interna. Ya hemos mencionado la intervención activa de los individuos de jerarquía elevada, que solventan las diferencias, y la buena disposición del perdedor para integrarse temporalmente en un sistema jerárquico. El hombre dispone de todos estos mecanismos, aunque únicamente son activos y aplicables a los conflictos entre miembros del grupo. Las luchas intergrupales pueden desembocar en el asesinato del congénere por razones que trataremos más adelante (pág. 170). Hasta hace poco se pensaba que esto no era válido para otros primates superiores; sin embargo, Goodall y sus colaboradores han demostrado que los chimpancés se matan entre sí en la luchas entre grupos distintos.

a) Señales inhibidoras de la agresión

El hombre dispone de una serie de llamadas que inhiben las agresiones y activan el comportamiento de apoyo, por ejemplo: llorar, gemir, inclinar la cabeza y mostrar enfado, la risa amistosa y toda una serie de gestos expresivos que manifiestan disposición a entablar contacto social. No se ha investigado aún lo suficiente la estrategia de su uso, pero el análisis comparado de culturas muestra que los factores del comportamiento conocidos hasta el momento son comunes a todas las culturas y que en situaciones concretas, como por ejemplo el saludo, se utilizan siguiendo las mismas pautas[18].

Para generar un clima de amistad es frecuente servirse de los niños como señal, pues de ellos emana primariamente

---

[18] Schmidbauer asegura que el hombre carece de la inhibición innata de matar, pues en diferentes culturas las madres matan a los hijos no deseados en cuanto nacen y “con el corazón ligero”.
En mi opinión esta conclusión sería irrefutable si el asesinato de niños se realizara realmente a la ligera, es decir, sin inhibiciones. Sin embargo, la mayor parte de los informes antropológicos contradicen esa posibilidad: cf. Eibl-Eibesíeldt. *Die bielogie des menschlichen Verhalten (Biología del comportamiento humano),* Munich. 1984.

dicho efecto. En Australia, por ejemplo, el acercamiento a los temidos blancos se realizaba haciendo avanzar a los niños en primera fila, y en bastantes culturas, incluida la nuestra, se da la bienvenida a los invitados por intermedio de un niño. En la fiesta que los indios waika celebran en honor de los frutos de la palmera, los niños danzan al lado de los guerreros, que se autopresentan con gestos agresivos y palmas verdes como símbolo de apaciguamiento. La publicidad de la televisión alemana sabe también que el esquema “niño” ejerce un influjo apaciguador de la agresión, y, para crear un clima amable, salpica los anuncios de hombrecillos Mainzel infantiles y graciosos.

También se utiliza de forma muy parecida la intercesión de una mujer, cuyas señales reprimen asimismo la agresión, como lo demuestran las investigaciones de Barón. El enojo de los sujetos de experimentación del sexo masculino se redujo considerablemente después de mostrarles un desnudo femenino sexualmente excitante tomado de la revista *Playboy*. Las fotografías de contenido neutro (paisajes, etc.) no ejercieron semejante influjo. La publicidad suele vehicular sus apelaciones en imágenes femeninas atractivas desde un punto de vista sexual. Hasta hace poco, yo pensaba que esto sólo servía para atraer las miradas, pero el mencionado experimento me induce a creer ahora que tales imágenes tienen también una función apaciguadora.

La entrega de obsequios, en especial los regalos de comida, ejercen igualmente una influencia apaciguadora. La alimentación de los huéspedes y el intercambio de regalos se observan en numerosas culturas; ya los niños pequeños ofrecen espontáneamente alimentos como oferta amistosa. Yo he sugerido que las experiencias placenteras vinculadas a la alimentación podrían ser la causa de que las personas expresen en todas partes la amabilidad mediante el ofrecimiento de alimentos; más tarde, sin embargo he ofrecido la hipótesis alternativa de que quizá se trate de una pauta de comportamiento innata, pues incluso los niños muy pequeños utilizan esta pauta de conducta espontáneamente cuando la situación

lo requiere, por ejemplo, cuando quieren entablar amistad con un extraño. También hallamos analogías en el reino animal: existen rituales de entrega de alimentos incorporados a ceremonias de propaganda y a otros rituales de función apaciguadora. Por ello me extraña que Horn, en un análisis por lo demás muy minucioso de la trascendencia de la otología desde la perspectiva de las ciencias del hombre, al examinar mi exposición sobre los rituales apaciguadores del desvío, sólo cite uno de los ejemplos presentados por mí, referido a la experiencia bélica de un conocido que inhibió su ataque a un soldado enemigo cuando éste le ofreció espontáneamente un trozo de pan. Horn criticó esto, tachándolo de “argumentación ingenua” y señalando que la interpretación de tal hecho sólo tendría sentido después de someter a mi conocido a una profunda exploración psicoanalítica: “Sólo podemos conjeturar que el ofrecimiento de pan (¿alimento al fin y al cabo?) tuvo para él una significación vivencial tan opuesta a hacer la guerra, que el conflicto situacional no pudo terminar de otra manera que en la colaboración con el compañero de interacción.”

Yo consideré esa posibilidad, pero fueron otros argumentos los que me movieron a postular la existencia de una predisposición innata.

Horn sigue diciendo: “En caso de tomar en serio como prueba fehaciente la interpretación de Eibl-Eibesfeldt, la etología también debería ser capaz de explicar por qué no se pueden terminar o al menos eludir las guerras de ese modo, o dicho con otras palabras: ¿qué leyes de la etología humana posibilitarían que otras interacciones iguales finalizaran de un modo normal desde el punto de vista bélico a diferencia del conocido de Irenäus Eibl-Eibesfeldt que llegó con su enemigo a una irrupción feliz de lo que el etólogo considera la primera naturaleza?” Esta cuestión ya la abordé al hablar de la creación de barreras comunicativas y de la deshumanización del enemigo en la guerra, pero en la presente obra examinaré este punto con más detenimiento.

En el seno del grupo, las inhibiciones de la agresión activadas mediante las señales enumeradas funcionan muy bien, a

pesar del desarrollo de la técnica bélica. Según Russel y Russel, en la cultura occidental únicamente el 0,1% de las personas mueren asesinadas.

b) El papel de la jerarquía

En el hombre, al igual que en los mamíferos superiores, existe una predisposición a encuadrarse en un sistema jerárquico y a seguir temporalmente los pasos de los miembros de rango superior. Las experiencias de Hokanson y Shetler demuestran, como resultado secundario, que un enfado dura menos tiempo (medido por la subida de la tensión arterial) si el que lo provoca es una persona de elevado rango. Por el contrario, si el director del experimento se hacía pasar por un simple ayudante, el enfado suscitado por él con idéntica metodología se prolongaba largo tiempo.

Es evidente que el individuo le aguanta más cosas al superior que al inferior. También se sabe que el hombre tiende a aprender de otro de superior jerarquía. Durante la instauración militar el recluta es sometido a una depuración previa, que tiene por objeto asignarle un rango bajo y con él la disponibilidad para aprender y seguir al superior. El individuo de rango interior revela una clara disposición para obedecer a la autoridad evidente tanto en el ejemplo de Abraham que se dispone a matar a su hijo como en los experimentos de Milgram.

Milgram diseñó un experimento de aprendizaje ficticio con personas en el que exhortó a los participantes a comprobar el efecto que producían los estímulos de castigo en el progreso de aprendizaje de un sujeto de ensayo Su misión consistía en aplicar una estimulación eléctrica de castigo al sujeto cada vez que éste cometiera un error, aumentando la intensidad del estímulo en proporción a los errores. Para ello se sentó a los participantes junto a un aparato que generaba los estímulos de castigo con una escala que tenía más de 30 gradaciones, de 15 a 450 voltios. Si los estímulos de castigo intensos hubieran sido realmente aplicados, el sujeto de ensayo habría resultado herido de gravedad. A pesar de que los

participantes lo sabían y de que se les había advertido previamente que podían interrumpir el experimento cuando lo desearan, la mayoría siguió las indicaciones del director para que continuasen aplicando los estímulos hasta el máximo, y así lo hicieron, pese a oír los gritos y ayes de dolor fingidos del sujeto que salían de un magnetofón, a continuación de los cuales pusieron reparos al experimento. Si al director de la prueba se le despojaba de su rango, aumentaba el número de los que interrumpían la experiencia al oír los gritos. Si el director transmitía las indicaciones por teléfono, se negaban a obedecerlas mayor número de personas que en el primer caso. Muchos de los participantes declararon que habían pulsado los estímulos conforme a las indicaciones, aunque en realidad no lo hicieron, prueba de que no existían motivaciones sádicas.

En estos experimentos queda por dilucidar si la disposición a doblegarse es innata o aprendida. Desde una perspectiva funcional el efecto es el mismo: impide constantes y agotadoras luchas por la jerarquía, que perturbarían sensiblemente la vida del grupo[19]. Pero como por otro lado es inadmisible la hipótesis de que en la evolución del mono al hombre haya existido una fase en la que éste —quizá por vivir aislado— no haya estado sometido a estos imperativos funcionales, resulta difícil de comprender por qué lo innato tendría que haber sido erradicado y sustituido por entero por la adaptación cultural. Las investigaciones ya citadas de Stayton y colaboradores, de acuerdo con las cuales la obediencia no debe ser imbuida a los niños por la fuerza (pág. 122), apuntan hacia una predisposición innata para la obediencia.

[19] La verificación de su funcionalidad no implica que por ello haya que captar las jerarquías en general y de forma crítica. Ya hemos aludido a la problemática derivada de la aspiración a la jerarquía en las sociedades de masas B>en pudiera suceder que las nuevas condiciones sociales generaran modelos de sociedad mejores.

c) Ritualización del conflicto

c. *1) La lucha ritualizada*

La invención de diferentes utensilios susceptibles de ser utilizados como armas convirtió potencialmente al hombre en un asesino pasional, es decir, capaz de matar a un congénere por pasión, aunque éste sea un allegado suyo. Como adaptación cultural a esta capacidad, el hombre ha inventado reglas para utilizar las armas, sobre todo por lo que se refiere a los duelos entre hombres. Así, las armas se usan de manera que la probabilidad de matar al contrincante sea mínima. El combate con armas se convierte en torneo. Entre los walbiri y otras tribus australianas, por ejemplo, suele acontecer que los hombres se arrojen durante la lucha lanzas de madera; además sólo pueden apuntar a las piernas del enemigo. Los indios waika, siguiendo un ritual estricto, se golpean alternativamente en la cabeza afeitada con largas porras de madera. Uno de ellos espera el golpe con la cabeza inclinada, y una vez que lo ha recibido, su contrincante adopta la misma postura para ser golpeado a su vez. Aparte de cruentas heridas locales, los luchadores generalmente no sufren daños más graves. Existen infinidad de ejemplos parecidos. Como es lógico, el requisito previo para que funcionen los controles culturales de la agresión es que el otro esté iniciado en las reglas y que ambos contendientes estén en cierto modo vinculados entre sí. En los conflictos entre grupos de distintas etnias, estas condiciones a menudo ya no se cumplen, e incluso grupos de la misma tribu pueden erigir barreras comunicativas y enfrentarse como si fueran extraños. En tales casos las armas se utilizan con toda su potencia destructiva. En el apartado dedicado a la guerra estudiaremos el fenómeno con más exactitud.

c. 2) Las agresiones verbalizadas

Ciertos tipos de insultos, que implican degradación hasta deshumanizar al receptor con la consecuente amenaza de exclusión, se basan en unos principios idénticos que trascienden las distintas culturas. Al congénere se le injuria aplicán-

dole nombres de animal (en Europa: cerdo, perro, mono), o se le imputan defectos sociales o físicos (jorobado, cobarde, marrano, granuja). Con frecuencia en el insulto se echa en cara la violación del tabú del incesto. En las peleas de los mbowamb (Nueva Guinea) se profieren insultos que reflejan los defectos físicos del insultado («¡Tetudo!»), que reprochan a alguien su pobreza («¡Muerto de hambre!») o su desaliño («¡Zarrapastroso, verte es vomitar!»). Se trata de calificativos muy semejantes a los que utilizamos nosotros.

El hombre es capaz además de generar con la palabra situaciones estimulatorias desencadenantes, por ejemplo diciendo: “¡Ya no te hablo más!”, incitando de ese modo a la agresión o usando palabras estereotipadas como una suerte de engaño para desencadenar la agresión. Estos estímulos verbales acaban por forzar una respuesta bajo la forma de insulto grosero, burlas entre bromas y veras del compañero (pág. 144) y finalmente de duelo cantado muy ritualizado. Las palabras y las frases estereotipadas sustituyen la acción y las situaciones que sirven de estímulo desencadenante.

Es ésta una forma notable de ritualización. No hay duda de que este tipo de ritualización de la lucha ha sido uno de los factores decisivos en la evolución del lenguaje. El impulso definitivo de la selección quizá vino incluso de esta dirección.

Entre los esquimales de Groenlandia, los duelos se zanjan con cantos satíricos. Los dos contrincantes se sitúan frente a frente. Uno de ellos canta y suele tocar como acompañamiento un pequeño tamboril. Su enemigo aparenta soportarlo con aire indiferente hasta que le llegue el tumo. El cantor no se limita a ridiculizar verbalmente a su enemigo; también le sopla en la cara e incluso le golpea en la frente. Su interlocutor responde con una risa sarcástica y para el cabezazo con la frente. De este modo van turnándose.

König, en su estudio sobre el litigio, recogió algunos cantos satíricos de los groenlandeses orientales que reproducimos aquí a modo de ejemplo:

1 Canto satírico alternante entre los orientales Koungak y *Erdlavik*

Koungak: “Dejadme también a mí seguir a la canoa de las mujeres, seguir como patrón del kayac a la canoa y a las que cantan/ aunque soy de naturaleza humilde/ como sigo siendo remero de kayac/ sigo con los que cantan. No es de extrañar que se alegrase/ él, que casi habría matado a su primo/ que casi habría arponeado a su primo/ no es de extrañar que se sintiera satisfecho/ que estuviera alegre.'

Erdlavik (bailando): “Yo me río de todo eso/ yo me burlo de todo eso/ Koungak, que eres un asesino y un hombre demasiado colérico/ inclinado a la furia/ pero porque no tienes más que tres mujeres/ y te parecen poco/ por eso eres tan colérico/ deberías permitir a otros hombres casarse con ellas/ así recibirías todo lo que cazasen sus maridos/ Koungak, no te preocupa la opinión de los otros, por eso pasas hambre día tras día/ tus mujeres te lo comen todo/ por eso has empezado a matar a otras personas “

2. *Canto de tambor de Igsiavik*

(El enemigo es Misuarinanga, que ha reemplazado a su padrastro Ipatkajik, porque a éste se la han acabado las canciones.)

‘Tú le aprecias y te llevas bien con él Cuando cantas, tienes que abrazarle, cuidarle y ser bueno con él.” (Mete de perfil una estaca en la boca del contrincante.) “No sé qué hacer. Mi enemigo ya no sabe cantar ni proferir sonido alguno.” (Le mete al enemigo un tarugo de madera en ia boca y hace ademán de cosérsela.) “¿Qué vamos a hacer con mi enemigo? No sabe cantar ni sacar su voz. Ya que no se le puede oír, quizá sea lo mejor que distienda su boca e intente hacerla más grande.” (Con los dedos estira hacia los lados la boca de su contrincante y con una estaca de madera le embute tocino hasta la garganta.) “Mi enemigo tiene muchas cosas que decirme; él dice que yo quiero hacer algo con Akenatsiak y que he querido matarle. Cuando llegamos del sur desde Stararmiut hasta Anitsuarsik, fuiste tú quien inició el baile del

tambor con Akenatsiak.” (Coloca una tira de cuero alrededor de la boca de su oponente y le ata con ella a la viga del tejado.) “Ahora me entero de que he querido intentar algo contra Akenatsiak y de que he querido matarle, no sé por qué habría tenido que hacerlo. Seguro que me acusas de eso porque nosotros dos fuimos detrás de su mujer (de Ipatkajik). Si vuelve a cantar contra mí, yo volveré a cantar contra él.”

Cada vez que Igsiavik se burla de Misuarinanga entre verso y verso con todo tipo de extravagancias, éste manifiesta su indiferencia para dar a entender a los espectadores que podría hablar y reírse de él.

Los tiroleses y algunos otros grupos étnicos austríacos han desarrollado canciones satíricas similares que muestran un paralelismo notable. Se cantan en distintas ocasiones. En una reunión de amigos en la taberna —por ejemplo, después de una boda o de una feria de ganado— uno puede burlarse de otro —del novio, por ejemplo— con unos versos sin temor a ser castigado por ello. El recital tiene un carácter de reprimenda pública jocosa y a menudo recoge hechos que han escandalizado a otros. Sin embargo, dos personas pueden discutir entre sí recurriendo a esa misma pauta de conducta. En el pasado esto era causa de frecuentes peleas. Von Hörmann describe cómo los mozos tiroleses comenzaban a cantarse unos a otros para finalizar en una pelea. Esta, de todos modos, transcurría según normas previamente acordadas y no generaba una enemistad mutua entre los contendientes Ofrecemos a continuación unos pasajes de dos cantos alternos.

A. Subo desde el valle a la montaña,
largo, muy largo es el camino,
pero llevo conmigo un mozo
al que le sobran fuerzas.

B. Llueve de repente, de repente para.
Pronto caerán copos muy finos.
Tu canto te sale a trompicones,
pero a mí me basta.

A. Aligistres y avellanos de hojas amarillas
como papel turco,

hoy me he vestido de cuero
para jugar.
B. Vamos, deja ya de cantar
y de decir tonterías
o tendremos que peleamos
cogiéndonos de los dedos.
A. Deja de cantar tú,
chorizo largo,
que si te rompes
quedarás muy corto para colgarte.
B. Arriba en la altura
se yerguen tres hayas,
no hemos venido a discutir
sino a medir nuestras fuerzas.
A. Soy un joven muy fresco
con plumas en la cabeza:
en peleas y en juegos
nadie me asusta.
B. Jovencito, si golpeas,
no lo hagas en los ojos
para que acertar pueda
a recoger tus trozos.
A. Heinnerle, Heinnerle.
abandona de una vez
tus fanfarroneos en verso;
estás tardando demasiado.

El canto alternante aquí reproducido trata del encuentro de dos contendientes en busca de pelea. Normalmente, y así lo resalta Lürs, la disputa se dirime con el canto. Si la canción del atacante se torna demasiado grosera, el atacado o un tercero (neutral) canta una estrofa de advertencia.

Según Kochman, los combates verbales son corrientes entre la población negra de los Estados Unidos. Uno desafía a otro ofendiendo a un miembro de su familia, por lo que el afectado se ve obligado a contestar, máxime si la ofensa ha tenido lugar en presencia de otras personas; injuria a su vez a la familia del provocador, con lo cual se continúa la disputa,

que suele concluir sin agresión física. Los concursos verbales desempeñan un papel especialmente importante entre los adolescentes de 15-17 años, valorándose la agilidad verbal. Los chicos profieren invectivas cortas, y gana el que dispone del mayor repertorio, haciéndose acreedor del respeto. Veamos algunos ejemplos de dichas invectivas:

"Tu madre tiene las piernas tan torcidas que parece un donut mordido. — Tu madre envió su foto al club de los corazones solitarios y éstos se la devolvieron con la siguiente anotación: "¡Aún no estamos tan solos!" — Tu familia es tan pobre que las ratas y las cucarachas comen fuera. — Vuestra casa es tan pequeña que las cucarachas van en fila india. — Cuando llegué a vuestra casa tu familia corría alrededor de la mesa. Yo pregunté: "¿Por qué hacéis eso?" Tu madre respondió: "Al primero que caiga, nos lo comeremos."

Los que son especialmente hábiles logran devolver la pelota al adversario. Por ejemplo, cierta persona a quien habían dicho la tópica frase soez ¡Jódete!.,. respondió: "¡Oye tío, pero si ni siquiera me has besado!"

d) Dirimir, consolar, tomar partido (servir de mediador)

Aún están relativamente poco estudiadas las conductas que implican dirimir y consolar, que tanta influencia ejercen ya en los grupos de niños. Estos toman partido espontáneamente por el agredido, y lo hacen de una forma que no entraña una ampliación de la disputa. Argumentan en contra de la continuación de la pelea y consuelan al atacado con caricias y otros gestos de aliento (por ejemplo, dejándole juguetes, ofreciéndole golosinas e introduciéndolo en el juego) A mí no ha dejado de sorprenderme que ya los niños de dos años reaccionen con suma energía ante una pelea fingida de sus padres, asumiendo precisamente el papel de mediadores. Cuando un padre, por ejemplo, rechazó con brusquedad la reiterada petición de azúcar de la madre —la familia estaba tomando café— la hija de tres años sin pensárselo dos veces tomó partido por la madre. Amenazando con la mano unas veces y con

ruegos verbales otras, intercedió en favor del ruego de la madre. Hasta el momento se sabe muy poco de la ontogénesis de esta interesante pauta de interacción.

Queremos recordar que existen una serie de comportamientos innatos que ejercen un eficaz control sobre la agresión individualizada del hombre. La inhibición de matar a un semejante está muy asentada en todas las culturas, y cuando se quiere soslayarla, por ejemplo en la guerra, se precisa un adoctrinamiento especial para no percibir las apelaciones del prójimo que despiertan compasión. Todas las culturas conocen la compasión como correlación subjetiva de la inhibición de matar y en todas ellas la desencadenan las mismas señales. Por consiguiente, los mecanismos de inhibición de la agresión son innatos al hombre, y en ellos se basa la ley "¡No matarás!". La invención del arma y la subsiguiente posibilidad del homicidio han hecho inevitables pautas culturales de control adicionales.

e) Rituales de la vinculación

Dentro del repertorio de comportamientos de vinculación entre los grupos derivados de la relación padres-hijo, los seres humanos contamos con otros antagonistas muy eficaces de la agresión. En esta herencia, en parte muy antigua, se basan una serie de rituales culturales de vinculación como el saludo y las múltiples fiestas. Ya he expuesto en otro lugar la importancia del saludo en orden a la convivencia social pacífica entre las personas, y ya he mencionado que la conducta de salutación y la tiesta muestran en todas partes la misma estructura básica y además se caracterizan por una serie de pautas de comportamiento universales.

Dichas conductas también pueden ser verbalizadas. Así por ejemplo, la forma estereotipada de saludo entre los afganos, que se inicia con un buen deseo a guisa de regalo para luego manifestar interés. Cuando dos afganos se encuentran, el ritual verbal transcurre siempre del mismo modo (según Schmidt Dumont, Kabul, comunicación epistolar):

Salutación	Respuesta
1. ¡Le deseo a usted salud!	¡Lo mismo le deseo yo!
2. ¿Qué tal está?	Bien, gracias a Dios.
3. ¿Está usted bien?	Y usted, ¿qué tal?
4. ¿Siguen bien sus hijos?	Sí, todos muy bien, gracias a Dios.
5. ¿Y el resto de la familia?	Todos muy bien, gracias a Dios. ¡Esperamos que los suyos se encuentren bien!
6. Gracias, todos están muy bien	
7. Hace ya mucho tiempo que no le veía. ¿Dónde para usted? ¿Qué hace?	La vida es fuente de preocupaciones. No he hallado ninguna ocasión para visitarle. Sigo en mi antiguo trabajo aquí, en Kabul.
8. Con la ayuda de Dios ¿se las arregla usted bien con el trabajo y las cargas?	Gracias a Dios, todo es satisfactorio. Y a usted, ¿cómo le van las cosas?
9. No puedo quejarme	

Sería un error ver en este intercambio floral puras fórmulas vacías. El saludo cumple también en esta fórmula su importante función de lubricar el engranaje de la cotidianidad social. Esto es igualmente aplicable a las fiestas, que fortalecen la vinculación entre los miembros del grupo, y operan además a escala de grupo. Mientras el saludo facilita la relación individualizada entre unas pocas personas, la fiesta en general une a un grupo más amplio. Existen fiestas familiares, fiestas populares, fiestas tribales, por mencionar sólo algunos de los planos sociales. Su estructura, en el fondo, es idéntica. El vínculo se establece y se estrecha gracias a la alimentación, al intercambio de regalos, a las proclamas apaciguadoras y generadoras de cuidados, a la manifestación de interés y actividad común. Esto ocurre además merced a una reorientación de las agresiones contra terceros y a la justificación subsiguiente de la necesidad de unirse contra un enemigo común, a menudo imaginario.

Shokeid (1973) ha investigado la importancia de los actos sociales en la vida de un pueblo israelí. Entre sus habitantes se habían suscitado en parte tensiones muy fuertes. A pesar de eso, la gente se reunía en ceremonias y diversiones. Sobre todo cuando los anfitriones eran vecinos de bajo rango, acudían numerosas visitas, pues aquéllos permanecían casi al

margen de la política oficial local y funcionaban como neutrales. De esta manera, los enemigos acérrimos podían encontrarse en terreno neutral, y el ambiente distendido amortiguaba la hostilidad. Shokeid está convencido de que sin esos períodos intermedios de distensión la vida en el seno del grupo sería insoportable. Indudablemente esto es aplicable a todo el mundo y en algunas sociedades determinadas fiestas se han institucionalizado, las Navidades por ejemplo. La trascendencia que tiene el intercambio de regalos permite identificarla claramente con la “fiesta de la paz".

f) Costumbres-válvula

Las tensiones agresivas exigen ser descargadas. Hay una serie de costumbres que los etnólogos denominan, con sumo acierto, *Ventilsitten* (“costumbres-válvula"), que sirven para descargar la tensión, y que agotan las agresiones de manera inocua. Extendidas por casi todo el mundo están, por ejemplo, las vinculaciones en broma. Los amigos en broma pueden chancearse uno del otro, decirse incluso frecuentes groserías, y de este modo desahogan su agresividad por una vía admitida socialmente. Las vinculaciones en broma entre individuos de distinto sexo suelen ofrecer también potenciales compañeros matrimoniales, mientras que las relaciones consideradas tabú en el plano sexual o conyugal suelen ser muy formalizadas. En este caso no se toleran relaciones en broma. En muchos pueblos primitivos el abuelo y el meto están vinculados por una colaboración en broma. La relación es muy distendida y familiar, pues en estos casos el abuelo no ejerce autoridad disciplinaria alguna que es competencia del padre. En la relación con el abuelo, el niño encuentra distensión, mientras que sus relaciones con los adultos están cargadas de autoridad. Nadel halló una excepción a esta regla: entre los nuba, que viven en grandes familias, existía un grupo en el que la autoridad recaía sobre el abuelo; la relación en broma se daba entonces entre padre e hijo. Esta excepción abona la hipótesis

de que las relaciones en broma constituyen una costumbre válvula.

Las relaciones en clave de broma también pueden existir entre grupos. En Alemania un ejemplo de sobra conocido lo constituye la relación entre Baviera y Prusia.

La agresividad también se libera en los concursos deportivos. Son conocidos los torneos entre campesinos de los países alpinos. En el Oberland bernés era comente la “lucha de los pantalones”. Un determinado día del año, los mozos se reunían en una zona de pastos fronteriza entre dos valles: los de Unterwald y los de Haslital, por ejemplo, en Breitenfeld. Numerosos espectadores de ambos pueblos concurrían al festejo. La fiesta comenzaba con un trago en la taberna. Cada luchador elegía a un contendiente del grupo rival y tomaba unas copas con él. Después a los sones de la música se encaminaban del brazo hasta el lugar de la contienda. Los luchadores vestían un pantalón fuerte y holgado, provisto en la cintura de un reborde para agarrar. Antes del combate, los contrincantes se estrechaban la mano como signo de intención pacífica. Luego cada uno intentaba alzar en vilo y derribar al contrario. Los luchadores se situaban frente a frente, de pie o de rodillas. Cada uno había colocado la cabeza sobre el hombro derecho del oponente, y sujetaba con sus manos el cinturón y el reborde enrollado de los pantalones de su antagonista. Perdía el que era derribado dos veces sobre la espalda. En el pasado combates muy similares se extendían por toda la zona alpina. En la actualidad todavía se congrega la gente en el Tirol para asistir al *Rangeln,* competición muy parecida a la “lucha de los pantalones” de Suiza. Antes, para celebrar estas competiciones, se concentraban en zonas alpinas limítrofes como Hohen Salve en el Brixental. Las luchas se iniciaban con el *Hangeln,* en el que los mozos, asiéndose con el dedo medio doblado, intentaban desplazarse de la posición que ocupaban —costumbre que aún perdura hoy en el Tirol y en Baviera—. A continuación se pasaba al *Rangeln o Robeln.* El vencedor de este combate —tenía que derribar a todos sus contrincantes— se convertía en *Hagmair (Hogmoar),* y se le

concedía el privilegio de ponerse en el sombrero una pluma de urogallo.

La pluma tenía una gran trascendencia simbólica. En tirolés se denominaba *Huifeder* o *Schneidfeder*, y cuando alguien tenía ganas de pelear, se la colocaba en el sombrero inclinada hacia adelante y se encaminaba a la taberna del pueblo vecino. Los mozos del lugar conocían la señal y al poco rato uno de ellos inquiría: “¿Cuánto vale la pluma?” “Cinco dedos y una agarrada”, era la respuesta habitual, rematada por una copla.

El otro contestaba con una copla de cuatro versos, y así ambos rivales iban incrementando su espíritu combativo.

El significado provocador de la colocación de la pluma se conoce también en Estiria, en el land de Salzburgo y en Baviera. A menudo, en vez de plumas de urogallo se utilizaban las de gallo doméstico.

Existen costumbres similares en numerosos pueblos Hoy las variedades deportivas de lucha como el fútbol desempeñan una función universal de costumbres-válvula Más adelante tendremos ocasión de analizar las relaciones entre deporte y agresividad.

Las tensiones internas de una sociedad, que entre otras cosas producen una sociedad rígidamente estructurada en clases según la jerarquía, se suelen liberar también por medio de costumbres-válvula en las que los inferiores adoptan temporalmente el papel de los superiores. En dichas circunstancias, los subordinados se burlan de los dirigentes, fenómeno habitual en nuestra cultura en las chirigotas de carnaval, por ejemplo. Al despotricar de nuestros semejantes de alto rango y burlarnos de ellos, se liberan las tensiones internas y se vuelve a estar dispuesto a cargar con el yugo. Weidkuhn ha hablado, y muy certeramente, del “carnaval como polémica entre las clases sociales”. Los cabarets cumplen una función parecida. Por eso, las dictaduras los han tolerado, al igual que el chiste político. Además, la ejecución motora de la risa, que, como ya se ha apuntado, es una conducta agresiva, libera también agresividad.

Según Oberem, los braceros indios de Ecuador se disfrazan de hacendados en las fiestas y caricaturizan su conducta. Así descargan sus sentimientos reprimidos de odio.

Para finalizar, mencionaremos que diferentes rituales de intercambio de regalos se han transformado en rituales que posibilitan el desahogo de la agresividad. Los habitantes de las islas Goodenough, por ejemplo, colman a sus enemigos de regalos consistentes en tubérculos y cerdos, para humillarlos y de esta manera vencerlos moralmente. Lo mismo cabe decir de las fiestas de los kwakiutl (véase información en las págs. 92 y 139).

3. LAS PROGRAMACIONES PREVIAS EN LA CONDUCTA AGRESIVA DEL HOMBRE

a) Estímulos desencadenantes: dolor, "estereotipos situacionales" y el esquema hostil "extraño"

El dolor físico provoca ya en los niños pequeños la huida, la defensa o el contraataque En mi opinión, es una reacción universal y vieja desde el punto de vista filogenético, porque en los mismos animales el dolor es un poderoso estímulo que desencadena la agresión.

Por lo demás, niños pequeños en etapa prelingüística atacan a sus semejantes, les quitan objetos o les niegan deseos. Yo he visto en las diversas culturas que los niños pegaban a sus madres cuando éstas no les daban de mamar con la suficiente rapidez o no les daban en el acto alguna golosina. Asimismo protestaban cuando se perturbaba sus juegos, levantándolos y apartándolos por ejemplo. Cualquier interrupción de una acción deseada, cualquier bloqueo del camino hacia su meta, cualquier negación de una apetencia, desencadena, en principio, agresiones. Esto es aplicable a todos los hombres y constituye la base de la teoría de la frustración-agresión (pág. 112). Es un hecho probado que las experiencias de privación (frustraciones) generan agresiones, con cuya ayuda consigue entonces su entramado teleológico.

En el siguiente caso la persona no reacciona a un estímulo clave sencillo y categórico, sino a una situación estimulatoria más compleja. Yo he intentado fijar estas circunstancias con el concepto “estereotipos situacionales”. Se cree que hay detectores (mecanismos desencadenantes innatos) sintonizados con determinadas situaciones, que se caracterizan por unas relaciones personales concretas y un desarrollo estereotipado. La conducta de ayuda la desencadenan tanto señales (los gritos de un niño en apuros, por ejemplo) como situaciones. Lo dicho es aplicable también a las situaciones descritas, que desencadenan celos, a la defensa y conquista de posiciones y de posesiones, sean éstas de índole material o espiritual (ideas).

Es notable la reacción del hombre frente a personas extrañas: en todas las culturas se las trata con cierta reserva. A propósito de esto recordamos lo que antes hemos apuntado sobre la ambivalencia de las relaciones humanas. Ya el lactante teme al congénere, aunque éste no le haya hecho daño alguno. Al hombre le atemorizan ciertas señales que emanan de su semejante, y se siente más atemorizado cuanto más extraño sea su aspecto exterior. Esto no quiere decir que active exclusivamente una conducta de rechazo. También observamos reacciones claras de ayuda. Además la familiaridad puede borrar el recelo. Sin embargo, en un principio el desconocido provoca miedo y desconfianza, incluso en los niños.

Dentro de este esquema de reacción, la extranjeridad, la cualidad de extraño, no actúa como estímulo clave considerado en sí mismo. Hemos de suponer más bien que nuestros semejantes son portadores de señales que desencadenan la agresión. Sabemos, por ejemplo, que una mirada fija produce una sensación de amenaza. Dichas señales no parecen influir al lactante durante los primeros meses de vida. Más adelante, cuando la capacidad de reacción va madurando para captar esos estímulos, el vínculo de familiaridad personal inhibe su eficacia entre las personas que se conocen. Por lo tanto, el *esquema hostil “extraño"* equivale al *esquema hostil persona* no recubierto por experiencias amistosas. Con esta interpreta-

ción concuerda el hecho de que los efectos originados por el distanciamiento generen formas suaves de agresión (burlarse). Quien se comporta de manera diferente, se distancia hasta cierto punto de sus compañeros

La reacción frente al extraño afecta sobre todo a los congéneres desconocidos. Cieno que los niños se asustan también de los animales que no conocen, pero rara vez sienten ese pánico cerval que manifiestan frente a personas desconocidas. Es más: cuando conocen a un peno intentan acariciar a todos sus congéneres, sea cual sea su aspecto. En este temor a los extraños radica la tendencia humana a constituir grupos cerrados y a reaccionar agresivamente frente a los forasteros que se introducen en el grupo. En esos casos, los extraños pueden concitar la agresión colectiva de un grupo. La integración en el grupo presupone la acomodación del inmigrante a sus normas, lo cual resulta difícil cuando el extraño difiere en su apariencia física de la población del país receptor. Si además el extranjero se circunscribe a grupos culturales concretos, la coexistencia pacífica a largo plazo sólo será posible en caso de una nítida separación territorial. Las personas pueden aprender a apreciar al vecino de una cultura diferente, e incluso puede nacer una auténtica amistad con un intercambio cultural mutuo, pero la condición previa es el establecimiento de una relación de confianza, es decir, que no exista temor mutuo.

De todos modos, tratándose de una coexistencia heterogénea, no existen muchas posibilidades de mantener una armonía interna. Cada etnia se siente amenazada por las otras, aunque no haya motivos. La mayoría teme una invasión de extranjeros, la minoría el dominio de los demás. Consecuencias: la desconfianza y el rechazo. La histona demuestra que en semejantes situaciones tarde o temprano sobrevienen conflictos. No deberíamos soslayar este desagradable conocimiento si pretendemos conseguir el objetivo humanitario de una coexistencia pacífica.

En un notable estudio. Schultze-Westrum investigó el desarrollo de vínculos comunales entre los mamíferos socia-

les. Cuando aquéllos no existían, predominaba la relación de hostilidad. Ésta es una norma fija entre grupos diferentes, y sobre todo en el hombre. Por esta razón la querrá es, según Schultze-Westrum, el estado normal de las relaciones entre sociedades separadas. Más adelante examinaremos si la cultura es capaz de superar esa situación.

b) Adaptaciones filogenéticas en la motricidad

En el hombre encontramos comportamientos análogos a muchos de los movimientos de instigación y de lucha de los chimpancés antes descritos. Cuando nos enfadamos, también nosotros darnos patadas en el suelo, golpes con la palma de la mano y adoptamos una postura de amenaza en la que flexionamos los brazos hacia adentro. En dichas circunstancias erizamos incluso un pelaje que ya no tenemos. Sentimos la contracción de los músculos erectores del pelo como un escalofrío que nos recorre. Si tuviéramos un pelaje bien desarrollado, el contorno de nuestro cuerpo se agrandaría ostensiblemente al adoptar la postura antedicha. Los que imponen agrandan siempre el contorno corporal recurriendo incluso a medios culturales (adornos, vestimentas), por ejemplo, resaltando los hombros y utilizando adornos para la cabeza; los que se someten adoptan la actitud opuesta, es decir, se empequeñecen. Las adaptaciones que subyacen a esto no dependen únicamente de programas motores previamente dados, sino también de una comprensión de la expresión previamente dada. Antropoides y seres humanos amenazan con objetos (palos, etc.) de una manera esencialmente idéntica (págs. 110 y ss). Pero además existen múltiples formas de expresar la conducta agonística específicamente humanas, extendidas por doquier y por tanto posiblemente innatas. Algunos ejemplos: la mirada fija de amenaza, y el desviar la vista, agachar la cabeza y fruncir el ceño como símbolo de derrota Ya hemos apuntado que los niños se tiran mutuamente al suelo intencionadamente, se arañan, pegan con la mano y muerden. Finalmente, como prueba de la existencia en el hombre de pautas

de movimiento innatas al servicio de la conducta agonística podemos citar el comportamiento de sordos y ciegos de nacimiento, que manifiestan elementos muy importantes de la conducta de amenaza cuando se enfadan: cierran los puños, dan patadas en el suelo, fruncen el ceño, abren la boca y aprietan los dientes, y si están muy excitados se muerden su propia mano.

Para completar esta exposición, quiero ahora referirme brevemente (más detalles en mi obra *Der vorprogrammierte Mensch [El hombre pre-programado]*) a una muestra muy antigua de instigación amenazadora. Se trata de la amenaza fálica derivada de un ademán de dominancia sexual. Esta conducta ha sido observada en monos catirrinos y platirrinos. En macacos y babuinos, algunos machos montan siempre guardia de espaldas al grupo, mostrando su pene de un color llamativo y sus testículos, a veces también de vistoso colorido. Cuando un intruso se aproxima demasiado al grupo, a los guardianes les sobreviene una erección. También se conocen las denominadas "cópulas de furia". Resulta curioso que en las más variadas culturas los protectores domésticos para rechazar a los malos espíritus y otras figuras talladas en madera (amuletos) para proteger las propiedades y las personas muestren amenazas fálicas. Existen además una serie de observaciones que prueban que dichos comportamientos fálicos se ejercitan como demostración de dominancia.

c) Mecanismos motivadores

¿Existe un instinto de agresión y en consecuencia una apetencia de enfrentamiento agresivo que puede ser desahogada? La respuesta es afirmativa. Muchas personas están motivadas para actuar agresivamente. Buscan los enfrentamientos, y utilizan con profusión todas las posibilidades para desplegar su agresividad en forma ritualizada. No hay más que pensar en las variedades de lucha. Las costumbres-válvula de este tipo están extendidas por toda la Tierra. Las encontramos incluso en culturas que defienden ideales muy pacíficos.

Además, las tensiones agresivas (agresión contenida) se pueden desplegar, o lo que es lo mismo, liberar, mediante comportamientos agresivos Así lo demostró el siguiente experimento. Hokanson y Shetler enojaron a un grupo de estudiantes y constataron que su presión sanguínea subía mucho. Luego se subdividió a los sujetos en dos grupos. A todos ellos, el director del experimento, que era el que los había enfadado, les comunicó que quería resolver unos problemas y que si cometía algún error, se lo hicieran saber apretando un botón. A un grupo se le informó que el director recibiría un estímulo eléctrico de castigo; a la otra mitad, por el contrario, se la convenció de que al cometer la falta, vería encenderse una luz azul.

En aquellos que creían administrar estímulos de castigo, es decir, que podían actuar agresivamente contra el director del experimento, la presión sanguínea bajó muy deprisa, y desde un punto de vista subjetivo su enfado también había cedido al finalizar el experimento. Sin embargo, el enfado de aquellos que con el mismo movimiento únicamente encendían una luz, perduró mucho más tiempo. En el curso de otras experiencias se descubrió que también las agresiones verbales y la visión de películas de temática agresiva surtían un efecto liberador de la tensión.

Se comprobó asimismo que el humor, tanto agresivo como no agresivo, disminuye el enojo de los sujetos de ensayo, aunque hay indicios de que en este punto el humor agresivo es algo más eficaz. Landy y Mattee informan de que la percepción de chistes agresivos y no agresivos redujo sensiblemente la fuerza de las agresiones verbales dirigidas contra el director del experimento que antes les había enojado. Esto apunta hacia la idea de que el humor posee efectos catárticos.

Las investigaciones de Barón y Ball revelan que el humor no hostil también aminora la agresión. A dichos autores no les parece oportuno en este caso admitir una descarga específica de la agresión, y atribuyen más bien el efecto reorientador a la reactivación de emociones que frenan la agresividad. Los sujetos del ensayo fueron inducidos a reírse, y en consecuen-

cia situados en un estado anímico incompatible con los ataques que se les exigió a continuación (en una experiencia de aprendizaje ficticio tenían que aplicar a los estudiantes descargas eléctricas de castigo). Bien podría suceder aquí que la modificación del estado anímico se debiera a la activación de mecanismos antagónicos del sistema agresivo. En el apartado dedicado a los controles de la agresión hemos mencionado que las agresiones se aplacan mediante apelaciones amistosas. Las experiencias no han probado que suceda eso mismo en los experimentos de Barón y Ball. Dado que la risa, tal como se expone en la pág. 98, es primariamente agresiva, su ejecución motora podría inducir el desahogo de la agresividad contenida, aunque el factor desencadenante de la risa haya sido la estupefacción y no el contenido agresivo del chiste.

Distintos autores han cuestionado que el deporte, las emisiones televisivas de contenido agresivo y los programas de humor agresivo liberen tensiones, alegando que dichos espectáculos incitarían más bien a la agresividad. Yo he insistido repetidas veces en la idea de que ni siquiera un efecto descargador de tensiones comprobado (como, por ejemplo, el de una película agresiva) debiera inducir a propagar dicho efecto como un antídoto contra la agresión, pues es posible que un sujeto no se encuentre en un estado de ánimo agresivo y sea incitado a la agresión precisamente por esas películas. Aunque la película esté construida de forma que permita el desahogo, hay que tener en cuenta que la activación repetida de un sistema fisiológico desencadena su puesta en marcha. Por esta razón los programas educativos que propugnan que hay que permitir, más aún. estimular, a los niños para que sigan y desplieguen las pulsiones agresivas con el fin de que al llegar a la edad adulta sean pacíficos, pecan de ingenuos. Como en cualquier instinto, su efecto catártico, es decir, la liberación de la tensión, es pasajero. No obstante, sería un error escatimar a los niños experiencias con la agresión, pues sin ellas la asimilación y socialización de las agresiones se verían muy dificultadas.

En los últimos tiempos se ha discutido mucho el papel del deporte. Mientras unos lo consideran una valiosa válvula de escape (costumbre-válvula) que descarga la agresividad, otros lo creen peligroso porque ejercita la agresividad. En este campo se confunden los efectos a corto y largo plazo. Algunos de los autores desconocen incluso los contextos fisiológicos más elementales Sipes, por ejemplo, en sus experimentos para refutar la teoría catártica de la agresión, parte del supuesto de que en los pueblos belicosos los deportes que implican lucha deberían ser menos frecuentes que en los pacíficos —si la hipótesis de la catarsis es cierta—, porque los pueblos belicosos desahogan su agresividad de otra manera. Sipes opina que la práctica de los deportes agresivos debería disminuir en épocas de guerra[20]. Ninguna de estas "esperanzas" de Sipes se ha confirmado. Las culturas belicosas cultivan incluso con más ahínco los deportes de lucha que las no belicosas, y en Estados Unidos no declinaron los deportes agonísticos ni durante la Segunda Guerra Mundial, ni durante el conflicto de Corea ni durante la guerra del Vietnam.

Hemos de decir al respecto que ningún etólogo hubiera esperado otra cosa. Las sociedades belicosas enseñan a sus miembros a ser agresivos, y por consiguiente cultivan los juegos de lucha. Su práctica implica un entrenamiento para la agresión a largo plazo y procura al mismo tiempo la catarsis interna del grupo como efecto a corto plazo. De todas mane-

---

[20] "El Modelo Descarga de la Energía predice niveles del comportamiento agresivo un tanto similares en todas las sociedades, si bien puede variar su forma de expresión Postula una relación inversa entre la presencia de la guerra y la de los deportes violentos en las distintas sociedades, que podemos encontrar plasmada de dos maneras:
"1. Entre sociedades existiría una relación inversa sincrónica: cuanto más belicosas sean éstas, menor será la probabilidad de que tengan (o necesiten) deportes semejantes, y cuanto menos belicosas sean, mayor será la probabilidad de cultivar esos deportes.
"2 Dentro de una sociedad dada existida asimismo una relación diacrónica, con periodos de actividad bélica más intensa ligados a una actividad menos intensa de los deportes de lucha, y periodos de actividad bélica menos intensa asociados a una intensificación de la actividad deportiva" (Sipes, 1973).

ras sabemos que existen culturas pacíficas con costumbres-válvula en forma de juegos, concursos de canto y otras cosas por el estilo, pero Sipes no le prestó atención a este fenómeno.

Los bosquimanos que Sipes encuadra dentro de las culturas pacíficas sin ningún tipo de juegos de lucha, tienen numerosas formas de juego (por ejemplo, el lanzamiento de venablos y una serie de danzas) de carácter competitivo. Además, cazan. Sipes determinó el auge de la actividad cinegética en Estados Unidos (medida por el número de licencias de caza dividido por el número de cazadores potencialmente posibles) para demostrar que las guerras no provocaban una disminución de los distintos deportes de lucha[21]. Sipes, por tanto, clasificó la caza como un deporte de lucha, sin darse cuenta de que en su lista de sociedades pacíficas, a las que él cree, erróneamente, desprovistas de cualquier tipo de deporte de lucha, hay muchos pueblos cazadores. Al margen de ésta y otras discrepancias fundamentales, que privan casi de valor a los datos de Sipes, nosotros —ya lo hemos subrayado— no esperábamos que las culturas belicosas tendiesen menos a los deportes de lucha. A la vista de estas deficiencias teóricas y metodológicas, resulta molesta la conclusión pretenciosa de Sipes cuando afirma que podemos tirar tranquilamente por la borda el modelo de instinto agresivo perfilado para el hombre:

“La guerra y los deportes de lucha, por lo tanto, no funcionan, como a menudo se proclama, como canales alternativos para descargar las tensiones agresivas acumuladas. Más que alternativas funcionales, la guerra y los deportes de lucha parecen ser dentro de una sociedad componentes de un modelo cultural más amplio.

---

[21] Nosotros no equiparamos, sin más ni más, la caza con el comportamiento agresivo dirigido contra congéneres Va hemos dicho que ambos fenómenos dependen, a menudo, de sistemas fisiológicos claramente diferenciados. En el hombre esto podría ser de otra manera, pues en el caso de sus parientes más próximos, los chimpancés, no parece existir una separación nítida (véase pág. 105).

"Sin embargo, el Modelo Descarga de la Energía está tan arraigado en la ciencia occidental que ahí podría estar la investigación de otras actividades capaces de actuar como alternativas de la guerra (y ahora, como hemos visto, de los deportes de lucha) en la descarga de las tensiones de energía postuladas. Los probables candidatos son el suicidio, el castigo del asesinato de los desviados, el uso de la droga, el asalto físico a la familia o a otros miembros de la comunidad, los chismorreos y la magia maligna. A menos que haya datos definitivos que sirvan como alternativa a la guerra y a los deportes de lucha, nosotros podemos descartar con absoluta seguridad el Modelo Descarga de la Energía por no ser aplicable a los humanos."

Michaelis, en su crítica a la hipótesis de la catarsis, opina que en realidad habría que distinguir dos hipótesis. La primera, basada en Aristóteles, que creía que la visión de los problemas representados con exageración en una tragedia purificaba al hombre de sus emociones; Freud hizo suya esta teoría y supuso que, de acuerdo con su concepción del instinto, la tensión interna remitiría una vez realizada la agresión. La segunda, por el contrario, afirma que la posibilidad de efectuar nuevas agresiones disminuye después del comportamiento agresivo. Yo creo que estas diferentes formas de expresión esconden, en el fondo, el mismo fenómeno, aunque considerado desde distintas perspectivas. Freud parte de las vivencias subjetivas; Lorenz, de las conductas objetivas.

En consecuencia, la disminución de la tensión interna debería reducir asimismo la probabilidad de efectuar nuevas acciones agresivas. Sin embargo, un experimento de Berkowitz parece contradecir este aserto. Sujetos de experimentación encolerizados, que podían aplicar descargas eléctricas de castigo al que había provocado su enojo, se sintieron más distendidos, pero juzgaron a continuación al que habían castigado con más dureza que otros a los que también se había provocado enojo, pero no habían tenido la oportunidad de tomarse la revancha.

He aquí una posible explicación de esta discrepancia: los enojados desahogaron ciertamente su ira por medio del comportamiento agresivo, pero paralelamente afirmaron su imagen del enemigo, revelando este hecho en un juicio objetivo posterior. No debemos equiparar sin más un juicio negativo con un comportamiento agresivo.

Indudablemente existen una serie de variables que influyen en el efecto catártico. Hokanson halló, por ejemplo, notables diferencias entre los sexos. Este investigador situó en cuartos separados a dos sujetos del mismo sexo, uno de los cuales era aliado (cómplice) del director del experimento. Ambas personas se comunicaban por teléfono, y podían reaccionar a la conducta del compañero con premio (luz azul), estímulo de castigo (descarga eléctrica) o de manera neutra. Las reacciones para con el sujeto experimental estaban siempre programadas de antemano. Se averiguó entonces que la presión sanguínea de sujetos masculinos y femeninos subió de pronto, después de recibir una descarga eléctrica de su compañero (el cómplice del director del experimento). En los probandos masculinos la presión sanguínea disminuyó de repente después de la contraagresión, pero no cuando sus reacciones eran de premio o neutras. Los sujetos femeninos, por el contrario, reaccionaron al revés, con una súbita caída de la presión cuando concedían premios, pero no cuando reaccionaban agresiva o neutralmente.

Una experiencia similar desarrollada con presidiarios ofreció los siguientes resultados: aquellos que, según los informes, solían responder a la amenaza con la agresión, se comportaron igual que los hombres en el experimento que acabamos de citar, mientras que los que reaccionaban con pasividad, siguieron el modelo femenino. Este comportamiento distinto cabe atribuirlo a diferencias hormonales o de aprendizaje de los individuos en cuestión.

Sin duda, las experiencias del aprendizaje tienen una especial relevancia. Hokanson y Shetler modificaron el orden antes descrito del experimento, de manera que los probandos femeninos recibiesen del cómplice del director de la expe-

riencia una descarga siempre que reaccionasen amistosamente, y una respuesta amistosa siempre que aplicasen una descarga. Con los probandos masculinos se hizo justo lo contrario. En el transcurso del experimento, estos últimos fueron volviéndose cada vez más amistosos, mientras los de sexo femenino se tomaban más agresivos, al concluir el experimento, en las mujeres se observó una caída brusca de la tensión tras la agresión, y una disminución más lenta después del comportamiento amable, mientras que los hombres reaccionaron justo al revés. Cuando a continuación el cómplice del director volvía a reaccionar “casualmente" —igual que en el experimento descrito al principio—, se presentaba de nuevo la misma reacción original. Hokanson dedujo de todo esto que todas aquellas reacciones que, según las experiencias de las respectivas personas, conducen a la finalización o a la activación de futuras agresiones, son capaces de provocar una caída de la tensión. Estos resultados no contradicen en manera alguna el concepto de instinto. De acuerdo con la teoría etológica, la tensión se puede anular mediante el apaciguamiento (conducta amistosa) o el desahogo. En los grupos animales, el inferior acepta normalmente su posición dentro de la jerarquía sin manifestaciones comprobables de estrés y reacciona conforme a su papel. Las pautas primarias de las reacciones diferentes de hombres y mujeres podrían deberse a disposiciones heredadas específicas de cada sexo, determinadas por factores hormonales, pero modificables por la experiencia individual.

Buss y Feshbach determinaron, en fin, que los actos agresivos únicamente generan catarsis cuando van acompañados de la “emoción cólera”. Sin la correspondiente intervención emocional, la agresión (fría) realizada aumenta incluso la posibilidad de que se sucedan aún más agresiones. Las tensiones originadas por la provocación se anulan si, acto seguido, se justifica la necesidad de la provocación, es decir, si esta última se valora como justificada. La tendencia al ataque desciende asimismo cuando una tercera persona se encarga de interrumpir las ofensas, aplacándose los ofendidos sobre todo

cuando los intermediarios les comunican que el ofensor ha sido castigado.

En la actualidad se debate menos la cuestión de la existencia de un instinto de agresión —pocos dudan ya de la dinámica del comportamiento agresivo— que el interrogante de si la apetencia de lucha de pulsiones motivadoras se adquiere en el curso evolutivo de la juventud (hipótesis del instinto secundario) o es innata al hombre (hipótesis de la pulsión primaria). Los defensores de la teoría del instinto secundario suponen que la agresión contribuye a la realización de otros instintos y que se activa siempre que éstos son reprimidos. Arno Plack, por ejemplo, atribuye cualquier agresión a la represión del instinto sexual Si hubiese una satisfacción plena de los instintos primarios, no existirían agresiones. Sin embargo, todo esto no pasa de ser una especulación. El hecho de que cualquier frustración active la agresividad, no implica que sea su única causa.

No existen pruebas terminantes de la existencia de la pulsión de agresión primaria, pero una serie de importantes indicios abogan por su aceptación Aquí no se trata tanto de la difusión universal de la conducta agresiva y de la existencia de costumbres-válvula en culturas pacíficas, porque no hay cultura alguna que no experimente privaciones en algún sentido. La conducta agresiva de los niños conduce en todas partes al éxito, y la hipótesis de que esto supone un entrenamiento del comportamiento agresivo es quizá la más inmediata según el principio de economía. Sin embargo, los hallazgos de la neurofisiología se orientan hacia la aceptación de estímulos primarios en el sistema nervioso central. Gibbs, Moyer y Sweet y colaboradores (1969) han demostrado la existencia en el hombre de ataques espontáneos de ira de origen neurógeno, que van acompañados por una actividad eléctrica característica en ciertas regiones cerebrales. Se pueden reproducir los ataques mediante la estimulación eléctrica de dichas zonas. Los ataques de cólera así inducidos se manifiestan objetivamente en ataques espontáneos a personas, destrucción de objetos, expresión gestual de furia, y en el plano subjetivo en

la sensación de enojo. Los centros de la ira radican en el lóbulo temporal y en las amígdalas, y su actividad espontánea desencadena la ira de los pacientes. Las personas neurológicamente sanas disponen también de esas estructuras; además, no existe célula ganglionar que no manifieste espontaneidad. Por consiguiente, cabe suponer que en un caso normal la apetencia de lucha depende, entre otros factores, de la actividad espontánea normal de dichos centros. Se sabe también que otros centros mantienen a éstos bajo control. La estimulación del lóbulo frontal ventromedial y de la zona central del lóbulo temporal tranquiliza a pacientes violentos. En algunos pacientes se ha implantado electrodos dotados de un dispositivo de autoestimulación, de manera que siempre que les sobrevenía la ira, podían reprimirla mediante la autoestimulación. Este método es quizá preferible a ese otro quirúrgico que consiste en la extirpación total de las zonas cerebrales de la ira, que supone una mejora, es cierto, pero acarrea muchos fenómenos concomitantes desfavorables, pues la intervención quirúrgica afecta también a otros centros nerviosos. Por lo demás, la destrucción de los centros de inhibición en un animal genera ataques espontáneos de furia: prueba de la espontaneidad de los sistemas de agresión cuando se suprime el influjo que los inhibe normalmente. Dentro de este contexto recordamos lo ya dicho sobre el sueño paradójico (páginas 89 y ss).

4. EL PAPEL DE LOS PROCESOS DE APRENDIZAJE EN LA EVOLUCIÓN DE LA AGRESIVIDAD

Los procesos de maduración y de aprendizaje ejercen una enorme influencia en la evolución de la conducta agresiva de los animales. Ya hemos aludido al adiestramiento de ratones mediante el triunfo en las peleas, aunque éstos no llevan aparejada más que la victoria y la expulsión del congénere, para convertirlos en animales agresivos, y a la inversa: con ayuda de la derrota u otro tipo de castigos de la agresión se pueden conseguir ratones pacíficos. Si esto es así ya en mamíferos

relativamente inferiores, hemos de esperar que en el hombre las experiencias desempeñen un papel muy importante. En la formación del comportamiento agresivo tiene una gran trascendencia sobre todo el aprendizaje del éxito, el del modelo social y finalmente la educación dirigida sobre el premio y el castigo.

Bandura y Walters investigaron el efecto que producen en los niños los modelos de agresión. El primer grupo presenció directamente cómo un adulto maltrataba a una muñeca de goma; el segundo lo vio por una pantalla de televisión: el tercero, una película de dibujos animados en la que un gato practicaba la misma agresión, y el cuarto, una proyección sin modelo agresivo alguno. Luego se frustró a los cuatro grupos y se observaron sus juegos: los tres grupos que habían visto un modelo agresivo se comportaban con mayor agresividad que los niños del grupo de control; los que habían visto la escena en la pantalla eran más agresivos que los del primer grupo, que habían contemplado la agresión en la realidad.

Otra investigación de Hicks demostró que estos efectos perduran durante largo tiempo. Este efectuó una experiencia en niños con un método similar al de Bandura. En un reconocimiento practicado seis meses después, los efectos del modelo seguían siendo claramente perceptibles, aunque sólo en un caso: cuando el modelo había sido un adulto.

Jóvenes a los que se mostró una película con una escena de esgrima, revelaron en el test[22] realizado a continuación mayor agresividad que otros que habían contemplado una película de la misma duración pero de contenido neutro.

Estos ejemplos bastan para ilustrar la importancia del aprendizaje a partir de un modelo en lo referente a la activación de actitudes agresivas. Al igual que otros experimentos de fecha más reciente, los citados demuestran asimismo el

---

[22] Se registraron las manifestaciones verbales de agresión y el número de descargas eléctricas que le suministraron a un estudiante en un experimento simulado de aprendizaje.

efecto generador de agresión producido por las películas de televisión violentas. Los que han aducido el efecto liberador de tensiones (catártico) de tales películas, pretendiendo con ello haber demostrado el carácter inocuo de la representación de la violencia, sólo tienen presente el efecto a corto plazo; olvidan que existe otro a largo plazo, consistente en un aumento de la agresividad, fenómeno muy similar al que sucede en los diferentes tipos de deportes de lucha (véanse al respecto nuestras explicaciones de las págs. 154 y ss).

No hay duda de que en el desarrollo normal del niño el aprendizaje de imitación tiene una extraordinaria trascendencia. Los niños se identifican con el progenitor de su mismo sexo sin necesidad de presiones educativas, lo imitan por decisión propia, posiblemente en virtud de una disposición para el aprendizaje innata.

Además los adultos también ejercen una tarea educacional moldeando directamente la actitud fundamental de los niños. En pueblos belicosos —y los europeos nos contamos entre ellos— se enseña a los niños a ser intolerantes en extremo y a responder a las agresiones con la agresión. Entre los himba, un pueblo del Kaokoveld (África sudoccidental), los niños son educados con esos métodos. Yo filmé cómo un niño al que otro le había pegado corrió llorando a su cabaña. Su abuela le entregó un palo y le ordenó apalear al agresor. El niño no se atrevió a hacerlo y lloró con más fuerza; su abuela entonces le propinó una sonora bofetada y lo dejó delante de la choza. Entre los belicosos indios waika recogí abundantes documentos de este tipo. Allí lo normal es que la gente se defienda. Los adultos estimulan a los niños pequeños —independientemente del sexo— a adoptar esa pauta de comportamiento A una niña que lloraba porque su hermano le había pegado, le entregó su madre un palo, aleccionándola para que golpease a su vez al hermano. Como éste era mayor y más fuerte que ella, la madre lo sujetó. Acto seguido demostró a la pequeña cómo podía morder a su hermano, y le exhortó a hacer lo mismo.

Tengo muchas películas que muestran cómo las madres no sólo incitan a sus pequeños a tomar venganza, sino también a la agresividad, burlándose de ellos y excitándolos hasta enfurecerlos. Atacan entonces a sus torturadores, y todos se ríen. Chagnon refiere cómo con motivo de una fiesta los muchachos waika de 8-15 años de edad fueron obligados a dar vueltas alrededor de *shabomo*[23] luchando entre ellos. Los que, por miedo a las heridas, se negaron a hacerlo y escaparon, fueron traídos a rastras por sus padres y forzados a pegarse. “A los primeros golpes, se les saltaron las lágrimas. Sin embargo, poco a poco, el miedo fue trocándose en furia y al final se apaleaban con sincero entusiasmo, chillando como locos, berreando y revolcándose por el barro, mientras sus padres presenciaban al acontecimiento dándoles gritos de ánimo y alabando su espíritu combativo.”

La educación fomenta activamente la combatividad y el salvajismo. Además, los niños waika, en sus juegos, se identifican con el rol del adulto esperado por su cultura. Se disparan flechas sin punta, imitan los bailes y se golpean en la cabeza con palos de madera blanda en un intercambio de golpes que responde a las reglas que siguen los adultos en sus torneos (pág. 136).

¡Qué distinta es, por el contrario, la socialización en el seno de una cultura de ideales pacíficos! Entre los bosquimanos de Kalahari nunca vi incitar a un niño a responder a un ataque con un contraataque. Sólo a los niños muy pequeños se les tolera golpear a otros cuando juegan con un palo, y la gente se ríe de eso. A los chiquillos que andan a la greña, se les separa y se les tranquiliza. Apenas son capaces de correr, los niños se suman a los grupos infantiles de juego, y allí tiene lugar su posterior socialización. Los niños mayores no toleran las agresiones. Intervienen en las disputas, regañan, golpean incluso al agresor y tranquilizan y consuelan al ofendido. Enseñan a repartir y a jugar en común, fortaleciendo de esta manera aquellas conductas que impiden la agresión.

---

[23] Pueblo.

Cierto que existen juegos de lucha, por ejemplo, las competiciones en las que dos bandos pugnan por golpear con palitos y derribar estacas clavadas en el suelo, pero estos juegos están demasiado ritualizados y no constituyen ejercicios preparatorios directos para el verdadero combate.

Por último, en la configuración de un modelo de comportamiento agresivo desempeña un papel decisivo el aprendizaje del éxito. Los niños aprenden enseguida a conseguir sus pretensiones mediante protestas agresivas, y es de suponer que en numerosas culturas adquieren estas experiencias de la misma forma y que, en consecuencia, instrumentalizan la agresión para allanar, por ejemplo, los obstáculos que se interponen en su camino hacia la meta anhelada.

Ya hemos dicho que los niños utilizan la agresión exploratoria. Cuando se satisfacen todas sus exigencias, este aprendizaje del éxito genera una escalada de dichas exigencias.

La agresividad humana está determinada en gran medida por las experiencias individuales: jamás los etólogos han puesto en duda la validez de este aserto Michaelis ha esbozado un modelo funcional de la agresión, que parece muy idóneo para representar con claridad las posibilidades de modificación del comportamiento agresivo del hombre (fig. 11). A la vista de dicho modelo se comprende muy bien la interacción entre los factores de predisposición y de aprendizaje, entre las influencias estimuladoras y las inhibidoras. Según este modelo, una secuencia de conducta es una cadena de decisiones binarias (sí-no) integradas en un circuito regulador. Cuando el organismo percibe la aproximación de un congénere debe decidir si interpreta la aproximación como algo perturbador o no[24] Si el individuo se encuentra, por ejemplo,

---

[24] Michaelis habla dentro de este contexto de perturbaciones o trastornos de la homeostasis y define la agresión corno un comportamiento tendente a conservar o lograr una homeostasis a costa y contra la oposición de otro organismo, por lo que el término ‘homeostasis' alude al bienestar subjetivo. El subjetivismo de esta definición reduce su campo de aplicación Cierto que en el hombre se podría averiguar por medio de preguntas el malestar que siente, por ejemplo, al ver aproximarse a un extraño. No obstante, aquí podemos

fuera de los límites de su territorio, esto no se interpretaría como perturbación; el cruce, sin embargo, sí, que además activaría el organismo dependiendo de la intensidad de la perturbación. En un primer paso el organismo analizará entonces si puede eliminar el trastorno (discrepancia entre "debe ser" y "es").

Si no se da este caso (por ejemplo, por incapacidad de movimiento del organismo) no se ejerce acción alguna. Cuando existe capacidad para elegir entre varias conductas, se opta primero, según Michaelis, por la que ofrece mayor probabilidad de éxito, y la agresión es precisamente el medio más efectivo. Nuestras investigaciones han puesto de manifiesto que primero se utiliza la instigación como pauta de comportamiento agresivo, y sólo cuando ésta no conduce al éxito, se desencadena la agresión física El modelo de conducta elegido es sometido a un control normativo. Si la conducta logra atravesar el filtro normativo, entonces cursa, según Michaelis, con una intensidad proporciona) a la perturbación de la homeostasis[25]. Después de cada actuación, se comprueba si todavía existe la perturbación (flecha al comienzo de la cadena del sistema). Si el modelo con mayor probabilidad de éxito no puede atravesar el filtro normativo (por ejemplo, matar al enemigo), se prueba el modelo de eficacia más próximo. Si sólo hay uno disponible, el filtro de normas, que funciona como mecanismo inhibidor, determina si se actúa de manera agresiva o no. No obstante, la perturbación puede ser tan poderosa que venza la resistencia del filtro normativo, dicho con otras palabras: la agresión entonces es la última *ratio* y se pone en práctica a pesar de la oposición del control

aceptar la definición si equiparamos la perturbación de la homeostasis con el trastorno de un "estado deudor que el organismo, de acuerdo con su experiencia a su filogenia, intenta conservar o conseguir.

[25] Michaelis opina que la agresión es siempre puramente reactiva, y en este aspecto no estamos de acuerdo con él. Nosotros introduciríamos también un componente espontáneo, pero preferimos no sobrecargar este esquema, pues no resulta relevante para demostrar o ilustrar los pasos decisivos y las posibilidades de actuación.

normativo. En este esquema no se tienen en cuenta las motivaciones endógenas, como tampoco la influencia de sistemas de pulsiones antagónicas.

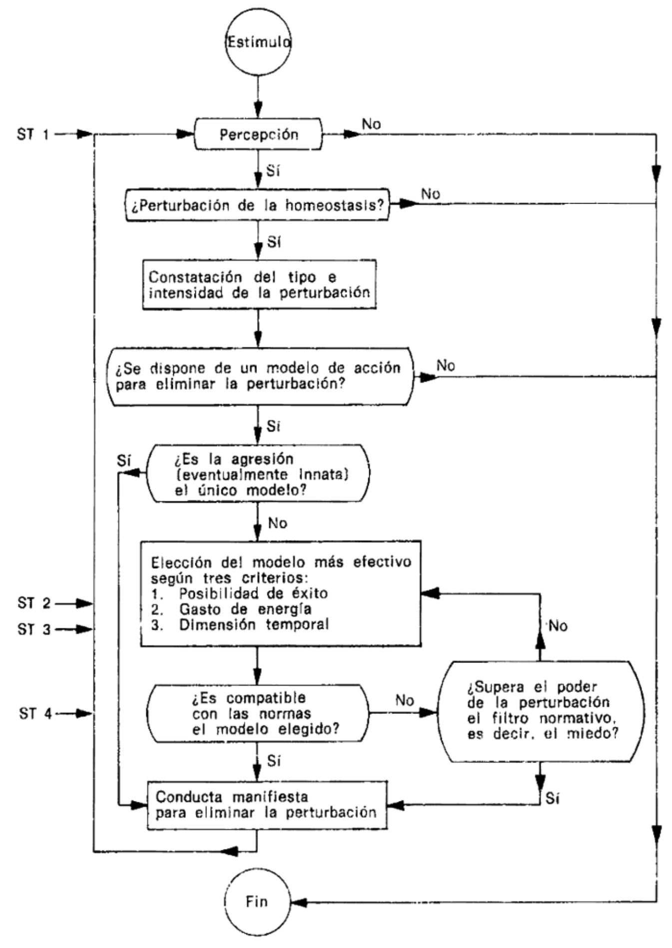


Fig. 11. Modelo funcional sistemático-teórico de la agresión con puntos de partida para la modificación de la conducta desde el exterior (ST) Tomado de Michaelis (1974).

Del modelo de función se infieren las posibilidades de control del comportamiento mediante otras influencias externas. En principio no se efectuará acción agresiva alguna, si no existe perturbación verificable. Por consiguiente se podría considerar como una posibilidad de control (en el esquema funcional ST 1) el hecho de que los estímulos desencadenantes de la agresión que se reciben sean de efectividad reducida o se consideren poco importantes, y en consecuencia no activen acción alguna. No queremos decir que esto sea siempre posible, ni mucho menos. Michaelis indica, con razón, que hay una serie de necesidades (alimentación, sueño, sexo) que exigen siempre ser satisfechas. Pero también es seguro que existen necesidades secundarias menores, y en este estadio ya se puede frenar la agresividad mediante un control de las necesidades y de los medios necesarios para su satisfacción. También es factible controlar la agresión manipulando los estímulos clave (innatos y adquiridos). Necesidades inducidas por influencias educacionales pueden provocar perturbaciones si se interponen obstáculos para su satisfacción, aunque es cierto que si el individuo percibe que la satisfacción cae fuera de su alcance, es decir, si no dispone de medio alguno que le garantice el éxito, se resignará de momento.

En relación con esto, parece que las revoluciones no acaecen en las fases de mayor miseria y represión, sino cuando el bienestar sustituye a un período de privaciones y a continuación se desencadenan nuevas privaciones (motivadas, por ejemplo, por una recesión).

La agresividad puede ser también controlada mediante el aprendizaje de pautas de comportamiento no agresivas tomadas de un modelo. Si una sociedad satisficiera los deseos atendiendo a los ruegos antes que a la agresividad, la agresión apenas se utilizaría para satisfacer aquéllos (ST 2 del esquema funcional). El hombre puede aprender, además, que no hay por qué satisfacer las necesidades en el acto; sin embargo, dilatar ese espacio de tiempo hasta su consecución resulta más difícil, a pesar de que la educación de los niños actúa con mucho éxito en ese sentido.

La cuarta posibilidad de modificación, localizada al final de la cadena, se consigue a través de la influencia en los mecanismos inhibidores. La educación es capaz, sin duda, de fortalecer la inhibición de la agresividad. En este punto la socialización desempeña un papel efectivo. El niño llega a saber qué tipo de agresión está justificada y en qué situación, es decir, cuál está permitida y cuáles no. De esta manera se pueden activar o desconectar las inhibiciones innatas.

V. LA AGRESIÓN INTERGRUPAL Y LA GUERRA

"Los animales y las aves luchan entre sí por la posesión de la hembra, la defensa de su presa o el dominio de la manada, pero no es un combate a muerte, como el de los seres humanos en la guerra... Estos hechos indican que la institución humana de la guerra es algo más que la encarnación en el hombre del instinto de agresión inherente a todo animal. La guerra tiene que ser una alteración o una hipertrofia en el hombre del instinto de agresión, y además un producto de la tradición y no del instinto" (Toynbee).

1. LA EVOLUCIÓN CULTURAL HACIA LA GUERRA

En el apartado referido a las leyes funcionales de la evolución filogenética y cultural he expuesto que la evolución cultural, bajo la acción modeladora de presiones selectivas análogas, imita la biológica en un nivel superior de la espiral evolutiva. Así, la creación de las especies se corresponde con la pseudoespeciación cultural. Las culturas se delimitan las unas de las otras como si se tratara de especies diferentes, y de este modo se asientan en biotopos diferentes. Para acentuar el contraste, los representantes de cada grupo se autocalifican de personas mientras niegan a los demás ese título o se lo conceden disminuido de valor. Esta evolución cultural se basa en preadaptaciones biológicas, por ejemplo el rechazo del "extraño", que nos es congénito y que conduce al aislamiento del grupo.

La agresión garantiza la identidad del grupo, y al mismo tiempo le asegura un territorio que la colectividad defiende contra los intrusos o extraños. Hasta aquí, las relaciones humanas no se diferencian demasiado, en el fondo, de las de los

chimpancés, salvo en un aspecto: las armas permiten al hombre matar a su congénere.

No hay duda: las armas han sido un factor decisivo en el progreso de la agresividad destructiva. La técnica armamentística ha engañado hasta cierto punto a nuestras inhibiciones innatas. Un golpe certero con un arma puede eliminar a un congénere antes de que éste tenga oportunidad de apelar a nuestra compasión con los correspondientes gestos de sometimiento. Este resultado es óptimo cuando se mata a distancia, por ejemplo, con una flecha. De todas maneras debemos reseñar que la agresión intragrupal, a pesar de poseer armas, sólo en contadas ocasiones deriva hacia lo destructivo. La agresión intergrupal denominada guerra, por el contrario, tiene un carácter netamente destructivo, y por tanto debe basarse en otras motivaciones. La pseudoespeciación cultural tiene, en este aspecto, una trascendencia vital. El hecho de que neguemos a los otros con frecuencia la condición de hombres, desvía el conflicto hacia un enfrentamiento interespecífico, y la agresividad interespecífica suele ser aniquiladora también en el reino animal. Al filtro biológico normativo que inhibe las agresiones destructivas también en el hombre, se le superpone un filtro normativo cultural, que le exige matar. (Más adelante analizaremos con minuciosidad el conflicto entre normas que deriva de todo esto.) Es importante dejar sentado que la guerra destructiva es un resultado de la evolución cultural. La guerra, sin embargo, no es, como se ha dicho en distintas ocasiones, un fenómeno patológico, sino que, como más adelante veremos, cumple importantes funciones (págs. 242 y ss).

La guerra acelera asimismo, mediante las duras condiciones selectivas, la evolución biológica y cultural. Esto es aplicable tanto al rápido desarrollo del cerebro como a los progresos de la conducta altruista. Queda en pie la cuestión de si la humanidad debe seguir sometiéndose a este fenómeno con despreocupada pasividad o es capaz de frenar el proceso de agresividad que, alimentándose de sí mismo, va creciendo de día en día.

En la estructura motivacional del hombre existen predisposiciones que tienden hacia una evolución pacífica. Las inhibiciones de la agresión, entre otros factores, no se desconectan por completo ni siquiera en los conflictos intergrupales Tendremos ocasión de abordar con mayor detenimiento este fenómeno. Además, las presiones de la selección, de manera como sucede en la agresión intraespecífica en el mundo animal, parecen apuntar hacia una ritualización cultural de la agresión intergrupal humana. Aunque este dispositivo automático de la evolución tiene sus límites, pues los enfrentamientos entre animales se dirimen en general dentro de un nivel de ritualización, cuando el enemigo se aleja y se alcanza de esa manera una situación terminal de "enemigo no presente". Sin embargo, esto es ya casi imposible en la actualidad en los conflictos entre grupos humanos, porque en nuestro superpoblado planeta apenas quedan zonas a donde puedan retirarse los grupos derrotados. Antes de ocuparnos del tema particular de la ritualización de la guerra y, en consecuencia, de la superación del destructivo conflicto intergrupal y de las posibilidades de una evolución ulterior hacia la paz, conviene analizar el fenómeno de la guerra y examinar con más atención su difusión, sus manifestaciones y sobre todo sus funciones.

De lo dicho hasta ahora alguien podría inferir que yo diferencio claramente la guerra como producto de la evolución cultural de la agresión intragrupal individualizada, biológicamente determinada en lo esencial. La guerra ha desarrollado culturalmente su carácter destructivo en colaboración con la pseudoespeciación. No quiero decir con esto que no posea raíces biológicas. La guerra se basa en el rechazo al extranjero, al extraño, que en el hombre es una adaptación previa y al mismo tiempo una disposición innata hacia la agresividad. Cabe incluso afirmar que hoy, al igual que ayer, el miedo a los extraños al grupo sigue siendo un importante factor desencadenante de la agresión de los grupos, que también se aprovecha en la agresión colectiva que supone la guerra. Esta se ha desarrollado como un mecanismo de expulsión cultural,

función territorial ésta comparable a los tipos de agresión territorial determinados por la biología. Es un error considerarla una degeneración patológica y compararla al asesinato, como hace, entre otros, Fromm, que ve la raíz del mal en el sadismo y en la necrofilia.

Conradt opina que la agresión intergrupal desinhibida —la guerra— es una característica específica del hombre. Si en lugar de utilizar el calificativo "específico" (de especie) hubiera usado "universal", yo estaría de acuerdo con él. Mas Conradt cree que la agresión grupal desinhibida es una característica innata del hombre, y aduce en defensa de su tesis la aceleración del progreso humano, únicamente comprensible a la luz de la selección intergrupal, y además el hecho de que el número de asesinatos en un mundo de estrés creciente no conduzca a un enfrentamiento bélico ("como sería de esperar según la teoría ambientalista"), que la guerra, sobre todo en el plano cualitativo, es un fenómeno radicalmente distinto a la escalada de la criminalidad, y que las guerras surgen también en momentos en los que no se vive una situación de estrés, todo lo cual es cierto. Conradt señala también la doble moralidad que subyace al homicidio, pues matar en la guerra no se castiga ni siquiera cuando las víctimas son mujeres o niños indefensos.

Según Conradt existen diferencias fundamentales entre el número de muertes por asesinatos y por contiendas bélicas; el concepto de agresión intergrupal específica del hombre en cuanto especie explica además "por qué las doctrinas de la gracia como expresión configuradora de la voluntad supraindividual" se han extendido siempre a fuerza de agresiones, despreciando la máxima que supuestamente querían difundir: "La religión del amor al prójimo se ha propagado con la espada; a los pueblos se les imponen dictaduras militares en nombre de la libertad y de la democracia, y para liberar a la clase obrera se han instituido dictaduras de partido" (Conradt).

Conradt reconoce muy acertadamente la necesidad de distinguir entre agresión intergrupal y agresión intragrupal, pero

su conclusión de que la guerra es una nueva adquisición *filogenética* del hombre resulta muy discutible. Los mecanismos de la pseudoespeciación, que conducen al aislamiento y a la deshumanización del otro, amén de al invento de las armas —todo ello requisitos indispensables que posibilitan la agresión destructiva de la guerra— son resultados inequívocos de la *evolución cultural*.

Con esta argumentación espero haber aclarado mi postura: yo no considero el fenómeno “guerra” la consecuencia de un instinto de agresión que exija ser descargado periódicamente, ni tampoco un comportamiento que no es innato. Los críticos han intentado más de una vez colgamos semejante opinión. No he hallado de Lorenz el más leve indicio que permitiese aventurar esas conclusiones[26]. Tan sólo nos hemos limitado a resaltar que la predisposición del hombre hacia la agresividad, adquirida filogenéticamente, también *puede* ser utilizada en la guerra. La determinación de entrar en guerra suele ser planeada y decidida con absoluta frialdad por caciques y estadistas. No obstante, es evidente que también intentan comprometer emocionalmente a todos los que participan en ella. En este punto también existen relaciones de hecho entre agresión individual y guerra.

2. SOBRE EL MITO DE LA SOCIEDAD PRIMITIVA CARENTE DE AGRESIONES

La idea del paraíso, del que un día fue expulsado el hombre, también ha hallado acogida en las investigaciones sobre la agresión. “El hombre había sido antes más pacífico”, afirmaba una serie de autores, pero el inicio de la horticultura y de la agricultura habrían hecho surgir la apetencia de propiedad y, en consecuencia, las luchas; según esta teoría, la intolerancia no respondería a la naturaleza del hombre, conclusión que parece tranquilizar a mucha gente; los hombres no somos

[26] Aunque es cierto que Lorenz no establece una neta delimitación entre agresión intragrupal y agresión intergrupal.

tan malos, así que todo se arreglará. En la polémica sobre la naturaleza humana, la tesis de Rousseau del hombre primitivo pacífico experimenta un renacimiento. Reynolds, por ejemplo, escribe que los hechos indican que el hombre del Paleolítico no fue territorial y que vivió en grupos muy abiertos: "Los hechos demuestran que el hombre primitivo del Paleolítico no era cooperativo ni territorial y que cultivaba las relaciones sociales y sexuales en regiones muy vastas (datos basados en Vallois). Las comunidades de cazadores y recolectores nómadas que aún perduran hoy, como por ejemplo los bosquimanos de Kalahan o los hadza de África Oriental, revelan una territorialidad y agresividad intergrupal escasas".

La "evidencia" en la que se apoya Reynolds se reduce a la indicación de Vallois de que los cazadores y recolectores *actuales* no son, al parecer, territoriales; respecto a nuestros antepasados, Vallois *supone* que las oscilaciones climáticas estacionales y las migraciones de animales derivadas de ellas durante el periodo würmiense obligaron seguramente a emigrar a los grupos de cazadores, hecho que él cree incompatible con la existencia de territorios definidos. Además, el gran parecido morfológico entre ciertos grupos humanos de Cromagnon y de Neanderthal indica que, por encima de las barreras geográficas, hubo relaciones directas entre estos grupos.

Los últimos argumentos constituyen una pura especulación y carecen de la solidez necesaria para basar en ellos la mencionada teoría. Las migraciones son absolutamente compatibles con la territorialidad y así lo prueban, entre otros, los indios subárticos de Canadá; la territorialidad no erige barreras infranqueables ante el cruce de razas, y así nos lo enseña la historia hasta nuestros días. De la referencia a los pueblos cazadores y recolectores actuales nos ocuparemos más adelante, pero merece la pena examinar sucintamente las evidencias que nos proporcionan los arqueólogos.

Dart apuntó que muchos de los cráneos de australopitecos hallados por él tenían lesiones que sugerían la existencia de traumatismos. Roper examinó todo el material reunido hasta entonces en lo referente a lesiones óseas de australopitecos,

pitecantrópidos y hombres europeos del período würmiense y prewürmiense. y —utilizando normas muy críticas— llegó a la conclusión de que una parte considerable de las lesiones se podía atribuir a acciones de lucha. Las investigaciones de Mohr corroboran esta tesis. La autora descubrió 158 traumatismos óseos en individuos del Paleolítico, Mesolítico y Neolítico, la mayoría procedentes de este último período. El 62% de los casos se habían curado; 47 afectaban a fracturas de cráneo, 16 a las extremidades superiores, 14 a las inferiores, 16 a la columna vertebral, 3 al esternón y 1 a la pelvis. Para Mohr la mayoría de las fracturas de cráneo habían sido causadas con hachas de piedra, y en las vértebras y huesos de las extremidades inferiores, con puntas de flecha. Es decir: a lo largo de toda la Edad de Piedra los hombres ya se mataban entre sí.

Las pinturas rupestres de Europa Occidental recogen el fenómeno. Kühn (fig. 12) nos proporciona pruebas gráficas del Paleolítico en las que se ve a personas enfrentándose en actitud combativa. Al contemplar las pinturas de Valltorta (Albocácer, España), concretamente Cueva Saltadora, Kühn escribe:

“En otro lugar veo la imagen de un cazador que cae al suelo alcanzado por flechas. Una de sus piernas se proyecta hacia adelante, su mano se apoya en la rodilla. De su cabeza se desploma un tocado parecido a una corona; en su diestra aún sostiene el arco, pero las flechas del enemigo le han atravesado, su vida ha concluido. Así pues, los hombres se mataban ya en los tiempos más remotos. ¿Adónde fue el paraíso? ¿Es un sueño de la humanidad? ¿Se siente el hombre inclinado a la guerra? ¿Es acaso la lucha imperecedera como la vida? He aquí unas imágenes antiquísimas de la humanidad en esta tierra. Imágenes remotas anteriores a cualquier recuerdo, a cualquier mito, a cualquier fábula: he aquí el asesinato del hombre por el hombre, la lucha, la guerra.”

Las pinturas rupestres neolíticas también muestran en ocasiones a seres humanos que mueren a manos de sus semejantes. A principios del Neolítico surgen también los primeros

poblados fortificados, algunos de los cuales revelan huellas de haber sido destruidos por medios violentos. Además conocemos abundantes hachas bélicas de la época, poco aptas para la caza. Hasta aquí la "evidencia" del supuesto pacifismo de nuestros antepasados de la Edad de Piedra.

La rivalidad belicosa entre grupos humanos tuvo una enorme trascendencia ya en los albores de la historia de la humanidad, pero no queremos reconocerlo así, no tanto por inexistencia de pruebas, según apunta Bigelow, como por nuestra resistencia a admitirlas.

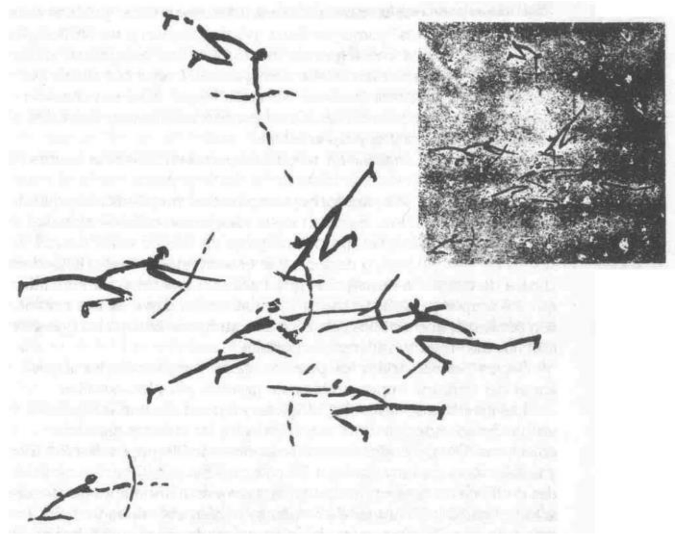


Fig. 12. Escena de lucha. Pintura rupestre paleolítica. Morella la Vella, Castellón, España. Tomado de H. Kühn (1929). Copia del dibujo de H. Kacher.

A veces se justifica la "inverosimilitud" de conflictos bélicos durante la prehistoria aduciendo la escasa población humana en dicha época. Este punto de vista, sin embargo, es erróneo. Los cazadores y recolectores precisan, como es sabido, territorios muy grandes; además, las condiciones no son iguales en todas las zonas. Hay territorios ricos en caza y alimentos vegetales, con leña abundante y buenos abrevade-

ros, y otros que ofrecen condiciones de vida más desfavorables. No existe motivo alguno para suponer que nuestros antepasados no compitieran por conseguir los mejores espacios vitales. Las pruebas arqueológicas demuestran tajantemente que la competencia se dilucidó en distintos ámbitos, entre ellos el bélico.

3. TERRITORIALIDAD Y AGRESIVIDAD EN LOS PUEBLOS CAZADORES Y RECOLECTORES

Una serie de publicaciones recientes describen a los "pueblos cazadores y recolectores" como pacíficos, poco agresivos y no territoriales. De Vore lo expresa con algo más de poesía: "Los bosquimanos y los cazadores y recolectores muestran, en general, lo que con palabras actuales podríamos denominar una 'solución *híppy*'. Uno se echa sus cosas a la espalda y se marcha. No es preciso quedarse y defender un trozo de territorio o una propiedad fija."

Semejante generalización resulta sorprendente, habida cuenta de que una simple ojeada a la bibliografía etnológica demuestra que existen no pocos pueblos cazadores y recolectores muy belicosos que defienden sus territorios. Bicchieri menciona doce culturas actuales de cazadores y recolectores, pero a ninguna de ellas la califica explícitamente de no territorial, y destaca, por el contrario, la territorialidad exclusiva de cuatro; la descripción que hace de otras cinco permite inferir que los grupos poseen territorios. Los datos referidos a las tres restantes son confusos, uno de ellos sobre los bosquimanos kung, a los que otros muchos informes consideran territoriales.

Según Service, todos los pueblos cazadores y recolectores poseen zonas del territorio impenetrables, en general, para los extraños.

Las investigaciones antropológicas tampoco abonan la hipótesis de un pacifismo especialmente marcado entre las culturas cazadoras y recolectoras. Divale analiza las interrelaciones de 99 grupos de cazadores y recolectores pertenecien-

tes a 37 culturas Sesenta y ocho comunidades de 31 culturas aún practicaban la guerra en el momento de efectuar la investigación; 20 hordas de 5 culturas habían abandonado dicha actividad de 5 a 25 años antes de la recogida de datos, y 11 hordas de 5 culturas, más de 25 años antes. Algunas culturas estaban representadas en las tres categorías. Según esto, todas las comunidades estudiadas poseían al menos un pasado guerrero. Basten estas pruebas para demostrar la insensatez de la hipótesis del pacifismo de la mayoría de los pueblos cazadores y recolectores.

Hobhouse y Frobenius proporcionan también abundantes datos sobre la territorialidad de esas comunidades. Indagando más a fondo sobre las razones que aducen los defensores del pacifismo del hombre primitivo, vemos enseguida que el pretendido pacifismo sólo se puede aplicar, en puridad, a los esquimales, a los hadza, a los pigmeos y a los bosquimanos de Kalahari. Schjelderup nos sorprende con la afirmación de que los indios kwakiutl carecen del instinto de combatir, opinión que es imposible tomar en seno, pues Boas recoge las fiestas Potlatsch, en el curso de las cuales los caciques kwakiutl rivalizaban en avergonzar a sus invitados, destruyendo con aire jactancioso valiosas propiedades A esta fiesta la denominaban incluso guerra, y cantaban durante ella canciones agresivas.

En mi libro *Liebe und Hass (Amor* y *odio)* cito ejemplos de esas canciones tomados de Benedict. Reproduzco aquí algunos fragmentos. Un cacique kwakiutl fanfarroneaba ante sus invitados: “Por lo demás, mi orgullo me exige destruir en este fuego mi bandeja de cobre dandalayu, que gime y se lamenta en mi casa. Todos sabéis lo que pagué por ella: me costó 4.000 esteras. Ahora voy a destruirla para vencer así a mis rivales. Convertiré mi casa en campo de batalla para vosotros, mis compañeros de tribu. ¡Alegraos, caciques, es la primera vez que se organiza un *potlatsch* como éste!”

Otro cantaba: “Busco entre todos los caciques invitados a uno cuya grandeza iguale la mía, pero es inútil.

“No encuentro a un auténtico cacique entre mis invitados.

"Ellos no se vengan jamás. ¡Pobres huerfanitos, pobre gente, los caciques! Se deshonran a sí mismos. Yo soy el que da estas pieles de nutria marina a los caciques, a los invitados, a los jefes de tribu. Yo soy el que da estas canoas a los caciques, a los invitados, a los jefes de tribu."

No logro adivinar cómo se puede considerar la agresión ajena precisamente a estas tribus Schmidbauer opina al respecto que los kwakiutl se limitan a destruir sus propias pertenencias, Muy cierto, pero es que entre ellas se incluían los esclavos, a los que mataban con mazas especiales, una de las cuales se expone en el Washington Museum.

Como modelos de sociedades escasamente agresivas se han citado reiteradamente algunos pueblos agricultores, por ejemplo los zuni, de los que Helmuth afirma "En la descripción de R. Benedict sobre la vida de los zuñí no existe ni una sola línea que permita aventurar la existencia entre ellos de posibles agresiones", a lo que Weidkuhn responde acusando a Helmuth de haber leído a la ligera, porque los rituales de iniciación descritos por Benedict revelan una dosis de agresividad muy considerable. De los supuestamente pacíficos arapesh se ha sabido que guerrean. Pero limitémonos a las culturas de cazadores y recolectores. ¿En qué se basa la teoría del carácter pacífico de esquimales, pigmeos, hadza y bosquimanos, pueblos a los que se invoca como testigos principales? ¿Resistiría un examen crítico?

a) Los esquimales

Las alusiones al carácter pacífico de los esquimales se remontan a Fritjof Nansen, que refiere que los esquimales no se matan entre ellos ni hacen la guerra. Pero ya König indicó que esas referencias dejaban traslucir el deseo de enjuiciar a dicho pueblo desde una perspectiva benevolente, para lo cual se remitía a un trabajo de Steinmetz.

"Para ilustrar esto último (el pretendido pacifismo) la fuente en la que se basa su juicio es única y exclusivamente Nansen. Pero éste apenas conoció a los esquimales en su

estado natural, y su valoración moral de este pueblo, expuesta sobre todo en su *Vida de los esquimales*, está desfigurada, es tendenciosa, pues pretende suscitar compasión."

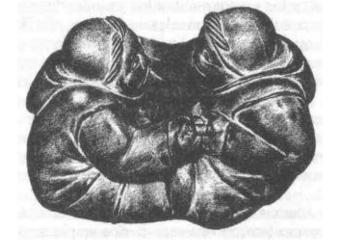




Fig. 13. Dos esculturas de esteatita de los esquimales de povungnituk (Bahía de Hudson). Recogen una lucha que se sostiene agarrándose los dedos, y un duelo a cuchillo. Según fotografías de Nungak y Arima (1969) y dibujadas por H. Kacher.

En realidad, de los esquimales conocemos una serie de formas de agresión más o menos ritualizadas que abarcan desde las luchas enconadas a puñetazos hasta los famosos duelos cantados de groenlandeses occidentales y orientales[27]. Los relatos y las esculturas de esteatita de los esquimales

---

[27] Ya en 1970 indiqué que no hay que considerar a los esquimales especialmente pacíficos. Mencionaba entonces las distintas clases de ritualización de los duelos (lucha a puñetazos-disputas cantadas), señalaba las declaraciones de König referidas a Nansen y citaba, por último, la existencia de riñas familiares. Plack replicó. "Los esquimales que Eibl-Eibesfeldt nos presenta como primitivos violentos que muelen a palos a sus mujeres, ya no son los mismos que describió Nansen en la época inicial de su cristianización: estos últimos aún se horrorizaban al ver a los marineros blancos reñir y pelearse entre ellos. Eibl se remite sin duda a Rasmussen, que describió una pelea entre un matrimonio groenlandés: una incursión rarísima en el campo de la agresión, presente posiblemente en todas partes..."
Quien así cita, no está desde luego muy interesado en hallar la verdad.

recogen actos de violencia y asesinatos (fig. 13). La territorialidad no les es ajena. Petersen informa que los territorios de caza de los groenlandeses occidentales (distrito de Sukkertoppen) se extienden alrededor del campamento del grupo, y tanto ellos como sus vecinos sólo cruzaban sus límites asumiendo por su cuenta y riesgo el castigo que el atravesar la frontera podía acarrearles: la muerte.

Esto era aplicable a la relación entre esquimales e indios, por ejemplo, a los akudnirmiut y los tununermiut, a los groenlandeses de Cabo York y a los del Noroeste y a los esquimales de Copper y de Netsilik”[28].

Petersen explica que los asesinos abandonaban su grupo y se establecían por su cuenta. “Cuando descubrían un lugar en el que no temían ser sorprendidos, se quedaban en él para siempre... Una vez se habían establecido, la costumbre comenzaba a dejar sentir su poder: consideraban el sitio y el territorio de su propiedad, y juzgaban a los demás cazadores que encontraban rivales invasores, independientemente de que los creyeran también enemigos. Esta situación generaba nuevos crímenes y nuevos enemigos, a los que tenían asimismo que dar muerte.”

Petersen escribe además que determinadas familias detentaban durante generaciones como territorio de caza ciertos emplazamientos de las redes para la pesca de focas, y lo mismo cabe decir de las zonas de pesca de la trucha. Los cazadores de renos adoptaban también una distribución metódica y reglamentada. Petersen cuenta cómo enseña un esquimal a su hijo a cazar renos: “En ningún caso debes cazar en dirección este, pues allí tiene su campamento Serquilisaq. El mató a tu hermano mayor justo cuando empezaba a convertirse en un buen cazador.”

Hay cazaderos y caladeros pertenecientes a familias concretas, y otros que son propiedad del grupo. Petersen cuenta finalmente con gran sorpresa por su parte cómo los esquimales poseían “territorios privados”, es decir, derechos de fami-

[28] Citado de Petersen.

lia sobre determinados lugares. Alude también al conflicto existente entre el privilegio familiar basado en la prioridad y el derecho del grupo a cazar en todas partes; sin embargo, se respetaba el derecho de familia, que únicamente perdía su vigencia por falta de uso.

Por último cita las dificultades para averiguar más detalles sobre las condiciones de vida de otros esquimales de Groenlandia: "A la pregunta de si algunas familias tenían campamentos de verano fijos, me respondían casi siempre que cualquiera sabía que todos podían cazar en cualquier lugar. Esta respuesta es de hecho cierta, pero otras preguntas evidenciaban que los derechos sobre lugares fijos y el derecho de usufructo ligado a aquéllos habían sobrevivido. Había algunos del norte de Groenlandia que podían recordar la existencia de determinados lugares de pesca reservados a usuarios concretos mientras éstos ocupasen el lugar. Pero sus derechos se extinguían si tendían sus redes en icebergs. Esta situación no la vi confirmada al sur de Sukkertoppen y de Angmagssalik sólo recibí una respuesta dudosa. Esto sugiere que se trata de una reglamentación que ahora comienza a olvidarse, pero que antiguamente estuvo muy extendida." Damas proporciona más datos sobre la estructura social y la territorialidad de los esquimales del centro de la isla.

La bibliografía más antigua destaca machaconamente la distribución territorial de los esquimales. Así Klutschak afirma: "La pretensión de considerar a los esquimales un pueblo nómada carece de base por cuanto están ligados a ciertos territorios mediante normas que se transmiten tradicionalmente de generación en generación. Sólo con el permiso de sus vecinos pueden traspasar las fronteras de dichos territorios y únicamente dentro de esos límites cambian su residencia de acuerdo con las distintas estaciones del año y con la riqueza de animales derivada de los cambios estacionales."

Klutschak observa que las guerras habían diezmado a algunas tribus; los esquimales ukusiksillik eran los restos de una tribu antaño numerosa, que no hacía mucho tiempo había residido en su auténtica patria, la costa occidental de la penín-

sula de Adelaida; las tribus ugzulik y netchillick, después de combatir con los primeros durante un largo período, se asentaron en ella, y los ukusiksillik, muy mermados, se vieron obligados a abandonar sus antiguos territorios de caza. Cuando Klutschak los visitó, el grupo contaba tan sólo con 16 familias. El autor se refiere también a la venganza: "Desde hacía mucho tiempo los esquimales netchillick y los eivillik mantenían una querella cuyo origen se remontaba a muchas generaciones atrás y que se manifestaba en el deseo de venganza latente aún en todos los esquimales Esta venganza atemorizaba a nuestro esquimal Joe siempre que se encontraba cerca de los netchillicks... Después de largas deliberaciones se acordó la reconciliación mutua de los respectivos interesados en una reunión conjunta... Los asistentes, hombres todos ellos, llegaron armados con cuchillos. y la negociación se inició, como todo lo demás, con la comida ya descrita en una ocasión... Tras la comida se enfrascaron en una conversación; dos horas más tarde apartaron todos los cuchillos, y los que habían estado enemistados se agarraron del pecho y pronunciaron la palabra *Haga* (seamos amigos). Ambas partes se separaron aparentemente satisfechas y al anochecer se organizó una fiesta en común."

"En otra ocasión un esquimal kimpetu, huésped de los eivillik, resultó herido leve durante unos ejercicios de tiro al blanco. Sus parientes fueron a buscarle y exigieron una reparación por los daños, que fue denegada. Acto seguido los reclamantes designaron a tres hombres, que a su vez eligieron a otros tres de la tribu eivillik y les declararon la guerra. Las dos tribus seguían viviendo en paz, pero ninguna de esas seis personas podía cruzar los límites de los cazaderos limítrofes, so pena de arriesgarse a morir a manos de uno de sus enemigos... Insignificancias como ésta originan a menudo prolongadas querellas, de las que se desea tomar venganza durante generaciones y generaciones... El siguiente ejemplo demuestra con qué exactitud se cumple el deber de vengarse: nuestro esquimal Ikuma emprendió, en medio del más riguroso invierno, una caminata de más de 400 millas para cumplir ese

deber en la persona de un esquimal netchillick que había asesinado a su tío.

En el ejemplo descrito, unos cuantos hombres escogidos luchan en representación de la colectividad. Es ésta una forma interesante de ritualización, que, aunque no impide el derramamiento de sangre, al menos lo limita. Entre los groenlandeses orientales, las ritualizaciones llegan tan lejos que la "lucha cantada" puede reparar incluso el crimen. Tendremos ocasión de referimos al tema. Un móvil del asesinato muy extendido lo constituye la pelea por las mujeres.

Cuando los esquimales de un poblado de Bering querían desatar una guerra, enviaban primero emisarios a los grupos amigos para comunicarles sus intenciones. Luego rodeaban sigilosamente el pueblo enemigo; cuando anochecía se acercaban furtivamente a las casas, atrancaban las puertas por fuera y con la mayor tranquilidad del mundo mataban a flechazos a los enemigos encerrados por los respiraderos. Saqueaban los pueblos y los cadáveres de los vencidos, y los esquimales de Bristol-Bay se llevaban incluso las cabezas como trofeo, las colgaban de postes y les clavaban flechas en cruz a través de la nariz. Según Nelson este comportamiento era "muy usual" entre los mencionados esquimales. El mismo autor cuenta que los grupos de esquimales enfrentados entre sí se enzarzaban en auténticas batallas campales, arrojándose lluvias de flechas, de modo que con frecuencia los hombres parecían acericos antes de caer al suelo. Cuando uno de los dos bandos estaba exhausto o quería comer, izaba un palo con una chaqueta de piel, solicitando una tregua. Si los antagonistas se mostraban de acuerdo, cesaba momentáneamente la lucha. Unos cuantos vigías se encargaban de que se respetase la tregua Luego continuaba el combate. En consecuencia, no es muy acertado definir a los esquimales como un pueblo especialmente pacífico de cazadores y recolectores. Su agresividad se conoce desde antiguo, pero ciertos representantes de la utopía neorroussoniana no quieren darse por enterados.

Si la mayor parte de los esquimales —a excepción de algunos grupos de Alaska— viven en comunidades abiertas, no

territoriales, se debe al contacto con la civilización, que ha originado un descenso demográfico, migraciones y en consecuencia la ruptura de las antiguas estructuras grupales. Boas relata que la llegada de los pescadores de ballenas a la bahía de Baffin obligó a muchas familias de los esquimales del centro a abandonar sus primitivas zonas de asentamiento, atraídas por las mercancías de los blancos, para practicar el intercambio. Los contactos con los europeos contagiaron a los esquimales la sífilis, la difteria y la neumonía, muriendo muchos de ellos. Cuando los blancos penetraron hacia 1840 en el estrecho de Cumberland, la población esquimal ascendía a unas 1.500 personas. En 1857 había quedado reducida a 300. Sabemos que un descenso demográfico drástico genera la unión de los supervivientes de grupos diferentes. Según Boas, los oqomiut se subdividían antes en cuatro subtribus, que se denominaban según los territorios que ocupaban: "Sus primitivos asentamientos están aún habitados, pero su identidad tribal ha desaparecido, hecho atribuidle tanto al descenso de la población como a la influencia de los cazadores de ballenas que los visitan."

Service corrobora este proceso con otros ejemplos y concluye: "Parece evidente que la sociedad esquimal primitiva no era abierta, ni informal ni compleja: tampoco estaba integrada sólo a nivel de familia, motivado por la naturaleza de la caza que practicaban. Los grupos complejos posteriores, que incluyen a individuos no ligados por lazos de parentesco, son la consecuencia clara de influencias europeas directas e indirectas, que sólo cabe calificar de catastróficas."

b) Los pigmeos

La teoría de que los pigmeos son un pueblo pacífico de cazadores y recolectores arranca de Tumbull. De todas maneras, en su monografía publicada en 1965 demuestra mayor cautela que los que le citan, pues subraya que se sabe muy poco de las relaciones entre las distintas hordas. En una colaboración incluida en la recopilación de Lee y De Vore destaca

el pacifismo de los pigmeos, aunque poco después precisa que dentro del grupo existen numerosas riñas, en especial entre parejas. Consultando la bibliografía más antigua, se observa abundante documentación sobre guerras, venganzas y territorialidad.

Schebesta informa de que los pigmeos bambuti de lturi poseían zonas de selva, y más adelante se refiere a los territorios de caza y recolección propiedad del grupo: “El territorio de recolección y de caza del grupo bambuti, circunscrito por unos límites precisos y bien conocidos, pertenece siempre a un grupo determinado de familias emparentadas, y únicamente dicho grupo tiene derecho a utilizarlo, excluyendo a cualquier otro, para buscar en él sus fuentes de alimentación. Todos los miembros del grupo disfrutan en este aspecto de los mismos derechos. La penetración de intrusos con fines de caza o de recolección de alimentos está prohibida y suscita rencillas y guerras. De todos modos, ocasionalmente a los grupos vecinos con los que se han establecido relaciones de amistad o de parentesco se les permite atravesar los límites. Mis investigaciones me han demostrado una y otra vez que los bambuti entran de muy mala gana en territorios ajenos, y sólo a instancia mía o por orden del dueño de la zona accedían a instalarse en ella durante un breve período. La timidez y temor de los pigmeos se duplica en territorio extraño... Los grupos que se habían asentado en zonas de recolección ajenas —caso muy frecuente durante mi último viaje a los grandes campamentos— cazaban siempre en sus propios cazaderos.” En lo referente al nomadismo, añade: “Por nomadismo no hay que entender un vagabundeo absolutamente libre y sin rumbo fijo, sino una actividad que se desarrolla dentro de un territorio muy extenso, sin duda, pero limitado por los grupos vecinos. Quisiera hacer especial hincapié en esto, porque algunas veces se ha defendido la existencia entre los bambuti de un nomadismo no sujeto a fronteras. Los bambuti no recorren la selva de una manera desordenada ni indecisa.”

Bicchieri destaca también explícitamente que los pigmeos bambuti delimitan sus territorios: “Dada la abundancia y la

equilibrada distribución de los bienes naturales a lo largo de la selva y del año, los bambuti no están ‘forzados' dentro de un determinado territorio. No obstante, ambos, los cazadores de red y los de arco, se asocian exactamente en la misma forma a territorios concretos. Podría decirse que un territorio determinado, de límites precisos, ‘tiene’ su grupo determinado. Hay tres condiciones decisivas para la existencia de estos territorios fijados con exactitud: 1) una proporción favorable entre el número de personas y el tamaño del territorio, 2) fronteras naturales, y 3) recursos naturales abundantes y distribuidos con uniformidad. A estas zonas territoriales *discretas* les ‘corresponde' un grupo determinado que se comporta como si fuera el administrador de los recursos de dicho territorio.” El mismo autor dice que las hordas se denominan según las zonas que ocupan y que el “nomadismo” consiste en realidad en migraciones cíclicas dentro del territorio. “Debido a la provisionalidad de sus campamentos y a la facilidad con que los instalan a lo largo y a lo ancho del territorio, los bambuti creen de sí mismos que ofrecen un tipo de residencia estable, más estable de hecho que la de los pueblos vecinos, los agricultores negros, los cuales, a causa del agotamiento del suelo y de la deforestación de la selva, se ven obligados a cambiar su residencia fija cada pocos años.”

Schebesta informa de que los pigmeos hacen la guerra, sobre todo, utilizando ataques por sorpresa y emboscadas:

“El pigmeo, como cazador, persigue a su presa y la sorprende: pues bien, a su enemigo se le acerca con la misma cautela, lo acecha emboscado y desde una posición segura y protegida lo derriba de un flechazo. Un anciano de los mamvu-efe me dio una idea muy gráfica de uno de esos ataques por sorpresa. Fue durante su juventud —contaba—, cuando su grupo merodeaba por territorio ajeno más allá de Mombasa. Él —todavía era un muchacho— cascaba nueces junto a su hermano. A su padre no le pareció nada seguro el paraje y les aconsejó que se retiraran; ellos prometieron seguirle apenas terminaran el trabajo. Pocos minutos después, de los matorrales situados frente a ellos surgió un mombuti.

Descubrirlo y dar un salto fue todo uno, pero para entonces el narrador llevaba una flecha clavada en el costado —me mostró la cicatriz— y se desplomó: su hermano lo arrastraba del brazo cuando fue alcanzado a su vez por otra flecha. Los muchachos gritaron y el padre y su grupo corrieron en su ayuda. En el combate posterior se produjeron cuatro muertos, cuyos cadáveres quedaron abandonados en el lugar.

"La causa de esta cruenta pelea fue la incursión de los mamvu-efe en un territorio ajeno, es decir, la violación de la soberanía de otro clan. Para los mambuti esto es un motivo legítimo para iniciar las hostilidades, y por esta misma razón lucharon contra los negros que penetraban en la selva y, al final, contra las caravanas del hombre blanco.

"La estrategia de los bambuti es diferente de la de los negros. Los primeros nunca atacan en tromba como los segundos, sino que se dispersan, igual que cuando salen de caza, se aproximan con absoluto sigilo al enemigo a través de la espesura, le disparan sus flechas envenenadas y desaparecen como vinieron, sigilosamente, sin que el enemigo sea capaz de precisar la dirección de las flechas o el número de los atacantes. Los bambuti, además, se tienden en el suelo haciéndose pasar por muertos, y dejan que el enemigo se les aproxime; en el momento oportuno disparan unas cuantas flechas y luego desaparecen entre el follaje de la selva virgen. Esta táctica de los pigmeos no debe tomarse por una cobardía, pues se adecúa a su condición de cazadores de la selva virgen. En sus querellas privadas o en sus venganzas utilizan también este mismo método tendiéndoles a sus rivales o a sus víctimas una emboscada."

Schumacher enumera el armamento de los pigmeos kivu, que se compone de lanza, cuchillo curvo, arco de bambú y flechas, maza y un enorme escudo trenzado. Este último precisamente prueba la adaptación a conflictos intraespecíficos. Para la caza no es necesario en absoluto.

Después de todo lo expuesto, resulta imposible hablar del carácter pacífico de los pigmeos.

c) Los hadza

Últimamente se ha invocado a los hadza de Tanzania como prueba fehaciente del pacifismo original de los pueblos cazadores y recolectores. Woodburn afirma de ellos que no poseen territorios ni practican la agresión y que viven en grupos abiertos. Estudió a los hadza en 1958 y años posteriores. Pero entonces el grupo había visto reducirse su primitivo hábitat territorial de 5.000 km^2 de extensión a sólo 2.000. De esta restricción cabe esperar modificaciones del comportamiento y de la estructura social.

Kohl-Larsen, que estudió a los hadza durante los años 1934 y 1936 a 1939, discrepa notablemente de las apreciaciones de Woodburn. Informa: "Los distintos grupos de los tindiga[29] no vagan por todo el territorio, sino que cada uno de los tres se mantiene en una zona concreta. No he visto nunca a los matete cazar en los cazaderos de otro grupo. Su territorio de caza está limitado, al noreste, por el Dumngidda y, al este, por las últimas estribaciones de las montañas Iraku, denominadas por ellos Kidabimbirigaah. Al sur, sus expediciones venatorias nunca se prolongan más allá de las montañas que separan el lago Njarasa de la fosa Hohenlohe. Pero también me aseguraron que cuando Schungwitscha va a visitar a su hermano junto al 'Agua grande', caza en aquellos parajes. En épocas de hambre se levantan las fronteras de los territorios de los respectivos grupos para poder cazar en zonas asignadas a otro grupo[30]. Aunque no existen unas relaciones estrechas entre las hordas, en el ámbito cinegético parece ser una práctica habitual respetar las fronteras de caza del grupo vecino."

Kohl-Larsen escribe que los hadza emprendieron guerras en el pasado[31], y cita al respecto el informe de uno de sus

[29] Así se llama también a la tribu de los hadza.

[30] Compárese con lo que se dice en la pág. 201 sobre el sistema Nexus de los bosquimanos.

[31] Bagshawe. que los visitó en 1917, escribe que las contiendas con resultado fatal no son en modo alguno escasas.

colaboradores hadza, datado el 8 de julio de 1938, que dice así:

"Antiguamente los hadzapi guerreaban entre ellos. Un grupo radicado en Mangóla se dirigió hacia otro situado más allá en Lubiro. Cuando llegaron allí eligieron a un hombre, que marchó hasta el grupo de Lubiro y dijo: 'Hoy hemos venido a veros para combatiros.' A lo que respondió uno de los de Lubiro: 'Bien, nos satisface que hayáis venido para guerrear.' La gente de Lubiro se reúne y discute el asunto. Eligen a un hombre para batirse con el de Mangola. Entregan entonces a cada uno de los contendientes dos palos con los que se pelean. Si ninguno resulta vencido, entonces ambos grupos comienzan a luchar con flechas y lanzas. En medio del fragor del combate se adelanta una anciana de un grupo, y un anciano del contrario, que se sitúan en medio de los contendientes y exclaman: ¡Sentaos todos y descansad un poco! Tras descansar un rato, inician de nuevo las hostilidades y pelean largo tiempo. Cuando uno de los dos bandos es vencido, huye. Los vencedores lo persiguen durante un trecho, luego regresan a su campamento y duermen. Al día siguiente el grupo vencedor acude a visitar a los vencidos, y pasan la noche juntos. Al amanecer se reúnen todos los hombres fuertes y los adolescentes y salen de caza. Cuando han matado algunos animales, cortan pedazos de carne y se sientan a comer. Sólo pueden estar presentes los hombres. Si una mujer se acerca, corre el riesgo de morir; sin embargo, si lleva un niño a la espalda, lo pellizca para que llore. Los hombres que oyen el llanto de un niño, no pueden pegar a la mujer. Al comer juntos la carne, la amistad queda sellada de nuevo. Cuando han vivido así unos cuantos días, sienten su vida vacía (no tienen trabajo, no hacen nada), y visitan a otro grupo para hacerle la guerra. Suelen luchar tanto que es frecuente que mueran algunos. Los vencidos pasan a poder del gran grupo de los vencedores."

Este informe resulta muy interesante por la profusión de detalles, pero al mismo tiempo demuestra también que dedu-

cir del comportamiento actual de los hadza un pacifismo primigenio del grupo es una generalización equivocada.

d) Territorialidad y agresividad entre los bosquimanos

d. 1. Territorialidad

En la polémica desatada en tomo a la agresión, los bosquimanos desempeñan un papel muy relevante por su carácter de modelo de cultura pacífica. Yo he tenido la suerte de estudiar con todo lujo de detalles a los bosquimanos ko, gwi y kung durante mis seis viajes al Kalahari central y al África Sudoccidental, así que examinaré con más amplitud su comportamiento agresivo. Ya he tratado el tema en una monografía (1972), pero desde entonces he recogido más material. Además se han publicado algunas obras nuevas dignas de atención que quema abordar aquí. Mi propio trabajo se basa en documentos filmados de interacciones reales. En la citada monografía se reproducían algunas imágenes que documentan los comportamientos referidos a la agresión, a su control y a los vínculos grupales. Renuncio, por tanto, a insertarlas en esta obra. Las películas se editarán en una colaboración conjunta de la *Encyclopaedia cinematographica* (Gotinga. Institut für den Wissenscnaftlichen Film [Instituto de Cinematografía Científica]) y del Humanethologische Filmarchiv [Archivo fílmico de Etología Humana] de la Sociedad Max Planck. En el proyecto bosquimano —que se prolongará todavía algunos años— trabajo con el antropólogo H. J. Heinz. En esta investigación participaron mis colaboradores H. Sbrzesny y D. Heunemann.

Sahlins y Lee sostenían que los bosquimanos no poseen territorios y que viven en sociedades abiertas. Lee escribe de los bosquimanos kung: “El campamento es una agrupación abierta de personas, cuya composición y número varía de día en día. Por eso no he utilizado el concepto ‘horda’ para describir a los grupos bosquimanos kung. Cada zona de agua tiene un traspaís de 6 millas de radio que es recorrido con regularidad en busca de alimentos vegetales o animales. Pero

estas áreas no son territorios en sentido zoológico, pues no son defendidas frente a los intrusos."

Esta definición de territorio se basa en la idea errónea de que la territorialidad implica siempre lucha, pero, como ya explicamos en la página 68, no es así. La integridad territorial puede también percibirse a través de formas ritualizadas demostrativas de la posesión, como señalan entre otros Rappaport, Ortiz y Wilmsen. Además, la existencia de fronteras territoriales no implica en modo alguno que los límites sean absolutamente no traspasables para las personas. El flujo de personas depende del dueño del territorio, que disfruta en él de prerrogativas y puede conceder o denegar el permiso de entrada.

Marshall describe a los bosquimanos como individuos pacíficos e inofensivos, pero esto es únicamente una impresión general de la autora, que informa además de los privilegios de ciertas familias en algunas zonas de recolección.

Los que no manejan datos de primera mano abusan de estas fuentes para apoyar la teoría de la naturaleza pacífica del hombre. Citemos un ejemplo: Schmidbauer no ha visto ni de lejos a un cazador y recolector, pero no se recata en teorizar sobre su carácter pacífico. En lo referente a los bosquimanos, se basa sobre todo en las investigaciones más antiguas de Lee, sin saber que éste ha revisado hace mucho sus propios puntos de vista.

Sorprende sobremanera que haya progresado la tesis de la no territorialidad de los bosquimanos, toda vez que la bibliografía proporciona datos abundantes sobre su comportamiento territorial y sobre la profusión de pinturas bosquimanas que reflejan las luchas entre bosquimanos y de éstos con los bantúes y con los hotentotes. En los conflictos interétnicos los bosquimanos solían ser los atacantes, pues intentaban robar el ganado de los pueblos de pastores (figs. 14. 15 y 16).

La mayoría de las investigaciones referidas a la territorialidad de los bosquimanos se han publicado en alemán. Passarge, por ejemplo, afirma que los bosquimanos kung son belicosos, y destaca que no sólo las hordas, sino cada familia

posee sus propias áreas de recolección: "Conocemos desde hace tiempo la división de los bosquimanos en familias..., por el contrario, aún no he encontrado la más mínima alusión al hecho de que las mismas tierras sean propiedad legal de las familias, punto éste de extraordinaria relevancia, pues sólo teniéndolo en cuenta se puede afrontar con claridad la organización social de los bosquimanos."

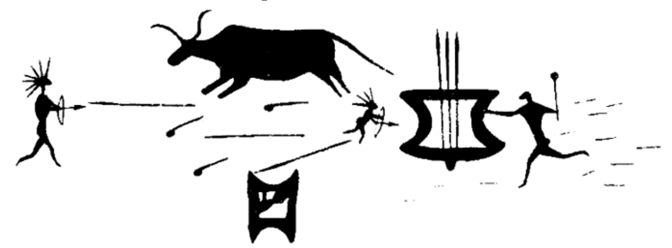


Fig. 14. Pintura rupestre bosquimana de África del Sur. Representa un combate entre bosquimanos y basutos. Los bosquimanos llevan las flechas como un adorno en la cinta que les ciñe la frente, con el fin de tenerlas al alcance de la mano. Los basutos portan escudo y maza. Tomado de Bleek (1930).

Zastrow y Vedder explican que los bosquimanos kung no osan cazar o recolectar alimentos en el territorio de otro grupo: "En las zonas del país bosquimano aún no divididas en granjas, sino compuestas de territorios familiares colindantes, ningún bosquimano ignora que no debe cazar o recolectar alimentos en el campo. Si un cazador es sorprendido, incurre en pena de muerte, lo cual no quiere decir que se le mate a todo trance. La venganza... puede evitar la ejecución. Depende del grado que haya alcanzado la cólera de los guardianes o del miedo que se tenga a la familia. Esto explica muchos de los abusos cometidos por los bosquimanos en la vida y en las propiedades de los granjeros blancos. Si un granjero extranjero ocupa un abrevadero, su acción impide además la caza y desata una guerra abierta.[32]"

---

[32] Schmidbauer Intentaba demostrar con esta cita que las mías procedían de fuentes antiguas, impregnadas aún de la "ideología de apropiación de la

Lebzelter opinaba que los kung eran muy desconfiados cuando se topaban con individuos de hordas ajenas: "Consideran *a priori* como enemigos a todos los hombres armados con que se encuentran. En los territorios familiares ajenos, el bosquimano únicamente puede entrar desarmado. En los límites mismos de la zona de granja la desconfianza mutua es tan grande, que un bosquimano enviado como mensajero a una granja que sirve de asentamiento a otra familia, no se atreve a abandonar el camino vecinal, que es una especie de zona neutral Cuando dos bosquimanos desconocidos y armados se aproximan el uno al otro, lo primero que hacen es poner sus armas al alcance de la mano."

Vedder escribe: "Cada grupo bosquimano posee un territorio familiar heredado de los padres; algunas familias, hasta dos: uno de verano y otro de invierno. Estos territorios tienen

---

tierra" de los blancos, y que reflejaban no tanto la territorialidad primitiva de los bosquimanos como la arrogancia de los colonizadores. Tras reproducir la cita en cuestión —el resto las pasa por alto— escribe: "¿Es que los etólogos no han superado aún el estereotipo tendencioso del salvaje agresivo? La mera referencia a 'territorio del grupo' y a los 'guardianes' demuestra sin embargo que no es una información adquirida en una investigación de campo, sino más bien una serie de cuentos espeluznantes sobre los 'crueles salvajes' relatados siempre en el curso de apropiación de la tierra por los colonizadores para justificar su propia y brutal agresividad." Schmidbauer, que gusta presumir de portavoz de los antropólogos, ha recibido precisamente desde la antropología una crítica impagable. A sus afirmaciones: "Muchos antropólogos han constatado que las culturas más primitivas son también a menudo las más pacíficas"; "la escasa agresividad de muchos pueblos cazadores-recolectores... sigue siendo hoy, al igual que ayer, uno de los conocimientos más sólidos de la antropología culturar". Schindler replica: "Los etnólogos no pueden menos que leer esto con asombro e incredulidad. Schmidbauer se presenta aquí como portavoz de una disciplina y pregona unos conocimientos desconocidos para los mismos especialistas. Evidentemente ha interpretado el silencio de los etnólogos ante sus anteriores declaraciones como asentimiento o incluso aprobación. Al parecer no se le ha ocurrido pensar que los etnólogos no han discutido sus trabajos simplemente por considerarlos irrelevantes. Es posible que se juzgue lamentable el escaso trabajo de divulgación de los etnólogos de lengua alemana; no obstante, exigirles atacar públicamente cualquier desconocimiento de hechos etnológicos dados a la luz, sería pedirles demasiado."

fronteras muy precisas. El bosquimano que caza o recolecta alimentos en territorio ajeno un día u otro acabará por ser alcanzado por una flecha envenenada...” El mismo autor afirma: “Entre las tribus bosquimanas existen todavía hoy familias enemistadas, y ninguna de ellas se atreve a traspasar las fronteras del territorio familiar.” Vedder opina que los bosquimanos se habrían diezmado entre sí en épocas pasadas. Desde tiempos remotos, los bosquimanos, para fijar las fronteras, acostumbran erigir, en lugares determinados, grandes montones de piedras semejantes a túmulos.

Trenk refiere que los bosquimanos de Namibia consideran propiedad familiar ciertos abrevaderos y cazaderos, y nadie puede cazar en ellos sin permiso de sus propietarios. “Cada familia tiene su asentamiento y distrito estival en Namibia, y en cuanto se les acaban allí el agua o los frutos de naras y tsama, se trasladan a las montañas... Si el lugar de aguada de una familia se seca, ésta puede alquilar el derecho a utilizar otro abrevadero. De la caza cabe decir lo mismo: si las piezas han abandonado la zona, tiene que pagar un canon de arrendamiento entregando una parte de las capturas.”

Brownlee y Wilhelm recogen también el fenómeno de la territorialidad, e incluso los combates entre diferentes tribus kung. El segundo destaca que la capacidad bélica de los bosquimanos, muy notable en el pasado —cuando aún no se habían disgregado las grandes tribus—, se había reducido de forma considerable en los últimos cien años[33]. Ya no guerreaban contra los bantúes, aunque aún había enfrentamientos internos entre los kung. “Por ejemplo: después de la época de las lluvias, los karakuwisa descienden por el Omuramba Uamatako en busca de alimentos y sobre todo de miel. Si entonces se cruzan con otros grupos pertenecientes a la tribu otjituo[34], se originan encarnizados combates. Por otro lado,

[33] Wilhelm residió en Otjituo (África Sudoccidental) desde 1914 hasta 1919. Sus minuciosas anotaciones no fueron publicadas hasta 1953, después de su muerte.

[34] Wilhelm denomina mbu otjituo a los kung radicados entonces en dicha localidad.

los karakuwiso penetran durante la época de las lluvias en el territorio del Kakauveld en dirección al este, provocando también allí violentos enfrentamientos. Al margen de esto, las tribus aisladas combaten entre sí." Según la descripción de Wilhelm, los hombres armados caen por sorpresa al amanecer sobre el poblado enemigo, matan a los habitantes que no pueden huir, incluyendo mujeres y niños, incendian las chozas y se llevan como botín todo lo que son capaces de transportar.



Fig. 15 a y b. Bosquimanos luchando entre sí. Pintura rupestre bosquimana de África del Sur. Tomado de Bleek (1930).

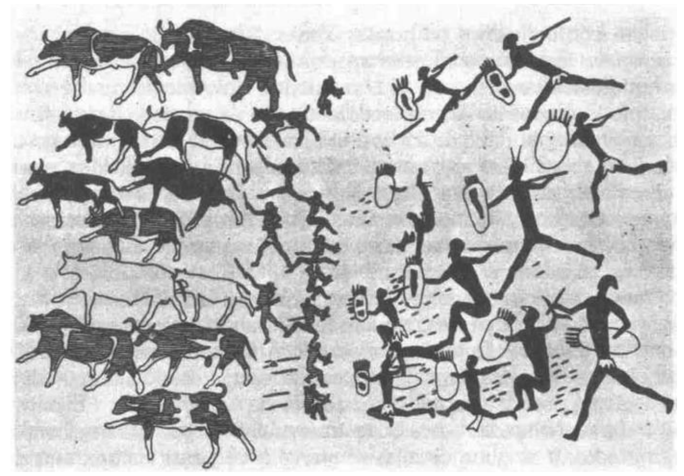


Fig. 16. Pintura rupestre bosquimana que escenifica un robo de ganado. Unos cuantos bosquimanos arrean el ganado mientras otros, en la retaguardia, los protegen de los perseguidores bantúes. Dibujo de R. Andree tomado de Weule (1916).

Marshall informa que los kung del territorio Nyae Nyae sienten un pánico cerval ante los demás bosquimanos kung, hasta el punto de que jamás salen de su territorio, porque, si lo hacen, los residentes no les facilitan el intercambio de alimentos ni les conceden permiso para recolectarlos. Está incluso muy arraigada la imagen del extraño-enemigo. Los kung de Nyae Nyae se autocalifican de puros o perfectos *(ju oassi)* en contraposición a otros kung, a los que consideran personas extrañas, peligrosas *(ju dole)* y hasta asesinas con la ayuda de medicinas mortíferas. En otro trabajo la misma autora expone a propósito de la territorialidad: “Los kung dicen que no se pueden comer la tierra misma, y que por consiguiente carece de importancia a quién pertenece. Son las franjas de tierra ricas en recursos alimenticios las que se retienen con absoluto rigor y celo, y los territorios se ubican en general alrededor de dichas franjas... El peculiar concepto de apropiación de alimentos del campo por la horda actúa casi como un tabú. No existe vigilancia externa para impedir que una horda abuse de

los alimentos del campo o que individuos aislados penetren en las franjas ricas en recursos alimenticios a las que no tienen acceso. Sencillamente, es algo que no se hace."

Tobías cuenta que los bosquimanos se mueven exclusivamente dentro de su territorio: "La territorialidad rige tanto para los distintos grupos de la misma tribu corno para tribus diferentes. Las fronteras entre las tribus se ratifican a veces mediante actitudes sociales, por ejemplo, la enemistad tradicional entre los auen y los naron. En condiciones especiales, como una oferta abundante de comida, estas delimitaciones y la enemistad que conllevan se olvidan."

Silberbauer averiguó que la territorialidad era típica entre los gwi del Kalahari central (fig. 17). Después de remitirse a la definición de territorialidad de Willis (véase pág. 68), escribe: "Las investigaciones de Willis describen con acierto las relaciones entre las hordas gwi con respecto a sus territorios; una horda que va de visita o un visitante aislado se someten a la dominancia del anfitrión, bien esperando una invitación, bien solicitando permiso para entrar y ocupar el territorio".

Silberbauer resalta asimismo que todos aquellos que, por cualquier razón, se ven obligados a cruzar el territorio de otra horda, visitan primero su campamento y piden permiso para quedarse en su territorio y beber su agua (*to stay in your country and drink your water*), frase estereotipada que se utiliza a pesar de que la mayor parte del año los lugares de aguada están secos, máxime en la época en que se hacen tales visitas. Silberbauer sigue diciendo que en cada grupo hay ciertas personas conocidas como propietarios (*uma,* si se trata de un hombre; *usa,* en caso de ser mujer) que, según las leyendas, son los fundadores de la horda o sus descendientes varones o hembras.

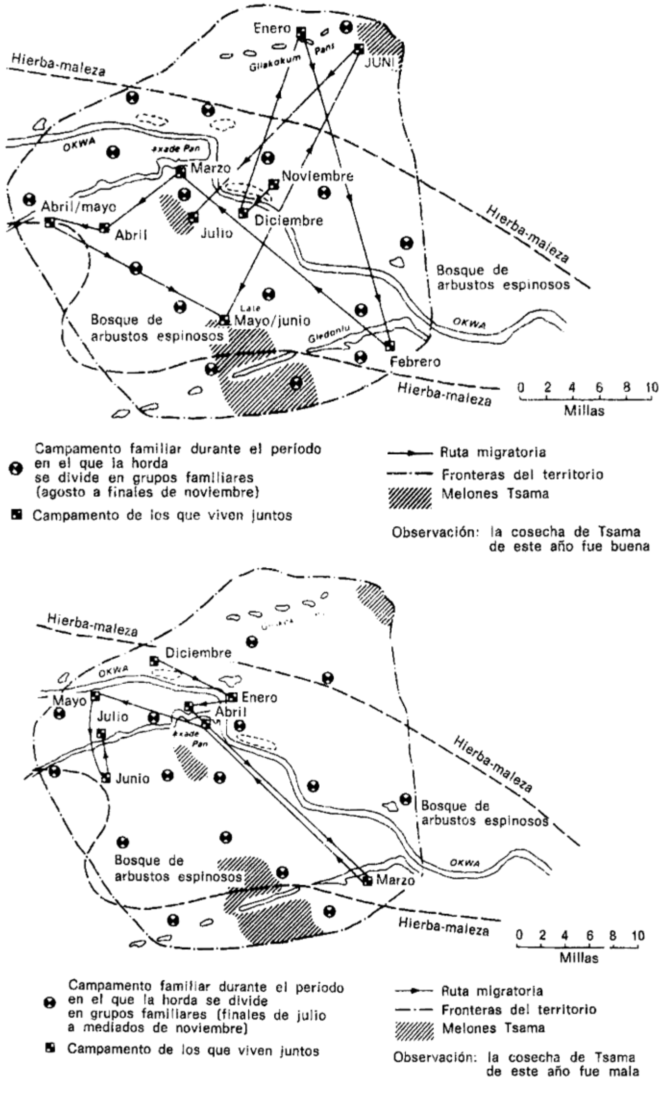


Fig. 17. Migraciones de una horda gwi durante dos años. Tomado de Silberbauer (1972).

Los visitantes, después de pedir oficialmente permiso, pueden detenerse y finalmente ser admitidos en el seno del grupo, hecho —según Silberbauer— relativamente raro. Por eso nos extraña que este autor califique a la horda de grupo abierto. Parece que ha interpretado el concepto etológico de grupo cerrado en el sentido de impermeabilidad absoluta, y los grupos que muestran esta característica constituyen una excepción. Nosotros hemos calificado de cerrado a un grupo cuando los intercambios están sometidos a restricciones, al contrario que en los abiertos, cuya composición cambia con facilidad. Un ejemplo de grupo abierto lo constituyen las bandadas de peces pelágicos, que en todo momento admiten a cualquier congénere. Cerrados son, por el contrario, los grupos de babuinos y macacos, aunque existan individuos que cambien de grupo.

Lee, en un trabajo mucho más minucioso, precisa la organización espacial de los kung, demuestra su verdadera extensión territorial y constata que las zonas de agua pertenecen a personas calificadas de propietarios *(kausi).* El territorio de la horda *(nore),* que proporciona alimento al grupo, se ubica alrededor de la aguada. Una persona puede heredar su *nore* del padre o de la madre, a veces incluso de ambos. Entre los hombres, Lee comprobó una notoria tendencia patrilineal. Los que tienen parientes en un campamento, pueden asimismo recolectar en su territorio. Lee descubrió además que el grupo se alimenta dentro de una zona delimitada, que no es defendida. De ser cierto esto último —habría que demostrar previamente la violación impune de las normas territoriales, y Lee no cita ejemplos de esta circunstancia—, bien podría deberse a una incipiente desculturización. Como estadio final de este proceso las tribus no desculturizadas serán puestas paulatinamente bajo el control de órganos estatales, que en casos de litigio administrarán justicia y reprimirán las agresiones abiertas.

Nuestros propios datos se centran hasta ahora en los bosquimanos ko del Kalahari central, muchos de los cuales viven

todavía de la caza y de la recolección. Las comparaciones las recogimos entre los gwi y los kung.

Heinz ha comprobado la existencia entre los bosquimanos ko de tres planos en la organización social: 1) la familia en sentido estricto y en sentido lato: 2) la horda, y 3) la relación entre las hordas.

Todas estas unidades se caracterizan por tipos de vinculación y distanciamiento espacial claramente definidos. La distribución de los asientos de los miembros de la familia en tomo al fuego no es tan rígida como entre los kung; aunque la mujer puede sentarse en cualquier parte, su verdadero sitio está a la derecha de su esposo. Los padres deben levantar su choza por lo menos a 12 metros de distancia de la de sus hijos casados y orientar la entrada de manera que éstos no los vean mientras duermen. A pesar de que cada miembro del grupo puede cazar o recolectar en cualquier punto del territorio de la comunidad, existen áreas reconocidas como distritos familiares. De un cazador solitario se espera que cace en la zona colindante con su choza, y lo mismo de una mujer que recoge alimentos silvestres y leña para el fuego. Esta norma no rige en actividades colectivas.

Las hordas se dividen además periódicamente en grupos familiares, cada uno de los cuales marcha a sitios muy concretos que los demás respetan. Mientras las familias no plantean reivindicaciones territoriales directas, el grupo disfruta de un territorio comunal claramente definido, controlado por un “cacique” elegido por el grupo.

Cuando varias hordas se unen a través de alianzas, forman un *nexus-system,* cuyos miembros se consideran a sí mismos “nuestra gente”, cambian cónyuges y comparten ciertas características dialectales. Los lazos de amistad y de parentesco mantienen la cohesión del *nexus.* La gente se reúne con ocasión de ciertos rituales, por ejemplo ciertas danzas. Dentro de un *nexus-system*, los miembros de hordas diferentes pueden pedir, en caso de necesidad, permiso para recolectar y cazar en territorio ajeno, y normalmente es concedido siempre que sus dueños pertenezcan al *nexus.* Por el contrario, a los grupos

no integrados en el nexus, nadie osaría pedirles semejante deferencia. El territorio del *nexus es* exclusivo. En mi opinión, este descubrimiento de Heinz tiene una enorme trascendencia, pues puede aclarar una serie de divergencias emanadas de observaciones anteriores relativas, sobre todo, a la exclusividad del grupo (fig. 18). En el seno de un *nexus-system*, los miembros de los distintos grupos se visitan mutuamente con relativa libertad, circunstancia que quizá dé la impresión de que son grupos abiertos. Silberbauer halló también el *nexus-system* entre los gwi. El autor las llama alianzas entre hordas. Un análisis hecho por una computadora de las entregas de regalos y otros contactos sociales de los kung dio como resultado que las relaciones eran mucho más intensas entre tres grupos (P. Wiessner. comunicación epistolar)[35].

El acceso a un territorio se adquiere por nacimiento, adopción en el grupo o matrimonio. Si los padres pertenecen a comunidades distintas, los esposos tienen acceso a ambos territorios. El novio permanece durante un tiempo en el territorio de la novia y así adquiere el derecho de acceder a éste. El traslado definitivo de la pareja al grupo del marido franquea a la novia el acceso al territorio de su cónyuge. Este doble derecho se transmite después a los hijos.

---

[35] En el noroeste de Botswana halló tres nexos similares. Cada uno comprende aproximadamente de 100 a 300 personas. Las relaciones de parentesco facultan en general a los miembros de un nexo para moverse con entera libertad por el territorio. Los nexos identificados comprenden: 1) El territorio N'xau Nxau. Tsodilo. Gada y Chenepu; 2) el territorio Dobe Xabe. Mahopu. Bate. Ubi. Gose. Langwa y Aiai; 3) el territorio Ghanzi.
También se dan las relaciones y los matrimonios entre los miembros de nexos distintos, pero el fenómeno es mucho más escaso y menos abierto (debo todos estos datos a Polly Wiessner, que me los ha comunicado de manera absolutamente desinteresada).

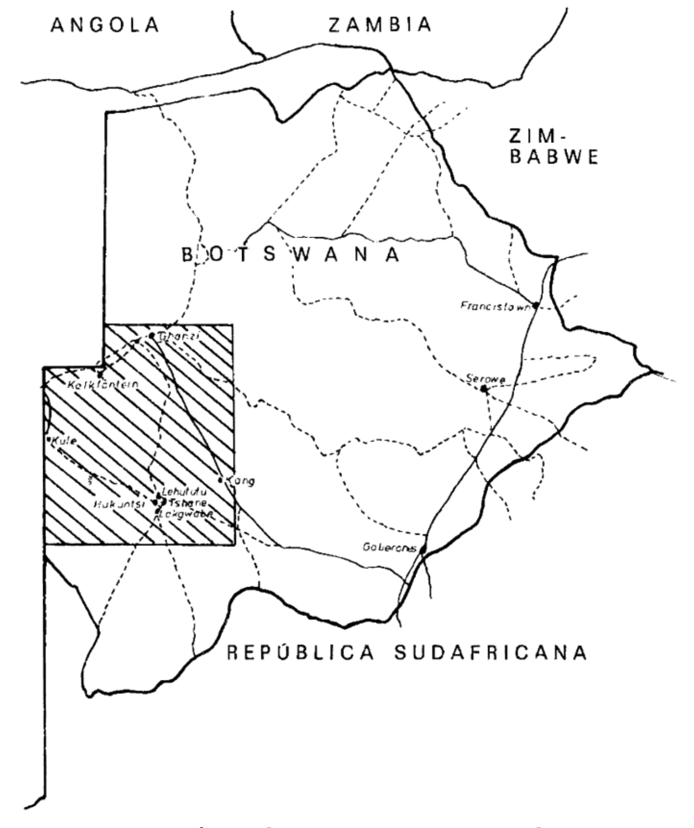


Fig. 18. Mapa sinóptico de Botswana. La zona rayada aparece ampliada en la fig. 18 b.

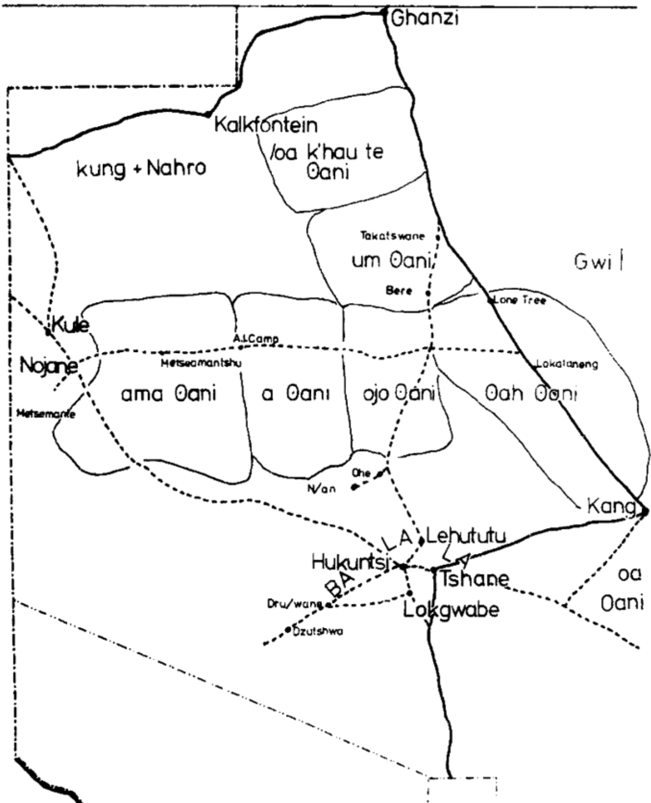


Fig. 18 b. Territorios nexuales de los bosquimanos ko consignados por Heinz. Cada nexo tiene un nombre (miate). Por ejemplo: la gente de Takatswane se llama *um oani* = gente que sigue al antílope eland o gente de eland. Los de Okwa se denominan *oa k'hau te oani* = gente de la columna vertebral (= nombre del valle Okwa). El grupo del Oeste, junto a Nojane, se denomina *ama oani*: gentes entre las que se pone el sol. Hacia el este siguen los a *oani* = que (con relación a los *ama oani)* viven en el Este, después los *ojo oani* = los que beben del caldero ojo, y por último los *oah oani,* nombre que no ha podido ser traducido. Al Sur de Kang habitan los *oa oani* = la gente del Sur. Tomado de Heinz (1966, 1979).

d. *2. La agresión intragrupal*

Basándome en la documentación de interacciones sociales reales (dispongo de un total de unos 25 km de película sobre los ko y otros tantos sobre los kung y los gwi) estoy en disposición de probar que:

1) Los conflictos agresivos intragrupales son muy frecuentes.
2) Muchos de los comportamientos observados durante dichos conflictos son similares a los de otras culturas en similares circunstancias.
3) Las situaciones en las que se manifiesta la conducta agresiva son asimismo parecidas a las que se dan en otras culturas.

Quisiera mencionar a continuación los casos más importantes.

d. 3. Rivalidad entre hermanos

Los defensores de la educación de la no-frustración suelen resaltar el crecimiento feliz y carente de frustraciones de los niños en las sociedades primitivas, quizás por una falta de conocimiento. Cuando un niño bosquimano tiene un hermanito, al principio se establece entre ellos una intensa rivalidad. Los ko aceptan esto con resignación, como un hecho inevitable. La rivalidad no viene determinada por el sexo. Las niñas rivalizan con el hermano o la hermana recién nacida por conseguir la vinculación con la madre, y viceversa: los niños más mayorcitos compiten con el bebé por lograr el favor de la madre. Si el hermanito menor tiene de 8 a 10 meses de edad, defiende con energía su puesto frente a los hermanos rivales.

Yo filmé entre los kung un caso especialmente dramático de rivalidad fraternal. Un niño de unos 4 años competía con su hermanito de cerca de 1 año por el favor de su madre. El mayor buscaba el contacto con ésta, pero ella no correspondía a sus intentos de acercamiento, a pesar de que el niño ponía en juego las más diversas apelaciones a la asistencia (se ofrecía para que le despiojase, le presentaba las plantas de los pies como si se hubiese clavado una espina, etc.). Además intentaba empujar, arañar, apartar y pegar a su hermano: le quitaba

sus juguetes con el evidente propósito de enfadar al pequeño, porque apenas los tenía en sus manos los tiraba. A la madre le costaba trabajo separar a sus hijos, pero lo hacía con suma paciencia interponiendo su mano protectora entre ambos y reprimiendo los ataques del mayor, aunque sin recurrir jamás al castigo. Por lo demás, el pequeño sabía defenderse bien, y aun entonces intervenía la madre con gesto conciliador. Cuando éste, por ejemplo, cogía una piedra para arrojársela a su hermano, la madre lo amonestaba con un ademán y el niño le entregaba la piedra. La madre le enseñaba entonces a jugar con dicho objeto y se la devolvía; el niño, apartado de la agresión, continuaba sus juegos.

d. 4. El miedo a los extraños

A los siete meses de edad, los bebés bosquimanos comienzan a mostrar temor ante los desconocidos. El miedo a los extraños lo desencadenan tanto europeos como bosquimanos de ambos sexos. Tengo la impresión de que la reacción es más intensa que en los niños europeos de la misma edad. Al terminar el segundo año de vida, el miedo va disminuyendo paulatinamente. Nuestras observaciones coinciden de lleno con las realizadas por Konner entre los bosquimanos kung. Los niños de 10 a 20 meses revelaron un temor más acusado: corrían hacia su madre, se agarraban con fuerza a ella y a menudo lloraban. Un niño ko que a los diez meses huía de nosotros muerto de miedo, se defendía a los 20 meses de cualquier extraño que se le acercaba pegándole.

d. 5. *La agresión en los grupos de juego infantiles*

Los niños suelen evidenciar en sus juegos comportamientos que, por su desenvolvimiento, cabría interpretar como agresivos, pues se observan normalmente en disputas serias. Pero se trata de un juego, y así lo dan a entender, por un lado, señales lúdicas adicionales —la risa— y, por otro, los efectos que provoca. La agresión lúdica no desemboca en una ruptura de relaciones: en el transcurso del juego cambian el perseguido y el perseguidor, y además poderosas inhibiciones sociales

impiden dañar al compañero. Aquí ya no trataremos más el tema de la agresión lúdica.

En los grupos de juego infantiles también se desencadenan a veces riñas de verdad. Los niños se dan bofetadas, puñetazos, se golpean con varas, se arrojan arena, boxean entre ellos y se propinan patadas con tanta fuerza que uno de los compañeros llora y se aparta. Una vigorosa inhibición les impide pegar con objetos; los palos los utilizan más bien para amenazar, y lo mismo los proyectiles de gran tamaño. Otros actos agresivos consisten en empujar con el hombro con la intención de derribar al compañero, o con la cadera, pellizcar, arañar, tirarse del pelo, luchar y escupir.

Cuando los niños bosquimanos se amenazan, aprietan los puños, fruncen el ceño y entreabren los labios enseñando sus dientes apretados. Al mismo tiempo miran fijamente a su contrincante, que suele aguantar la mirada. Ese duelo de miradas fijas de amenaza termina cuando uno de los niños renuncia al contacto visual bajando los párpados, esbozando una leve inclinación de cabeza y poniendo cara de disgusto. Se trata en parte de una conducta de sumisión, pero también significa una amenaza de romper relaciones en caso de continuar el conflicto; es como si dijera sin palabras: “Contigo ya no me hablo”[36].

El vencedor entonces desvía la vista, aunque también suele intentar restablecer la amistad mostrándose conciliador. Habrá quien recuerde que en el ámbito cultural europeo la mirada fija también se vivencia como amenaza. Cien años atrás en Alemania era uno de los modos de desafiar a un hombre a un duelo. También en otras culturas se considera poco apropiado mirar fijamente a alguien, y de hecho durante una conversación se suele apartar la vista de vez en cuando; los interlocutores que mantienen siempre la mirada fija resultan molestos. En general son personas que sobrecompensan su actitud de temor, y viceversa: existen personas hipermiedosas hasta extremos patológicos, incapaces de sostener una

[36] Tales estrategias de interacción se encuadran dentro de las universales.

mirada y con graves dificultades de comunicación. Son conocidas en este ámbito las investigaciones de Tinbergen y Tinbergen sobre los niños autistas. En el curso del diálogo se produce una armonía muy equilibrada entre el acto de dirigir y el de apartar la mirada *(cut off).* Al dirigirla se emite la señal de disposición al contacto y a la atención, pero hay que procurar que no se prolongue demasiado para que no se convierta en mirada fija. Esta última se utiliza a veces durante la conversación para intimidar al interlocutor, para suscitar en él una sensación de inseguridad y convencerle. Este comportamiento es un intento agresivo de dominancia.

Es evidente que en una conversación con representantes de otras culturas se pone espontáneamente en práctica el juego conjunto y equilibrado de toma de contacto visual y *cut off.* Por lo que sé, aún no se ha efectuado estudio alguno sobre este fenómeno. Sería una empresa muy tentadora averiguar cómo se adquiere esta pauta de comportamiento. Yo supongo que tiene un origen filético: se trata de un programa que interrumpe automáticamente una y otra vez la toma de contacto visual mediante un miedo que brota de dentro. En este sentido, el fenómeno sería primitivamente la expresión de una ambivalencia seriada, sucesiva.

Por lo demás, en las obras salidas de la mano del hombre que sirven como escudo de protección frente al mal vemos con frecuencia ojos amenazadores. Las figuras para defenderse de los demonios suelen caracterizarse por una mirada fija de amenaza muy acusada; también se encuentra muchas veces esa actitud de defensa en amuletos. Por último, se sabe que los antropoides y algunos macacos vivencian la mirada fija como una amenaza.

Los gestos de sumisión (inclinar la cabeza, bajar los párpados) son otro de los “universales”, es decir: están difundidos por todas las culturas.

En los grupos de niños bosquimanos surgen abundantes conflictos agresivos. En cierta ocasión y durante un lapso de tiempo de 191 minutos yo contabilicé en un grupo de juego compuesto por 7 niñas y 2 niños 166 actos agresivos: bofeta-

das, puñetazos o golpes con objetos en 96 ocasiones; pisotones, en 23; 8 veces se tiraron arena; en un importante número de casos mostraron comportamientos como pelear, escupirse y similares. Aproximadamente la tercera parte del total tenían intención lúdica; el resto implicaba sumisión y alejamiento del compañero; el atacado lloró a continuación en diez ocasiones.

Con la riña se pretende dirimir la posición de objetos. Los niños intentaban robarles a las niñas los melones con los que jugaban, a menudo con el único propósito de enfadar y provocar al compañero. Si éste se prestaba al juego y atacaba, el provocador podía responder a su vez con agresividad. Las burlas tenían los mismos móviles: generar ataques, que hasta cierto punto justificaban contraataques posteriores a menudo masivos. Nunca vi que un niño recurriese de pronto a la violencia visible. Además, los ataques tenían en general carácter exploratorio, especialmente entre los niños más pequeños, que parecían tantear así su margen de acción social y su posición en el seno de la jerarquía con respecto a sus compañeros de juego más mayores.

La niña de más edad de un grupo solía dirigir los juegos, iniciando y controlando la actividad lúdica del grupo. Desempeñaba además otro cometido: solucionar las desavenencias e intervenir en las peleas, para lo cual utilizaba la agresión pedagógica, castigando a los agresores. A veces efectuaba demostraciones de agresividad para autoafirmar su rango. Cuando se reunía por las mañanas con los niños que ya estaban jugando, solía arrebatarles primero sus melones o les reprendía verbalmente con gesto amenazador. Luego se integraba en el juego. Su comportamiento era una manera de demostrar su rango, de revestirse de autoridad, requisito previo imprescindible para cumplir su función de apaciguar las agresiones intragrupales.

Por regla general, los ataques provocaban defensa y venganza. Ésta podía planearse y demorarse algún tiempo. Cierto día vi cómo un chico, tras un ataque, se dirigía al bosque, elegía con sumo cuidado una vara, la cortaba y retomaba, diez

minutos después, al grupo para tomarse la revancha del que le había atacado.

Para terminar, a veces las disputas de juego pueden desembocar en un enfrentamiento serio, por ejemplo: cuando alguien, aunque sea involuntariamente, agravia a otro con excesiva violencia.

Los niños suelen insultarse mutuamente:

ma jonka = yo te pego
ma keija = yo te mato

d. 6. La agresión entre niños y *adultos*

La agresividad pedagógica o educativa también se da entre los bosquimanos, aunque rara vez implica castigo físico. La reprensión es mucho más frecuente y se ejecuta, por ejemplo, cuando alguno se niega a repartir. Hemos visto también castigos físicos ocasionales. Un día la hermanita de un niño que contaba alrededor de un año de edad fue a defecar, su hermanito la siguió y ella no se dio cuenta de que se llenaba la boca de heces. La madre, al verlo, corrió hacia él y se esforzó por limpiarlo con el dedo, mientras regañaba con energía a su hija, a la que terminó por darle dos sonoras bofetadas. La abuela acudió despotricando, colaboró en la tarea de limpiar a su nieto y propinó a la niña unos cuantos pescozones. En otra ocasión, una niña robó a un niño un trozo de carne, y éste empezó a protestar entre sollozos. Llegó el padre, quitó a la niña la carne y le dio un cachete en la cabeza. La hija respondió arrojándole un puñado de arena y entonces él le dio un segundo cachete.

Es también notable un suceso que nosotros no hemos presenciado personalmente, pero que relata Heinz. Una adolescente de unos 14 años mantenía frecuentes relaciones con diferentes hombres del grupo, conducta que acabó por enfadar al padre y al hermano mayor, que golpearon a la muchacha.

Los hombres adultos son agresivos durante los ritos de iniciación, pues azotan a los chicos y los asustan. Ya nos hemos referido antes (pág. 126) a la función de este tipo de agresión.

Desde luego los niños no toleran con absoluta pasividad las agresiones de los adultos. Acabamos de referirnos a una niña que reaccionó ante el castigo arrojando arena. En otra ocasión una niña tiró inadvertidamente un puchero derramando parte de su contenido. Al reprenderla el padre, la niña se encolerizó, tomó el recipiente y vertió el resto del contenido. El padre no dijo una palabra más.

Otro ejemplo: un hombre escondió un objeto para evitar que un bebé se lo tragase. El bebé y otro niño de 6 años buscaban entre risas el objeto por el cuerpo del hombre. La búsqueda se transformó pronto en un intercambio de golpes en broma entre el adulto y el niño de 6 años hasta que la disputa fue subiendo de tono y el hombre golpeó con demasiada fuerza. El niño se echó a llorar y se alejó corriendo para regresar al rato con una enorme cornamenta de antílope y otros huesos de gran tamaño. Amenazó con tirárselos al adulto, pero el padre, que estaba presente, recondujo la situación al ámbito lúdico y tranquilizó al niño alterado, que terminó por reír a carcajadas.

A los niños muy pequeños se les permite que peguen con palos a otras personas, comportamiento que divierte y provoca la hilaridad de los presentes, estimulando al mismo tiempo al niño a seguir haciéndolo. De esta forma se fortalece la autoconciencia de los pequeños.

d. 7. *La socialización de la agresión*

Esencialmente, la socialización de los comportamientos agresivos se desarrolla en el seno de los grupos infantiles de juego. Cuando dos más pequeños se pelean, los niños mayores intervienen solventando la disputa, castigan al agresor y consuelan al ofendido. Se preocupan de que se observen las reglas del reparto y de que en el curso del juego nadie incumpla las normas. Muchos han defendido la teoría de que los niños deben socializarse a sí mismos, sin intervención de los adultos. Pero, como apunta Sbrzesny, esto únicamente es factible cuando el grupo de juego se compone de niños de distintas edades, de manera que los mayores puedan desem-

peñar una función educativa, condición que no se da en nuestros jardines de infancia.

Los adultos sólo intervienen verbalmente cuando el llanto de un niño agredido se prolonga demasiado. Jamás he visto que animen a un niño de más edad a ser agresivo. Este fenómeno, comparado con la educación en otras culturas, resulta sorprendente. Una madre himba o waika nunca consolará a su hijo agredido —entre los waika tampoco a la hija pequeña atacada—, sino que, como ya hemos apuntado, le entregará un palo, incitándole a devolver el golpe. Yo he visto a una madre himba pegar con energía a su hijo porque éste, en lugar de seguir sus órdenes, siguió llorando. Entre los indios waika he filmado cómo sujetaban al agresor y enseñaban a la hija a vengarse a golpes y mordiscos. También en nuestra cultura se le exige al niño agredido que no sea cobarde y se defienda.

Los bosquimanos representan un modelo cultural diferente. Son pacíficos, lo cual no quiere decir que entre ellos las agresiones sean muy escasas, sino que simplemente no cultivan a propósito la agresividad. Yo no vi nunca a sus hijos dispararse flechas de juguete, actividad lúdica muy apreciada entre los belicosos indios waika.

d. *8. Las agresiones entre adultos*

Los bosquimanos son de temperamento impulsivo. A pesar de sus ideales pacíficos, se producen con relativa frecuencia peleas que acarrean incluso la muerte. Lee ha comprobado que entre los kung el porcentaje de homicidios supera al de Estados Unidos. Heinz refiere que los ko maltratan y se burlan de los miembros del grupo de rango inferior, además de amenazarse de muerte a menudo: “¡Te voy a matar con mi medicina!” Este mismo autor describe los accesos de furia que, en ocasiones, les sobrevienen a los bosquimanos: “Un bosquimano encolerizado pone una cara que muestra de modo muy claro su enfado. Fácilmente se enzarza en una lucha con palos y mazas. Si los motivos del acceso de cólera son graves, en la lucha se emplearán cuchillos y lanzas.” Los matrimonios

y las mujeres suelen reñir por cuestión de celos, y a veces el adulterio implica derramamiento de sangre.

Poco después de que nuestro grupo de bosquimanos se trasladase de Takatswane a un pozo recién abierto en Bere, el grupo del valle Okwa, perteneciente al mismo *nexus, se* instaló también allí. Ambos mantienen ahora relaciones de vecindad mucho más estrechas de lo habitual, pues el grupo okwa vive en el territorio de los takatswane. Esto ha originado últimamente numerosos conflictos. En diciembre de 1973 una violenta pelea tuvo las siguientes consecuencias: un hombre, con la cabeza abierta; otro, con una grave mordedura en la mano; un tercero con una costilla rota, y algunos más, con leves mordiscos y excoriaciones. A uno tuvimos que trasladarlo a Ghanzi para que recibiese asistencia médica.

Heinz relata un caso de homicidio. Un individuo tocaba un instrumento musical que otro codiciaba, y este último le dijo: “Ya lo has tocado bastante tiempo; ahora déjamelo a mí.” El aludido no se dignó contestar y siguió tocando. El solicitante lo requirió de nuevo, y ante al silencio, intentó arrebatarle el instrumento, y al no conseguirlo, golpeó al otro en la cabeza con tanta energía que el palo se rompió; cogió entonces el instrumento y se marchó corriendo. El agredido tomó entonces el carcaj de otro hombre, extrajo una flecha envenenada, corrió tras su agresor y le clavó la flecha en el brazo. Los demás miembros del grupo persiguieron al agresor armados con arcos y flechas, pero éste desapareció en la oscuridad. El herido falleció al día siguiente.

De cualquier manera, los bosquimanos procuran por todos los medios que los conflictos agresivos no degeneren en combates abiertos. Cuando surgen tensiones entre dos familias de un grupo, una de ellas recoge sus cosas y abandona el grupo durante cierto tiempo.

También se intenta dirimir las peleas en el plano puramente verbal. Cuando alguien ha sido ofendido, comienza a lamentarse al anochecer mientras está sentado a la puerta de su choza. No menciona nombre alguno, pero todos los miembros del grupo saben a quién se refiere, con lo cual el ofensor que-

da comprometido públicamente y sometido a una vigorosa presión social para que inicie la reconciliación cruzando al día siguiente unas palabras amables con el ofendido. En la medida de lo posible, también se suelen pasar por alto los atentados contra las buenas costumbres.

La horda ko, que nosotros habíamos estudiado primero en Takatswane, se trasladó en 1972 a un pozo de Bere y se dedicó a la cría de ganado vacuno. El tránsito de recolectores a pastores presenta dificultades. Surgen numerosos conflictos por las reses y las riñas físicas entre adultos han conocido en los últimos tiempos una escalada sin precedentes.

No obstante, no es lícito inferir de esto que la propiedad fomente la agresividad. El fenómeno arriba reseñado indica más bien dificultades de adaptación durante el tránsito de una estrategia de trabajo a otra.

Los ganaderos adaptados, como por ejemplo los himba del Kaokoveld (África del Suroeste), no manifiestan una agresión intragrupal superior a la de los ko, antes de que éstos se dedicasen a la cría de ganado vacuno.

d. 9. Las agresiones verbales

Los bosquimanos se insultan cuando riñen. Los insultos habituales dejan traslucir la tendencia a la deshumanización antes citada (pág. 104) y aluden sobre todo a defectos del ámbito sexual orgánico. Las mujeres se insultan entre sí diciéndose:

a maga'i	¡Eres una mierda!
asa a tshxa	¡Vete a la mierda!
n aba kane ka a	¡No te quiero!
a ba na	¡Ojalá te mueras!

Las mujeres aluden con frecuencia a animales:

a ki n u	¡Eres una hiena!

A menudo las expresiones ofensivas se refieren a los órganos sexuales:

a ñ gaba i	¡Tienes un pene que da lástima!
ke a 'a auku bi uli	¡Tu clítoris es como un enorme

	tronco!
a anate auku be chune	¡Los labios de tu vulva son tan largos como los de un babuino!

Uno de los modismos dice así:

n ki dzai ma a e	¡Tengo hambre, te voy a comer!
O traducido más libremente:	¡Estoy tan furioso contigo que voy a devorarte!

Insultos más sencillos dirigidos a hombres dicen simplemente (según Heinz): "¡Tú, polla!". "¡Tú, cojones!", o a una mujer: "¡Coño!" También se acusa al insultado de esta forma: "Tú te follas a tu padre (hermano)[37]:"

d. 10. Burlas y *mofas*

Los bosquimanos gustan de burlarse y reírse de cualquier conducta que se salga de lo normal. Cuando a alguien le ocurre un pequeño percance, todos se burlan. Por ejemplo: un viejo bosquimano, que apenas veía, tropezó y cayó al suelo, lo que provocó la hilaridad general. También se reían de nosotros, los visitantes extranjeros, cuando mostrábamos comportamientos demasiado ostentosos y discrepantes. Se mofan asimismo de los defectos físicos de sus compañeros y amigos.

Los bosquimanos tienen establecido con suma exactitud quién puede burlarse de quién. Los compañeros de broma pueden tomarse el pelo y decirse cosas que fuera de ese contexto serían inadmisibles. Estas bromas liberan de forma inocua la agresividad.

Las risas y las burlas obligan a los discrepantes a amoldarse a las normas del grupo. Mediante la imitación ridiculizante del burlado, los que se burlan ponen palmariamente de relieve, entre risas, aquello que les escandaliza.

Hay entre los bosquimanos una serie de expresiones de burla muy notables porque también se dan en otras culturas,

---

[37] Debo esta información a la señora Elizabeth Wiley, que en 1973 fue la primera profesora que dio clase en Bere a niños bosquimanos.

como por ejemplo sacar la lengua, forma ritualizada de escupir. Las muchachas se burlan utilizando dos formas de presentar los genitales: se acercan directamente a la persona objeto de burla y se levantan ante ella el taparrabos, o bien le dan la espalda y le hacen una profunda reverencia, presentando los genitales al estilo de los primates. El movimiento puede confundirse con una manera de enseñar las nalgas, también existente entre los bosquimanos. Sin embargo, el tipo de reverencia y el comportamiento concomitante diferencian claramente este movimiento y el de presentar los genitales. Así, las muchachas, antes de mostrar las nalgas, se introducen entre ellas arena que luego, al inclinarse ante el objeto de sus burlas, dejan caer. Este acto podría ser una defecación ritualizada.

d. 11. La magia negra

A los miembros del grupo y a los ajenos a él, se les puede combatir recurriendo a la magia negra. En mi última visita me contaron que un individuo perteneciente a los takatswane, encolerizado, le echó los huesos a un bantú para causarle la muerte (iniciativa que no tuvo éxito). La técnica de echar los huesos es idéntica a la utilizada para hacer vaticinios[38]. Desde hace mucho tiempo se conocen los pequeños arcos de los kung, que originariamente se consideraban un arma mortífera (revólver bosquimano). Sin embargo, Germann descubrió que en realidad se trata de un instrumento mágico que también se emplea para perjudicar a un enemigo. Según Doman, los bosquimanos kung bailaban antes de emprender una campaña de guerra (!) mientras disparaban minúsculas flechas en dirección al enemigo o al sol. Vedder observó en dos ocasiones el uso de flechas mágicas contra el enemigo: “Cierto día, a un bosquimano que había traicionado a otro le dispararon una flecha contra su *pontok* (choza bosquimana). Aunque el bos-

[38] Se toman huesecitos de las articulaciones de los antílopes y se tiran al suelo De su disposición se deduce dónde se encontrará caza o quién vendrá de visita Por último, los huesos se pueden echar de forma que indiquen una dirección y de este modo conjuren acontecimientos. Antes de echarlos, se escupe a los huesecillos de vez en cuando.

quimano murió casualmente a consecuencia de una sífilis, como se comprobó médicamente, sus compañeros estaban convencidos de que había sido la flecha la que le había causado la muerte.” Wilhelm, por su parte, cuenta que los ladrones de ganado lanzaban flechas parecidas contra la casa de un colono blanco para provocarle una enfermedad o incluso la muerte y así evitar que los persiguiera. Por último, el mismo autor vio cómo un bosquimano que padecía reumatismo se disparaba una flecha a sus propios muslos: “Así pues, él parecía pensar que el causante de su enfermedad era un enemigo que el efecto mágico de la flecha podía eliminar.”

También se embrujaba a alguien envenenando su huella o sus excrementos.

4. MALENTENDIDOS Y PREJUICIOS EN ANTROPOLOGÍA

Para el observador atento, el tan traído y llevado pacifismo de las culturas de cazadores y recolectores no pasa de ser un mito amable. En las comunidades tanto de cazadores como de agricultores, hay culturas con ideales pacíficos, y otras con ideales bélicos. Los negritos de las islas Andamán, por ejemplo, son un pueblo de cazadores-recolectores de acusada agresividad. También los australianos guerreaban mucho, aunque se aseguraban sus territorios con métodos diferentes. Schindler ha citado otros ejemplos de cazadores recolectores agresivos en el ámbito sudamericano. Recientemente visité a los agta de Luzón (Filipinas). A través de un intérprete les pregunté si se oponían a que otras personas recolectasen alimentos en su territorio o si delimitaban éste de alguna manera. “No. en absoluto —me respondieron—. Únicamente nos opondríamos si vinieran algunos (y citaron unos cuantos nombres), que siempre nos han perjudicado con hechicerías y a los que ya nuestros padres combatieron.” Pues bien, se referían precisamente a sus vecinos.

Gardener llamó la atención sobre un aspecto que merecería un análisis más minucioso. Opina que sobre todo los caza-

dores y recolectores, en ciertos territorios representarían ideales pacíficos, mientras que en otros serían muy belicosos. A decir verdad, esa teoría tan divulgada de que, por lo general, los cazadores y recolectores son más pacíficos que otros pueblos con un grado de civilización superior, es hasta tal punto falsa que, a la vista de la enorme cantidad de hechos conocidos desde hace mucho tiempo, cabe preguntarse cómo ha logrado perdurar hasta la actualidad. Si indagamos los motivos, enseguida hallamos el deseo de los teóricos del ambientalismo de moldear a los hombres a su libre arbitrio y al mismo tiempo su temor a que lo innato pueda interponerse en su camino. Por eso precisamente los antropólogos de orientación teórica ambientalista se han esforzado por demostrar la maleabilidad cultural del hombre y simultáneamente su indeterminación biológica.

La máxima tantas veces citada de que la naturaleza humana es la materia prima más indiferenciada y tosca, que sólo la sociedad es capaz de moldear, es de Margaret Mead: “Es. sin embargo, una postura más defendible considerar la naturaleza humana como la más tosca, la más indiferenciada de las materias primas, que debe ser moldeada por su sociedad, que no llegará a tener forma digna de reconocimiento a no ser que sea formada y modelada por la tradición cultural.”

Mead reafirma su teoría aduciendo que muchos de los rasgos de la personalidad, si no todos, que nosotros denominaremos masculinos o femeninos, muestran una ligazón con el sexo tan ligera como la ropa, los modelos o los sombreros que una sociedad en una época determinada asigna a un sexo concreto:

“Los datos nos autorizan a decir que muchos si no todos los rasgos de la personalidad que hemos llamado masculinos o femeninos están tan ligeramente ligados al sexo como el vestido, los modales o los tocados que una sociedad, en un período determinado, asigna a cada sexo.”

Como prueba de sus tesis. Mead presenta una serie de culturas modelo. Describe la cultura de los arapesh de Nueva Guinea, entre los cuales el ideal que informa la educación

genera en ambos sexos personas de acusada solidaridad y muy responsables: allí los hombres revelan escaso espíritu combativo, y las guerras son prácticamente inexistentes. Por el contrario, a los mundugumur de Nueva Guinea los califica de violentos, ambiciosos, rudos y desmedidos en ambos sexos, y además afirma de ellos que no poseen capacidad de ternura. Para Mead esta diferencia de caracteres radica en las experiencias de la primera infancia: a los primeros se les rodea de cariño, se les brindan abundantes contactos corporales y desconocen los castigos físicos; los mundugumur, sin embargo, son tratados desde la más tierna infancia con extrema dureza. Como son hijos no deseados, se ven rodeados desde su nacimiento de un ambiente hostil; el mismo periodo de lactancia transcurre entre enfados y luchas. Los niños aprenden enseguida a considerar enemigos a sus compañeros de sexo.

Es indudable que el hombre es capaz de configurar su conducta de las maneras más diversas; existen culturas que persiguen un ideal pacífico e igualitario y otras extraordinariamente belicosas y jerarquizadas. Esta versatilidad, no obstante, no prueba que la naturaleza humana sea la materia prima más indiferenciada de todas. La educación también puede reprimir inclinaciones innatas muy específicas y diferenciadas, como la aspiración a la jerarquía y la agresividad (un problema que no vamos a discutir aquí). Las investigaciones de Mead no demuestran, desde luego, que la conducta humana sea absolutamente moldeable a voluntad.

A decir verdad, las descripciones de Mead parecen abonar la hipótesis contraria, pero en este aspecto hemos de criticar su desmesurado afán por acentuar los contrastes. Los estudios de Fortune revelan que los arapesh no son tan pacíficos como los describe Mead: también guerrean.

Sin pretender menoscabar los indiscutibles servicios que Mead ha prestado a la antropología, hemos de señalar en este contexto sus deficiencias en la recogida de datos. Ella califica las relaciones entre los enamorados samoanos de alegres, apacibles y frívolas, y en el ámbito familiar resalta la ausencia

de violencia, de jerarquías rígidas y de virtudes guerreras. Cuando le visité en Saanapu (Samoa) el año 1967, Derek Freeman me señaló ciertas inexactitudes en las descripciones de Mead. En 1983 recogió sus críticas en un libro.

"En Samoa el niño tiene una fidelidad no emocional a su madre y a su padre", escribió Margaret Mead. Sin embargo ya el primer día de mi estancia Derek Freeman me enseñó cómo los hermanos mayores tenían que sujetar al más pequeño porque éste, llorando, quería seguir a la madre hasta la canoa. Esta escena se repitió a diario. "El valor en la guerra no era jamás una cuestión muy importante en Manua. La guerra era un asunto de odios intestinos, de pequeñas venganzas, en el curso de las cuales únicamente morían uno o dos individuos"; en otro pasaje destaca que los guerreros nunca lograron un rango destacado dentro de la sociedad samoana y que tampoco se concedía especial importancia al valor. Pero se le escaparon algunos detalles: en todas las monedas se lee *Malietoa* (guerrero valiente), y éste es el máximo tratamiento que se da al cacique. Según la leyenda, surgió en la guerra de Tonga. Los tonganeses llevaban 700 años asentados en Sawaii, Upolu y Tutuila, pero habían respetado Manua. Al final los ocupantes fueron expulsados y Talaifefi, jefe de los tonganeses, pronunció, al marcharse, estas palabras de elogio:

Malie toa, malietau	¡Valientes guerreros, habéis
'Ou te le toe sau	luchado con valentía!
'A'o lé a 'ou sau	No regresaré jamás
I Samoa i se aliulutau	a Samoa para hacer la guerra,
I aliula falau	pero vendré para hacer un
	viaje[39].

(Tomado de Kramer, 1902)

Kramer nos proporciona también otras pruebas de belicosidad y bravura, pero Mead prefirió presentar la imagen idílica de una isla tropical en la que no habían irrumpido aún los problemas de la civilización. "El amor romántico, tal como

---

[39] De visita en misión pacífica.

acaece en nuestra civilización, indisolublemente ligado a ideas de monogamia, exclusividad, celos y constante fidelidad, no existe en Samoa", escribe en su famosa obra *Corning of Age in Samoa.*

D. Freeman me informó asimismo de que los samoanos eran calificados en los Mares del Sur de "puritanos". En este terreno seguro que son tan constantes como nosotros los europeos, pero según sus ideales no son desde luego versátiles, y mucho menos frívolos y poco románticos.

En el campo de la antropología existen poderosos prejuicios contra la hipótesis de la determinación genética y filogenética del comportamiento humano, viéndose sometidos los biólogos a una campaña en la que se les hacen terribles reproches. Por ejemplo, Marvin Harris tildaba a Charles Darwin de "racista" No obstante, es sabido que Darwin se opuso a la esclavitud y situó a los negros de Brasil, por su carácter y constitución física, en un estadio superior al de los blancos que vivían allí: al no poder tacharle de racista, entendiendo el término como una forma de pensar arrogante. Harris acuñó el concepto de "racismo científico". Todo aquel que intenta comprender las razas desde la óptica de la adaptación al medio e investiga las correlaciones entre la dotación genética y las peculiaridades del comportamiento se arriesga a que le tachen de "racista". Freeman se opone enérgicamente a este tipo de interpretaciones. Al que alude al parcial determinismo genético de los roles sexuales masculino y femenino se le trata de "sexista". El que constata la existencia de determinantes innatos en el comportamiento agresivo recibe amargos reproches por su "militarismo", y quienes aplican la acción de la selección natural también al ámbito cultural corren el peligro de que les cuelguen la etiqueta de darvinistas sociales.

¿Pero cuál es la auténtica razón que subyace, en el fondo, al rechazo de determinantes biológicos en la conducta humana? En mi opinión, de la lectura de la literatura especializada se deduce que es el temor a que lo determinado por la biología sea al mismo tiempo inmodificable, indomable e incontrolable. De hecho, Luria habla de un biologismo fatalista que, al

parecer, afirma que “la guerra, la criminalidad y el odio racial son manifestaciones de una presión biológica incoercible”. Berkowitz manifiesta opiniones similares cuando, referente a la tesis freudiana del instinto de agresión innato, dice: “Pero, prescindiendo de su trascendencia teórica, la hipótesis de Freud entraña también consecuencias importantes en el ámbito del comportamiento humano. Un instinto de agresión innato no se elimina ni con reformas sociales ni con la supresión de la frustración. Desde esta perspectiva, ni la plena tolerancia de los padres ni la satisfacción de cualquier deseo podrá erradicar por completo el conflicto interpersonal. Las consecuencias para la política social son evidentes: la civilización y el orden moral tienen que basarse en última instancia en la fuerza, no en el amor y en la bondad.”

El mismo temor revelan los reproches que achacan a los etólogos la intención de conferir a la agresión un carácter inofensivo, de justificarla, disculparla y presentarla, en fin, como un destino fatal del acontecer humano. Rattner escribe a este respecto: “En el plano político no debemos olvidar que la ‘inocuización’ del problema de la agresión beneficiará a todos cuantos en las últimas décadas han participado en crímenes colectivos... La teoría del ‘instinto de agresión' favorece la técnica del encubrimiento social, que responde básicamente a la ideología burguesa conservadora. La mirada del observador se aparta de los defectos internos de la sociedad... para centrarse exclusivamente en la hipotética ‘base instintiva' del hombre, que se sustrae al libre albedrío e influencia humanos.”

Denker extrae del libro de Lorenz consecuencias parecidas. “Dado que la agresión halla su explicación causal en la predisposición natural, el hombre, en opinión de numerosos lectores, se habrá liberado de la autorresponsabilidad.”

Lumsden escribe: “El peligro del instinto de agresión es que, en teoría, lejos de emancipar al hombre, debe esclavizarlo a una ideología reaccionaria para demostrar en apariencia la necesidad biológica de un sistema social autoritario organizado al servicio de la represión externa e interna.”

Y Leopenies y Nolte, en una crítica por lo demás muy bien fundada y digna de leerse, expresan el reproche de que recurrir a la herencia arcaica (agresiva) del hombre no propicia la reflexión o las condiciones de la emancipación, sino que es completamente contrario a la racionalización. Afirman además que aquellos que consideran al hombre un ser agresivo, le están proponiendo paralelamente metas agresivas. Reproches similares se encuentran en Selg, Hollitscher, Schmidt-Mummendey y en los artículos de Montagu.

Schmidbauer representa una opinión extrema: “Es fácil ver cuán diversas funciones puede desempeñar la creencia en las conductas sociales ‘innatas’ del hombre. A los consumidores de información se les explica casi todo lo que les inquieta considerándolo residuos lamentables de animalidad en el hombre, características heredadas o consecuencias de una autodomesticación. La guerra y el genocidio, la criminalidad y la contaminación, el libertinaje sexual y las neurosis: todo ello descansa en disposiciones ‘instintivas’ del ser humano mal dirigidas. Cuando los hombres hayan comprendido estas pulsiones comportamentales innatas, mejorarán las cosas.”

Esta afirmación, a la vista de la necesidad del control de la agresión expuesta repetidamente por nosotros, los etólogos, es injusta (véase al respecto la cita de Lorenz de la pág. 17).

Los etólogos jamás han defendido la postura de aceptar la fatalidad de la agresión. Yo he apuntado en diferentes escritos que las adaptaciones filogenéticas podrían haber perdido su capacidad de adaptación primitiva en las condiciones a las que nos vemos sometidos en los tiempos modernos; en ese caso serían arrastradas como una carga histórica, de manera parecida al apéndice. No tenemos por qué aceptar con indiferencia y pasividad esta herencia. Como entes culturales por naturaleza, disponemos de la posibilidad de crear la superestructura cultural necesaria para controlar nuestros comportamientos innatos. Conocer sus causas nos ayudará a encontrar las estrategias educacionales menos gravosas. Por último, los que niegan la existencia de disposiciones innatas, y en consecuencia no las tienen en cuenta, corren el peligro de exigirle

demasiado al hombre por su escasa reflexión. Esto es aplicable sobre todo a Skinner, con quien ya he polemizado en otro lugar.

Por todas estas razones es importante conocer la estructura del comportamiento humano. En este afán, las ideas preconcebidas no deben entorpecer el descubrimiento de la verdad. En mi juventud. Lorenz me repetía una y otra vez que un naturalista tiene que estar dispuesto a tirar por la borda una hipótesis cada día si advierte el menor error. Si se demostrase que las teorías evolucionistas descansan en premisas falsas, que nos equivocamos al considerar las adaptaciones filogenéticas como un elemento determinante de la conducta humana, que nuestras investigaciones buscando pruebas mediante el método comparativo de culturas y especies son un espejismo de los sentidos, desecharíamos nuestras hipótesis para dedicamos a investigar cómo es posible que todos los seres humanos aprendan en el momento oportuno lo más acertado para la conservación de la especie. Está claro que nosotros, los seres humanos, en nuestro afán de comprender el funcionamiento del mecanismo que regula nuestra conducta, dependemos precisamente del mecanismo que investigamos. Este, en cuanto instrumento producto de la biogénesis, tiene resultados limitados. Es cierto que refleja un entorno real, pero no siempre sin distorsiones. En el ámbito perceptivo, el hombre está sujeto, aun en contra de sus propias convicciones, a cierta presión de la percepción (un buen ejemplo lo constituyen las ilusiones ópticas); pues bien, en otro plano también padece presiones intelectuales, que le facilitan la orientación dentro de su mundo porque son fruto de experiencias filogenéticas; no obstante, hemos de suponer que existe algo parecido a ilusiones intelectuales, espejismos inscritos en las deducciones erróneas de nuestro aparato mental. Por ejemplo; pensar en dualidades antinómicas (“arriba-abajo”, “caliente-frío”, “sí-no”, “o-o”) facilita el pensamiento en cuanto suponen un principio de orden —ya analizamos el principio de la antítesis al tratar de la conducta expresiva—, pero este fenómeno conduce asimismo a que incluso en el terreno científico tendamos

a plasmar una imagen en blanco y negro, es decir, que prefiramos la disyunción exclusiva, el "o-o", a la inclusión, el "no sólo-sino también". A esto podría deberse la propagación tan apasionada y tan frecuente de esa faceta de la realidad que conocemos gracias a la metodología de nuestra disciplina como si se tratase de la realidad y no de uno de sus múltiples aspectos.

Únicamente la colaboración interdisciplinar aclarará la cuestión de cómo adquiere el ser humano su programa de conducta, pues cada una de las distintas ciencias suele ver parcelas diferentes de la realidad.

La comunicación se entorpece sobremanera cuando los discrepantes o críticos, movidos por el propósito de acentuar el contraste, falsean las concentraciones teóricas de la etología para, a renglón seguido, atacarlas. Es esto lo que me molesta, por ejemplo, del artículo, interesante por lo demás, en el que Michaelis se refiere a la concepción "popular" o "vulgar" de la agresión y describe la posición de la etología en estos términos:

"Obligado casi por la crónica de guerras devastadoras y por la información cotidiana de los actos de violencia crecientes a darme por enterado de la falta de sentido de las agresiones, resulta de lo más tranquilizador disponer de una explicación plausible y en apariencia intocable de este fenómeno: un 'instinto' biológico es el responsable de que, en contra de nuestra propia razón, sigamos perpetrando agresiones. La naturaleza nos obliga a pasar una parte considerable de nuestra vida sumidos en el sueño, a gastar el dinero en alimentos y a crear un clima biológico saludable; pues bien, la decisión del hombre de llevar una coexistencia pacífica depende de él en una medida tan escasa como todo lo anterior. Cuanto más tiempo pasemos sin comer, más nos apremia la necesidad de ingerir alimentos; cuanto más tiempo vivimos sin desencadenar agresiones, más inclinados nos sentimos a reaccionar con agresividad ante el más leve estímulo y hasta buscamos móviles para desencadenar la agresión.

"La sociedad, cuando es capaz de encauzar los imperativos naturales dentro de los límites universales aceptables, establece convenios (normas sociales)... En consecuencia, también deberían crearse canales adecuados para desahogar el instinto de agresión que sean socialmente inocuos: deporte, caza, guerras 'justas'."

Michaelis ataca a continuación el concepto de instinto, pues la ciencia ha demostrado "desde hace tiempo" que las agresiones son "exclusivamente una reacción frente a determinados estímulos externos"; asimismo explica el supuesto éxito de ese concepto biológico basándose en la satisfacción que provoca al erradicar la culpabilidad moral.

Un comportamiento tan complejo como el agresivo no puede ser innato en su totalidad. Eso es seguro. Por consiguiente, sería absurdo plantear la cuestión como una disyuntiva "innato-aprendido". Para nosotros se centra en estos puntos: ¿Existen en los ámbitos de la motricidad, de la receptividad de los sistemas estimulatorios y de las disposiciones de aprendizaje, adaptaciones filogenéticas como factores coadyuvantes? ¿Cómo se integran éstas en lo aprendido para que resulte un todo funcional? De este planteamiento se infiere a primera vista que nosotros atribuimos una enorme importancia a las influencias educacionales, sobre todo en lo tocante a la configuración de los comportamientos agresivos del hombre. La guerra, en fin, no la explicamos de ninguna manera a partir de un instinto de agresión innato al hombre, sino como resultado de la evolución cultural, que se imbrica con la filogenética y la continúa.

A lo largo del proceso de pseudoespeciación cultural, los grupos humanos se han aislado unos de otros, como si se tratara de especies diferentes. Los controles de la agresividad innatos al hombre, que al igual que entre los animales apaciguan la agresión intraespecífica, ya sólo actúan en caso de conflictos intragrupales. Las luchas intergrupales han adoptado características similares a las pugnas interespecíficas del mundo animal: se han vuelto destructivas, y esto ha generado a su vez un conflicto de normas: a la máxima acuñada por la

cultura "¡Mata al enemigo!”, que, como ya se ha apuntado, es inhumana, se opone la norma biológica “¡No matarás!”. Las pautas de comportamiento culturales pueden sobreponerse a las biológicas e incluso eliminar los residuos de “mala conciencia”. Pero, merced al conocimiento de los mecanismos actuantes, el hombre es capaz de responder a la tendencia biológica y darse cuenta de que la evolución corre en esa dirección. La guerra se ritualiza, se firman tratados de carácter humanitario y se han puesto oficialmente en entredicho las guerras ofensivas. La evolución cultural imita a la biológica por la vía de la ritualización, y esto nos permite aventurar pronósticos sobre el futuro. No obstante —insistimos una vez más—, la guerra, de por sí, únicamente es susceptible de evolución incruenta, convirtiéndose en torneo, cuando el vencido dispone de la posibilidad de alejarse. Hay que alcanzar la situación estimulatoria que frene el combate: en nuestro superpoblado planeta, sin embargo, ya no quedan territorios a los que retirarse, y en consecuencia sólo cabe esperar que el automatismo de la evolución provoque la ritualización completa de la guerra. Hemos de confiar, pues, en una evolución gobernada por la razón, basada en nuestra conciencia, que nos apremia a seguir en nuestro comportamiento el filtro normativo biológico.

La condición previa para lograr una evolución pacífica es tomar conciencia de que los miembros de otras culturas también son nuestros semejantes. Esto no presupone necesariamente la refundición de las distintas culturas en una universal. La educación puede fomentar la estimulación del otro, la tolerancia y apreciación de sistemas de valores diferentes, conservando de esta manera la multiplicidad cultural como un valor en sí. Para lograr esto es imprescindible la comunicación; nuestros esfuerzos deben centrarse en explicar a todos cuantos levantan barreras comunicativas y exorcizan “enemigos” los riesgos que conlleva su actitud, y en inocular a amplias capas de población la vacuna del conocimiento para inmunizarlas contra los doctrinarismos. La paz mundial no es una utopía, sino algo que responde a nuestras predisposicio-

nes y que podemos decidir. Existe desde luego una condición adicional: han de garantizarse internacionalmente los principios vitales de los distintos grupos étnicos. Hasta hoy, estas funciones sólo han cumplido su cometido utilizando como métodos la amenaza de guerra y la guerra.

5. TIPOS, CAUSAS Y FUNCIONES DE LA GUERRA

a) Clases de conflictos armados

Nosotros, de acuerdo con Wright, definimos la guerra como un conflicto armado intergrupal. Ya hemos apuntado que es un resultado de la evolución cultural y que sus orígenes se remontan a épocas remotas de la humanidad. La teoría de los difusionistas, para quienes la guerra habría sido inventada en el Egipto predinástico, imitada y difundida luego por los pueblos no civilizados, fue superada hace tiempo. Tampoco su variante neorrousseauniana (los conflictos armados no surgen hasta la invención de la agricultura, pues los cazadores y recolectores del Paleolítico fueron pacíficos en virtud de la naturaleza primigenia del ser humano) resiste un análisis crítico.

"En ningún momento de la historia humana ha existido una edad de oro de la paz", escribe Wright, uno de los mejores expertos en el tema. Sólo cuando se concibe la guerra en un sentido más estricto (para Clausewitz, por ejemplo, es un instrumento de la política exterior, empleada con plena conciencia para imponer al enemigo por la fuerza la propia voluntad), se la considera algo creado por la civilización. Desde esta perspectiva, y en palabras de Clausewitz, se convierte en "la continuación de la política con otros medios" [40]. Este tipo de guerra civilizada presupone leyes que definan el estado de guerra y de paz y dicten para cada uno las pautas de conducta

[40] …Un acto de fuerza para doblegar al enemigo y obligarle a cumplir nuestra voluntad, una continuación de las relaciones políticas, una ejecución de las mismas con otros medios".

correspondientes. Sin embargo, la diferencia con los conflictos bélicos de los pueblos primitivos es únicamente gradual, puesto que entre éstos también existen acuerdos que regulan el curso del enfrentamiento, sobre todo si tiene lugar entre comunidades afines. En cualquier caso, la guerra en este estadio es una forma socialmente reconocida del conflicto intergrupal que implica violencia. Tanto la definición jurídica como la social distinguen entre un estado de guerra y un estado de paz.

No obstante, entre los pueblos primitivos existen, al parecer, grupos que no conocen las güeñas organizadas y planificadas. Sus acciones de defensa o de venganza responden exclusivamente a acontecimientos previos desencadenantes. Los tasaday, por ejemplo, un pueblo descubierto recientemente en Mindanao (Filipinas), desconocen cualquier clase de armas de caza o de guerra. Viven en grupos pequeños, al parecer poco relacionados entre sí. Tienen miedo al contacto con personas ajenas a la tribu. Manuel Elizalde, ministro filipino para las minorías étnicas, me contó que unos cuantos tasaday atacaron a un grupo de tboli que había penetrado en los bosques de los primeros en busca de caza. Según los informes recibidos, los tasaday apenas sabían combatir y algunos de ellos murieron en la lucha. La causa del ataque no se podía precisar con exactitud. Los tboli habían colocado con anterioridad trampas para monos en dicho territorio, y se suponía que alguna de ellas había herido a uno de los tasaday. Ignoramos si este grupo, todavía poco estudiado, posee territorios de caza y de recolección. En algunos aspectos recuerdan a los phi thong luang (mrabri), que tampoco poseían armas en el momento en que Bematzik entró en contacto con ellos. Yo no conozco ningún otro grupo que no disponga al menos de armas de caza, y sabemos que las hachas de guerra, es decir, útiles que no sirven para cazar, existen ya desde la Edad de Piedra europea.

La táctica bélica de los pueblos primitivos se reduce, por lo general, a ataques por sorpresa, para lo cual suelen acechar al enemigo siguiendo unas pautas de comportamiento simila-

res a las de la caza. Wilhelm describe uno de esos ataques de los bosquimanos kung. Éstos habían discutido con otro grupo por la posesión de una pieza, y como resultado de la disputa cayó muerto un hombre. El bando al que pertenecía el muerto planeó la venganza. Todos los hombres capaces de empuñar las armas rodearon en secreto el poblado de sus rivales.

"Los habitantes del poblado no intuyen el peligro que se les avecina. A la caída del sol, las mujeres regresan cantando del campo y se disponen a preparar la cena. El ruido machacón de los almireces con los que trituran los alimentos se propaga hasta muy lejos, delatando al enemigo la presencia de ocupantes en el poblado. Las familias se han sentado y parlotean mientras cenan. Ya se han desvanecido las últimas luces del crepúsculo, y la noche lo envuelve todo en una profunda oscuridad. Aquí y allá tiemblan todavía las llamas mortecinas de una hoguera. Un niño pequeño llora en sueños.

"Entretanto los enemigos se aproximan por todas direcciones sigilosos como serpientes. Sin embargo, no desencadenarán el ataque hasta percibir las primeras luces del alba. El círculo en tomo al poblado va estrechándose paulatinamente. Aún permanecerá en vela alguno de sus habitantes; tampoco los perros se han dormido y no conviene intranquilizarlos. La noche transcurre con absoluta tranquilidad. La luz zodiacal anuncia el nuevo día. Todos están sumidos en un profundo sueño, hasta los perros se han olvidado de vigilar y dormitan junto a los rescoldos de las hogueras para combatir el frío. El enemigo se acerca arrastrándose. Está amaneciendo. De repente irrumpen en el poblado por todas partes y caen sobre los desdichados durmientes, profiriendo estridentes alaridos y empuñando el *assagei*[41]. Algunos de los hombres se han despertado sobresaltados y agarran las armas, pero no tardan en sucumbir. Uno se defiende con su *assagei,* y con el valor que da la desesperación, de los enemigos que le acometen, pero la superioridad numérica es abrumadora y se desploma atravesado por varios lanzazos. Las mujeres y los niños reaccionan

[41] Venablo.

horrorizados e intentan escapar, pero son asesinados sin piedad. Una madre ha conseguido salvar a su hijo pequeño, y casi ha huido de sus perseguidores cuando una flecha silbante se hunde en su costado. Presa del dolor, deja caer a su hijo e intenta seguir arrastrándose, pero le fallan las fuerzas y se desploma gimiendo, mientras sus perseguidores se aproximan en medio de atroces alaridos. Unos cuantos golpes asestados con el *kirri* destrozan el cráneo del niño y acaban también con la madre. Sólo unos cuantos afortunados consiguen escapar por pura casualidad y huyen a un poblado amigo. Un sol rojo se levanta desde el este y alumbra con sus primeros rayos el lugar del horror. Los vencedores se dedican a saquear el poblado, arramblando con todo lo aprovechable. Destrozan las ollas de barro, incendian las chozas. Cargados con su abundante botín, los bosquimanos emprenden el camino de regreso a sus hogares. A lo lejos aún se oyen los ladridos de un perro que ignora el paradero de su amo; luego reina un silencio sepulcral. Muy pronto los primeros buitres comienzan a describir círculos sobre el lugar de la tragedia, a continuación les siguen los alimoches, y por la noche las hienas y los chacales se dan un banquete con los cadáveres de los asesinados. Cuando al cabo de algunos días se acercan los escasos supervivientes, de sus familiares apenas quedan unos cuantos huesos esparcidos aquí y allá. Pero ya les llegará a ellos la hora de la venganza, y entonces les pagarán con la misma moneda, aunque hayan transcurrido años.

"Así pues, la guerra entre los grupos y las tribus enemigas no se interrumpe jamás. La muerte de uno es expiada por todos."

Según Strehlow, las tribus aranda de Australia Central guerrean de la siguiente manera: los jefes que desean luchar invitan previamente a participar a otros jefes amigos mandándoles emisarios. Estos entregan una cuerda trenzada con cabellos de cadáveres, un hueso que portan en el tabique nasal, una pluma de águila y una pequeña *tjurunga*[42]. No es preciso

[42] Una de las tablas sagradas en las que se observan grabados muy estilizados

decir nada: el aviso es comprendido perfectamente, y si el grupo no quiere granjearse la enemistad del amigo, debe convocar una asamblea y tomar en ella la decisión de prestarles ayuda. A continuación el jefe le devuelve al enviado los objetos y le deja ir a visitar al grupo siguiente. Todos los guerreros invitados al combate se congregan en el poblado del cacique visitado en primer lugar. Antes de emprender la marcha hasta el grupo que requiere su ayuda, se le envían mensajeros que anuncien su llegada, seguidos por los jefes y sus tropas. Durante el trayecto van encendiendo hogueras para dar a entender que ya están en camino. Luego el jefe que va a hacer la guerra ordena a sus guerreros que se pinten, y éstos decoran su pecho y abdomen con rayas negras bordeadas de blanco. Los guerreros que llegan muestran una decoración similar. Los guerreros pertenecientes a los distintos grupos se saludan entre sí gritando: *“Wa wa wa bau”*. Entonces el jefe convocante dice: “Esta noche dormiremos aquí; mañana saldremos a vencer a los enemigos.” Durante toda la noche los guerreros se inflaman de ardor bélico cantando canciones de guerra. Strehlow tradujo uno de esos cantos:

1. ¿De dónde son esos que caminan tan lejos?
   Se han pintado muy de negro.
2. ¡Golpea su pene con el hueso afilado,
   sitúa el hueso en el borde del pene!
3. La sangre fluye como un torrente del largo pene
   e inunda los hombros del que está sentado delante.
4. En mi propia cerbatana coloco el dardo,
   coloco el dardo.
5. La cerbatana dispara el dardo, dispara el dardo;
   el dardo alcanza al enemigo, alcanza al enemigo.
6. El dardo con su garfio
   desgarra a los enemigos.
7. El dardo se clava, se clava,
   produciendo un crujido.

---

referidos a los símbolos de los antepasados totémicos de la tribu y a su historia.

8. Le hiere de muerte, le hiere de muerte.
y no puede sacarse el dardo de la herida.
9. El herido se desploma hacia el suelo como un *jackarro*[43],
se derrumba igual que el cielo.
10. Les sacaremos las tripas y comeremos su manteca
después de arrancarles la piel.
Desgarraremos sus intestinos.

Los cantos aluden por una parte a un ritual que practican los guerreros la noche anterior al ataque: con un hueso afilado se abren la herida de la circuncisión[44] y dejan fluir la sangre mutuamente sobre el hombro derecho con el fin de fortalecer dicho brazo. Por otra parte, durante una especie de autoadoctrinamiento los guerreros se familiarizan con la idea y el hecho de la muerte. Además la canción contiene amenazas de canibalismo.

A la mañana siguiente, los hombres se reúnen y prosiguen sus cantos. Juegan con la cerbatana y se vanaglorian de que con ella son invulnerables, repitiendo esto con machacona insistencia una y otra vez (un método quizá para superar el propio miedo). Luego se ponen en camino armados hasta los dientes. Por la noche acampan cerca del campamento enemigo y atacan justo antes del alba, cuando todos están profundamente dormidos. Antes de atacar, el jefe entrega a cada guerrero una cuerda hecha con cabellos de muerto y les pasa por la boca y por el brazalete derecho una cola de bandicut para enardecerlos y así hieran mejor a sus enemigos. Todos se pintan una línea blanca sobre la frente y el lomo de la nariz; después se acercan con sigilo, rodean el campamento enemigo, y al grito de *"wai. wai, wai"* atacan primero a los hombres que duermen y los matan con dardos. Acto seguido, mientras gritan *"kukukukuku"*, matan a palos a las mujeres y finalmente cogen a los niños pequeños por los pies y aplastan

[43] Variedad de crácido *(Cracticus)*, que se precipita sobre su presa rauda y veloz como el rayo.

[44] Las tribus de Australia Central se hienden la uretra en sentido longitudinal (subincisión).

sus cabezas contra las piedras o contra el suelo. Finalizada su obra homicida, abren el vientre de los cadáveres y comen un poco de grasa cruda. Luego dan la vuelta alrededor de los muertos y los abandonan sin enterrarlos. En algún pozo limpian los dardos de la sangre que tienen adherida. Los guerreros jóvenes se beben la mezcla de sangre y agua para hacerse fuertes.

Tampoco los maoríes perdonaban al enemigo vencido: "...En cuanto se quebrantaba la capacidad de resistencia del enemigo y éste empezaba a huir atropelladamente, un perseguidor veloz era capaz de abatir en un corto espacio de tiempo a una docena de ellos. El gran objetive de los guerreros veloces... era perseguirlos en derechura, sin detenerse, y mientras pasaban corriendo asestar a cada enemigo un golpe en la cabeza para que los que le seguían pudieran alcanzarlo con facilidad y matarlo. No era raro que, cuando el enemigo se batía en retirada, un guerrero fuerte y veloz atravesase con su lanza a diez o doce hombres, que luego otros alcanzaban y remataban." Los enemigos muertos eran devorados. Entre los maoríes las guerras constituían actos de venganza por robos y otros delitos.

Sin duda las personas han aprendido pronto que semejantes represalias masivas pueden recaer en ellas mismas. En cualquier caso, estamos en disposición de asegurar que ya en el estadio de civilización de los cazadores-recolectores y en el de los agricultores neolíticos surgieron convenios. Regias especiales reducen las bajas por ambas partes. La lucha es una especie de torneo, y se utilizan palos, por ejemplo, como ya hemos descrito al referimos a los hadza. Los combates entre los australianos muestran una regulación muy parecida. Lumholtz describe con frases muy gráficas una lucha intestina de una tribu del noroeste de Australia.

Ataviados como para una fiesta y armados con lanzas, mazas, bumerangs y espadas de madera, las facciones rivales se reúnen, acompañadas por mujeres y niños, y los atacantes arremeten contra sus enemigos profiriendo alaridos de guerra.

“Las tribus extrañas se habían congregado en grupos ante sus chozas, situadas en un paraje pintoresco, al pie de las montañas cubiertas de follaje. Apenas se detuvieron nuestros salvajes, se adelantaron tres enemigos en actitud provocativa empuñando el escudo en la mano izquierda y la espada[45] en la derecha. Sus cabezas aparecían cuajadas de elegantes penachos blancos y amarillos de cacatúa... Los tres hombres se aproximaron a los nuestros con saltos largos y elásticos. De vez en cuando saltaban de pronto hacia arriba como los gatos y se dejaban caer detrás de los escudos, que los ocultaban por completo hasta el punto de que apenas veíamos sus cuerpos entre la alta hierba. La maniobra se repitió hasta que se acercaron a unos 20 metros de los nuestros. Entonces se detuvieron...

“Era el momento de iniciar los duelos. De nuestro grupo salieron tres hombres dispuestos a aceptar el desafío; el resto permaneció inmóvil. La actitud habitual de reto consiste, como ya se ha dicho, en empuñar el escudo con la mano izquierda y levantar la espada con la derecha. Sin embargo, ésta es tan pesada que, para alcanzar de lleno el escudo del enemigo, hay que utilizarla a la manera del herrero su martillo. A tal fin, el luchador inclina la espada hacia el suelo, la impulsa hacia atrás y a continuación la dirige contra la cabeza del enemigo. Cuando ha asestado un golpe, le toca el tumo a su contrincante. Los golpes se van alternando hasta que el combate finaliza porque uno de los contendientes se cansa o se rinde, o se le ha roto el escudo, declarándosele entonces no apto para luchar.

“Aún no había finalizado la pelea de las tres primeras parejas cuando ya se habían enzarzado otros. El desarrollo de la lucha fue muy irregular, pues se inició recurriendo a las armas arrojadizas, para después acometerse unos a otros con la espada. En no pocas ocasiones los contendientes lucharon a distancia, lanzándose contra los escudos bumerangs, mazas y venablos. Los salvajes tienen una rara habilidad para parar el

---

45 Se trata de espadas de madera.

golpe, y no suelen resultar heridos por las dos primeras clases de armas arrojadizas mencionadas. Los venablos, por el contrario, atraviesan los escudos con facilidad y llegan a herir a su portador, que es entonces declarado no apto para el combate y se ve obligado a reconocer su derrota. En el campo de batalla cada vez había más guerreros, con frecuencia siete u ocho parejas a la vez, aunque los contendientes se renovaban sin cesar.

"Las mujeres recogían las armas, y si uno de los luchadores tenía que concluir varios duelos, su mujer le proveía de armas nuevas durante el combate... También las ancianas participan en la contienda. Provistas de los palos que utilizan para desenterrar las raíces, permanecen detrás de los contrincantes... Es habitual que cuatro o cinco de ellas rodeen a un hombre, que se enardece al oír cómo le azuzan con sus chillidos y sus estrepitosos ruidos... Cuando uno cae derrotado, las ancianas se agrupan a su alrededor y extienden sobre él sus palos en ademán protector para impedir que lo golpeen con la espada, mientras gritan: '¡No lo mates, no lo mates!'

"Me acerqué todo lo que pude al lugar de la pelea y seguí con vivo interés su desarrollo durante tres cuartos de hora,... bumerangs y mazas pasaban silbando junto a mi oreja, pero esto no me impidió observar el arrebatado apasionamiento de aquellos salvajes cándidos e ingenuos...

"Cualquiera que oyera el estrépito del combate esperaría ver guerreros abatidos bañados de sangre, pero este fenómeno, gracias a la intervención de parientes y amigos, no suele ocurrir. Tan sólo uno de ellos había resultado levemente herido en el brazo por un bumerang y despertaba la compasión general. Durante el transcurso del siguiente *borbobi,* uno de los contendientes cayó herido por un venablo que no lograron extraer de la herida porque la punta era parecida a un anzuelo. Durante tres días la tribu transportó al herido de un lado a otro hasta que murió. El combate concluía apenas se ponía el sol; en ese momento los participantes, hirviendo de excitación por los acontecimientos vividos durante el día, se encaminaban al campamento de su tribu. Durante la noche se

hacía de todo menos dormir: se reunían en grupos, charlaban y las familias se revolucionaban, pues los maridos perdían a sus esposas y éstas encontraban otros maridos. La pugna continuaba al amanecer, y por fin se marchaban todos, cada cual a su propio 'país'."

Como es natural, las reglas de la lucha se desarrollan primero entre grupos próximos entre sí desde el punto de vista étnico, porque esto facilita los acuerdos. Los papuas kiwai, por ejemplo, distinguen claramente entre amigos pertenecientes a pueblos rurales emparentados y aquellos otros que proceden de otra tribu, a los que consideran enemigos mortales. A estos últimos siempre intentan aniquilarlos, mientras que en los combates intratribales se vierte muy poca sangre. A un observador europeo, estas luchas que se caracterizan por el tumulto y el griterío le parecen muy peligrosas. En realidad, rara vez se ocasionan heridas mortales. Los contrincantes se cubren de insultos y se disparan flechas, pero siempre apuntan a las piernas. No les mueve el propósito de cortar cabezas como trofeo.

Las luchas de los dugum dani, pueblo asentado en el valle de Baliem —zona indonesia de Nueva Guinea—, están asimismo reguladas por una serie de normas que impiden un derramamiento de sangre excesivo. La cifra de muertos se reparte por igual: por cada muerto del propio bando ha de caer otro del contrario. En este aspecto la meta es la igualdad y se deja de luchar en cuanto ésta se consigue. A pesar de todo, no suelen ponerse de acuerdo: siempre hay una de las dos facciones rivales que considera a la otra deudora; por esta razón las contiendas se prolongan durante años, incrementándose paulatinamente por acumulación la cifra de víctimas, aunque el número de muertos por conflicto suele ser muy pequeño. Matthiessen y Gardner y Heider han investigado las condiciones de vida de los dugum dani (valle de Baliem, Nueva Guinea).

Las distintas comunidades de este pueblo papúa establecen alianzas. Cada grupo habita un territorio de unos 60 km^2. El valle de Baliem, con sus 50.000 habitantes, se divide en

unas cuantas docenas de grupos aliados entre sí, separados por una frontera vigilada y una franja de tierra de nadie. En las fronteras se han construido con troncos altas atalayas, en las que monta guardia un hombre durante todo el día. En cuanto se aproxima un grupo enemigo, los vigilantes dan la alarma. Las torres vigía distan unas de otras un trecho que un corredor pueda recorrer con facilidad en cinco minutos.

Las guerras de los dugum dani no tienen móviles territoriales. El principal motivo, según ellos, es vengar a los espíritus de los muertos (asesinados), pues si no lo hicieran, éstos los castigarían con enfermedades y desgracias, y las inundaciones o la sequía afectarían a los cultivos.

Desde su más tierna infancia, los niños se preparan para ejercer su futuro papel de guerreros; son unos expertos que practican la guerra casi como deporte, y de hecho son muy hábiles y diestros. La muerte de alguno de ellos en el transcurso de sus luchas es, más bien, accidental.

Los combates de los dani se dividen en dos categorías: la pugna formalizada y el ataque por sorpresa. En la primera se desafía al enemigo, enviando a un grupo de hombres a su campamento. Cuando se acepta el reto —lo que ocurre la mayoría de las veces— la noticia se transmite de boca en boca. Los habitantes de los pueblos cercanos pueden decidir combatir ese mismo día. Para ello se visten con sus mejores galas: algunos llevan colmillos de jabalí en la nariz, otros tocados de plumas de ave del paraíso o plumas blancas de garza, y todos ellos el cuerpo recubierto con grasa de cerdo.

Poco a poco los contendientes se van reuniendo en el tradicional campo de batalla. Existe un acuerdo previo: la lucha no comenzará hasta que ambos bandos hayan finalizado todos los preparativos.

“Hacia el mediodía ya se han congregado la mayoría de los guerreros, y los distintos grupos han tomado posiciones más o menos establecidas. Algunos van armados con arcos y flechas, otros con lanzas. Los grupos enemigos están distanciados, de manera que entre sus respectivas vanguardias quede un campo de batalla de unos 460 m. Una expectación si-

lenciosa y tensa embarga a todos. Durante el resto del día, unos cientos de personas pertenecientes a ambos bandos vivirán las alegrías del combate; un puñado de combatientes sentirá una punzada repentina de dolor al clavársele una flecha, y unos pocos, por último, el choque indescriptible de la muerte por haber actuado atolondrada o torpemente.[46]"

Los guerreros esperan con tensión creciente a que un destacamento del bando contrario emprenda el avance, iniciando así las hostilidades. El grupo rival contesta avanzando hacia el campo de batalla con paso presuroso, pero precavido, y deteniéndose de vez en cuando. Una vez los enemigos se han acercado hasta una distancia de 50 metros los unos de los otros, disparan unas cuantas flechas y retroceden de nuevo. Después de vanos ataques parecidos, que tienen más bien el carácter de escaramuzas preliminares, se desencadena el verdadero combate y los dos bandos se precipitan sobre el campo de batalla golpeando rítmicamente el suelo con los pies. Durante unos 10 o 15 minutos, de 100 a 200 guerreros se enzarzan en una batalla campal. El aire se llena de flechas y de lanzas, pero los contendientes las esquivan con habilidad. A veces, si la defensa permite ejecutar una maniobra envolvente inadvertida, un grupo ataca al otro por los dos flancos, pero normalmente esta táctica suele descubrirse a tiempo y la intentona es abortada.

Los combatientes se mueven sin cesar para esquivar flechas y lanzas y al mismo tiempo cubrir a sus arqueros, y continuamente llegan tropas de refresco para permitir a los guerreros recobrar fuerzas.

Gardner y Heider refieren un hecho muy curioso. Estos investigadores se dieron cuenta de que las flechas se desviaban de su rumbo por no estar guarnecidas de plumas, a pesar de que éstas desempeñan un importante papel en la cultura de los dani. "He aquí una posible explicación: los dani comprenden que si las flechas llevaran plumas resultarían heridos muchos más guerreros. Quizá sepan incluso que una variación

---

[46] R. Gardner y K. G. Heider. *Gardens of war,* Nueva York. 1968.

tan pequeña de las reglas del combate alteraría el delicado equilibrio que han alcanzado gracias al azar y a su propio trabajo.”

En un día, ambos bandos se acometen en unas 10 ó 20 ocasiones. Al atardecer se suspende la contienda para que los guerreros puedan llegar a sus casas antes de oscurecer. Antes de marcharse sostienen largas charlas, a lo largo de las cuales se cubren de burlas e improperios. Los luchadores conocen el nombre de sus enemigos así como detalles de su vida, así que no es extraño que se hagan alusiones personales que desatan estentóreas carcajadas por ambas partes.

Además de esta forma de guerrear, los dani practican también los ataques por sorpresa.

Eligen para esta empresa a guerreros muy experimentados, que penetran furtivamente en el territorio del enemigo para intentar sorprenderlo. No obstante, puede muy bien suceder que sus tentativas sean descubiertas y el atacante caiga en una celada, convirtiéndose en atacado.

Este tipo de ataques se pone en práctica cuando a un grupo no le queda otra salida para compensar una pérdida, pues el número de muertos debe ser siempre igual, fenómeno que potencia y prolonga las hostilidades. Gardner y Heider estiman que cada año mueren entre 10 y 20 individuos por cada bando, cifra que no supone una amenaza seria para ninguno de los dos grupos. Analizando estos enfrentamientos desde una perspectiva funcional, vemos que estas demostraciones de disponibilidad para combatir en la frontera suponen una forma ritualizada de delimitarla.

Muchos otros pueblos han regulado sus luchas de un modo similar al de los dani. Por lo general, los lazos de parentesco inhiben la agresión. Layard ha apuntado la existencia de matices o grados entre las distintas comunidades de Nuevas Hébridas. Las disputas se dirimen con mazas de madera, y todos intentan por todos los medios buscar una solución pacífica. En las luchas entre pueblos de la misma zona de la isla se emplean mazas y lanzas, pero los encuentros se desarrollan con un ceremonial muy definido en campos de batalla habili-

tados para tal fin. Cuando se trata de combatir a los habitantes de las islas vecinas, se utiliza la táctica de la emboscada, pero en este ámbito rige la ley del talión, es decir, se pretende una igualdad en cuanto al número de muertos, y se compensa una muerte con otra muerte, lo que impide en definitiva una cifra de víctimas excesiva. Esta norma no se respeta en los enfrentamientos entre grupos absolutamente desconocidos entre sí. Más ejemplos de conflictos bélicos entre pueblos primitivos los encontramos en Frobenius, Mühlmann, Turney-High, Bohannan, Fried, Harris y Murphy. Más adelante dedicaremos un capítulo a analizar los métodos de los pueblos primitivos para impedir, concluir o desarrollar sus conflictos de un modo no cruento.

Con frecuencia después de una guerra aparece el canibalismo, aunque sus motivaciones son muy variadas. Muchas veces se considera el muerto como un artículo alimenticio. Los jalé (Nueva Guinea; aseguraban a Koch que se comían al enemigo muerto “porque está muy rico, tan rico como la carne de cerdo, si no mejor”. El cadáver no suscita especiales inhibiciones, a no ser que se le haya conocido. “No se debe comer a las personas cuyo rostro se conoce”, afirman los jalé. En la antigüedad el canibalismo profano estuvo difundido. Existen ejemplos al respecto en Sudamérica, África. Nueva Guinea. Australia y Oceanía. En determinadas condiciones ambientales, el canibalismo desempeña incluso cierto papel en la economía alimentaria del grupo, pues algunas comunidades padecen escasez de proteínas de gran valor energético. Otro de los móviles del canibalismo es la sed de venganza: con el canibalismo se pretende aniquilar por entero al enemigo. Así, en las islas Salomón la mayor humillación que se puede infligir a un enemigo es devorar su cadáver.

El canibalismo, por otra parte, tiene una base mágica, fundada en la creencia de que al ingerir la carne del enemigo se absorben parte de sus cualidades, por ejemplo, su valor y su fuerza. Las investigaciones efectuadas por Volker Heeschen entre los elpo de la zona occidental de Nueva Guinea revelan que allí todos los individuos están obligados a participar en la

práctica de comerse al enemigo muerto. Es una forma de repartir la culpa.

La actitud del ser humano frente al canibalismo varía mucho. La difusión del fenómeno en épocas pasadas permite deducir que el hombre consideraba al enemigo muerto un simple trozo de carne. Por consiguiente, el hombre muerto parece estar desprovisto de señales significativas capaces de generar emociones como la compasión. Sólo una reflexión más trascendente conciencia al individuo de que el enemigo muerto es también una persona, reprimiendo de esta manera el canibalismo.

b) Funciones de la guerra

Para superar la guerra hay que saber previamente si cumple funciones en orden a la convivencia interhumana, y en caso afirmativo averiguar cuáles son. Hemos expuesto antes la teoría de que la guerra es el resultado de la evolución cultural, siendo la selección natural el motor de dicha evolución. De acuerdo con esta tesis la guerra tiene que contribuir de manera notoria a la conservación de la cultura. A esta hipótesis se opone otra que considera la guerra únicamente un fenómeno subsidiario de otros sistemas funcionales o una degeneración patológica de éstos. A este respecto Walsh defiende, sin apoyos documentales, la idea de que los padres envían a sus hijos a la guerra para castigar sus deseos edípicos, y en consecuencia la guerra no tiene otra función que vehicular el odio paterno. Fromm distingue entre agresión beneficiosa *(beneficial)* y perjudicial *(malignant).* La primera sería la pulsión de atacar programada filogenéticamente, que se pondría en práctica siempre que se amenazaran los intereses vitales del individuo o de la especie. Por consiguiente, esta agresión defensiva contribuye a la conservación del individuo y de la especie y cesa al mismo tiempo que la amenaza. La agresión perjudicial, al contrario, se caracteriza por su destructividad y su crueldad, y viene motivada por el sadismo y

la necrofilia, rasgos caracterológicos que a veces son consecuencia en el hombre de un desarrollo erróneo[47].

Es indudable que el sadismo es un fenómeno patológico responsable de las crueldades achacables a ciertos gobernantes. Pero al margen de esto, no explica la guerra, en la que sin duda se cometen atrocidades, pero éstas no constituyen su esencia. En muchas guerras se siguen incluso normas de caballerosidad.

En la discusión del hecho de la guerra existe cierta confusión entre sus "causas" y su "función". Cuando se habla de causa se alude al móvil inmediato o al menos a lo que las personas aisladas alegan como motivo. Por otra parte se utiliza el término desde posiciones evolucionistas para indagar cuáles han sido las presiones de la selección que han "provocado" la evolución. Nuestra pregunta por la "función" apunta en este sentido, y en este aspecto nos atenemos a los efectos comprobables de los conflictos bélicos.

La lectura de una obra de Hallpike me ha revelado otro de los malentendidos existentes en tomo a la "funcionalidad". Este autor ataca a los antropólogos funcionalistas por creer que la guerra cumple una función entre los pueblos primitivos y por defender que una institución determinada existe únicamente porque es necesaria, porque desempeña unos cometidos concretos. En este contexto Hallpike se refiere a la "ilusión de los funcionalistas" y, basándose en unos cuantos ejemplos, demuestra que las instituciones no siempre son adaptativas.

No sé quién puede ver algo nuevo en todo esto. Desde luego, los biólogos no, porque desde hace mucho tiempo saben y afirman que en el transcurso evolutivo pueden aparecer pérdidas y transformaciones funcionales; es más, que las estructuras que, en determinadas condiciones ambientales,

---

[47] Fromm —al igual que otros muchos— se opone a la tesis *supuestamente* formulada por los otólogos que afirma que la causa de la guerra reside en un instinto de agresión innato, en una tendencia innata a ejercer la muerte, pero esta idea jamás les ha pasado por la imaginación.

cumplen una función, al variar las circunstancias del medio son arrastradas como una carga histórica. Evidentemente, esto también es aplicable a instituciones culturales. Demostrar que una institución como la guerra carece de funcionalidad en algunas sociedades, o que por lo menos no tiene una función concreta, no implica que en el pasado no las haya tenido.

Hallpike, al final de su trabajo, resume sus tesis en cuatro puntos:

1. La existencia de una institución no significa que no hubieran podido existir otras que la reemplazaran.
2. El hecho de que exista no quiere decir que haya surgido por necesidad.
3. De su existencia tampoco cabe inferir que se trate de la mejor institución posible.
4. El hecho de que una institución sea necesaria para la supervivencia de una sociedad no implica el perfeccionamiento de dicha institución.

Los puntos 1 y 3 dicen prácticamente lo mismo. Los biólogos han investigado esta cuestión. Kramer, después de preguntarse si la naturaleza producía siempre las mejores soluciones posibles desde el punto de vista técnico, llegó a la conclusión de que no. Por el contrario, la naturaleza comete "errores constructivos" derivados del hecho de que en el curso evolutivo tiene que recurrir a los elementos de que dispone, a lo existente. Así, los vertebrados terrestres, que respiran aire, se desarrollaron a partir de antepasados pisciformes cuya circulación sanguínea tuvo que ser reconstruida para adaptarse a la vida sobre la tierra recurriendo a la conexión secundaria de la circulación pulmonar. Esta reforma fue gradual, y por eso en los anfibios no está perfectamente separada la circulación de la sangre venosa y la arterial, generándose una mezcla que disminuye el rendimiento. Una evolución completa radicalmente nueva posibilitaría mejores soluciones técnicas. Suscribo en todos sus términos los puntos 1 y 3. Por el contrario, el 2 y el 4 carecen de valor heurístico, pues son afirmaciones indemostrables. Polemizar sobre la hipotética no

generación de una estructura existente *de facto* es tarea vana; tampoco merece la pena pensar si una estructura necesaria para la supervivencia se formará de verdad.

Por último, resulta difícil comprender el asombro de Hallpike por intentar averiguar la funcionalidad “incluso tratándose de una institución como la guerra”, dado que es un fenómeno muy espectacular, extendido y francamente antiguo, del que no cabe postular una neutralidad desde el punto de vista de la selección. O bien es nociva o bien útil en orden a la conservación de las culturas. Si la primera posibilidad se hubiera cumplido siempre, hace ya mucho tiempo que se habría organizado una contra-selección, extremo éste que, como demuestra la historia, no se ha dado.

Analizaremos, por tanto, en primer lugar las consecuencias de la guerra, catastróficas, sin duda, en muchos casos para el perdedor; ¿qué ha sido de los indios de Norteamérica o de los tasmanios? En la guerra el vencedor conquista nuevos territorios, hecho del que existen abundantes pruebas a lo largo de la historia. Puede acceder a nuevos ámbitos de colonización y a las riquezas del subsuelo, extenderse, incrementar su población y compensar sus propias bajas bélicas. Esto quiere decir que la selección ha activado la agresividad. Cuando Fromm niega esta posibilidad arguyendo que los individuos más agresivos se arriesgarían más y en consecuencia llegarían a la autoaniquilación —argumento expuesto más de una vez—, no parece conocer demasiado los mecanismos evolutivos. Como ya se ha apuntado, la evolución, y en el caso del hombre, se efectúa dentro de grupos cerrados, y en su transcurso se conserva también el genoma de los que mueren mientras el grupo sobreviva, pues los miembros de éste son sus parientes cercanos. Al final siempre sobreviven los grupos capaces de movilizar al mayor número de hombres valientes y dispuestos a luchar. El vencido es exterminado, expulsado o sometido, es decir, aniquilado culturalmente. En el último caso su patrimonio es absorbido por la población vencedora. De esta manera, la guerra, al menos durante un largo período de la historia de la humanidad, ha fomentado la

selección de los caracteres de combatividad y agresividad. No obstante, dentro de este contexto la selección del hombre no vendría dada exclusivamente por su eficacia combativa, sino también —como destaca Bigelow— por su capacidad de cooperación y su inteligencia en comparación con otros grupos.

La historia de la humanidad hasta nuestros días es la historia del conquistador de éxito. Es completamente secundario que la expansión territorial sea o no uno de los motivos subjetivos aducidos para emprender la guerra; lo que cuenta es el resultado.

Queremos resaltar esto porque Chagnon, en unas investigaciones por lo demás excelentes, insiste una y otra vez en que los belicosos indios waika no buscan ganancias territoriales. "Al dirimir sus conflictos no persiguen anexiones territoriales. Este hecho tiene sus consecuencias para las teorías de la agresión basadas en la conducta territorial, sobre todo en la forma en que han sido expuestas por Ardrey y Lorenz en sus obras más recientes "El motivo fundamental declarado de las guerras lo constituye el rapto de mujeres y la necesidad de convencer a otros grupos de la firme decisión de defender la propia soberanía por la fuerza. Pero existe un dato adicional fácilmente comprobable: los vencedores, además de conseguir mujeres y prestigio, suelen aniquilar a los vencidos o los obligan a emigrar.

Este resultado cuenta, aunque los móviles aducidos por los ejecutores sean otros. En otras culturas los hombres van a la guerra para sobresalir. El resultado sigue siendo el mismo. Desde el punto de vista de la selección, las ventajas para el grupo son completamente independientes de la intención personal. Un joven, por pedir la mano de una mujer, no quiere decir que desee convertirse inmediatamente en padre de un robusto niño. Wright lo expresa con toda claridad: "La función de una actividad puede ser más amplia que su intención". Parecidas opiniones manifiesta Corning.

Ya hemos dicho que muchas tribus de Nueva Guinea guerrean siguiendo un ritual establecido. Según Rappaport, entre

los tsembaga de Nueva Guinea, las guerras se inician con peleas de personas aisladas. Hechos como el de tomar esposa sin pedir permiso a sus parientes, o el de violar a una mujer, o matar a un cerdo perteneciente a otro grupo por penetrar en el huerto propio, o el de robar frutos ajenos, o el de sospechar que un miembro de otro grupo está causando daños utilizando la magia negra, generan el deseo de matar a su causante, y esto desencadena una nueva venganza, y a menudo, la guerra, tanto más posible cuanta mayor densidad de población tenga el territorio. Si únicamente 20 individuos poseen un huerto, existen —según Rappaport— 400 posibilidades de que los cerdos provoquen un conflicto por causar daños en él. Si la cifra de poseedores de cerdo y huerto asciende a 40, las posibilidades de riñas se incrementan hasta 1 600. Esto es aplicable a otras posibles fuentes de conflictos. Dicho con otras palabras: la probabilidad de que se origine un conflicto se incrementa a medida que aumenta la población, pero mientras ésta crece en sentido lineal, la probabilidad lo hace en progresión geométrica.

Según esto, la irritabilidad creciente debería desembocar en una lucha antes de alcanzar un estadio de superpoblación. En las contiendas permanentes primero se tantean las debilidades del enemigo, fenómeno comparable, desde una perspectiva funcional, a la agresión exploratoria intragrupal. Un aumento mayor de la irritabilidad genera enfrentamientos más serios, que pueden conducir a la expulsión de un grupo. También es posible, sin embargo, alcanzar un estado de equilibrio entre dos grupos diferentes, por ejemplo manteniendo ambos su población al mismo nivel bien mediante un control de la natalidad, bien mediante otros métodos. Quizás entonces se desarrollen normas que permitan la convivencia pacífica; en este caso la guerra deviene paulatinamente en un ritual incruento de delimitación de fronteras.

Numerosos antropólogos han percibido con claridad la función territorial de la guerra. Según Morey y Marwitt las tribus centralizadas de las llanuras sudamericanas guerreaban para conquistar tierras y recaudar tributos; sus luchas, ya

antes del influjo europeo, suponían una respuesta a la presión demográfica y a la escasez de tierra cultivable. La agresividad del grupo se asienta sobre fundamentos claramente ecológicos.

Las luchas tribales endémicas de los yuma de Colorado y del rio Gila (Estados Unidos) eran asimismo conflictos para adueñarse de la tierra cultivable. Únicamente luchaban por la posesión de las zonas limítrofes al rio. Los grupos que habitaban en territorios contiguos y vivían de forma diferente no eran considerados rivales: los yuma-mohave no luchaban jamás contra los yarapai, apaches occidentales, chemehuevi y cohuila que vivían en las colinas cercanas.

Los pequeños grupos cerrados de los maoríes reaccionaban ante la provocación más insignificante del vecino —ya fuera imaginaria o real— con la guerra. Sin embargo, por lo general, los enfrentamientos eran breves, y aunque los vencedores procuraban matar el mayor número posible de enemigos, la cifra total de muertos no era muy elevada. La consecuencia más importante de la guerra era la redistribución de los grupos. La presión de los vecinos impulsaba el cultivo de nuevas tierras.

Este sistema adaptativo se quebró cuando los europeos introdujeron el rifle, arma que provocaba enormes pérdidas de vidas humanas. Hay que reconocer que había habido abundantes muertos en épocas anteriores, pues los vencedores no conocían el perdón y asesinaban casi siempre a los fugitivos; sin embargo, con la introducción del rifle las pérdidas se incrementaron hasta extremos catastróficos.

Layard recoge el mismo fenómeno entre los habitantes de Nuevas Hébridas. La introducción de los fusiles provocó matanzas masivas que afectaron incluso a los conflictos normalmente formalizados entre pueblos vecinos. Los habitantes de las pequeñas islas situadas frente a la costa de Malekula fueron los primeros en armarse con fusiles; los recibieron con más facilidad que otros grupos residentes en zonas más inaccesibles para los barcos de los comerciantes blancos. A continuación los habitantes de dichas islas exterminaron a los

ocupantes de vastas zonas hasta entonces muy pobladas, matanza que sus actuales moradores, mucho más inteligentes, no dejan de lamentar, pues les impidió resistir con éxito a los europeos:

“En este sentido, durante la última parte del siglo XIX los habitantes de las islas pequeñas aniquilaron prácticamente a toda la población de lo que una vez fue un floreciente distrito que abarcaba innumerables aldeas tierra adentro hacia la costa de la adyacente Malekula. Estas aldeas, incluyendo Tolamp, la más importante, son hoy una jungla impenetrable. La matanza, sin embargo, no afectó únicamente a las aldeas grandes. La misma tragedia se cernió sobre las pequeñas islas con ocasión de la guerra entre dos de ellas. Las primeras aldeas en adquirir fusiles estaban situadas, en todos los casos, en el borde ‘superior’ de cada isla, ya que, al disponer de las mejores playas, fueron las primeras en entrar en contacto con el hombre blanco. Estos utilizaron los fusiles contra los habitantes del otro lado de su propia isla, logrando diezmar las aldeas ubicadas en el borde ‘inferior’. Esto fue lo que les acaeció a los dos pueblos de Emil Marur y Emil Lepon Atchin, que fueron casi aniquilados. Los habitantes de las islas pequeñas más lejanas lamentan amargamente esta aniquilación suicida que redujo drásticamente su número a la hora de hacer frente a la amenaza de los blancos. Pero sus lamentos todavía dependen, sin embargo, del grado de los lazos de parentesco entre ellos y sus víctimas. En efecto, mientras ahora con el aplauso unánime se han prohibido los fusiles en la guerra contra los compañeros de las islas pequeñas, todavía se usan contra los escasos habitantes del vecino continente.”

Las guerras se emprenden para obtener territorios de caza, pastos y tierra cultivable, y cuando en tiempos pretéritos las variaciones climáticas tomaban inhóspito el territorio de un grupo, sus miembros se veían obligados a recurrir a la guerra para conquistar otros nuevos. Así, la desertización de las estepas de Asia Central movilizó a los mongoles, que, en sus campañas militares, llegaron hasta Europa. Su colisión con los pueblos germanos impelió, por otra parte, a éstos a emi-

grar. La superpoblación —debida, por ejemplo, a nuevos hallazgos técnicos o a descubrimientos médicos— puede también obligar a emigrar a los grupos humanos.

A menudo los mismos que emprenden la guerra saben que su objetivo es conquistar tierras. En las leyes mosaicas leemos: "...Pero en las ciudades de las gentes que Yahvé, tu Dios, te da por heredad, no dejarás con vida nada de cuanto respira; darás al anatema a esos pueblos, a los jeteos, amorreos, cananeos, fereceos, jeveos y jebuseos..." (Deut. 20,16).

"Y apoderándose de la ciudad dieron al anatema todo cuanto en ella había, y al filo de la espada a hombres y mujeres, niños y viejos, bueyes, ovejas y asnos..." (Josué 6,21).

El que promulgó estas leyes sabía perfectamente que su pueblo necesitaba colonizar el territorio de sus vecinos.

El ser humano dispone, en general, de poderosos mecanismos para inhibir la agresión frente a las mujeres y a los niños; en consecuencia había que presentar un plan de exterminio basado en un pragmatismo frío y calculado como un precepto divino. Pese a todo, no siempre fue obedecido.

A medida que progresaba la civilización, las consideraciones humanitarias se fueron imponiendo paulatinamente. Bastaba con someter al enemigo, hacerlo tributario e inculcarle la propia cultura. Se valoraba además su fuerza de trabajo, que en un estadio cultural inferior tenía escasas aplicaciones. Ya no se practicaba con el vencido la aniquilación biológica, pero sí la cultural. De este modo las distintas culturas fueron desarrollando paulatinamente su propia dinámica interna, independiente de sus titulares.

La guerra, en consecuencia, es un medio que sirve a los grupos para competir por la posesión de bienes de interés vital (tierra, riquezas del subsuelo, etc.). Se ha dicho también que sirve para mantener el equilibrio demográfico, pero éste es, sin ningún género de dudas, un efecto secundario. O para regular variables psíquicas (desahogo de tensiones psíquicas). En este punto se confunden los móviles individuales con las ventajas desde la perspectiva de la selección.

Si nos preguntamos, no obstante, si hoy día la guerra cumple aún funciones similares a las citadas, tenemos que responder afirmativamente, siempre que se utilicen los métodos habituales hasta la Segunda Guerra Mundial. También la guerra moderna pretende la anexión territorial y la conquista de las fuentes de recursos y de fuerzas de trabajo. Hay opiniones divergentes sobre la forma en que terminaría un conflicto atómico, es decir, si resultaría beneficioso para el vencedor. No obstante, ni la fantasía más desbordada alcanza a vislumbrar la devastación que originaría.

No cabe atribuir la guerra a instintos bestiales, degenerados, equivocadamente encauzados, ni a la necrofilia u otras aberraciones patológicas del hombre. No es una desviación carente de funcionalidad, sino la forma específicamente humana de la agresión intergrupal que los grupos humanos utilizan para competir por la posesión de territorios y bienes naturales Son éstos hechos desagradables que preferimos soslayar. En el fondo queremos vivir en paz, y siguiendo el principio de "lo que no puede ser, no puede ser”, cedemos al autoengaño y cerramos los ojos ante el problema. El despertar, sin embargo, es espantoso. Por ello es preferible darse cuenta de que la guerra cumple unas funciones concretas y aceptarlo así. La guerra desempeña ciertos cometidos, lo que no quiere decir que éstos no pueden ejercerse de otra manera. Cabe imaginar soluciones mejores, que implican necesariamente la ejecución de las funciones de la guerra de una manera no bélica. No debemos esperar que pueblos empobrecidos porque se les impide el acceso a las fuentes de recursos de interés vital, se limiten a cruzarse de brazos. Nadie puede obligar a los miembros de un grupo a permanecer en un territorio que las variaciones climáticas han convertido en un infierno hasta el extremo de morir de hambre. Ante tales situaciones un grupo, tarde o temprano, emprenderá la huida hacia adelante, pues en caso contrario no les quedaría otro remedio que aceptar con resignación su suerte: perecer. Si los pueblos de la Tierra desean la paz tienen que planificar y procurar —más allá del mágico año 2000— que existan territorios vacíos para asig-

nárselos a todos aquellos que se vean forzados a emigrar en un tiempo no lejano debido a las modificaciones climáticas. Debería existir también una organización mundial que se preocupara de velar por una distribución justa de los recursos. Ya tendremos ocasión de hablar sobre ello. Desde luego, todavía estamos hoy muy lejos de vislumbrar soluciones razonables. A los vencedores aún les compensa recurrir a la violencia, y así lo han demostrado los acontecimientos de Chipre. No obstante, esto no quiere decir que sea legítima moralmente.

VI. EL CAMINO HACIA LA PAZ

1. GUERRA Y CONCIENCIA

"Cuando esta mañana hemos visitado al comandante Cuéllar en su casa y nos ha invitado a desayunar con su familia, le hemos preguntado a su esposa: '¿Sabe usted cuál es la misión de su esposo?' 'Sí', repuso ella con laconismo. '¿Sabe que con sus cohetes puede matar a cientos de miles, más aún, a millones de seres humanos?' 'Sí', contestó. '¿No le desazona esa idea?' 'No, no demasiado; al fin y al cabo es su trabajo.' Entonces le preguntamos al comandante Cuéllar: '¿No le atormenta pensar que su vida se reduce a esperar el momento de disparar sus cohetes para matar así a gran número de personas y aniquilar otro país?' 'No', repuso él, y el capitán Gillespie asintió con una inclinación de cabeza. 'Sé de sobra que si me veo obligado a darle la vuelta a esta llave, será porque mi país ha sido atacado. Yo me limito a defender a mi patria, y para eso destruiré todo lo que tenga que destruir.'[48]"

La guerra cumple una función: los pueblos se extienden gracias a la guerra. Conquistan territorios, someten a otras personas para explotarlas y se apropian por la fuerza de los recursos naturales. Difunden su cultura o facetas importantes de la misma (religión). Protegen las fronteras y fomentan, por último, la solidaridad y la cohesión del grupo. No obstante, a pesar de los beneficios que le reporta al vencedor, nos resulta de todo punto inaceptable. ¿Es el miedo a la conciencia lo que nos impulsa a buscar la paz?

Ambos factores desempeñan un papel. Hoy por hoy, el miedo a la autodestrucción atómica supone un freno indudable a la belicosidad de las grandes potencias. Durante cierto tiempo quizá sea suficiente esta "paz por el miedo". En la

[48] H. Portiseh. *Friede durch Angst,* Viena. 1970.

actualidad es un poderoso estímulo para buscar nuevas soluciones, aunque éstas de hecho pueden encaminarse a lograr una protección tan perfecta frente a los ataques atómicos y la contaminación radiactiva que la guerra vuelva a ofrecer posibilidades de ganar y en consecuencia se torne rentable. Por todo ello, el miedo constituye una base demasiado insegura para la paz ¿Será la conciencia un fundamento más sólido? Los preceptos innatos al hombre “¡No matarás!” y “¡No hurtarás!”, obedecidos ya por algunos primates, se pueden disimular recurriendo a los filtros normativos culturales.

El hombre es capaz de convencerse de que los otros no son personas y actuar en consecuencia. Cuando esto no es factible, le queda la posibilidad de eludir responsabilidades alegando que ha cumplido órdenes. El oficio de la guerra se convierte en un puro trabajo. O bien se justifica la agresión aduciendo razones defensivas o de represalia, revistiéndola sin ningún tipo de escrúpulos de un carácter heroico, escasos, por lo demás, a la hora de defender al propio grupo. La amenaza es un estímulo desencadenante tan poderoso que anula cualquier resistencia.

Por eso precisamente hoy no se emprenden guerras de conquista, sino que nos limitarnos a defendemos, o a liberar a nuestros semejantes, realizando así una buena acción. Usamos y abusamos de los estereotipos de la patria amenazada, de la justicia, de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad; pretendemos incluso luchar por la paz. Aducir el robo de un trozo de tierra como causa de la agresión ya no despierta entusiasmo alguno.

Citemos un ejemplo: la invasión alemana de Polonia en 1939 se presentó a los ojos del mundo como un acto de legítima defensa, y se resaltaron los esfuerzos inútiles que se habían hecho para preservar la paz.

“Ustedes conocen bien mis reiterados intentos para lograr un acuerdo pacífico del problema austríaco y luego del de los Sudetes, de Bohemia y de Moravia. Todo ha sido inútil. En mis entrevistas con los estadistas polacos he repetido las ideas que expuse en mi último discurso ante el Reichstag (28 de

abril de 1939). Hoy tengo que repetir una vez más que mis propuestas son de lo más sinceras y comedidas, y así quiero gritarlo ante el mundo. En resumidas cuentas, yo planteaba tales propuestas porque sabía que mi opinión era contraria a la de millones de alemanes. Mis sugerencias fueron rechazadas... Me pasé dos días enteros reunido con mi gobierno esperando que los polacos tuvieran a bien enviar un negociador... ¡No hay que confundir mi amor a la paz y mi interminable paciencia con la debilidad o la cobardía!... ¡Por consiguiente, he decidido hablar a Polonia con el mismo lenguaje que Polonia utiliza con nosotros desde hace meses!...

"Esta noche tropas regulares polacas han irrumpido por primera vez en nuestro territorio. Desde las 5:45 estamos contestando al fuego, y a partir de este momento responderemos a las bombas con las bombas" (discurso pronunciado por Adolf Hitler el 1 de septiembre de 1939, citado de W. L. Shirer).

Hasta el acto de matar se ennoblece cuando se trata de defender al grupo. En el conflicto funcional planteado entre el amor y el odio salen vencedores el valor y la disposición a arriesgar la vida por el grupo. De todas maneras, este recubrimiento no desconecta el filtro normativo biológico, y en consecuencia el hombre experimenta un conflicto de normas. Todos los argumentos que acabo de citar y que sirven ai hombre para justificar la agresión destructiva, no impiden que la conciencia se agite, sobre todo después de ceder la pasión agresiva. Todo esto, a la vista de las crueldades que se oyen a diario y de las que ofrecen abundantes ejemplos los libros de historia, puede parecer inverosímil. De vez en cuando se asesina incluso a mujeres y niños en ataques por sorpresa, pero en general esto se considera una desviación nefanda que los cronistas califican de crueldad. La inhibición de matar a mujeres y niños está mucho más enraizada que la inhibición frente a congéneres del mismo sexo.

De las crueldades pasionales hemos de distinguir aquellas que se cometen obedeciendo órdenes. Pueden basarse en consideraciones frías y calculadas y ponerse en práctica como

un medio para aterrorizar e intimidar a los súbditos. Al monarca asirio Assumasirpal II (883-859 a. C.) se le conoce por la franqueza brutal con que describe las crueldades cometidas con sus vasallos. En los monumentos se ve cómo deja ciegos a los reyes que ha hecho prisioneros y los mutila de las formas más diversas. Assumasirpal II ordenaba arrancar la piel a sus enemigos y colgarlos de las murallas; empaló a 700 ante la puerta de la ciudad, y a otros los ejecutó con el mismo sistema en los torreones, pregonando a los cuatro vientos que todavía vivían. Emparedó a 20 prisioneros en su propio palacio, y a otros los decapitó y amontonó sus cabezas. No hay duda de que han existido tiranos sin conciencia, ebrios de poder, que disfrutaban practicando la crueldad como auténticos sádicos. No obstante, el régimen de terror se basa casi siempre en el puro pragmatismo, y así lo ha demostrado Edwards. El terror sangriento con el que Oliver Cromwell intimidó a los irlandeses durante la revolución puritana lo consideran incluso hoy una de las peores maldiciones irlandesas es: "¡El *castigo de Cromwell caiga sobre tí*!" Sin embargo, la evidencia estadística demuestra que la conquista de Irlanda por Cromwell fue la menos cruenta de su historia. Al iniciarse las hostilidades Cromwell ordenó dos masacres espectaculares que aterrorizaron de tal manera a los irlandeses que éstos ya no se atrevieron a oponer resistencia. Cromwell se preocupó de que se librasen de la matanza un número suficiente de irlandeses para que propagaran la noticia por todo el país.

"Con la masacre deliberada de 4.200 hombres, dos tercios de ellos ingleses, solucionó el problema. Por medio de esta acción sometió a la isla en menos de nueve meses. El sólo perdió unos pocos centenares de sus soldados, y tres poderosos ejércitos irlandeses huyeron a la desbandada tan pronto como se les acercaron las tropas de los puritanos. Si Cromwell hubiera dirigido su campaña con los métodos convencionales, habría tenido que combatir a tres ejércitos irlandeses. No cabe duda de que en ese caso también habría resultado vencedor, pero habría tenido que matar al menos a 30.000 irlandeses y él habría perdido 10.000 hombres durante los dos

o tres años que habría durado la guerra. En sus informes oficiales Cromwell asegura que con su forma de proceder había salvado muchas vidas[49]."

Esta autojustificación de Cromwell deja traslucir un conflicto de conciencia. La historia nos ofrece otros ejemplos parecidos.

Helena Valero[50], que fue durante largos años su prisionera, habla de los remordimientos de los belicosos indios waika a raíz de una masacre. La autora refiere los amargos reproches que se hacían los guerreros después de un ataque por sorpresa en el que también había asesinado a mujeres: "Sin embargo, el schamatari-tuschaua no era mala persona. De camino les increpó: '¿Por qué habéis matado a toda esa gente? ¡No teníais que haber matado a tantos!' Los hombres le contestaron: '¡Fuiste tú quien nos dijo que los matásemos a todos!' 'No era más que una forma de hablar. Allí había muy pocos hombres.' Pero los otros le replicaban: 'Pues hemos matado a unos pocos. La mayor parte estaban de caza. Aún les quedan mujeres que les darán otros hijos. Volverán a ser otra vez numerosos.' " Más adelante cuenta que los que habían matado estuvieron aislados durante cierto tiempo, sólo recibían determinados alimentos y no podían hablar con nadie. Más tarde la misma autora vio entre los namoeteri —otra tribu waika— que los guerreros se bañaban a diario y se frotaban el cuerpo con hojas ásperas "para purificarse más deprisa de su falta" Ya hemos dicho que este tipo de rituales expiatorios —repetidamente descritos— fueron interpretados por Freud como expresión de mala conciencia.

En una vieja obra di con el relato de un hombre que había participado en la matanza de bosquimanos[51].

---

[49] L. P. Edwards, *The natural history of revolution,* Chicago, 1970.

[50] E. Biocca. *Yanoama. Ein Weisses Mádchen in der Urwaidholle*. Berlín. 1972

[51] Los nuevos colonos y los bosquimanos nativos vivían entonces en un estado de guerra permanente. Los primeros se habían establecido como criadores de ganado vacuno en unas condiciones ambientales muy duras y consideraban a los segundos una plaga que amenazaba su existencia, pues los

"Aún me estremece pensar —contaba un respetable come-ta del Vela— en una de las primeras escenas de ese tipo que tuve que presenciar en mi juventud, al iniciarme en la milicia. Estaba encuadrado en un destacamento al mando de Karel Kotz. Habíamos atacado y matado a un nutrido grupo de bosquimanos. Cuando cesó el fuego hallamos aún a cinco mujeres con vida. Después de una larga deliberación, se acordó perdonarles la vida, pues siempre había bóers que necesitaban esclavas para ciertas tareas. Las desgraciadas criaturas recibieron la orden de caminar a paso ligero delante del destacamento, pero pronto nos dimos cuenta de que obstaculizaban nuestra marcha, pues eran incapaces de andar con la suficiente rapidez. Dieron la orden de matarlas a tiros. Se desarrolló entonces una escena que todavía me persigue la memoria. Las indefensas víctimas se abalanzaron hacia nosotros en cuanto descubrieron nuestras intenciones y se aferraron con tanta saña a algunos del grupo que durante mucho tiempo resultó imposible disparar sobre ellas sin poner en peligro la vida de los soldados a los que se habían agarrado. Cuatro de ellas fueron al fin eliminadas, pero la quinta no hubo manera de arrancarla de uno de nuestros camaradas, pues, presa de una angustia mortal, se aferraba a él con desesperación, así que tuvimos que acceder a sus ruegos de llevarse a la mujer a casa[52]."

---

bosquimanos —desde su propia óptica, con toda justicia — juzgaban de su prioridad las vacas que pastaban en sus tierras, las mataban y se las comían sin ningún tipo de inhibiciones. Se intentó conseguir un arreglo pacífico, pero sin éxito Lichtenstein escribe "Hace cuatro años, para satisfacerlos, se reunió de iodos los distritos del norte un rebaño de más de 1.600 ovejas y 30 cabezas de ganado vacuno y se les ofreció como un obsequio voluntario a los habitantes para que se acostumbrasen a administrar sus recursos, apacentasen los rebaños, criasen a sus hijos y comenzaran a llevar una vida ordenada. Sin embargo, la experiencia fracasó estrepitosamente. Dado que viven sin gobierno, sin residencia fija, sin normas sociales y que no conocen la propiedad privada, no tardaron en llegar sus compatriotas desde los más lejanos lugares y entre todos comieron y comieron hasta que no quedó nada."

[52] T. Hahn. *Die Baschmanner. 1870*.

Podríamos citar numerosos ejemplos similares. Se sabe que los soldados que recibían la orden de formar parte de un pelotón de ejecución se emborrachaban; muchos de ellos necesitaron posteriormente tratamiento psiquiátrico. La conciencia les atormentaba, aunque podían aducir un estado de necesidad (cumplir una orden). En determinadas circunstancias, el hombre se comporta con crueldad, pero su conciencia le persigue. Existen también personas a las que les es ajeno el amor, la compasión y la conciencia, pero se trata de caracteres patológicos.

Cuando un filtro normativo cultural se imbrica o se superpone a otro biológico, generando un conflicto entre ambos, el hombre experimenta esa discordancia y suscita en él una impresión de desagrado. Dado que lo innato es más sólido y opone mayor resistencia que lo adquirido a la modificabilidad, se origina una presión que exige la armonización de ambos filtros normativos. Cierto que somos capaces de obedecer una orden cultural aunque se oponga a otra biológica, pero la conciencia nos advierte de este conflicto. La conciencia se negará siempre a cumplir una orden cultural de asesinato, y si algún día —como esperamos— se consigue la paz mundial, será porque lo hemos deseado viva y espontáneamente atendiendo no única y exclusivamente a consideraciones basadas en la racionalidad y en el pragmatismo, sino a otros factores más poderosos: las normas que nos son innatas.

La norma cristiana de amar a nuestros enemigos es un intento de amoldar la norma cultural a la biológica.

Nuestra preferencia por la norma biológica “no matarás” es obvia. No cuestionamos dicha norma, puesto que en cuanto innata responde tanto al sentimiento como a la razón humana. Desde una perspectiva racional es también evidente que para los seres humanos resulta perjudicial a largo plazo dirimir los conflictos mediante guerras destructivas. La norma cultural “mata a tu enemigo” será cada día más difícil de defender debido a las crecientes posibilidades de comunicación. Los abundantes contactos, aunque no se efectúen cara a cara sino vehiculados por medios técnicos (como la televisión), susci-

tan en el hombre el convencimiento de que también el extraño es un congénere. De hecho, los seres humanos, por encima de la fragmentación cultural, tenemos un repertorio de comportamientos innatos idénticos hasta el más mínimo detalle. Desde el punto de vista de la biología del comportamiento somos una especie, y en consecuencia poseemos una base referencial común que nos permite encontramos y entendemos. Únicamente desde un plano cultural definimos a los otros como no-humanos y ya no podemos hacerlo con la conciencia tranquila. Los múltiples contactos con personas de las culturas más diversas han creado una conciencia vinculante del hombre como especie.

Pero ¿qué ocurre cuando la razón se inclina por una norma cultural y el sentimiento —como asentimiento subjetivo a una norma innata— se opone a ella?[53] ¿Cuál debe ser la decisión en ese caso? ¿Existe una jerarquía entre las normas?

El conflicto de normas lo hallamos ya en el ámbito biológico. A las pulsiones que urgen al animal a cuidar a sus crías pueden oponérseles otras: si el enemigo, por ejemplo, le parece demasiado poderoso, huirá en lugar de defender a sus cachorros: si el hambre le apremia, puede abandonarlos e incluso devorarlos. Cuando eso ocurre, al animal se le plantea un conflicto entre las normas que orientan su conducta: entre huir o atacar. La preponderancia de una determinada pulsión en el parlamento de los instintos depende entonces tanto del estado de ánimo del animal como de la fuerza de los estímulos desencadenantes.

En el hombre —como ya se ha apuntado— la obediencia y la compasión suelen entrar en conflicto, y los mencionados

[53] Un breve epigrama de Friedrith Schiller caracteriza muy bien la diferencia entre las reacciones que obedecen a normas innatas y las que dependen de otras desarrolladas por la razón. “Sirvo con agrado a los amigos, pero por desgracia lo hago de buen grado, así que no es extraño que a menudo me embargue la sensación de no ser virtuoso’. Mientras que la moralidad biológica responde a nuestras inclinaciones y es, por tanto permisiva, una moral basada en la razón puede ser también represiva, es decir, oponerse a nuestras inclinaciones.

experimentos de Milgram demuestran que la prevalencia de una de ambas motivaciones depende de la proximidad y de la jerarquía de la autoridad. Los intrusos o extraños desencadenan conflictos parecidos entre la compasión y la intolerancia.

Sin detenemos mucho a reflexionar, unas veces damos preferencia a la primera, otras a la segunda. Al igual que en el caso de los instintos, tampoco en el terreno de las normas existe una jerarquización rígida. Prima el relativismo. Al analizar los distintos contextos, el hombre es capaz de configurar la jerarquía y hacer prevalecer, por ejemplo, a la tolerancia sobre la intolerancia. Para aclarar todo esto, vamos a tratar de examinar sucintamente el valor de las normas en el ámbito cultural.

Existe abundante literatura filosófica sobre la relación de las normas innatas con las éticas; el intento de justificar la obligatoriedad de las normas data de muy antiguo. Los antropólogos han descrito numerosas culturas y sistemas de valores diferentes, y por ello hoy suelen inclinarse por el relativismo cultural y tienden a considerar las normas que dirigen el comportamiento del hombre como específicamente culturales y relativas. Esto es aplicable de hecho a muchas de las normas culturales; las biológicas, por el contrario, son universales.

El afán de justificar el derecho natural, así como los intentos de la Iglesia católica de percibir en la naturaleza la voluntad de Dios —Wickler trata con gran claridad este tema— revelan que en general el hombre considera a la norma universal la de obligatoriedad más acentuada.

Llegados a este punto surge un interrogante: ¿no se habrán desarrollado también normas culturales obligatorias universales? Kant se esforzó por erigir una moral basada en la razón, planteando la siguiente cuestión: ¿Se pueden elevar los axiomas en los que se asienta el proceder ético personal al rango de ley universal? O lo que es lo mismo: ¿Perturba el comportamiento la convivencia social? Podríamos reformular la pregunta relacionándola con el papel que el comportamiento desempeña en orden a la conservación de la especie y plantearla en estos términos: ¿Perjudicaría a la especie humana

que todos actuasen como yo estoy a punto de hacerlo? Si entendemos el concepto "especie humana" en sentido estricto, es decir, limitando la calidad de "persona" al seno del propio grupo, es obvio que surgen normas orientadas exclusivamente a la supervivencia del grupo que carecen, en consecuencia, de validez universal.

Por el contrario, si definimos ese mismo concepto desde una óptica biológica, abarcando a todas las razas, las normas tendrán vigencia universal. La norma cultural de la conservación de la especie ocupará una jerarquía superior a la de las normas culturalmente relativas. Se admiten estas últimas siempre que no se opongan al interés de la humanidad. Más aún: deberíamos preservar con mayor fuerza que hasta ahora el derecho a la vida personal cultural en el marco universal de la humanidad, por una serie de razones que voy a exponer a continuación.

En orden a la supervivencia, una evolución gobernada por la razón seguiría las mismas reglas que la biológica, pasaría por el mecanismo de la mutación y de la selección. La selección pondría también a prueba la contribución de una evolución cultural no dirigida por la razón a la conservación de la especie. Sin embargo, el proceso entraña riesgos. La selección considera un "error" todo lo que no da buen resultado y, por tanto, lo elimina: muchas especies han pagado este "error" con su desaparición. Una evolución gobernada por la razón puede preservarnos de tales errores.

Así, nuestra intolerancia con respecto a los *outsider* en el seno de nuestra sociedad pluralista no es en modo alguno adaptativa. La sociedad ha recibido un vigoroso impulso precisamente de muchos heterodoxos geniales. Con la ayuda de este conocimiento de causa y apoyados en nuestras inhibiciones biológicas de la agresión, estamos en disposición de controlar con eficacia la reacción frente al "extraño". Cuando se suscita un conflicto entre dos normas biológicas —que el hombre vivencia bajo la forma de intolerancia y compasión—, el conocimiento causal contribuye a hacer prevalecer la última.

La supervivencia constituye la base obligatoria de cualquier conducta, aunque por el momento no discutamos si se trata de la supervivencia de una cultura concreta, de un grupo racial o de toda la humanidad, porque en el fondo es una decisión ética. El hecho ya subrayado de que, por encima de las divergencias culturales, el hombre es idéntico en las pautas de comportamiento innatas más nimias, prueba que todavía somos una especie, y por consiguiente que nuestra meta debe ser la conservación de la humanidad. He aquí un argumento razonable: una guerra atómica pondría en peligro a la humanidad entera. La tesis de que no habría vencedores tiene apoyos muy sólidos.

La evolución futura de la humanidad podría estar dirigida por la razón si atendiéramos a la conservación de la especie y prescindiéramos del aprendizaje por ensayo y error, que está muy lejos de ser inteligente. Esta postura implica también riesgos, porque hasta ahora el tanteo a ciegas de todo el abanico de posibilidades ha sido un mecanismo evolutivo acreditado, que ha creado esos *hopeful monsters* gracias a los cuales se han abierto nuevos caminos evolutivos. La humanidad debe conservar cierta variabilidad adaptativa y someter a prueba a lo nuevo. Desde esta perspectiva, la integración global de todas las culturas, tan pregonada, resulta problemática, porque la desaparición de la multiplicidad limitaría las posibilidades evolutivas. Por lo tanto, parece también razonable tener en cuenta este punto de vista y tolerar sistemas de valores diferentes desde una perspectiva cultural, mientras no infrinjan la norma que es el motor de la conservación de la especie humana. El factor que cohesione y armonice al género humano no debe ser unívoco y exclusivo, sino que tiene que admitir en su seno a la tolerancia para que las nuevas ideas puedan ser probadas y acreditadas.

2. UN RITUAL FUNERARIO DE LAS MONTAÑAS DE NUEVA GUINEA

En agosto de 1972 dos tribus de los mbowamb entablaron un combate en cuyo transcurso murieron tres hombres. Los jika se habían apoderado de tierras de los yamaka (yamkapepka) y las habían labrado por la noche. El suceso había acaecido algunos meses atrás, y había que llegar a un arreglo pacífico que adoptaría la forma de trueque territorial. Los yamaka se atuvieron a lo acordado y cedieron tierras; sus rivales, por el contrario, no cumplieron los pactos y se burlaron de los yamaka[54]. El 11 de septiembre un yamaka resultó hendo, y esto desencadenó el conflicto. Al día siguiente, 400 yamaka y 600 jika se enzarzaron en un enfrentamiento en el que perdieron la vida un jika y dos yamaka. La lucha finalizó con la intervención de la policía, que al atardecer había desarmado a todos los contendientes y detenido a la mayoría. Durante los días 16 y 17 de septiembre yo filmé los funerales de los yamaka en Tega, un enclave situado a unas cinco millas al este de Mt. Hagen. Llevaban ya dos días de honras fúnebres, pero hasta el día de nuestra llegada no entregó la policía uno de los cadáveres a la comunidad. Durante el duelo, discursos y canciones comentaron los acontecimientos. Esos discursos, que nosotros grabamos, fueron traducidos por Martin Wimb, un mbowamb, bajo la supervisión de W. Straatmans de la Australian National University de Port Moresby. Los textos dan una idea de la mentalidad y actitud de una tribu papúa con respecto a la guerra y la paz. Por ello quisiera mencionarlos y describir la ceremonia.

Pero antes quiero dedicar unas líneas a las tribus de la zona montañosa de Hagen. A principios de la década de los treinta los hermanos Leahy llegaron a esos parajes en busca de oro. Trabaron contacto con un representante de la Administración australiana y construyeron cerca del actual Monte

[54] Todo según indicaciones de los yamaka, que, como es natural, refirieron el asunto desde una óptica partidista.

Hagen un aeródromo. Poco después, en 1934, llegó Peter W. Ross (misión católica), que aún vive hoy día en Hagen. También los luteranos inauguraron pronto sus misiones. El estallido de la Segunda Guerra Mundial interrumpió la pacificación del territorio, que no se reanudó hasta 1945. En la actualidad, la población está muy cristianizada, aunque no ha abandonado sus costumbres. Muchos trabajan en la Administración y en su vida cotidiana han adoptado la indumentaria, modales y monedas de los europeos.

Con ocasión de rituales como el Moka, el Tanim Hed (un ritual de propaganda) y los funerarios visten su traje tradicional, que la población rural lleva siempre. Quizás una característica de las tribus progresistas sea precisamente su negativa a tirar por la borda su cultura tradicional, sino que, por el contrario, gracias a una saludable dignidad personal conservan sus propias peculiaridades sin desdeñar el progreso. Este efecto positivo, no obstante, no debe encubrir las consecuencias nocivas del influjo europeo, la primera de ellas, el alcohol.

Cuando la mañana del 16 de septiembre llegamos a Tega, ya se había congregado un grupo de duelo en el centro de la plaza. El hijo de uno de los muertos permanecía acuclillado en el suelo con la cabeza baja mientras se lamentaba a gritos En torno suyo se acurrucaban unas cuantas mujeres que le dirigían palabras de consuelo, acariciaban al afligido y le pasaban las manos por los cabellos en ademán consolador. Hombres y mujeres paseaban alrededor de este grupo. Se habían untado el rostro y el torso con arcilla amarilla. A la cintura se ceñían un taparrabos confeccionado con hojas verdes *(Cordyline).* Algunas mujeres llevaban vestidos de corte occidental, y unos cuantos hombres, *shorts.* Las mujeres portaban en las manos capullos de *Cordyline;* los hombres habían sustituido las lanzas confiscadas por la policía por palos largos y aguzados. Cantaban a coro canciones dedicadas al muerto en las que alababan su hermosura y su destreza en las labores agrícolas.

Los visitantes afluían sin cesar formando pequeños grupos. Al fin se deshizo el corro del duelo, y hombres y mujeres se separaron en dos bloques, patearon el suelo sin moverse del sitio durante unos momentos mientras gritaban “ua-h, ua-h”, y a continuación los hombres, blandiendo sus palos y guiados por otros dos que abrían la marcha bailando una danza serpenteante, se abalanzaron sobre los visitantes, seguidos por el grupo de las mujeres. La conducta de los hombres simulaba un ataque, pero las mujeres les seguían agitando sus ramilletes de *Cordyline;* de este modo combinaban dos tipos de salutación: la amenazadora y la pacífica. Los guerreros y las mujeres rodeaban a los invitados y volvían a retroceder bailando hasta el grupo del duelo, mientras algunos escoltaban a los visitantes. Éstos comenzaron a proferir lamentos en voz alta al llegar junto a los integrantes del duelo, hombres y mujeres se mesaban los cabellos como si quisieran arrancarse mechones; unos cuantos hombres hacían lo mismo con su barba. Algunas mujeres lloraban amargamente hasta el punto de que las lágrimas dejaban profundos surcos en sus mejillas cubiertas de arcilla. Todos manifestaban sus sentimientos de una manera u otra. Por último abrazaron y acariciaron a los deudos del muerto. En el centro estaba situado un hombre joven, hijo del fallecido, que se levantaba cada vez que llegaban nuevos visitantes y se lamentaba en voz alta. Estos actos se repitieron durante los dos días. A primera hora de la tarde, los hombres se separaron en grupos; mientras uno de ellos pronunciaba un discurso, los oyentes acuclillados en el suelo desgranaban comentarios manifestando su aprobación. El orador de tumo caminaba excitado de un lado a otro, y en cuanto terminaba le sustituía uno nuevo.

El último día de duelo transcurrió igual que el anterior. A las 17 horas sacaron al féretro de la choza. La comitiva fúnebre se arremolinó a su alrededor mientras un recitador leía oraciones cristianas. Luego se llevaron el ataúd para enterrarlo.

Ese día ocurrió un pequeño incidente, que, sin embargo, se resolvió satisfactoriamente. Un hombre al que le molestaba

nuestra presencia desmontó un dispositivo de una cámara tomavistas y me indicó que me lo devolvería al marcharme; nuestras filmaciones le disgustaban. Nosotros le explicamos, con la ayuda de nuestro intérprete, que realizábamos películas científicas para universidades y colegios; que no habíamos acudido como turistas curiosos para satisfacer el deseo de experimentar sensaciones nuevas, sino movidos por el propósito de conocer los usos y costumbres de otros pueblos. Se congregó entonces a nuestro alrededor una serie de hombres y mujeres que desgranaron ante el magnetofón sus opiniones particulares, que resultaron instructivas.

Traducción de los discursos grabados clandestinamente con ocasión de los funerales

Primer orador (cinta magnetofónica 7)[55]:

“La tribu jika está mal y la tribu de los yamaka... (grabación alterada por el alboroto de los participantes en el duelo)... las otras tribus han matado a gente, pero yo no esperaba de ellos (los jika) que la matasen. Ahora, aquí, al sol, lloro a la víctima. Pero no cobraré venganza. Acepto con resignación que haya muerto uno de los míos y espero una ceremonia de compensación (pay *back ceremony)* en vez de una batalla.”

Segundo orador:

“Los jika y los yamaka luchan y sus gentes andan vagando por ahí como si no tuvieran casas ni cerdos. Pero hay algo que empeora todavía más la situación: la mayoría de los hombres están en la cárcel. Por eso, hermanos, ¡basta!; busquemos un arreglo amistoso. El hombre blanco nos trajo la ley y el orden; lleguemos, pues, a un acuerdo pacífico. Me apenan la gente, las mujeres y los niños. Hermanos, dejad de pelear y permitidnos llegar a un acuerdo pacífico.”

Tercer orador:

“Ya ha tenido lugar el combate[56]. Lo oí decir cuando era todavía un niño, y ahora veo en Hagen una lucha entre las

[55] Las cintas figuran archivadas con estos números.

[56] El orador se refiere a épocas pasadas.

tribus jika y yamaka, que destruirá la ley y el orden que trajo el hombre blanco. Mi gente y yo venimos de muy lejos, del "Gumach ringi"[57]. Hemos oído la historia terrible de una lucha dentro de una ciudad que alberga precisamente la Administración. Decidme vosotros, gentes de ciudad: ¿Cómo podéis esperar que nosotros cumplamos la ley y el orden? Ahora ha estallado la lucha en el corazón de Hagen, y todos los hombres han ido a la cárcel. Yo quisiera exhortar a las tribus vecinas de Hagen, a los monges, kimis, kulis, kukhkas, kelis y varias más, a velar por sus mujeres e hijos. Yo, el orador, soy del cabildo de Dei y voy a dar ahora libre curso a mis sentimientos. Las tribus vecinas tienen que tomar medidas para solucionar el asunto. Yo puedo hablar, pero no emprender cosas, porque vengo de muy lejos. Nosotros, los de las tribus lejanas, tenemos la impresión de que en la comarca de Hagen no sólo luchan los jika y los yamaka, sino todas las tribus. Los hombres que han participado en el combate, han abandonado sus bienes, sus mujeres y sus hijos y han ido a parar a la cárcel. Por eso quisiera pedir a todos los hombres aquí presentes que no estén complicados en el asunto que cuiden bien de ellos."

Cuarto orador:

"Sé apreciar cuanto has dicho[58]. Intentaré hacer lo que pueda. Tú vienes del cabildo de Dei; yo soy del cabildo de Hagen y procuraré hallar una solución. Siento lo mismo que tú..." (El discurso se toma incomprensible por las manifestaciones de duelo de los visitantes recién llegados. Se entonan cantos fúnebres, transcritos por el traductor como *mourning cry*. El texto traducido dice así:

"El sol se levanta por el Este. Y yo escucho, escucho la historia de las víctimas. Si este hombre es mi marido, si lo es realmente, ¿con quién voy a vivir? ¡Ay, mando mío! ¿Con

[57] No he logrado dar con el significado de ese nombre, sin duda geográfico.

[58] Se dirige al tercer orador.

quién voy a vivir? ¡Ay, mando mío...!” (El canto se prolonga hasta el final de la cinta.)

Traducción de la cinta magnetofónica n° 8

Primer orador:

“Los yamaka (son) una tribu sociable. Antes eran alborotadores, pero ahora son una tribu pequeña entre las grandes tribus. Veo que la tribu jika está buscando la ostentación porque es tan grande como la de los moge y con éstos debiera (medirse). ¿Por qué luchó con los yamaka, que son una tribu pequeña? Veo que la tribu jika tiene miedo de la tribu moge y por eso dio media vuelta y luchó con una tribu pequeña. Ahora oídme: los hombres han dejado mujeres, hijos, cerdos, cafetos y todo lo demás. Así que todas las tribus que no han participado en la lucha tienen que velar por lo que han dejado los hombres detenidos.”

Segundo orador:

“Tú (de los) menebi, tú (de la) tribu famosa y conocida, que aquí hablas. Te creo. Todo lo que has dicho es verdad. Eres *el hombre* y (de la) tribu (acertada) para hacer frente a otras cosas, pero yo creo que la ley y el orden son algo real. El gobierno está aquí, y pronto obtendremos la autonomía administrativa. No te preocupes por lo que dejaron los hombres que han sido encarcelados porque está seguro. Mira: ayer lucharon los jika y los yamaka; hoy (están) en la cárcel porque la ley y el gobierno son cosas muy poderosas. Así que de lo que deberíamos hablar es de cómo arreglar ahora bien (el asunto) y cómo mantener la ley y el orden...” (A partir de aquí, el discurso es intraducible, porque hablan varios individuos a la vez hasta que comienza el tercer orador.)

Tercer orador:

“Gentes, oídme. Aquí yace muerto el hombre Makura. Vosotros os desahogáis con palabras falsas. Mi tribu, a la que también pertenece la víctima, no es pequeña. Mi hermano Makura yace aquí muerto. Vosotros, los hombres jóvenes que habláis, no decís lo que yo quema, así que voy a hablar ahora yo, que soy un hombre viejo.” (Del fondo surge una voz mas-

culina que grita: “¡Viene la policía! ¡Por favor, tranquilizaos!” Los asistentes al duelo comienzan de repente a llorar y a gritar cuando llega la policía. La cinta sigue así hasta el final.)

Traducción de la cinta en la que los asistentes al duelo hablaron con nosotros por su propia voluntad, dirigiendo al mismo tiempo sus palabras a los demás.

Primer orador (cinta n.° 9, primera mitad):

“Walimulk Nori (jefe de la tribu jika que participó en el combate) ya reclamó para sí la tierra de Montila. Ahora quería además la tierra de Punthulk. Yo ya le cedí tierras. Yo me enfadé un poco cuando pretendió la tierra de Punthulk, porque tú (cambia a estilo directo) exigiste toda mi tierra, ¿dónde quieres que yo me vaya entonces? Así estalló la lucha. Yo fui para luchar por la tierra de Punthulk, pero Walimulk Nori mató a Makura, y ahora vuelvo a estar triste. Los que conocen a la víctima saben qué clase de hombre es (era) Makura, pero (para) los que no lo conocen: es un hombre al que los hombres de su tribu honran y respetan. Pero ahora lo han matado, y yo cuento mi historia, una historia que es registrada.”

Segundo orador:

“Ahora voy a establecer una ley. Ya lo hice cuando el *councellor* estuvo aquí. ¿No me preguntáis qué voy a hacer? Lo hago cuando los blancos o los indígenas me quieren llevar ante los tribunales. Y a la gente le parece bien. ¡Yo voy a repartir comida! Cuando el *councellor* estuvo aquí, dimos comida a estas gentes; ahora yo voy a hacer lo mismo en su ausencia. Por eso querría que todos escucharan y tomaran nota de mis palabras. Lo que yo hago no lo hacen los de la tribu jika ni los de ninguna otra tribu. Cuando el gran oficial llegue a las cuatro, tal como ha dispuesto el moge Paia, repartiré alimentos. Los europeos y los nativos tienen que venir a presenciarlo. Eso es todo.”

(Sigue un canto fúnebre. Lo inicia un hombre.)

"Todos los hombres han ido a la cárcel, y yo me quedé porque estaba enfermo. Voy a llorar en la radio (se refiere al magnetófono):

"Padre, no veo al hombre que te mató. Ese hombre ha matado y se marchó confundiéndose con los demás. ¡Oh! ¡Padre, padre! ¿Con quién voy a vivir?"

Un orador entrega en ese momento 30 dólares a los que están de luto y se disculpa por dar una cantidad tan exigua, aduciendo que su *councellor está* encarcelado. Entonces las mujeres comienzan a entonar un canto fúnebre. Primero describen el suceso (cinta n.° 9, segunda mitad):

"Todos los hombres y los muchachos yamaka pepka de nuestro pueblo han ido a la cárcel. Ahora no hay hombre alguno en nuestro pueblo: sólo nosotras, las mujeres casadas del clan yamaka pepka, nos hemos reunido aquí. No hay hombres para cumplir la tarea de los hombres en vez de dedicarse a afligirse por la muerte y a saludar a los visitantes que acuden para participar en los funerales. Nosotras, las mujeres casadas, hacemos lo que normalmente hacen los hombres en ceremonias semejantes. Lloramos por los hombres que están en la cárcel. Ahora cantaremos cantos fúnebres. Mi nombre es Vunt y mi padre se llama Muramul. He aquí el canto fúnebre:

"Padre, que querías poseer la tierra de Punthulk
eh... eh... eh... eh...
"Tu niño está triste y solo, eh... ¿Qué he de hacer?
eh... eh... eh... eh...
"Las huellas de padre conducen al Oeste, a Punthulk
eh... eh... eh... eh...
"Los hombres del enemigo tenían manos hábiles
eh... eh... eh... eh...
"Padre, tú que querías poseer la tierra de Punthulk.
eh... eh... eh... eh...
"Tu niño está triste y solo, ¿qué he de hacer?"
(Se repite una y otra vez)

Vuelve a hablar:

"Es suficiente: si yo fuera hombre, habría luchado con los hombres y habría ido a la cárcel como ellos. Pero he nacido mujer y ahora sufro; sufro por mi padre y lloro. Ahora llorarán dos mujeres de mis hermanos.

"En nuestro pueblo hay muchos hombres que prestan atención a la ley y al orden. Nosotras, las mujeres que estamos casadas con esos hombres del clan y sus hermanas, somos siempre felices. Ahora nos ha sobrevenido este disgusto, pero nuestro *councellor* no tenía mala fama, y ese disgusto inesperado lo ha llevado a la cárcel de Madang, y nosotras, mujeres que estamos casadas con sus hijos, sufrimos mucho con él y lloraremos. Me llamo Kagle de Ronidan."

"Sólo Kagle dice: Jika, Nori, Nema y Kalimba (jefes de la tribu ene miga) han reclamado toda la tierra yamaka y han tomado toda la tierra. Nosotros (yamakas) les hemos dado cerdos, que ellos aceptaron. Debían darse por satisfechos, pero ahora se han vuelto contra nosotros y han matado a Pangal. No sabemos por qué estaban hambrientos y le mataron. Nunca les hemos desatendido. Ahora los hombres de casa han ido a la cárcel."

"Antes combatían los yika y el resto de los yamaka, pero ningún yamaka pepka participó en la lucha. Ahora han matado a Mappulk Pangal y los hombres del clan, todos y cada uno, han ido a la cárcel."

"Nosotras, las mujeres, hacemos ahora lo que normalmente hacen los hombres en este tipo de ceremonias, y yo creo que cuando los visitantes regresen a sus hogares contarán a las gentes la extraña conducta de nosotras, las mujeres, que saludamos (a los visitantes) y lloramos a los muertos. El kiap[59] está aquí, por eso no volveremos a luchar a causa de los muertos. Pero aún pensamos en Kul Ponya, que se dirige a Tambeka, que mató a nuestro hombre y se dirige a Tambeka. Eso es todo."

Sigue un canto fúnebre:

---

[59] Nombre primitivo dado a los oficiales de patrulla. Aquí designa a la Administración.

"Mi nombre es Rangil. Basta.

"¡Hola, hombre Kainip! Yo habría tenido que guardarlo en un recipiente especial[60]. Eh... Hola, esposo mío, eh... esposo, ¿esposo, con quién voy a vivir (ahora)? Hombre de los Walimil. Noki mató y fue a Madang eh... eh... Yo sólo he oído la historia. Oh... eh... eh..." (se repite).

Habla un hombre:

"Yo, como yamaka que soy, un gran hombre yamaka, trabajo y obedezco a la ley y el orden. Fui bautizado por la misión de los luteranos, y todas (mis) gentes se han reunido para vivir juntos en pueblos que, se componen de filas de casas.

"Yo, como yamaka, saludé la llegada del hombre blanco. Me alegré por la paz que trajo el hombre blanco. Todavía no me he asentado definitivamente, pero desde que llegó el hombre blanco, vivo bien y disfruto de mejor vida, pero Jika Nori me molesta (descompone)[61]. La disputa entre Jika Nori y yo, Yamaka Kera, estalló donde la tribu yamaka tiene su origen. Yo he buscado la paz y he aumentado la población de los yamaka con muchos hijos. Ahora la tribu de Nori ha matado a mi primer hijo, y yo soy el padre que llora a su primer hijo. Jika Nori y Nema tienen la culpa de que muriera la víctima Pangal. Ahora nos ha sobrevenido la desgracia o la lucha, y mis hermanos e hijos están en la cárcel, y yo sufro por ellos. Yo Yamaka Nang lo digo. Nada más."

Otro orador:

"Mi nombre es Yamaka Kundump Kumbati. Mi hermano ha sido asesinado, por eso comienzo a lamentarme. Hijo, eh... Kul Porya mató (al) hijo eh..., hijo eh..., hijo eh... Rakim Bhong ha matado. Hijo eh... hijo eh... hijo eh... Sería aquí el primer hijo, si lo restituyese. Hijo eh... hijo eh... hijo eh... Hijo al que ellos mataron sin que nos vengásemos, hijo eh... hijo eh... hijo eh..." (Todo el grupo canta machaconamente.)

---

[60] Habría tenido que cuidar mejor de él.

[61] Quiere decir la tribu de los yamaka.

Tanto los discursos de la comitiva fúnebre, que grabamos sin que lo advirtiesen, como los que pronunciaron los oradores por su propia voluntad, revelan claramente un deseo de paz y orden. En este territorio el europeo es considerado un pacificador: cuando tras la Segunda Guerra Mundial la Administración australiana pacificó a las tribus belicosas, lo consiguió sin recurrir a la violencia, utilizando el poder de convicción y la seguridad que proporcionaban la Misión y las patrullas gubernamentales. Hay un hecho que llama la atención; los discursos fúnebres apenas destilan odio; se lamenta el conflicto, se proponen compensaciones pecuniarias y sólo unos pocos dejan traslucir sus proyectos de vengarse.

De los discursos se desprende además que incluso los visitantes de otras tribus, no implicados directamente en el conflicto, lo lamentan y hacen reproches a los participantes. “Si vosotros os comportáis así en las cercanías de la Administración, ¿cómo van a mantener la paz las tribus que están lejos de ella?” Se menciona con insistencia a las mujeres y a los niños que sufren. Un orador exhorta a las tribus amigas a cuidar de las mujeres y niños desamparados mientras sus maridos permanezcan encarcelados. Sin embargo, le contestan que no es necesario, porque la Administración se ocupa del orden. Parece como si los yamaka fueran demasiado orgullosos para aceptar semejante ayuda, aunque quizás el rechazo del ofrecimiento se deba a la desconfianza. En mi opinión es muy notable que las manifestaciones de los afectados demuestren tajantemente que fue la posesión de la tierra lo que desencadenó el conflicto.

Las cintas que grabamos revelan una mentalidad y una sensibilidad muy parecidas a las de nuestra cultura, en la que la paz ocupa un lugar de privilegio dentro de la escala de valores.

3. CONTROLES DE LA AGRESION INTERGRUPAL

a) Ritualización de la guerra

En un paralelismo sorprendente con la ritualización de la agresión dentro del mundo animal, también en el ámbito de la agresión intergrupal humana comienza a vislumbrarse una evolución hacia la guerra incruenta. Es decir, se están desarrollando reglas que impiden a los bandos beligerantes infligirse pérdidas en vidas humanas demasiado grandes. Dichas reglas prescriben el modo de abrir las hostilidades —por ejemplo: mediante una declaración formal de guerra— para evitar que el enemigo sea cogido por sorpresa. A menudo se llega a un acuerdo para distinguir entre guerreros y no guerreros (civiles). No se combate contra las personas desarmadas. Es posible incluso limitar los efectos de la lucha entre hombres armados no recurriendo a todos los medios de destrucción disponibles, sino utilizando únicamente aquellos que provoquen una destrucción restringida. Quiero recordar que los dani emplean flechas sin plumas que se desvían de su trayectoria mucho más que las que llevan ese aditamento; de ese modo se reduce el número de tiros certeros. Otras reglas establecen la forma de plantear la rendición y el trato que se les debe dispensar a los prisioneros. Los acuerdos y convenios regulan asimismo la firma de la paz, la reparación y la reconciliación. Finalmente, el hombre desarrolla otros modelos para solucionar los conflictos, de manera que la guerra sea siempre el último recurso.

Esta serie de reglas no ha sido un invento de los llamados pueblos civilizados. Entre los mumgin de Australia existían combates ritualizados con los que intentaban dirimir las rencillas del modo más incruento posible y en consecuencia establecer la paz. Cuando un grupo había herido o matado a un miembro de otro grupo y el paso del tiempo había apaciguado los ánimos, el grupo que pedía el desagravio enviaba un emisario a sus rivales informándoles que ya estaban dispuestos

para el “makarata”[62]. Si la propuesta es aceptada, ambos grupos se reúnen. Los guerreros, pintados de blanco, se colocan con sus lanzas unos frente a otros. Como medida de seguridad (para el caso de que la lucha se les vaya de las manos) se busca un terreno boscoso, por si tienen que batirse en retirada. Entonces el grupo desafiador se acerca bailando a sus enemigos, entonando cánticos referidos a sus antepasados totémicos. A continuación se dan la vuelta sin más ceremonias y retroceden hasta el punto de partida. Los rivales ejecutan la misma danza. Cuando los contendientes se sitúan en sus posiciones iniciales, comienza el combate. Los desafiados que son amigos del asesino y le han alentado (sin participar directamente en el crimen) echan a correr por el centro del campo de batalla. A cada uno de ellos le acompañan dos miembros de su mismo grupo que tienen parientes próximos en el bando rival. El miedo a herir a un amigo evita que las lanzas se arrojen con demasiada fuerza. Los acompañantes procuran abatir las lanzas para que no alcancen su blanco. Además, esas armas arrojadizas han perdido su poder destructivo, pues antes de lanzarlas se les han quitado las puntas de piedra. Los agraviados del clan desafiador arrojan sus lanzas uno tras otro, y ejecutan esta acción en proporción al agravio que sienten. Mientras unos tiran, otros insultan al enemigo, que no puede responder. Por último, los ancianos del clan desafiante dictaminan el final de la lucha.

En ese momento salen a la arena los miembros implicados directamente en el asesinato y les tiran lanzas con la punta de piedra. No obstante, los ancianos exhortan a los que disparan para que procuren no matar a nadie. Los ancianos del bando rival apaciguan también los ánimos y recomiendan a los hombres que soporten con serenidad los insultos y no recurran a las lanzas, pues a fin de cuentas son los culpables. Cuando los ofendidos se sienten satisfechos, ambos grupos danzan uno tras otro. Al asesino se le atraviesa el muslo de un lanzazo, y ahí termina el conflicto. El asesino, una vez recu-

[62] Nombre específico de ese tipo de lucha.

perado, puede visitar sin peligro alguno el territorio enemigo. De todos modos, una herida superficial puede indicar que el otro grupo no se da por satisfecho con esta venganza. Apenas ha sido herido el asesino, todos danzan juntos para dar a entender que de nuevo reina la paz.

Rappaport ha descrito las guerras extraordinariamente ritualizadas de los tsembaga (uno de los grupos de lengua maring) de Nueva Guinea. Las guerras entre dos facciones tsembaga suelen deberse a una pelea entre individuos aislados, en cuyo transcurso alguno resulta herido o muerto. Este tipo de incidentes pueden desencadenar una guerra, pero el conflicto admite también una solución pacífica.

Si los enemigos pertenecen a subclanes diferentes del mismo clan y habitan un territorio comunal, cabe una solución incruenta del conflicto. Cuando en cierta ocasión los tomegai y los merkai, clanes muy vinculados entre sí, se enfrentaron, los miembros de un tercer clan se interpusieron entre sus escudos y les reprendieron diciéndoles que era impropio de hermanos pelearse; luego les pidieron encarecidamente que interrumpieran el combate, cosa que hicieron inmediatamente.

Como hemos dicho antes (pág. 141), la intervención de terceros que asumen el papel de pacificadores y mediadores resulta decisiva ya en el conflicto intragrupal individualizado.

Para solucionar el conflicto intergrupal, las personas recurren claramente a pautas de comportamiento que han demostrado su eficacia en las pugnas intragrupales y que quizá respondan incluso a pautas de reacción innatas. Los tsembaga impiden de ese modo guerras fratricidas entre grupos que han establecido relaciones de parentesco por medio de múltiples casamientos. Una consecuencia interesante de la exogamia es que, a través de los matrimonios, los grupos se vinculan entre sí y esos lazos que se crean ayudan a impedir los conflictos. Distintos autores opinan que la génesis de la exogamia se debe a su función generadora de alianzas. Es evidente que el matrimonio, por ejemplo, de las casas reales, ha fortalecido el

sistema de alianzas, incluso entre las culturas más desarrolladas.

De todos modos, entre los tsembaga el arreglo pacífico del conflicto es mucho más difícil cuando se trata de grupos vecinos que no tienen derecho a la tierra no cultivada de un territorio común, aunque los grupos mantengan relaciones amistosas y estén emparentados por lazos matrimoniales. Al reducirse el parentesco, se reducen asimismo los canales disponibles para intentar un arreglo pacífico. Estos grupos muestran también una división más nítida, de manera que en caso de conflicto el orden interno del grupo no sufre graves perturbaciones. Si, por el contrario, existen muchos vínculos de parentesco con el grupo rival, el conflicto perjudicaría gravemente la armonía interna al tener que enfrentarse los parientes entre sí.

Las guerras intergrupales se basan en la reciprocidad: cada muerto del propio bando tiene que compensarse en el opuesto, y mientras esto no sucede, la paz es imposible. El cese de las hostilidades tiene más bien el carácter de una tregua. Dado que la compensación o igualación numérica resulta difícil de alcanzar, las guerras se alargan y cada *round* —por usar la terminología de Rappaport— lleva en su seno el germen del siguiente. No obstante, existen mecanismos que ayudan a eludir esta ley y atenúan de este modo las consecuencias del conflicto. Por ejemplo: cuando moría un enemigo y había varios hombres obligados a tomar una venganza cruenta, cada uno de ellos podía anotarse dicha muerte y por consiguiente considerar saldada su deuda de sangre. La guerra también puede extenderse, pues se responsabiliza de una muerte al otro grupo en bloque y por tanto se intentará matar a cualquiera de sus miembros, arrastrando al conflicto a personas que antes no estaban implicadas en el mismo.

Los combatientes son individuos de los grupos locales entre los que ha estallado la querella, y además aliados reclutados en otros pueblos cercanos. Están casi siempre emparentados por vía matrimonial con los miembros de los bandos en pugna. Si muere uno de los aliados, la responsabilidad no recae sobre el enemigo, sino sobre el grupo del que era aliado.

Éste está obligado entonces a entregar una mujer a la familia del muerto, y su primer hijo llevará el nombre del caído. El hecho de que no se responsabilice al enemigo de la muerte de un aliado contribuye, sin duda, a impedir una escalada de la guerra.

Las guerras suelen iniciarse con un "combate en tono menor". El grupo damnificado avisa al enemigo para que se sitúe en un campo de batalla determinado. Es decir: existe una declaración formal de guerra, y se le concede al rival uno o dos días de plazo para prepararse. Los preparativos incluyen la limpieza de la maleza en el campo de batalla, tarea que se reparten ambos bandos. Si un grupo se presenta mientras el otro está trabajando, se retira y espera a que termine. La noche anterior al combate un chamán en trance informa a los antepasados de la empresa que van a llevar a cabo y recaba su ayuda. Hay un ritual muy curioso sobre el sudor: el hechicero coge la mano de cada guerrero y se limpia con ella el sudor de las axilas. Magos especiales pronuncian conjuros sobre las armas. Otros encantamientos protegen al guerrero y le quitan el miedo.

En los primeros compases de la lucha, los tsembaga utilizan únicamente flechas y azagayas. Las flechas carecen de plumas y en raras ocasiones resultan mortales. Según Rappaport estas escaramuzas relativamente inofensivas son un intento de solucionar el conflicto de la manera más incruenta posible. Por esta razón los combates menores se prolongan durante varios días, contribuyendo a enfriar los ánimos acalorados. Además, los aliados, que no tienen interés directo en el conflicto, procuran ejercer una influencia moderadora. A lo largo de esta fase de escaramuzas los grupos o individuos neutrales, es decir, aquellos que no mantienen relaciones de amistad con ninguno de los contendientes, intensifican sus esfuerzos como mediadores.

Cuando los clanes de los dimbagai-yimyigai y de los merkai, pertenecientes ambos a la tribu tsembaga, luchaban entre sí, los neutrales se situaban en una pequeña loma desde la que divisaban el campo de batalla, y recriminaban a los conten-

dientes diciéndoles que estaba muy mal que los hermanos peleasen, les exigían que abandonasen el campo y les tiraban piedras. Todo esto recuerda mucho las pautas de comportamiento que también ponen en juego los Estados modernos.

Durante la fase de escaramuzas los enemigos se acercan por último hasta una distancia que les permite hablar. Con burlas e insultos liberan su cólera sin causar daños físicos y además negocian y buscan un arreglo pacífico. Durante esta fase permanecen abiertas todas estas posibilidades. Al mismo tiempo, los rivales miden sus fuerzas, y en determinado momento pueden descubrir que, en el caso de una lucha en serio, no estañan a la altura del contrario, lo cual les obliga a buscar la paz. Cuando uno de los bandos se niega en redondo a la reconciliación, se desemboca en la "lucha auténtica o real", en la que se utilizan hachas y lanzas.

Se inicia también con rituales específicos que no voy a detallar aquí. Piedras de combate[63] especiales, que hasta entonces permanecían guardadas en un saco sobre el suelo de una casa de reducidas dimensiones, se cuelgan del poste central de la cabaña. Con ese acto el grupo agradece de antemano a los antepasados y aliados su ayuda en el combate real que se avecina, deuda que más adelante saldarán con rituales especiales. Se sacrifican también dos cerdos y se invoca a los espíritus.

Los miembros del otro grupo calificados hasta ese momento de hermanos —si mantenían lazos de amistad—, se convierten formalmente en "hombres con hacha", es decir, en enemigos. En lo sucesivo únicamente podrán tocar al enemigo durante el combate; ya no podrán hablarle, ni mirarle a la cara, ni comer los alimentos que hayan sido plantados por él (Quiero recordar al respecto lo dicho anteriormente sobre las barreras comunicativas). Se imponen asimismo ciertas restricciones al trato social con los aliados del bando contrario. Una vez que se ha optado por emprender una guerra en serio,

---

[63] Pequeños morteros de piedra y sus correspondientes manos, vestigios de antiguos pobladores extinguidos. Se les atribuyen propiedades mágicas.

se desvanece cualquier posibilidad de conseguir una solución rápida del conflicto.

En el transcurso de los rituales preparatorios las chamanes indican a su clan los enemigos que son fáciles de matar y los miembros amenazados del propio grupo, argumentando que dicho conocimiento procede de los espíritus. Hemos de resaltar aquí un aspecto interesante de la ritualización: nunca señalan demasiados enemigos como víctimas, sino que dejan entrever que hay que conformarse con el número indicado. Así se establece una tosca *killing quota* (Rappaport). Al mismo tiempo, los chamanes centran la atención del propio grupo en personas muy concretas del bando rival.

Los guerreros deben obedecer una serie de prohibiciones. Antes del combate comen tocino salado, pero se les impide beber: la sed les obligará, en definitiva, a concluir el combate.

Las luchas "de verdad" son también moderadas en sus inicios. El poderío de ambos bandos es, más o menos, similar. En consecuencia, esperan a que los aliados abandonen al contrario, cosa que ocurre cuando el combate se prolonga demasiado. Cuando uno de los dos bandos ha quedado en mayoría, lanza un ataque masivo. En ocasiones el grupo que ha sido abandonado por los aliados elude la lucha, reúne a sus mujeres, niños y cerdos y huye de su territorio.

Los combates pueden durar semanas enteras Cuando muere algún guerrero, la lucha se interrumpe para que todos los miembros del grupo al que pertenece el muerto puedan participar en los rituales del duelo y del entierro. Entretanto, el guerrero que ha provocado la muerte practica determinados ritos. Todos estos actos duran unos dos días. Sin embargo, la tregua, por lo general, suele prolongarse varias jomadas más, que se aprovechan para cuidar los huertos más desatendidos. Antes de reanudar la lucha, ambos bandos sacrifican otros dos cerdos a los espíritus. Si un guerrero ha resultado malherido, se deja de combatir durante varios días. Estas pausas contribuyen a serenar los ánimos y posibilitan la reanudación de las negociaciones.

La guerra se puede interrumpir con un armisticio. A veces el enemigo es puesto en fuga: es entonces cuando sufre las mayores pérdidas, pues los vencedores matan a cuantos se cruzan en su camino, hasta a las mujeres y a los niños. Luego devastan los campos de los vencidos, aunque por regla general no toman posesión del territorio inmediatamente después de la victoria.

Los rituales del armisticio los realiza cada bando beligerante por separado. Ofrecen sacrificios a los espíritus y plantan una liliácea del género *Cordyline*[64].

Cuando un grupo es expulsado de su territorio, planta *Cordyline* en el de los amigos que le han acogido. Además de este ritual vegetal, practican otro: sacrifican un cerdo e invitan a los espíritus de los antepasados a abandonar el territorio patrio y a trasladarse al nuevo. Esta práctica equivale a una renuncia del territorio y es un requisito previo para que el enemigo proceda a ocuparlo.

Al principio, la paz tiene carácter de armisticio. Las piedras de combate siguen colgadas del poste central de la cabaña. Se observan también una serie de tabúes. El armisticio puede durar años. Durante este período ambos bandos se dedican a la cría de cerdos. Cuando un grupo ha reunido suficientes animales, organiza una fiesta del cerdo e invita a ella a sus aliados. La fiesta se prolonga muchos meses y se practican numerosos rituales. Al iniciarse, por ejemplo, se colocan mojones fronterizos. Si un enemigo derrotado, en vez de regresar a su territorio, planta *Cordyline* en algún otro lugar, se supone que también los antepasados se han trasladado y en consecuencia levantan los postes fronterizos en territorio ajeno. Luego preparan un sitio para bailar y arrancan de raíz las *Cordyline* que han plantado. Ya puede comenzar la verdadera fiesta *(kaiko).* Como primera medida sitúan de nuevo las piedras de combate sobre el suelo de la cabaña, significando

[64] Mientras dura el crecimiento de esta planta ritual, el grupo no puede participar en verdaderos combates. Si a pesar de todo quiere emprenderlos, tiene que arrancar antes las plantas de raíz.

con este gesto que a partir de entonces se permite el contacto con el enemigo. Durante la fiesta bailan los visitantes, mientras sus mujeres e hijos se mezclan con los espectadores. A continuación danzan los anfitriones; previamente los chamanes han pronunciado ciertos conjuros para que no sean superados en la exhibición por los invitados. Los encantamientos tienen también otro objeto: impresionar a las jóvenes que han acudido con los invitados para que elijan a sus parejas entre los danzantes.

En el momento culminante de la fiesta se rompen ciertos tabúes, sobre todo los que prohibían la relación social con los enemigos y sus aliados. Recordemos que los contactos sociales habían quedado prohibidos después de declararse la guerra en serio colgando las piedras de combate del poste central de la cabaña. No se podía entrar en las chozas del enemigo, ni cocinar en el mismo fuego, ni tomar alimentos que crecieran en el territorio de enemigo. Sin embargo, en esos momentos ambos grupos vivencian los tabúes como una carga, puesto que están unidos por numerosos vínculos matrimoniales. La fiesta concluye con el acto de condecorar públicamente a los guerreros.

Quizá los combates se reanuden algunos meses después de la fiesta. Sin embargo, el dilatado período transcurrido entre la plantación de las *Cordyline* y la fiesta del cerdo ha serenado los ánimos; ahora existen fundadas esperanzas de lograr un acuerdo pacífico. Para restablecer la paz se necesitan cerdos; es decir: habrá que esperar todavía de dos a tres años, pues la fiesta ha agotado las existencias. Para concluir la paz, los bandos rivales se encuentran en la frontera acompañados de sus mujeres y de sus hijos, y se intercambian hígado de cerdo y mujeres o bien se las promete con los antiguos enemigos.

Por cada muerto se intercambian mutuamente una mujer, lo cual implica el establecimiento de vínculos de parentesco proporcionales a las pérdidas de vidas, hecho que constituye un excelente seguro para impedir escaladas bélicas futuras.

A lo largo del conflicto menudean los intentos para llegar a un acuerdo e impedir una escalada. Finalmente, cuando la

guerra es ya inevitable, se procura dejar abiertas las puertas para entablar nuevos contactos. Mientras dura el enfrentamiento se negocia con verdadero afán y se aprovechan todas las oportunidades para firmar la paz. Se prescinde, en principio, del verdadero combate y se practican luchas ritualizadas; más adelante se intercalan períodos de tregua que propician el apaciguamiento, cuya máxima duración está garantizada por la plantación y crecimiento de *Cordyline.* Al final, los tabúes que impiden las relaciones sociales de amistad llegan a vivenciarse como una pesada carga, dado que separan a los parientes. Esto fuerza aún más a concluir la paz. Cuando ésta se consigue, los vínculos se fortalecen por medio de matrimonios, que serán proporcionales al número de muertos.

b) La mediación de terceros

Es notable la intervención de terceros, que siempre condenan el combate como algo nocivo. Carecen, sin embargo, de autoridad. Su actuación se limita a intentar convencer; no están en disposición de forzar un armisticio. Aquí parece radicar la verdadera razón de lo dificultoso que resulta a menudo solucionar los conflictos intergrupales. Mientras que en el mundo animal y en el humano en el ámbito de las relaciones intragrupales la paz la garantiza la autoridad basada en un sistema jerarquizado y la intervención de los individuos de mayor rango (en los Estados modernos esta función ha sido transferida a instituciones específicas que preservan el orden —policía—), esta evolución apenas está en mantillas en el ámbito de la relación intergrupal.

La intervención de terceros puede tener éxito e impedir de hecho una escalada del conflicto, como lo demuestran los datos recogidos entre las tribus hagenberg de Nueva Guinea. Owa, un miembro de la tribu tika, abusó de la esposa de otro hombre de la misma tribu. Acto seguido este último violó a la mujer del primero. Poco después las familias se pusieron en pie de guerra, pero otros jefes se interpusieron y mantuvieron las lanzas en cruz. En esta situación ninguno de los dos ban-

dos osa atacar, pues este gesto les obliga a negociar; en el ejemplo citado las familias en pugna se reconciliaron y se intercambiaron cerdos a modo de ofrenda y como señal de expiación. Los jefes que tienen la facultad de dirimir querellas son muy respetados y estimados. Strathem recoge a este respecto las palabras de un miembro de los hagenberg:

"Nimb era uno de los grandes hombres más importantes de mi clan, y tomó cinco esposas. Era un extraordinario pacificador. Era tan capaz a la hora de restablecer la paz porque atemorizaba a todos los hombres... Cuando el clan kokei luchaba contra los yamka, él les prohibió proseguir la lucha y ellos obedecieron. Protegió a la tribu mundika y a los nangka kwipanggil. A los que amenazaban con la guerra solía regalarles conchas y cerdos, y les decía que no había motivos para reñir puesto que todos eran sobrinos y hermanos. Interrumpía los combates apenas se habían iniciado..."

Los "grandes hombres" eran respetados sobre todo por su capacidad para restablecer la paz. De todos modos, si la guerra se había cobrado víctimas, había que llegar a una igualación compensatoria como requisito previo para discutir la paz. No se podían compensar los muertos por medios económicos. Única y exclusivamente cuando el número de bajas era el mismo, se acostumbraba decir: "Ahora estamos iguales. Ya podemos mirarnos cara a cara." La Administración australiana introdujo la norma de pagar una reparación en especie (cerdos) por los muertos, medida que desde entonces han adoptado las tribus hagenberg.

"Antes combatíamos y nos matábamos unos a otros, y esto era malo. Ahora han llegado tiempos mejores y tenemos la posibilidad de pagar por los muertos..." Las fiestas Moka —de las que ya tendremos ocasión de hablar— contribuyen poderosamente a esa reconciliación. El deseo de paz que manifiesta la declaración que acabamos de citar lo expresan también los discursos fúnebres anteriormente citados.

c) La conclusión formal de la paz

Merece especial atención el hecho de que desde estadios evolutivos muy tempranos aparece prevista la conclusión formal de la paz. Esto supone un punto final y al mismo tiempo un punto de partida hacia el futuro. A aquellos que quieran entender las leyes que configuran los rituales culturales les resultarán muy instructivas las pautas que siguen los pueblos primitivos para establecer la paz. Muchos de los rituales se basan en disposiciones innatas, por ejemplo, el intercambio de regalos (véase más adelante) y la comida en común. Además, con los intercambios conyugales se han desarrollado mecanismos puramente culturales.

Si se quiere finalizar una guerra, primero hay que comunicarle este propósito al enemigo. Esto se puede hacer de diferentes maneras. Los jalé (Irán Occidental) manifiestan su deseo de firmar la paz mediante estrofas estandarizadas dirigidas al enemigo. Koch refiere que el bando que busca la paz canta siempre una estrofa estándar concreta:

"Mala cosa es combatir, y así es la guerra.
Estaremos juntos como árboles,
como los árboles de Fungfung[65],
como los árboles de Jelen[66]."

Al mismo tiempo los jalé intentan negar su culpa y recurren al chivo expiatorio:

¡Weli[67], tuya es la culpa!
¡Weli, a ti hay que imputártelo!
Los fuegos han destruido el agua del río[68],
los fuegos han destruido el río Sévé,
los fuegos han destruido el río Jaxolé.

---

[65] Lugar ubicado en las crestas de las montañas situadas entre los valles de los grupos rivales.

[66] Lugar ubicado en las crestas de las montañas situadas entre los valles de los grupos rivales.

[67] Individuo que empezó la guerra.

[68] Con otras palabras: muchas personas y cerdos se perdieron en esta guerra.

¡Weli, tuya es la culpa!
¡Weli, a ti hay que imputártelo!

Los papuas kiwai comunican al enemigo su deseo de paz colocando una rama en la vereda que desemboca en el poblado enemigo. Si los rivales aceptan la oferta, colocan a su vez otra rama; si la rechazan, giran la rama que han dejado sus contrarios en dirección a su poblado. Depositan además palitos en la senda, significando con ellos el número de enemigos que se proponen matar antes de iniciar las negociaciones de paz.

Una vez aceptada la oferta, unos cuantos hombres se dirigen, acompañados por sus mujeres, al poblado vecino. Las mujeres les preceden. En esta tribu, el llevar consigo a las mujeres es una norma convenida que demuestra intención pacífica; de todas maneras, la acogida es amistosa, al menos en este primer encuentro. Los hombres, como señal de paz, rompen sus aguzados cuchillos e intercambian sus brazaletes. Por la noche, los anfitriones duermen con las mujeres de los visitantes (costumbre denominada "la extinción del fuego"). Posteriormente, los anfitriones devuelven la visita, que transcurre según el mismo modelo. Beben juntos y declaran finalizadas las hostilidades. Como compensación por los muertos, se entrega en matrimonio a algunas muchachas a sus parientes próximos.

Las tribus hagenberg conciertan la paz de manera parecida. Cuando el número de muertos se ha igualado en ambos bandos, la guerra va languideciendo paulatinamente. Es el momento de acordar la paz. Se celebran negociaciones, se practican intercambios de carne de cerdo y se promete solemnemente la paz. Para ello ambos grupos se sientan frente a frente con las lanzas cruzadas, y los mediadores entre ellos, también con las lanzas cruzadas. Cuando se ha hecho la promesa, los rivales se sientan a la vez en el suelo. La promesa en sí adopta la forma de diálogo:

Bando A: ¡Los pájaros Towa y Kopetla tienen que dejar otra vez sus huellas!

Bando B: ¡Los pájaros Towa y Kopetla tienen que dejar otra vez sus huellas!
Bando A: ¡Las mujeres y los cerdos tienen que volver a corretear entre nosotros!
Bando B: ¡Las mujeres y los cerdos tienen que volver a corretear entre nosotros!
Bando A: ¡La hierba pisoteada tiene que crecer de nuevo y tapizarlo todo!
Bando B: ¡La hierba pisoteada tiene que crecer de nuevo y tapizarlo todo!
Bando A: ¡De esta manera volveremos a relacionamos pacíficamente!
Bando B: ¡De esta manera volveremos a relacionamos pacíficamente!
Bando A: ¡Viviremos en paz y nos multiplicaremos!
Bando B: ¡Viviremos en paz y nos multiplicaremos!
Bando A: ¡No volveremos a guerrear entre nosotros!
Bando B: ¡No volveremos a guerrear entre nosotros!

Tras la última exclamación todos se sientan y comienzan las negociaciones.

Se intercambian pedazos de carne y discuten sobre la guerra. Llegan a un acuerdo sobre el pago de las respectivas indemnizaciones. A pesar de la reconciliación, en un principio existe cierto recelo mutuo. Las mujeres comienzan a hacer visitas, y si no les ocurre nada, los hombres también las hacen. Finalmente, el pago de las indemnizaciones por los muertos sella definitivamente la paz.

Durante las fiestas de celebración de la paz, a veces se practican combates ritualizados. Helena Valero (en Biocca, 1972) describe el encuentro de reconciliación entre dos tribus waika enemistadas. Después de beber juntos leche de plátano y de inhalar unos polvos estimulantes, los anfitriones dicen: “Vosotros estáis excitados, nosotros estamos excitados; hemos de tranquilizamos”, frase con la que se inician los duelos. Al principio se golpean alternativamente con el puño los músculos pectorales. Luego cogen largas porras de madera

dura y se golpean por turno la cabeza, que muestra los cabellos cortados a modo de tonsura, mientras afirman: “Te he mandado llamar para comprobar si de verdad eres un hombre. Ahora veremos si lo eres, si nos hacemos amigos enseguida y nuestra cólera se desvanece...” El interlocutor responde: “Habla conmigo con tranquilidad, háblame así, pégame, y seremos amigos de nuevo.” Algunos se golpean hasta perder el conocimiento. Al final exclaman: “Os hemos pegado fuerte, nos habéis pegado fuerte. Ha corrido nuestra sangre, hemos hecho correr nuestra sangre. Ya no estoy excitado, nuestra cólera ha desaparecido.”

Entre los andamanes, los enfrentamientos que se suscitan con ocasión de las celebraciones de paz ofrecen una ritualización aún mayor. Cuando visitan a sus antiguos enemigos, los hombres del bando que concede el perdón entran bailando en el poblado, esbozando gestos amenazadores, mientras sus rivales permanecen estáticos en fila. El jefe de los danzantes coge a uno de los hombres que están de pie y lo zarandea con enérgicas sacudidas; luego hace lo mismo con el siguiente mientras otro de los danzantes ejecuta la misma maniobra con el primero. El acto se prolonga hasta que cada uno de los danzantes ha zarandeado dos veces a cada uno de sus antiguos enemigos, agarrándolos una vez por delante y otra por detrás. A continuación las mujeres se comportan de la misma manera. Cuando han terminado, ambos grupos lloran juntos. Durante unos días hacen vida en común: cazan, bailan y se intercambian regalos. La paz está sellada.

d) Rituales para preservar la paz

Entre las tribus hagenberg, a continuación de la fiesta de la reconciliación, se celebran rituales de intercambio de regalos (rituales moka), en el curso de los cuales un grupo entrega al otro conchas de nácar y cerdos. Esto implica contraer una obligación, una deuda. Se espera que pasado algún tiempo se salde dicha deuda con la entrega de otro regalo al menos del mismo valor, que se efectúa en el marco de una gran fiesta.

Por lo general, el grupo que devuelve el regalo procura que éste sea superior al que ellos recibieron. El propio prestigio así lo exige, con lo cual se plantea una especie de competencia. A menudo en la fiesta moka participan varios grupos: el grupo *a* regala al *b,* éste al *c*, el *c* al *d,* y así sucesivamente hasta llegar al último eslabón de la cadena. El grupo que ha regalado, pasado el tiempo recibirá a su vez un contra-regalo, con lo cual se cerrará la cadena del moka.

Durante la ceremonia moka se ejecutan danzas y se pronuncian discursos. En agosto de 1973 grabamos unos de tales discursos en el Monte Hagen. El traductor de la cinta es Martin Wimb. De los discursos y réplicas, voy a reproducir aquí la alocución de Big Man, organizador de la fiesta:

"En las luchas de los maninga y los keli han muerto muchos hombres. A causa de dichas luchas se han celebrado numerosas ceremonias. Esta es la última. Algunos ancianos que participaron en los combates asisten hoy a la conclusión de tales ceremonias, y yo espero que este hecho alegrará a esos ancianos que aún están entre nosotros. Son hombres que en otros tiempos tuvieron muchos cerdos y otras riquezas; ahora son muy viejos. Los hombres actuales son hombres del alcohol (cerveza[69]), y ya no poseen tantas riquezas como esos ancianos.

Yo fui el que provocó las luchas de las tribus kopi. nakaba. maninga y yimi, por eso he entregado cerdos a todas esas tribus, la última vez a la tribu kopi y a la tribu nakaba; ésta es la última vez. Algunos ancianos que participaron en los combates están presentes. Por consiguiente el perturbador *(trouble),* como me llaman la mayoría de las tribus, ha saldado su deuda porque ya ha compensado a todas las tribus que perdieron hombres en las luchas provocadas por mí. No recuerdo ninguna tribu que haya sido desatendida. Ahora seré un hombre libre y benévolo para siempre..."

Las ceremonias moka contribuyen, sin ningún género de dudas, a preservar la paz, pero al mismo tiempo implican una

---

[69] Los europeos introdujeron también en el país el alcoholismo.

competencia por la dominancia. El intercambio ceremonial de objetos de valor fortalece las alianzas entre los grupos, que muestran cierto recelo mutuo, no por su calidad de enemigos tradicionales, sino de aliados. Superando con el contra-regalo el valor del regalo previo del rival, se gana prestigio. En numerosas culturas la conclusión del conflicto y la preservación de la paz se efectúa a través de rituales (fiestas) obligatorios, que, en sus líneas básicas, obedecen al mismo modelo. Remito al lector interesado a lo que he escrito sobre la fiesta del fruto de la palma que practican los indios waika.

e) Evitación del conflicto mediante la vinculación mítica al lugar

Las tribus del centro de Australia resuelven las querellas y desavenencias de otra manera. Evitan los conflictos territoriales mediante la vinculación mítica al lugar; dicho con otras palabras: el animal antepasado totémico del que desciende el grupo les entregó el territorio en el que viven. Los miembros del grupo reconocen determinadas marcas llamativas del territorio como huellas de ese antepasado totémico y las veneran. Únicamente los hombres del territorio pueden pisar esos lugares sagrados durante la celebración de ceremonias especiales, y tan sólo defienden esos sitios cuando alguien no autorizado penetra en ellos, fenómeno que ocurre en muy contadas ocasiones. Todos los hombres adultos poseen una tabla sagrada que recoge de forma esquemática los trayectos migratorios seguidos por el animal totémico sagrado[70] y las marcas relevantes del terreno asociadas al mito. Los grabados de la tabla son, en cierto modo, el escudo de armas del territorio y de su portador al mismo tiempo. La fuerte vinculación emocional con el territorio impide que los nativos presionen para conquistar otro. Además no se sentirían a gusto en un territorio que no fuera el suyo, pues entonces morarían en sus casas los espíritus de los antepasados de otro grupo (pensa-

[70] Del que, según la leyenda, desciende el grupo en cuestión.

miento que, como ya se ha apuntado, también se ha desarrollado entre los tsembaga, pues únicamente ocupan un territorio extraño cuando los expulsados, antiguos propietarios, han plantado *Cordyline* en otro lugar, invitando de este modo a sus antepasados a trasladarse con ellos; véase pág. 282). Como medida de seguridad adicional, los australianos han generado interesantes divisiones funcionales. Cada grupo territorial practica rituales en los lugares sagrados para propiciar la prosperidad del animal totémico, y no sólo dentro de sus fronteras territoriales. El clan de la hormiga de miel procura que se incremente la población de dichos himenópteros: el del emú vela por el auge de esos animales, y el del canguro por el de los canguros. Por consiguiente, cada grupo es importante para los demás, y éste es un factor que inhibe las guerras de exterminio. Sin embargo, los conflictos no han sido erradicados por completo. Existen peleas por las mujeres, aunque con frecuencia se dirimen en torneos. Hemos citado antes (véase pág. 232), a modo de ejemplo, las observaciones de Lumholtz, aunque también hemos puntualizado que ese tipo de conflictos pueden degenerar en un enfrentamiento sangriento.

La vinculación mítica al lugar garantiza ai grupo australiano su posesión territorial, sin especiales medidas defensivas. Esto propicia una mayor apertura del grupo hacia sus vecinos, tal como lo demuestran las descripciones de Hiatt referidas a los gidjingali del distrito de Amhem (Australia). Allí cada clan tiene su propio territorio, pero únicamente defienden a toda costa sus lugares de culto. Aunque el resto del territorio es también propiedad del grupo, que se siente vinculado emocionalmente a él, los clanes se visitan unos a otros y en tales ocasiones se alimentan de lo que recolectan en territorios ajenos. Por ejemplo: el grupo A, que vive la mayor parte del año en la orilla occidental del río Blyth, visita periódicamente —por ejemplo, en agosto— al grupo B, que habita en la otra parte, porque sólo en el territorio de este último grupo crecen las palmeras Cyca, de nueces muy apreciadas, que maduran precisamente en esa época del año. Un mes más

tarde, ambos grupos emigran juntos a la zona pantanosa situada en el interior, perteneciente a los grupos C, D y E, para cazar ánsares. De esta manera se aprovechan mucho mejor los recursos de todo el territorio.

f) Pauta de los controles del conflicto

En la bibliografía etnológica abundan las descripciones detalladas de las pugnas y querellas y de su solución. En todas ellas se siguen pautas muy parecidas, que demuestran que el hombre, desde los estadios de civilización más tempranos, se ha esforzado por hallar soluciones incruentas a los enfrentamientos. Se trata de normas desarrolladas por la cultura que ciertamente se basan en el patrimonio existente. Volveremos a explicar esto de nuevo con una breve panorámica. Las condiciones culturales de los controles exigen una readaptación a cada nuevo invento de la industria armamentística y con cada progreso de la evolución social. A finales de la Edad Media, por ejemplo, tras la invención de las armas de fuego, el ceremonial de combate caballeresco perdió todo su sentido. Se condenaron las nuevas armas, porque se oponían frontalmente a las reglas de la caballería. Los caballeros pretendían excluirlas de los combates. Para ellos la guerra era un torneo que se desarrollaba siguiendo las reglas precisas del honor. Las armas de fuego, que permitían a cualquiera iniciar un combate emboscado, desatendiendo un código de cortesía que tanto trabajo había costado crear, parecían execrables. Lutero se desató en improperios contra los arcabuces y la artillería, calificándolos de obra del diablo, porque contra los proyectiles nada podían la fuerza ni la virilidad.

Las armas de fuego no han perdido su carácter homicida. No ha habido otro remedio que adaptar a ellas la estrategia bélica, descartando cualquier ritualización del conflicto mismo. De todas maneras, se han establecido ciertos acuerdos para no utilizar determinados proyectiles *(dum-dum)* por la mortandad que provocan.

Nuestro tiempo nos ha deparado armas terribles: bombas explosivas e incendiarias, gases venenosos, armas bacteriológicas y por último bombas atómicas. Se ha acordado no emplear algunas de ellas por sus espantosos efectos, o al menos se trabaja en esa dirección. No obstante, el camino para un acuerdo semejante está plagado de dificultades, porque hay que vencer poderosos intereses económicos.

El *Süddeutsche Zeitung* correspondiente al 22 de agosto de 1974 informaba que cuando en 1969 el médico Theodor Tapper protestó contra el uso del napalm “se estrelló contra un muro de ignorancia moral y de codicia material” Este médico, durante la asamblea anual de la Dow Chemical Company, había exhortado a los accionistas a desautorizar la ulterior fabricación de napalm. Proyectó, para conseguir sus propósitos, diapositivas de las víctimas espantosamente mutiladas de la guerra del Vietnam. Sabido es que el napalm se incendia al hacer impacto y a partir de ese momento no hay fuerza humana capaz de extinguirlo. La sustancia se adhiere a todas partes y genera una temperatura de 2.000 grados centígrados. Carl Gerstacker, presidente del consejo de administración de la empresa, rechazó la propuesta y fue muy aplaudido cuando leyó una carta procedente de Vietnam del Sur en la que un soldado americano hablaba en términos elogiosos del napalm. El Comité Internacional de la Cruz Roja se ha esforzado en vano hasta la fecha para lograr proscribir esta arma. Por lo menos, la ONU, en una resolución de noviembre de 1972, hizo un tímido esfuerzo *lamentando* el empleo del napalm en los conflictos bélicos.

Las nuevas técnicas bélicas plantean problemas adicionales a la ritualización de la guerra: por ejemplo, la guerra de guerrillas, que es considerada una guerra de liberación siempre que la ejecuten combatientes de uniforme. Pero si la hacen civiles emboscados es calificada como un atentado contra las reglas del juego, pues la población civil se ve involucrada en un conflicto, en el que de buen grado se la mantendría al margen para ahorrarle sufrimientos. En la actualidad nos encontramos absolutamente inermes frente a las nuevas mani-

festaciones del terrorismo. En este ámbito da la impresión de que los acuerdos vigentes derivan más de un aprendizaje basado en el "tanteo y error" que en una planificación racional.

De las ritualizaciones acaecidas hasta el momento se deduce que la tendencia apunta a un apaciguamiento de la lucha intergrupal, aunque sigue sin solucionarse el conflicto funcional entre agresión y vinculación amistosa. Más adelante volveremos sobre este particular. Las ritualizaciones tampoco han alcanzado el mismo nivel que en la relación intragrupal, esfera en la que se ejerce un control eficaz de las agresiones. Se utilizan tanto pautas de comportamiento, que son adaptaciones filogenéticas, como pautas culturales. El hombre intenta calmar los conflictos intergrupales siguiendo un modelo análogo al que ha demostrado su eficacia en el conflicto intragrupal.

En los vertebrados superiores el mecanismo del miedo inhibe la agresividad interespecífica, de manera que un animal carnicero sólo se acercará a una presa capaz de defenderse en casos de extrema necesidad, y viceversa: la presa únicamente atacará si el animal sobrepasa la distancia crítica. En caso de ataque, éste suele ser mortífero. En el conflicto intraespecífico no ocurre lo mismo. Algunos mamíferos superiores dan un trato diferente a los congéneres del grupo y a los extraños a él; en una serie de especies, los conflictos intergrupales pretenden la aniquilación del congénere, mientras que los intragrupales buscan su preservación.

La creación de acuerdos y convenios ha sentado en los últimos siglos ciertas bases para la confianza interhumana, que resultaba muy prometedora. Sin embargo, esta confianza ha sufrido un grave quebranto después de la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Millones de prisioneros de guerra rusos perecieron en condiciones degradantes en los campos de concentración, los comisarios fueron fusilados, y la población civil judía sistemáticamente aniquilada. Todos estos hechos son de sobra conocidos, y sería una tremenda equivocación querer descargar la propia conciencia aduciendo las atrocida-

des cometidas por el bando contrario. Antes bien: deberíamos comprender con claridad que ambos bandos infringieron una exigencia nítidamente formulada por Immanuel Kant en su obra *Zum ewiger Frieden (Hacia una paz permanente):* “En medio de la guerra debe quedar al menos un poso de confianza en la inteligencia del enemigo, pues, de otro modo, sería imposible la paz.”

La inobservancia de los acuerdos ha generado en el mundo una desconfianza que todavía hoy no hemos superado. La inhumanidad —debemos aprenderlo de una vez por todas— no compensa. A largo plazo tanto los vencedores como los vencidos serán víctimas de esa desconfianza.

4. TIPOS DE CONTROL DEL CONFLICTO EN EL ANIMAL Y EN EL HOMBRE

En las páginas siguientes compararemos cómo evitan los animales los conflictos destructivos en el contexto intraespecífico y el hombre dentro del ámbito intragrupal e intergrupal.

Animal

a) Ritualización de la disputa. La instigación precede a la lucha, y ésta se desarrolla como una especie de torneo. En casos extremos no se llegan a medir las fuerzas. Estudios comparados muestran que de ordinario los torneos derivan de las luchas de daño.

b) Actitudes de sumisión permiten al perdedor finalizar el combate, desconectando las señales que lo han provocado. Según el principio de la antítesis, se pone en práctica la conducta contraria a la instigación, por ejemplo, el empequeñecimiento; los vertebrados superiores suelen emitir al mismo tiempo apelaciones al contacto, que revisten básicamente la forma de señales infantiles.

c) Conclusión de la pelea por intervención de terceros: se observa en mamíferos superiores. Individuos de rango elevado intimidan con amenazas a los contendientes. En algunas

especies también los apaciguan recurriendo a rituales “amistosos" (saludo), que transforman el estado de ánimo activando sistemas de estímulos antagónicos a la agresión.

d) Mediante la creación de una jerarquía social la conducta de un miembro del grupo se toma predecible para todos los demás dentro del contexto social. Esto impide, sin duda, muchas fricciones. Se ha dicho muchas veces que en la pirámide jerárquica las agresiones se proyectan o se transmiten hacia abajo y que se diluyen o se concentran en un chivo expiatorio que funciona entonces como una especie de pararrayos. Estas afirmaciones, sin embargo, no se basan en datos seguros.

e) Los mamíferos sociales disponen de un repertorio de *pautas de conducta que favorecen el contacto amistoso,* derivadas en su mayoría del conjunto de señales madre-hijo; algunas proceden también de señales sexuales femeninas. Apaciguan y crean o fortalecen la vinculación amistosa entre los miembros de un grupo.

f) También se pueden evitar los conflictos *eludiendo las provocaciones,* por ejemplo, disimulando dentro del grupo las señales que desencadenan al combate.

g) Desarrollo de normas que impiden, por ejemplo, que un tercero perturbe la unión entre dos miembros del grupo, verbigracia; mediante el rapto o atracción del cónyuge o la cría.

h) También es posible *evitar el conflicto* (activación del sistema de huida).

Estas pautas de reacción animales son, en sus líneas esenciales, adaptaciones filogenéticas, aunque se aprende qué modelos de conducta hay que utilizar contra determinado antagonista, según ocupe éste una posición jerárquica superior o inferior.

No conozco analogía en el mundo animal de los tipos de control del conflicto que en el apartado dedicado al hombre se recogen desde el punto *i* hasta el *l*.

Hombre

a) Ritualización del enfrentamiento, similar a la existente entre los animales, pero filogenética y cultural al mismo tiempo. Las ritualizaciones filogenéticas determinan el comportamiento expresivo (amenaza) y desempeñan un gran papel en el conflicto intragrupal sobre todo. Las normas culturales controlan el uso de las armas. Aplicable tanto al conflicto intragrupal como al intergrupal, aunque la ritualización del primero (guerra) ha progresado menos. Las agresiones verbalizadas (peleas cantadas, pág. 105) sustituyen a la lucha corporal.

b) Comportamientos de sumisión, desarrollados en parte de manera innata (enfadarse, llorar) y en parte producto de la cultura (rendirse). Las apelaciones pueden ser verbalizadas. La interrupción del contacto *(cut off)* apartándose, abandonando temporalmente el grupo y rechazando el diálogo implican, por un lado, presagios claramente agresivos, pero, por otro, contribuyen a evitar conflictos merced al simultáneo distanciamiento.

c) Terminación del conflicto por intervención de terceros. Se observa en los conflictos intragrupales y también en los intergrupales. Las apelaciones consisten en aludir a un parentesco real o ficticio ("No es bueno que los hermanos luchen": apelación moral) o a las espantosas consecuencias, y por último en amenazas. Entre los bosquimanos el niño agresor es castigado por los mayores, que a su vez consuelan al agredido. La intervención de una autoridad que zanja la disputa influye poderosamente en la solución de los conflictos intragrupales y no tanto en los intergrupales.

Existen formas de solucionar los conflictos por medio de terceros desarrolladas por las culturas modernas, por ejemplo, delegar en un grupo o en uno de sus miembros la autoridad de mediación en orden a la consecución de arreglos amistosos, o la capacidad de administrar *justicia,* apoyándose bien en costumbres tradicionales bien en una jurisprudencia codificada. En el ámbito intragrupal los *jueces* y los *guardianes del orden*

(policía) creados ex profeso ejercen un eficaz control de la agresión. Se ha delegado también en ellos la facultad de castigar las violaciones de la paz con sanciones especiales. En las relaciones intergrupales (interestatales) se está abriendo camino una evolución en este sentido, aunque el derecho y los poderes ejecutivos no han alcanzado aún el suficiente desarrollo. No obstante, en la escena internacional se reconoce en el fondo el derecho a la defensa propia, y esto demuestra que, desde una óptica evolucionista, las relaciones interestatales aún están dominadas por el "derecho primitivo".

d) La *jerarquía* desempeña en el mundo humano un papel similar al que ejerce entre los mamíferos sociales. Con frecuencia la agresividad se proyecta sobre chivos expiatorios o sobre las minorías, reforzando así la cohesión del grupo.

e) Los comportamientos pacificadores y *generadores de vínculos* son innatos al hombre, y al igual que los de los mamíferos superiores derivan en su mayoría del repertorio de conductas madre-hijo. La ritualización cultural adopta de nuevo la forma de apelaciones verbalizadas, que en el fondo siguen siendo infantilismos verbalizados y acciones de socorro. Por ejemplo, hacemos regalos verbales en forma de buenos deseos. Los rituales de salutación durante el encuentro y en la fiesta revelan una imbricación estructural de la ritualización cultural y de la adaptación filogenética. *Los rituales de salutación* y *las fiestas se* configuran de acuerdo con reglas universales, y las apelaciones son idénticas en todas partes, aunque su realización sea diferente. *El intercambio de regalos* tiene una gran importancia en las relaciones intragrupal e intergrupal. En la relación intergrupal expresa deseo de paz; se ha insistido reiteradamente sobre el hecho de que el primitivo comercio era en realidad una operación de trueque parecida al servicio del compromiso, fenómeno que aún puede observarse en aquellos pueblos dedicados al *comercio*, aunque resulta innecesario, pues todos disponen de los mismos recursos y podrían procurarse ellos mismos lo comprado.

f) Evitación de provocaciones mediante la supresión de las señales que desencadenan la agresión: deponer las amias, que ya no lleva el civil en la vida cotidiana. El ajuste de las condiciones de la propiedad mediante el reparto influye asimismo en la pacificación interna tanto entre los pueblos primitivos como en las culturas elevadas.

g) Restricción de la agresión. El nombramiento de una autoridad que administre justicia presupone el desarrollo de un estado de derecho que, entre otras cosas, tabuliza las agresiones. De este modo se frenan las escaladas de los conflictos intragrupales. Regias similares garantizan la propiedad y la integridad territorial.

h) La evitación del conflicto por "cut off" y *por elusión* desempeña también un papel importante en el hombre.

i) Las costumbres-válvula permiten desahogar la agresividad sin que esto traiga consecuencias nocivas para el grupo.

j) Se intenta frenar *los conflictos intergrupales* estableciendo *vínculos matrimoniales.* El parentesco por vía matrimonial salva las fronteras que separan a los grupos. Éste es también uno de los métodos para mantener abiertos canales de comunicación e integrar los grupos en unidades más amplias.

k) Mantener abiertas las posibilidades de contacto incluso entre las facciones enemistadas, por ejemplo, mediante fiestas o permitiendo a determinadas personas moverse sin peligro como mediadores entre los bandos enemigos (entre los indios waika, por ejemplo, los ancianos pueden visitar el poblado enemigo sin miedo a represalias). Instituciones como la Cruz Roja o la ONU desempeñan la misma función en un estadio superior de civilización.

l) Despertar la conciencia humanitaria y *la integración política* y *económica* son otras vías para prevenir los conflictos intergrupales. Aquí se utilizan los valores previamente desarrollados dentro de la familia (hermandad), es decir, se amplía el *ethos* familiar. Hay que incluir también la educación

para la paz que implica el rechazo consciente de modelos agresivos.

De todas las disposiciones expuestas en esta sinopsis comparativa, hay algunas que son específicamente humanas, la educación consciente para la paz, la creación de un derecho civil e internacional, el esfuerzo por integrarse en grupos más amplios trascendiendo el *ethos* familiar, y la evitación de conflictos intercambiando cónyuges entre grupos.

Las otras formas de evitación o supresión de los conflictos se observan ya en el reino animal, pero adquieren su dimensión específicamente humana en el fenómeno de la ritualización cultural, por ejemplo, mediante la verbalización. Esto es aplicable tanto a las luchas ritualizadas como a esa infinidad de costumbres que fortalecen un vínculo, disminuyen tensiones, fomentan la solidaridad de los miembros del grupo, mantienen abiertos los canales de comunicación entre los enemistados y finalmente reconcilian a los bandos contendientes mediante la firma de la paz.

5. EL MODELO ARMÓNICO Y LA EDUCACIÓN PARA LA PAZ

“En otoño, el valle del Aisne solía estar cubierto de niebla por la mañana. Entre las alambradas de púas había proliferado una rica fauna de caza menor, pues aunque había mucha gente que disparaba, no lo hacía contra las piezas... A nuestro comandante... le gustaban las perdices. Había ordenado que le enviaran su equipo de caza al frente, y durante esas mañanas neblinosas salía a cazar por entre las alambradas de púas. Había cambiado su gorra de oficial, con gran jolgorio de sus soldados, por un sombrerito de cazador y un bastón. Llevaba al hombro la escopeta y el morral. Su atavío le identificaba, desde luego, como cazador.

Tara nosotros, sus expediciones cinegéticas constituían un asunto delicado... No queríamos perderle como comandante, así que habíamos instalado en secreto dos ametralladoras para cubrirle si las ráfagas de viento dispersaban la niebla... Una

mañana ocurrió lo que nos temíamos. Llegó el viento y la niebla se desvaneció en unos segundos. Nuestro comandante se encontraba en ese preciso instante justo ante la alambrada francesa, a escasos metros de las trincheras enemigas. Lo inmediato entonces habría sido tirarse al suelo, cubierto de crecida hierba, e intentar retroceder hasta nuestras líneas... Pero, con gran asombro por nuestra parte, el comandante no lo hizo, y a nosotros se nos olvidó disparar.

"Los franceses debieron de quedarse aún más pasmados que nosotros, y con exquisita precaución atisbaron por encima del parapeto. Nadie disparó. Hubo uno que aprestó su fusil, pero el comandante le amenazó con su bastón como si fuera Federico el Grande en persona. De repente diez o doce 'peludos' salieron a cara descubierta riendo y gritando: '¡Bonne chasse, coloneli ¡Bonne chasse!' Nuestro comandante esbozó un saludo amistoso con la mano y lentamente regresó a nuestra trinchera con una liebre al hombro. Durante escasos minutos había ofrecido un blanco perfecto; sin embargo, de haber resultado herido de muerte, tanto franceses como alemanes lo hubieran considerado un asesinato. No obstante, cinco minutos más tarde matar a un enemigo ya no merecía ese calificativo. ¿Qué misteriosas razones subyacen a esta contradicción?" [71].

En los capítulos precedentes hemos analizado la pregunta que plantea Bamm y ahora estamos en disposición de contestarla: la contradicción en el proceder humano es el resultado de la existencia de dos filtros de normas que ordenan cosas diferentes y entran, por ello, en conflicto. Si percibimos al enemigo a distancia, tendemos a matarlo por considerarlo enemigo de acuerdo con el filtro de normas culturales. Pero apenas establecemos un contacto personal, nuestras inhibiciones innatas de la agresión se ponen en marcha; más aún: se activan las pautas de comportamiento de toma de contacto amistoso. Otras muchas citas podrían corroborar el ejemplo tomado de Peter Bamm, que ilustra de maravilla esta tesis.

---

[71] Peter Bamm. *Eínes Menschen Zeit.* Munich. 1972. págs. 41-43.

Sabido es que en la guerra de trincheras hay que impedir la comunicación entre los combatientes, pues ésta propicia los intercambios entre los soldados contendientes por encima de las trincheras, generando lo que se ha dado en llamar "desmoralización de la tropa". La facilidad o dificultad con que se impone el filtro de normas biológicas en cada caso particular depende, como es lógico, de un cúmulo de circunstancias. El adoctrinamiento cultural de los soldados, su miedo y su disposición para obedecer a un superior desempeñan en este campo un papel decisivo; sin embargo, la predisposición existe, aunque no siempre implique resistencia. No constituye una condición necesaria y suficiente para lograr una convivencia pacífica entre los seres humanos, pero es un requisito previo trascendental.

El afán de armonizar los filtros biológico y cultural es la raíz del ansia de paz del hombre, por más que algunos niegan que este deseo sea una actitud universal; así lo sostiene Wintsch:

"La paz, concebida habitualmente como la forma tranquila y legalmente ordenada de la convivencia humana, no parece ser una exigencia universal. No es posible aislar un 'instinto de paz' de entre la multitud de determinantes del comportamiento humano, como ocurre por ejemplo con el instinto de alimentación o el instinto sexual... Yo pienso incluso que, utilizando una idea antitética, podríamos más bien afirmar: el ser humano no desea la paz, sino el apaciguamiento de sus necesidades." La última frase resuelve la aparente contradicción existente entre la opinión de Wintsch y la mía propia. Una de las necesidades del hombre es una vida en armonía con los filtros normativos biológicos. Si el filtro normativo biológico y el cultural no se armonizan, se activan apetencias hasta eliminar la discrepancia. Los filtros normativos innatos del hombre establecen cómo debe reaccionar ante determinadas apelaciones del congénere, activando ciertas pautas de sumisión y súplica inhibidoras de la agresión.

Quiero resaltar en este contexto una idea expuesta por Mitscherlich. Este autor piensa que el hombre, en el fondo,

teme la paz. "Y esto en las capas más profundas y ocultas de nuestra organización psíquica que albergan también las trascendentales experiencias de la filogenia de la especie. Inconscientemente concebimos la sensación de estar privados de la posibilidad de expresar agresiones colectivas como una situación amenazadora, de indefensión; esto se refleja también en la vaga aversión a ocuparse de la paz en cualquier otro campo que no sea el retórico, y puede ser uno de los motivos por los que la frase *paz mundial* suena tan hueca e insincera en algunas bocas." Es verdad que un miedo basado en la desconfianza ha impedido hasta la fecha un desarme generalizado, pero este hecho no demuestra que el hombre no desee la paz. El hombre quiere, pura y simplemente, ver garantizada su seguridad. En los actuales Estados modernos nos sentimos más seguros como individuos que en la época en que imperaba el derecho del más fuerte y tenemos menos miedo, a pesar de que todos vamos desarmados.

El análisis de las perspectivas de una paz duradera nos exige planteamos dos preguntas básicas:

1. ¿Está preparada la estructura motivacional humana para la convivencia pacífica dentro de sociedades integradas por millones de individuos?
2. ¿Es capaz el hombre de cumplir las funciones de la guerra sin guerras?

La respuesta de Lorenz a la primera pregunta ha sido más bien pesimista. Opina que los seres humanos nos hemos adaptado a vivir en comunidades pequeñas. Nuestra razón podría ser capaz de comprender perfectamente la exigencia de amar también al desconocido, pero emocionalmente no podríamos asimilarlo. La exigencia de amar a nuestros semejantes, vengan de donde vengan, puede concebirla la razón, pero no el corazón, y este hecho no cambiará ni con la mejor de las voluntades. En este punto los seres humanos —según Lorenz— estamos en un estadio prehumano, somos, por así decirlo, el *missing link* y desde luego "no lo bastante bueno para satisfacer las exigencias de la moderna vida social".

Únicamente los geniales arquitectos de la modificación de las especies, es decir, la mutación y la selección, podrán cambiar esto. Lorenz espera que la razón active una selección razonable.

Von Holst expone argumentos parecidos al argüir que primero hay que criar al hombre pacífico. La tendencia del hombre a la insociabilidad es tan vigorosa que incluso en el caso de que una ideología partidaria de la paz se extendiera por todo el mundo, éste se dividiría inmediatamente en dos bandos: uno de ellos representante de la doctrina verdadera, de la "herética'' el otro.

De lo dicho hasta ahora se deduce que yo contemplo la situación con optimismo. En mi opinión, el hombre se ha preadaptado a vivir en las sociedades de masas y es, por consiguiente, "bastante bueno". Un poderoso afán por establecer contacto incluso con desconocidos, de confraternizar, de fraternizarse, complementa su código ético innato que le exige no matar. Los comportamientos de creación de vínculos y el impulso de establecerlos se basan —como ya hemos apuntado— en la herencia filogenética[72], confiriendo de esta manera un fundamento biológico al mandamiento "Ama a tu prójimo como a ti mismo".

Aquí radica la asombrosa influencia de las doctrinas que predican el amor al prójimo. El hombre no sólo desea la paz para evitar el contacto con extraños. Aunque éste le atemoriza, el hombre intenta a pesar de todo establecer contacto superando sus miedos y está sobre todo dispuesto a considerar a todos los hombres sus hermanos. La historia de los nacionalismos demuestra que el hombre, con la ayuda de símbolos y tareas comunes, es capaz de identificarse con otros hombres a los que no conoce poniendo en juego una poderosa carga emocional. Hasta ahora este tipo de "confraternizaciones" se han efectuado en las sociedades de masas bajo el influjo de una amenaza real o simulada. Sin embargo, esto no implica

---

[72] Más detalles al respecto en mis libros *Amor* y *odio* y *Der vorprogrammierte Mensch*. Molden, 1973.

que el hombre tenga que acudir necesariamente al señuelo del enemigo para conseguir la confraternización en el seno de una sociedad anónima. Los hombres se han unido para luchar juntos contra las fuerzas de la naturaleza tanto como para combatir a los "enemigos". De hecho hay una gran cantidad de tareas que unen a la humanidad, y en el futuro no escasearán los desafíos de este tipo.

La tesis de que el hombre necesita al enemigo para cohesionar a un grupo se basa en un sofisma: el enemigo une al grupo, luego es requisito indispensable de dicha unión. Mead ha escrito unas líneas muy acertadas al respecto: "A menudo se dice que los Estados se han aliado siempre para combatir a enemigos exteriores, y que por esa razón dichas alianzas no pueden constituir un modelo útil para conseguir la armonía en el mundo. A esto puede aducirse que muchas sociedades humanas han alcanzado el orden interno sin presión alguna de enemigos exteriores justo desde el momento en que han logrado tratar a todos sus miembros como personas. Transformaciones fundamentales en los hábitos de identificación social, tanto en el ámbito teórico como en el práctico, han desembocado en la liberación de los esclavos..." El mismo Darwin opinaba que la misión del hombre es propagar sus sentimientos de simpatía hacia todos sus semejantes más allá de los miembros de grupos reducidos. '"Cuando el hombre progresa en la cultura y las tribus pequeñas se unen para formar comunidades mayores, la más elemental reflexión le dirá a cada individuo que tiene que hacer extensivos sus instintos sociales y sus simpatías a todos los integrantes de la misma nación, aunque no los conozca personalmente. Una vez alcanzado este estadio sólo una frontera artificial le impide extender sus simpatías a todos los seres humanos de cualquier nación o raza." Gehlen afirma, por último, que esto implica ampliar el *ethos* familiar. "El *ethos* del amor al prójimo es el familiar, que permanece primero vivo dentro de la gran familia, pero que luego es capaz de ampliarse, de proyectarse para abarcar a toda la humanidad." Nosotros coincidimos plenamente con él: son las señales procedentes de la relación ma-

dre-hijo las que, al modificarse, nos permiten establecer y mantener el contacto amistoso con nuestros semejantes.

El ser humano posee una mentalidad familiar y merced a la identificación simbólica es capaz de considerar a la humanidad como su familia. El niño como símbolo de cohesión y de armonía[73] expresa a la perfección un deseo que nos es muy querido; me refiero al futuro de nuestros hijos. Antes hemos preguntado si nuestra estructura motivacional nos capacita para la paz: la respuesta es afirmativa.

La segunda pregunta planteada está estrechamente vinculada a otra: ¿resulta la guerra útil todavía en nuestros días? ¿Son acaso los filtros normativos biológicos lo único que nos empuja hacia la paz, mientras la selección obliga aún a la evolución cultural a seguir el rumbo opuesto?

No hay duda de que hasta hoy las guerras han sido sumamente beneficiosas para el vencedor; la pseudoespeciación cultural ha estimulado la evolución del hombre y nos ha deparado la rica multiplicidad cultural. Nuestro planeta se ha ido poblando poco a poco hasta en los rincones más apartados, y durante los últimos siglos los conflictos bélicos han comenzado a destruir precisamente esa multiplicidad cultural que tanto valoramos. El vencido ya no puede retirarse a otras zonas, sino que es aniquilado. Tras un período de la historia humana en el que las condiciones de la selección indujeron una ritualización de los conflictos, hoy se abre ante nuestros ojos la espantosa posibilidad de que esa tendencia varíe. La brutalidad de los enfrentamientos y la aniquilación de las culturas —sobre todo de los pueblos primitivos— ha propiciado un proceso de indiferenciación, una involución que amenaza la diversidad cultural humana y que a largo plazo resta posibilidades evolutivas al hombre.

Además, dado el estado actual de la técnica armamentística, es harto improbable que existan vencedores en una guerra emprendida con armas no convencionales; los continuos pro-

73 Idea expuesta por Fremont-Smith cf. Ribl-Eibesfeldt. *Grundriss der uergleichende Verhalienfomchung* Munich, 1980.

gresos técnicos restringen cada vez más dichas posibilidades[74]. Una guerra atómica supondría hoy, muy posiblemente, la ruina de la civilización. Mañana exterminaría a toda la humanidad. Hasta ahora la guerra y el exterminio han posibilitado la evolución de la técnica armamentística. Pero prescindiendo de que este hecho repugne a nuestra sensibilidad moral, este mecanismo entraña en la actualidad un enorme riesgo. Por ello debiera ser sustituido por un acuerdo en un proyecto racional.

Esta decisión en pro de la paz responde a nuestras propias inclinaciones. Presupone que conocemos las funciones de la guerra y hemos hallado el modo de cumplirlas por medios pacíficos. Aquellos que consideran la guerra únicamente una degeneración patológica, jamás lograrán dar con la terapéutica adecuada, pues no se plantean la posibilidad de asumir las funciones anteriores de la guerra de otra manera.

Ya hemos apuntado que de lo que se trata es de asegurar los principios existenciales de los distintos pueblos. Hasta ahora los pueblos han conquistado y defendido sus territorios y se han apoderado por la fuerza de las materias primas que necesitaban. Las soluciones que un estado de paz mundial pudiera dar a los problemas que todavía subsisten y que hasta el momento se habían resuelto mediante la guerra es una cuestión que desborda mi ámbito de competencia. Son los políticos y economistas los que deben hallar las soluciones. En este campo la única ayuda que puede prestar el biólogo, con su conocimiento de las diferentes vías evolutivas, de las leyes generales de la evolución, de la ecología y de la naturaleza humana, se reduce a una labor de asesoramiento, mostrando todas las posibilidades.

A este respecto sabemos —ya desde Thomas R. Malthus— que el caudal de la vida intenta incrementar a toda

---

[74] Esta situación de tablas" es muy inestable y peligrosa porque el grupo que se ve superado por otro en el plano militar (por haber desarrollado, por ejemplo, un sistema antimisiles de gran efectividad) se encuentra prácticamente obligado a atacar.

costa su propia sustancia y aprovecha para ello cualquier oportunidad por accidental y provisional que ésta sea. Los ratones de campo y los conejos se multiplican desmesuradamente los años que disponen de una oferta alimentaria favorable. No saben, claro, que en años posteriores escasearán los alimentos, pero desde el punto de vista de la conservación de la especie eso carece de importancia. El colapso demográfico, inevitable como consecuencia de la reproducción masiva, desemboca en la emigración, con la posibilidad de colonizar tierras nuevas, y en la muerte masiva. En este proceso siempre sobreviven algunos individuos, los mejores desde la perspectiva de la selección, que continúan la evolución. La muerte masiva no entorpece el curso del caudal de la vida; al contrario; al desbordarse e inundar amplias zonas, abre nuevos cauces. La presión demográfica obliga a adaptarse a los espacios ecológicos que aún permanecen libres. En el caso del hombre nos encontramos inmersos en medio de una fase de multiplicación masiva; aquí sólo cuenta el individuo; en consecuencia, la posibilidad de otros colapsos demográficos similares a los que hemos conocido en el Sahel y Bangladesh debieran preocuparnos, porque en el futuro adquirirán una envergadura mucho más formidable. La industrialización de Europa, que ha provocado una multiplicación masiva, se basa única y exclusivamente en el consumo de combustibles fósiles disponibles en cantidades limitadas. Después de agotarse éstos, quizás los reactores atómicos salven un período difícil, pero los elementos fisionables son asimismo escasos y todavía no se ha logrado controlar la fusión nuclear en orden a su aprovechamiento técnico. Si no se consigue pronto dominar la fusión nuclear. Europa caerá en un colapso demográfico del que sólo podrá salir con una huida hacia adelante, es decir, recurriendo a la guerra. Así ha avanzado hasta ahora la evolución. La presión demográfica derivada de una reproducción oportunista puede desembocar en la ocupación de tierras vírgenes o en la catástrofe. La sociedad de consumo obedece al principio del caudal de la vida, que se multiplica y se agota a su antojo. Semejante evolución resulta muy arriesgada, y de

hecho sabemos que durante el curso evolutivo, muchas especies se han quedado en el camino. Pero además este tipo de vía evolutiva no responde a nuestras ideas éticas. Por lo tanto, tenemos que perfilar una planificación diferente. Es necesario que el hombre domine el principio del caudal de la vida.

Malthus señaló que los seres humanos duplicamos cada 25 años nuestro potencial biológico, mientras que las fuentes de alimentación crecen con más lentitud. La consecuencia será la miseria humana. Hasta hace muy poco tiempo Malthus era el hazmerreír general. Hoy la risa se ha borrado de nuestros labios. A pesar de que todo el mundo está de acuerdo en la necesidad de controlar la natalidad global, ésta se impone con vacilaciones. Los hombres aún no hemos apostado por la paz. A pesar de las apasionadas —y retóricas— declaraciones en favor de la paz, los grupos de poder intentan aventajarse unos a otros fortaleciendo su poder precisamente, lo cual implica más recursos humanos.

Existen diferentes modelos para una coexistencia pacífica. Cabe incluso imaginar una civilización viable en la que se manipule y unifique por completo a los hombres y éstos se sientan plenamente felices y libres con la repetición mecánica de doctrinas dirigidas desde arriba. Aldous Huxley, en su obra *Brave new World*, describe un modelo parecido a modo de advertencia. Skinner, por el contrario, lo considera en cierto sentido un ideal loable.

Lorenz ha investigado por qué no deseamos que exista una humanidad manipulada, que obtenga la seguridad y estabilidad absolutas de un sistema ideológico muy rígido y metódico, y llega a la conclusión de que el rechazo no es de índole intelectual, sino que se basa en un juicio de valor. Por ejemplo: hablamos de animales superiores e inferiores, pero al utilizar esos calificativos no medimos su estadio evolutivo según el grado de adaptación, sino que lo juzgamos, según Lorenz. de acuerdo con la cantidad de información que se integra en el plan de ejecución de las obras, no sólo la cantidad dada, sino también la capacidad para adquirir otras informaciones adicionales, y en consecuencia de aprender y

comportarse con inteligencia; en suma: nos atenemos a todo lo que constituye la capacidad de adaptación individual.

También a la dinámica del organismo que se acomoda a su entorno gracias a su actividad exploratoria le concedemos un valor más alto que a la pasividad. Por el contrario, a las vías evolutivas que conducen a una pérdida de diferenciación, las calificamos de negativas, aunque originen un organismo perfectamente adaptado. Nos horroriza que la larva del cangrejo *Sacculina*, muy diferenciada y dotada de ojos y otros órganos sensoriales, de un sistema nervioso y de un aparato locomotor, se convierta en un parásito sin ojos incapaz de movimiento al adentrarse en el huésped. Desde una óptica evolutiva, semejante especialización supone, sin duda, una perfección extrema dirigida en un solo sentido, pero esto implica al mismo tiempo cercenar las posibilidades de evolución ulterior, porque el organismo que ha logrado una adaptación tan especializada y unívoca puede sufrir transformaciones y se adaptará con mucha dificultad cuando las modificaciones del medio lo exijan. Las posibilidades de mantenerse dentro del caudal de la vida son exiguas. Pero en este ámbito también creo factible ofrecer argumentos razonables de nuestros criterios valorativos. Ciertamente el hombre, en cuanto especie, ha sido seleccionado para la universidad y la diferenciabilidad. En nuestros criterios valorativos subyace un dispositivo de seguridad que nos protege de involuciones, y el modelo de sociedad completamente manipulada supone una involución porque limita la libertad creadora. La homogeneización y unificación de las distintas culturas reduciría las posibilidades evolutivas de la humanidad.

Aquí reside el mayor peligro de la evolución planificada y dirigida por el hombre, pues desde el momento en que la orienta hacia una meta determinada, se expone a restringir el espectro de posibilidades y a iniciar una involución. La diferenciabilidad, la enorme riqueza adaptativa, y la apertura al mundo son características humanas que hay que preservar. Las posibilidades evolutivas del hombre se basan en la rica diversidad de las culturas y de los pueblos. Cada cultura es un

ensayo que abre nuevos caminos, ofreciendo a nuestra especie nuevas oportunidades para mantenerse dentro del caudal de la vida. Hay que defender y conservar esa variedad.

Si nos decidiéramos por la paz, habría que promulgar un derecho internacional tan pormenorizado como el derecho civil de los Estados aislados y que sustituyera al antiguo derecho basado en la defensa propia, dominante hasta la fecha en las relaciones internacionales. Pero un derecho de ese tipo presupone instancias administradoras de la justicia con poder para velar por su cumplimiento. Habrá que crear, al menos, una policía internacional, dotada de armas modernas, pero convencionales, e integrada por representantes de todos los países. Una vez fundada dicha policía, las grandes potencias tendrían que empezar a desmontar paulatinamente sus arsenales de armas de exterminio masivo para ponerse bajo la protección de aquélla.

Una institución internacional como ésa tendría que garantizar la inviolabilidad de los distintos territorios estatales y mantener libres los territorios de reserva para asignarlos en caso de necesidad a los pueblos cuya patria nativa se hubiera tomado inhabitable por cualquier motivo. Además, los recursos naturales tendrían que ser internacionalizados y repartidos con justicia y equidad. El comercio internacional debería evolucionar hacia un sistema de distribución cooperativo basado en el intercambio de servicios. Por último, el control de la natalidad impediría que las naciones se vieran forzadas a emprender una huida hacia adelante a causa de la superpoblación.

Hasta ahora la evolución de las Naciones Unidas apunta a una coexistencia de naciones que cooperan y reconocen una carta común, aunque son independientes. Lógicamente, también cabe imaginar que un orden mundial parecido derive del sometimiento de todas las naciones por una potencia que instaure un gobierno mundial. En la actualidad ningún Estado es capaz de lograrlo con la fuerza de las armas, pero sí recurriendo a los métodos de persuasión ideológica. Por último, también es concebible que las grandes potencias hegemónicas

—hoy Estados Unidos y la Unión Soviética— constituyan juntas una especie de gobierno internacional, desarmen al resto de las naciones y les obliguen a mantener la paz. No obstante, ninguno de los modelos últimamente citados puede garantizar que las potencias dirigentes no aprovechen su poder para explotar entonces a los países indefensos.

Actualmente la mejor solución parece ser un gobierno mundial basado en una federación. Sin embargo, ¿qué deparará el futuro a una humanidad que ya no compite entre sí en el plano bélico? No hay duda de que la rivalidad bélica ha impulsado el desarrollo biológico y cultural de los grupos humanos. ¿No amenazan el estancamiento o incluso la degeneración con eliminar esta rivalidad? Las opiniones al respecto divergen. A la vista del *pool* genético existente, no parece existir peligro inmediato de decadencia genética. De presentarse ésta, la eugenesia sería un método de oponerse a ella mucho mejor que la guerra. La problemática de la evolución genética futura ha sido examinada con todo detalle por Dobshansky.

Una serie de modelos proponen pacificar el mundo mediante la transformación de la organización interna de los Estados. Se pensó, por ejemplo, que el sistema democrático traería la paz, y se justificaba esta teoría aduciendo que el pueblo decidiría sobre la guerra y la paz, optando por ésta puesto que soportaba siempre el peso principal de la guerra. Un análisis de la evolución histórica de esta idea lo hallamos en Fletscher. Sin embargo, la historia ha demostrado que las democracias no son en modo alguno más pacíficas que otras formas de gobierno. La “paz mediante la democracia” ha fracasado hasta ahora porque es imposible en las circunstancias actuales inducir opiniones racionales en la mayoría de la población. La opinión pública la configuran los grupos de presión (políticos, fabricantes de armas, militares), que engañan a los electores proporcionándoles datos falsos o parciales, y a veces ni siquiera se dignan consultar al pueblo, sino que ponen en práctica decisiones recurriendo a la diplomacia secreta. Por esta razón, los socialistas intentan crear una so-

ciedad homogénea. Una vez abolidos los antagonismos de clase, la población debería ser capaz de optar racionalmente entre armamento o desarme, entre guerra o paz, sin que los grupos de presión influyeran en su decisión. No obstante, la práctica ha puesto de manifiesto que los burócratas, las elites del partido y los militares —de modo análogo a los grupos de presión en las democracias— impiden la libre discusión y en consecuencia la formación de una opinión. Además, los Estados socialistas también sitúan en primer plano los intereses nacionales.

El intento chino de impedir la formación de elites mediante una continua "revolución cultural" demuestra que sólo se puede conseguir una sociedad realmente igualitaria mediante la coacción. Aquí se plantea la cuestión de si no sería mejor tolerar la aspiración a la jerarquía y a la propiedad y limitarse a restringir el poder sobre los semejantes que va unido a aquéllas recurriendo a una educación apropiada y a ciertos controles. Ambos factores, en efecto, desempeñan una función de ordenación de la convivencia social y estimulan el progreso cultural.

Los movimientos pacifistas más antiguos emergen de las grandes religiones. La doctrina judeocristiana, que predica que los seres humanos son hijos de Dios e iguales ante Él, ha contribuido decisivamente en los últimos 2.000 años a la pacificación mundial. Ésta y otras religiones siguen actuando en el mismo sentido y hay que reconocerles que trabajan por la paz empleando métodos pacíficos, cosa de la que aún están muy lejos los movimientos pacifistas.

Por último, algunos modelos pretenden lograr la paz suprimiendo la agresión individual. Como ya hemos apuntado, Lorenz opina que no nos queda otro remedio que vivir con la agresividad, puesto que es un rasgo constitutivo del hombre que sólo una muy problemática educación planificada podría erradicar. No obstante, quizás una reorientación la tomara inocua. A los deportes de 'lucha se les atribuye una importante función de cohesión y desviación de la agresividad. Sipes, por el contrario, defiende que habría que eliminar precisa-

mente los tipos de deporte combativos y competitivos, porque fomentan la agresión. Ya hemos dicho antes que este autor no distingue los efectos de la agresión a corto y a largo plazo. Los deportes combativos son capaces, de hecho, de eliminar agresiones, aunque paralelamente suponen también un entrenamiento del sistema agresivo.

Lorenz comparte además con Freud la teoría de la posibilidad de sublimar y desahogar la agresividad mediante la actividad creadora. Marcuse considera que la actitud fundamental agresiva de las personas radica en el predominio del principio de progreso. En su opinión, el abandono de dicho principio para volver a una cultura no represiva contribuiría a la pacificación del hombre. Para Reich únicamente la liberación de los instintos sexuales conducirá a una sociedad no agresiva. Esta teoría indujo a algunos defensores de modelos educativos no frustrantes al error de estimular prematuramente la sexualidad infantil. Meves señala con razón que la realización de experiencias poco escrupulosas en este ámbito carece de justificación, es irresponsable, pues desconocemos las consecuencias futuras. En general, los que abogan por una educación carente de represiones olvidan que el hombre es, por naturaleza, un ser cultural. Mientras que en el animal rígidos controles de desahogo pre-dados dirigen la vida instintiva, el hombre depende, en lo esencial, de que se le suministren dichos controles. El niño espera que se le ofrezcan directrices. Si no se le dan, se convierte en una persona insegura y entonces —hoy ya lo sabemos— sí que es muy agresivo, porque no le queda otro método de exploración social que la agresividad. El niño quiere saber hasta dónde puede llegar y qué pautas de orden deben orientar su conducta. Desde épocas muy tempranas el niño se somete en el juego a reglas inventadas por él mismo; muestra, pues, una clara apetencia por cultivarse. En el contexto de la educación sin represiones son asimismo graves los continuos ataques a la familia, dado que, como ya he expuesto en otro lugar, es en el seno de la familia donde se desarrolla la capacidad para amar al prójimo. Los niños que no han podido establecer vínculos referenciales con

personas concretas muestran más adelante graves dificultades de relación con los otros.

Los defensores de una educación carente de represiones, al no tener en cuenta las predisposiciones del hombre, corren el peligro de exponerlo a las frustraciones. Indudablemente, el hombre desarrolla con la familia la capacidad de distinguir entre allegados y extraños, y, al mismo tiempo que la confianza primaria, genera una desconfianza también primaria. No obstante, paralelamente aprende también en el curso del desarrollo a ampliar el grupo casi a voluntad, a extender el *ethos* familiar incluso a personas que le resultan desconocidas.

Ciertas terapéuticas tienden a reprimir la agresividad individual. Se ha pensado en utilizar la reeducación, las drogas, intervenciones quirúrgicas e incluso la eugenesia. A mí todo esto me parece excesivamente peligroso, toda vez que todavía no se ha hallado una respuesta clara al interrogante de si resulta deseable la supresión de la agresividad. Los experimentos ya citados de Dann para evaluar el "rendimiento" de personas encolerizadas por medio de un test de atención, soslayan por completo la cuestión de la posible existencia de cualidades positivas correlacionadas con la agresión. Numerosos datos abonan la hipótesis de que las personas agresivas pueden emplear su dinamismo de manera positiva cuando se trata de superar problemas. Las terapéuticas que propugnan la represión de la potencialidad agresiva del individuo se basan en la idea, a todas luces falsa, de que la persona potencialmente agresiva piensa siempre en términos de agresión destructiva. Yo conozco a muchas personas que '"luchan" con verdadera pasión por la paz, sin poner en juego métodos destructivos. Sus únicas armas son las de la razón.

Seguro que un hombre carente de agresividad no habría hecho progresos dignos de mención en el ámbito intelectual ni en el social; coincido con la apreciación de Hassenstein, que, dentro de la escala de valores, concede una destacada posición al valor cívico, es decir, a la capacidad de enfrentarse solo a un enemigo mucho más poderoso. Además, ya he-

mos hablado de los efectos positivos que surte la agresividad en el análisis explorativo del entorno.

Por consiguiente, las sugerencias de los terapeutas de reprimir la agresividad individual, bien mediante la técnica del condicionamiento clásico —premiando las conductas que se desean y castigando las no deseadas (agresivas) con descargas eléctricas o con un aislamiento temporal del grupo—, bien mediante otros métodos, sólo parecen apropiadas para curar casos de agresividad patológica (la comisión de actos brutales). Pero el problema que discutimos no radica en las personas con graves alteraciones comportamentales. Aquí tratamos de buscar una solución al hecho de que hombres jóvenes, perfectamente sanos y amables en su vida cotidiana, van a la guerra y matan a sus semejantes.

La solución hay que buscarla en la educación, que no borra de un plumazo la agresividad, sino que la socializa para que no se ponga en práctica con efectos destructivos. La supresión de las barreras comunicativas contribuye a ello, pues rompe el estereotipo "enemigo". Además, el niño debe experimentar la agresión para conocer sus efectos en sí mismo y en los demás. Yo señalé en 1970 que el mismo Freud consideraba un fallo educativo de los pedagogos el que éstos no preparasen al individuo en el ámbito de la agresividad para ser capaz de afrontar más tarde las agresiones. Yo añadía entonces que me parecía irresponsable presentar la agresión como algo inocuo, como un hábito aprendido y por tanto fácilmente desmontable. Wintsch me ha dedicado críticas acerbas por mantener estas opiniones. Hoy como ayer sigo defendiendo lo mismo, pero mi postura no implica en modo alguno una defensa de la agresión. Dado el potencial agresivo del ser humano, la socialización sólo puede efectuarse a través de experiencias agresivas. No soy el único que aboga por esta teoría. Mead escribe:

"En la escena del mundo nos percatamos cada vez más de la existencia de una correlación negativa entre la cantidad de experiencias infantiles con comportamientos agresivos que no causan daños serios y la cantidad de violencia que se origina

en una sociedad. Las sociedades cuyos niños no reciben un entrenamiento para los conflictos limitados con los otros son también las menos experimentadas para atajar la destrucción y el crimen cuando éstos comienzan."[75]

Citaremos un ejemplo. Los semai son famosos por su escasa agresividad. No castigan ni a sus propios hijos; abominan la violencia. Sin embargo, cuando luchadores comunistas les infligieron pérdidas, se aprestaron a combatir, casi ebrios de sangre. Dentam describe la situación en los siguientes términos:

"Muchas personas que conocían a los semai insistían en que gentes tan pacíficas jamás se convertirían en buenos soldados. Es curioso, pero se equivocaron. Terroristas comunistas mataron a algunos miembros de un grupo de semai de contrarrevolucionarios. Arrancados de su pacífica sociedad y con orden de matar, pareció que habían sido arrastrados a un estado de enajenación mental denominado por ellos 'borrachera de sangre'. La típica narración de un veterano decía: 'Nosotros matamos, matamos, matamos. Mientras los malayos se detenían para registrar los bolsillos de la gente en busca de relojes y dinero, nosotros no pensábamos en relojes o dinero. ¡Ah! Nosotros estábamos verdaderamente ebrios de sangre.' Un hombre llegó a contarme incluso cómo había bebido la sangre del hombre que había matado"[76].

La capacidad de autocontrol es, sin duda, un importante requisito previo para lograr una convivencia pacífica, y es susceptible de ser fomentada mediante la educación. No obstante, la pacificación interior no lleva implícita necesariamente la exterior. La educación debe actuar en esta última dirección propiciando la concienciación de la solidaridad humana y haciendo nacer en el individuo una actitud fundamental de tolerancia. La persona ha de aprender a valorar su propia

---

[75] M. Mead. *How do children lear to govern their own violent impulses* Am. J. Orthopsychiatry, 39. 1969. 229.

[76] R. K. Demam. *The Semai: A nonviolent people of Malaya*. Nueva York. 1968. pág 59

cultura sin necesidad de devaluar automáticamente otros sistemas culturales y de valores diferentes; ha de aprender a considerar la diversidad como un valor en sí y a valorarla por igual. Esto se consigue eliminando barreras comunicativas y dejando de presentar en los medios de comunicación a las minorías y a los pueblos extranjeros como la encamación del mal. Hoy como ayer las películas ofrecen modelos violentos. Se glorifica la propia guerra (justa) y se despoja al enemigo de su humanidad. Deberíamos condenar semejante proceder con la máxima dureza.

Además, es básico cultivar los sistemas antagonistas de la agresividad. En los comportamientos innatos de vinculación al grupo y en las apelaciones apaciguadoras disponemos de controles de la agresión muy eficaces que nos permiten incluso vivir con nuestra agresividad. La trascendencia de los rituales culturales que recurren a esos controles —fiestas, formas de salutación, rituales de regalos y finalmente los modales corteses— apenas se reconoce, por desgracia. Los que juzgan el intercambio de regalos navideños un tumor hipertrófico de la sociedad de consumo, demuestran una visión muy superficial. Existen, sin duda, aberraciones en este campo, pero tirar por la borda un importante ritual aglutinador por ese hecho, sería absurdo.

La paz es una meta que está al alcance de la humanidad. Responde a las inclinaciones del hombre, la buscamos. Es la meta a la que aspiran las grandes religiones e ideologías, que en este ámbito creen actuar en nombre del interés general. Si predican cosas diferentes, no lo hacen guiadas por la intención de engañar, sino porque ven la realidad desde perspectivas distintas, no siempre libres de distorsiones. Pero por encima de las fronteras ideológicas existe un nexo común, el ansia de paz, que podría conducir de la confrontación a la cooperación, cuya meta debe ser la consolidación de las organizaciones internacionales que ya en la actualidad se preocupan por la paz mundial, la distribución justa de los recursos, la protección de los débiles, la ayuda en las catástrofes y situaciones similares. Deben ser asimismo la última instancia a

la que recurrir en casos de litigio y se les debe conferir el poder de administrar justicia, de dirimir las querellas. Hay que delegar en ellas el derecho habitual hasta hoy a la defensa propia y prescindir del derecho a la legítima defensa. La pervivencia de la guerra en nuestros días se debe, entre otras razones, a que no existe una última instancia con poder arbitral parecida.

En la evolución de los organismos la supervivencia genética es un factor importante: dicho en otros términos: la supervivencia o proyección en los propios descendientes. El que no los tiene, se extingue. Habrá, sin duda, quien objete: hay individuos que con frecuencia se sacrifican en aras de los otros y al hacerlo mueren sin descendencia; es decir: posponen su propio interés para ayudar a otros. ¿Cómo puede surgir una conducta semejante? Una nueva rama de la etología, que ha florecido sobre todo en América e Inglaterra, intenta explicar el fenómeno de la selección y la génesis de la conducta altruista calculando sus costos y sus beneficios.

El punto de partida de sus reflexiones lo constituye el hecho indiscutible de que únicamente aquellos que transmiten su herencia revelan con su conducta su adaptación al medio. La afirmación puede parecer trivial, pero es importante recordarla. Muchos sociobiólogos adoptan incluso posturas extremas y hablan ahora del “egoísmo de los genes” y afirman que los organismos no son más que el vehículo de propagación de los genes. Si hasta este momento se había considerado a la especie como una unidad global sobre la que actuaba la selección, ahora se insiste en que la selección interviene primariamente en el individuo en cuanto portador de la herencia, y en consecuencia el individuo que hace prevalecer su herencia a costa de otros miembros de su misma especie, se está comportando correctamente. Fundamentalmente un individuo se conduce bien cuando invierte sobre todo en sus hijos, puesto que ellos transmiten el 50% de su herencia, hecho que resulta trascendental para los genes que caracterizan al portador Dado que también los hermanos, sobrinos, nietos y otros parientes consanguíneos albergan un porcentaje variable de los

propios genes, también compensa intervenir en su favor. Dicho de manera más llana: a una persona le merecería la pena sacrificarse por dos hijos o cuatro nietos.

Sin embargo, en opinión de muchos sociobiólogos, calificar semejante conducta de "altruista" es un error, puesto que con ella el individuo defiende sus propios intereses genéticos. La amabilidad, dicen, es un puro camuflaje. El altruismo encubre el egoísmo. "Rasca a un altruista y verás sangrar a un hipócrita", escribe Ghiselin[77]. En general los organismos buscarían su propio beneficio a costa de los otros. "Si dejamos de lado el sentimentalismo, ninguna señal de genuina caridad mejora nuestra visión de la sociedad."

Aunque esta forma de expresión alude a hechos objetivos ciertos, induce, sin embargo, a error, y referida a los seres humanos resulta incluso falsa.

En primer lugar: ¿qué decir de la desconsideración con la que los individuos imponen sus propios intereses genéticos? En el reino animal, ciertamente, cabe observar un egoísmo acusado y extremo, que se puede dirigir incluso contra la propia especie. En la película de Tinbergen sobre la gaviota argéntea se ve cómo las aves adultas atacan el nido sin vigilancia del vecino, destruyen los huevos y en un caos hasta devoran las crías. La protección se extiende únicamente a los propios retoños. Sin embargo, también en el reino animal vemos que se desarrollan otras pautas de comportamiento que impiden los enfrentamientos destructivos intraespecíficos, sin duda en beneficio mutuo y con toda seguridad sobre la base de la reciprocidad. En estos casos el altruismo unilateral sería la mayor parte de las veces fatal. Pero aunque la utilidad genética es notoria para todos, en el aspecto conceptual y abstracto resulta improcedente hablar de egoísmo, pues este término se refiere a normas de actuación, a ideas morales que obedecemos porque de no hacerlo así generarían malestar (conocimientos recientes apuntan a que ciertos procesos bio-

---

[77] M. T. Ghiselin. *The economy of nature* and *the evolution of sex*. University of California Press. Berkeley-Los Ángeles-Londres. 1974. pág. 247

químicos cerebrales desempeñarían un gran papel en las desviaciones de la norma). Sentimos sensaciones agradables cuando somos amables con nuestros hijos o con nuestros semejantes, mostramos compasión y tendemos a comportamos de manera altruista y no precisamente debido a altos cálculos genéticos. Que todo esto contribuya a la supervivencia hay que achacárselo, sin duda, a la selección, aunque no por eso las motivaciones sean menos genuinas. Poner en juego una conducta egoísta quiere decir actuar en contra de la escala de valores de interés general tan apreciada por el hombre y, en definitiva, en contra de los intereses de los propios genes, en la medida en que dicha actuación reduce el éxito reproductivo del grupo.

Con esto hemos llegado a un punto que la polémica sociobiológica soslaya. Mientras que en el reino animal, en el curso del dilatado período de la filogénesis, las unidades sobre las que actuaba la selección eran el individuo y el grupo de parientes consanguíneos, el cuidado de las crías desarrolló en dos fases la nueva característica del sistema que denominamos “amor”. En un primer estadio, el desarrollo de la defensa del hijo determinó la emergencia de las señales procedentes de la relación madre-hijo que aseguraban la comunicación en ese contexto relacional. Mediante apelaciones infantiles el niño comunicaba sus necesidades de cuidado y protección y mediante otras señales amistosas casi era capaz de premiar a la madre por sus servicios. Ésta, a su vez, disponía de una serie de señales con ayuda de las cuales anunciaba su presencia tranquilizadora y protectora. Debido a su carácter esencialmente amistoso, eran adecuadas para favorecer la vinculación de los adultos. Tal como he expuesto con mayor detalle en mi libro *Amor* y *odio*, los animales sólo fueron capaces de entablar el contacto genuinamente amistoso después de descubrir el cuidado de las crías. Además, en numerosos vertebrados se ha desarrollado, al servicio de la vinculación madre-hijo, la capacidad para las relaciones personales. Así entró en el mundo el amor: como capacidad para establecer vinculaciones amistosas personales.

En los animales superiores existen vínculos personales entre madre e hijo —y también entre los cónyuges—; los grandes mamíferos establecen también vinculaciones más amplias. Esto es aplicable sobre todo a nosotros, los seres humanos, que transferimos al grupo nuestro *ethos* familiar. Aprovechando esta disposición innata del hombre para la vinculación individual, el adoctrinamiento ideológico cultural tiende a cohesionar al grupo como si fuera una familia, es decir, propicia el desarrollo de un *ethos* grupal familiar que sitúa los valores del grupo por encima del valor de la estirpe y de la familia: un buen ejemplo lo constituye el *ethos* de la guerra. Esto convierte al grupo en unidad de la selección, y así lo demuestra hasta la saciedad la historia humana.

Constituye sin duda un progreso sustituir el egocentrismo por el interés del grupo. Falta por saber si nos daremos por satisfechos y nos veremos obligados a aceptar las luchas intergrupales como un tributo inevitable a la evolución ulterior. A mí, desde luego, no me parece una necesidad perentoria. La capacidad para la solidaridad y la simpatía, nacidas en el cohesionado grupo pequeño, y la aptitud cultural de tratar como hermanos a personas desconocidas, favorecen la adhesión a la humanidad que trasciende las fronteras grupales. A decir verdad, un humanitarismo semejante exige reciprocidad: un grupo que lo adopte unilateralmente puede ver debilitadas sus facultades. Esa conciencia humanitaria no tiene por qué ir unida a la tarea de la propia identidad cultural, fenómeno que tampoco resultaría muy beneficioso pues destruiría la pluralidad adaptativa de las culturas. No obstante, el respeto mutuo y la valoración amistosa de los otros constituyen el requisito imprescindible, únicamente conseguible desde esa posición de seguridad en uno mismo que emana de la adhesión a la propia cultura. Al igual que los rasgos que nos convierten en ciudadanos responsables de una comunidad surgen en el seno de la familia, el enraizamiento sólido en la propia cultura nos dota de esa capacidad para percibir los valores que constituye el requisito indispensable para la valoración de los otros. La educación puede contrarrestar el peligro de enclaustramiento

egocéntrico. En general sólo reaccionan con intolerancia cuando se sienten amenazados por los demás. No hay duda de que la confianza ocupa una posición clave en la futura paz mundial.

Nos encontramos hoy ante una alternativa: guerra o paz. Llevamos en nuestro seno predisposiciones que nos inclinan hacia ambas. El hecho de comprenderlo así posibilita nuestra elección. De todos modos, sea cual fuere la opción que elijamos, seremos plenamente responsables de ella.

EPÍLOGO

Muchas especies animales han ritualizado la agresión intraespecífica hasta el punto de evitar herir al adversario. Esto también es aplicable a la agresión intragrupal humana, que, en un porcentaje importante, se basa en adaptaciones filogenéticas que la controlan eficazmente. Las pautas innatas de sumisión, entre otros factores, impiden que las agresiones intragrupales desemboquen en lo destructivo. Un filtro normativo biológico dictamina, por decirlo de alguna manera: "¡No matarás!"

La agresión intergrupal humana, por el contrario, tiende en general a la aniquilación del contrario. Es éste un resultado de la pseudoespeciación cultural, en cuyo transcurso los grupos humanos se han ido diferenciando de los demás merced a la lengua y a las costumbres y se han definido a sí mismos como personas mientras negaban ese calificativo a los otros. Subyace a esto una disposición innata cual es el miedo y el rechazo a los extraños que se manifiesta ya en el niño pequeño, pero la delimitación rígida de los grupos únicamente tiene lugar cuando el hombre reprime sus tendencias también innatas de establecer vínculos. La guerra, por consiguiente, ha surgido como un mecanismo cultural de competencia entre los grupos (pseudoespecies) por el espacio y los recursos naturales. La tesis de que la guerra nació en el Neolítico, con el desarrollo de la agricultura, no resiste una revisión crítica. Existen documentos del Paleolítico que demuestran la existencia en dicho período de enfrentamientos armados. Además, los actuales cazadores-recolectores son en su mayoría notoriamente territoriales y luchan por la posesión de las zonas de caza y de recolección.

La guerra es esencialmente destructiva; sin embargo, de un modo análogo a lo que ha sucedido en las luchas de daño, que han acabado por convertirse en torneos, también en el

ámbito bélico se vislumbran ritualizaciones culturales, que bajo la forma de convenios evitan un derramamiento desmesurado de sangre. Evidentemente esto reporta ventajas desde el punto de vista de la selección. No obstante, un progreso en este sentido implica el cumplimiento de la funcionalidad de la guerra de una manera incruenta, por ejemplo en el aspecto de la competencia por la tierra. Entre otros factores, al vencido se le debe ofrecer la posibilidad de distanciarse. En los mismos torneos de los animales éste es un requisito indispensable. Sin embargo, el hombre ya no dispone de esa oportunidad de alejamiento, puesto que los espacios vacíos escasean o no existen, y este hecho limita el dispositivo automático de una humanización posterior de la guerra. Existen, con todo, otras adaptaciones previas susceptibles de provocar una evolución cultural hacia la paz. Durante el transcurso de la pseudoespeciación, el hombre ha superpuesto al filtro normativo biológico, que prohíbe matar, un filtro normativo cultural que ordena lo contrario.

Esto conduce a un conflicto entre normas que el hombre vivencia como mala conciencia, en la medida en que, durante la confrontación, percibe a su enemigo como un semejante. Por último, muestra las mismas señales que normalmente en la relación intragrupal apaciguan la agresión y provocan la compasión. Existen abundantes datos que corroboran esta tesis, por ejemplo, el hecho de que los guerreros vencedores tengan que practicar a menudo rituales expiatorios antes de ser admitidos en el seno de la comunidad.

En esta antinomia entre la norma cultural y la biológica radica el anhelo de paz universal del hombre, que desea armonizar el filtro normativo cultural y el biológico. Aquí la única esperanza la constituye nuestra conciencia, y a partir de ella podríamos conseguir la paz sometiendo la evolución a los dictados de la razón. Dicha evolución exige como condición previa reconocer que la funcionalidad de la guerra puede ejercerse de manera incruenta. El que no lo comprenda así y se limite a calificar a la guerra de fenómeno patológico, está cometiendo una peligrosa simplificación, pues no piensa que

el que desea la paz se ve obligado a asumir las funciones de la guerra y a cumplirlas de otro modo. En las actuales sociedades de masas el hombre, teniendo en cuenta su estructura motivacional, parece perfectamente capacitado para la convivencia pacífica. Educar para la paz implica sobre todo educar para la tolerancia o, lo que es lo mismo, para la comprensión.



¿Quedarán reducidos los esfuerzos por la paz a una nueva utopía? ¿Ocupará la intolerancia un lugar destacado en el cerebro del hombre? El autor, reconocido especialista en conducta humana, analiza en este libro un tema muy polémico: ¿Suponen las adaptaciones filogenéticas una programación previa del comportamiento agresivo del hombre? Eibl-Eibesfeldt ha recopilado abundante material en sus continuos viajes a todos los continentes y examina distintas culturas desde una óptica comparativa. Finalmente llega a la conclusión de que la conciencia humana es la esperanza de este anhelo universal que es la paz.

Irenäus Eibl-Eibesfeldt nació en Viena en 1928. Es catedrático de Filosofía y licenciado en Zoología. Ha colaborado en el departamento de Fisiología del Comportamiento del Instituto Max-Planck, y ha dirigido el Centro de Investigación de Etología Humana de este Instituto. Entre sus escritos destaca el libro *Amor y odio*, publicado en la colección Biblioteca Científica Salvat.